
Andrzej Stasiuk
Taksim
TRADUCCIÓN DE ALFONSO CAZENAVE
6836
6835

Dos amigos recorren el este de Europa con una camioneta desvencijada, siempre a punto de reventar y dejarlos tirados en la cuneta de alguna de las innumerables fronteras que cruzan para vender ropa de segunda mano de los países occidentales. Con una ironía mordaz, Andrzej Stasiuk traza el periplo de ambos personajes por los lugares más pobres y asombrosos, donde colocar sus prendas resulta cada vez más complicado a causa de la competencia de los productos chinos. Un apasionante cuadro de los márgenes de la sociedad de consumo en Europa, donde la vida cambia a una velocidad vertiginosa, y no siempre para mejor.

«Andrzej Stasiuk es un gran estilista, con una enorme finura para la descripción minuciosa que alumbra personajes y situaciones». Irvine Welsh

Andrzej Stasiuk

Taksim

Para M.

En otoño se nota que la ciudad va a morir. Los que habían de irse, ya hace tiempo que se fueron. Al anochecer se siente el olor de la hojarasca ardiendo. El humo se mezcla con la niebla y envuelve los arrabales. Las luces se vuelven amarillentas y mortecinas. Hay que estar atento a los peatones, pues son negros como el asfalto. A veces la atravieso a lo largo y a lo ancho y veo que no hay ni dónde, ni para qué bajarse. Cuatro cruces, una rotonda, los semáforos parpadean en ámbar ya a las diez de la noche. Cuando el viento sopla del norte, trae el hedor de la fábrica muerta. Todos se han marchado ya. Sólo quedan los que no son capaces. Se despiertan por la mañana, miran por la ventana y no salen. A no ser que tengan perro. Entonces van a la plaza mayor a mirar las esquelas, a ver quién ha palmado y a consolarse con que esta vez todavía no les ha tocado a ellos.

A las diez todo está muerto. Sólo sigue viva la gasolinera. Nadie reposta. Todos compran alcohol o pasan el rato en el bar. Tienen coches cada vez más grandes, más baratos y más viejos. Se los compran a los picaros que comercian con chatarra extranjera. Sí, todos se largan de aquí o se traen algo de fuera. Aquí no hay nada. Esos coches no tardarán en descuajaringarse, se les desprenderá el suelo y las carrocerías irán a parar a los bosques de las afueras. Ya no habrá quien compre esos restos. Serán habitados por zorros o perdices. Los zorros son listos. Los veo cada vez más cerca de la ciudad. La gente tira la comida. La compra y no se la puede comer. Es barata y asquerosa. Perfecta para los zorros. A veces cruzan corriendo la carretera como perros o gatos. Comen el chorizo de los

humanos y viven en berlinas oxidadas. Pues nadie va a limpiar esto. Chatarra vieja y apenas útil. Pero a los de la gasolinera les trae sin cuidado. Por lo general van rapados, son flacos y tienen orejas de soplillo. Como si estuvieran desnutridos. A veces echo gasolina por la noche y los observo a través del cristal. Sus movimientos son nerviosos e insectiles. Seguro que les pegaban de pequeños. En vano. Son tontos y maldicen sin parar. Pero luego, cuando se separan, cuando se quedan solos, se escurren a hurtadillas a la sombra de los muros sin levantar la vista.

Los polis también se reúnen allí. También suelen ir rapados. Si acaso, se les ve tal vez algo mejor alimentados, más grandes, más cebados, más seguros de sí mismos. Pero es una seguridad que han aprendido del cine estadounidense. En la ciudad, aparte de la gasolinera, por la noche solo están abiertos los videoclubs. La gente alquila dos, tres, cuatro películas y vuelve a casa. Los polis no se diferencian en nada de la gente. Si acaso, puede que se crean mejores que los otros. Pero no lo son. Son iguales que los rapados de orejas de soplillo. Ven las mismas películas y, al igual que ellos, pasan las horas muertas en el bar de la gasolinera. Y también esperan una revolución que lo cambie todo. Es algo que se siente en la ciudad: la espera. Todos se dedican a la vida de forma provisional. La dejan pasar con la esperanza de que todo se vuelva patas arriba, de que se convierta en algo completamente diferente de lo que es, de que los últimos sean por fin los primeros.

Anoche me encontraba sentado junto a una mesa ocupada por un padre y su hijo. Eran forasteros. Se les reconoce fácilmente, porque no se sienten seguros. Miran constantemente a su alrededor. Incluso cuando reina la calma no pueden evitar lanzar miradas a los lados, como si esperaran un golpe o una provocación. El padre era grande, gordo y bigotudo. Estaba repanchingado descuidadamente, pero no paraba de mirar. El hijo se parecía a él, la comida abundante y barata ya empezaba a expandirlo. Yo estaba esperando a alguien y les escuché durante media hora. Sobre todo hablaba el viejo. De un coche, o, para ser exactos, de las puertas de un coche, de si

compensaba pintarlas y cambiar la tapicería. El hijo básicamente estaba de acuerdo en todo y asentía con la cabeza. La palabra «tapicería» se repitió como diez o quince veces, jalonando rítmicamente la insípida perorata. El viejo confería a este rollazo la gravedad propia de los sermones paternales sobre el sentido y las encerronas de la vida. Estaban comiendo potaje de judías. En la cocina se freían sendos filetes de lomo rebozado. En cierto momento el monólogo se deslizó imperceptiblemente hacia un teléfono móvil que vendían a un precio asequible «con todos los extras». El hijo asentía de nuevo, intercalando monosílabos. Luego se levantó y fue hasta la barra a buscar los segundos platos. Llevaba un chándal de nailon azul oscuro. El padre, una cazadora de cuero.

La persona a la que estaba esperando no llegó y tuve que irme. Los vi otra vez por el cristal. El viejo tragaba despacio y hablaba entre bocado y bocado. El joven comía con la mirada clavada en el plato. No eran de aquí, pero se dirigían a algún lugar parecido. A Zlobiska, pongamos, o más allá, cerca de la frontera. Seguramente allí hay, menos coches y farolas, pero el resto es idéntico. Pero ahora estaban sentados sobre polipiel, ante una mesa de madera ficticia, al lado de una planta de plástico, en aquel interior niquelado y reluciente como una patena, y no tenían ninguna prisa por irse a casa. Así surgió esta ciudad. La gente empezó a venir aquí porque no aguantaba más en la suya. Ahora huye de aquí, haciendo sitio para otros como los de la gasolinera. En el negocio ha de haber movimiento. Después todo decae y el movimiento se traslada a otra parte junto con los negocios. Quedan los que ya no tienen fuerzas. En todas partes son ellos quienes se quedan y dan cuenta de las sobras. Como yo.

Bastan diez minutos para llegar de una punta a otra. En toda la ciudad hay veintidós tiendas de ropa usada. Algunas son como las de ropa nueva (espejos, probadores, mucha luz), en otras se entra como en un sótano. No tienen ventanas ni ventilación. Todo lo traen

de Europa. Eso dicen. Una vez a la semana entra en la vía muerta un mercancías y descarga grandes fardos de ropa prensada. Las dueñas de las tiendas, pues son todas mujeres, se reparten el cargamento, lo pesan, lo pagan y lo meten en furgonetas. Esto ocurre los martes y entonces las tiendas no abren hasta el mediodía. La gente dice que todo viene de Europa. Eso dicen, porque para ellos París es siempre un consuelo. Sobre todo para las mujeres, que remiran las prendas al derecho y al revés, las levantan hacia la luz, las extienden y luego dicen: «Déjemelo apartado. Mañana vuelvo con el dinero».

El tren de los martes sigue luego hacia las montañas, hacia la frontera, arrastrando vagones del mismo tipo hasta Sabinov, Gónc y Bistrita. En el descargadero esperan mujeres, coches y hombres contratados para hacer la carga, y en Bistrita, además de los coches, hay carros tirados por caballos. Las mujeres pagan por kilo, pero no hay cómo pesar todo aquello, de modo que discuten con los mayoristas de los vagones, que se hacen un lío con las palabrotas en cinco lenguas. Así son las cosas por estos pagos: rubias teñidas extraen prendas sueltas de los apretados fardos, las levantan, las plantan ante las narices de los granujas sebosos con cazadora de cuero y chillan: «¡¿Esto es París, esto es Francia?! ¡Esto es la puta Turquía!».

Me lo conozco muy bien. En tiempos trabajé para ellas con la furgoneta. Me llamaban y me decían que fuera a las siete, a las seis o más temprano. Recuerdo el tufo a detergente barato. En verano se hacía insoportable. Media hora bajo el techo de chapa y se asfixiaba uno. Transportaba la mercancía hasta Zlobiska, hasta Grobów y más lejos aún.

Luego conocí a Wladek y empezamos a hacerlo por nuestra cuenta, sin intermediarios, sin tías de por medio, sacábamos del vagón lo primero que pillábamos, soltábamos la pasta y arrancábamos. Yo conducía. El sabía calcular y dar el cambio rápidamente. Tenía en la cabeza una calculadora de divisas: siete, ocho, diez monedas diferentes. Dividía, multiplicaba, restaba y

sacaba porcentajes al tiempo que conversaba, fumaba, regateaba y discutía con los clientes. Era el legado de los viejos tiempos, cuando, con los bolsillos llenos de rublos, leus, forintos y coronas, bajaba hasta Suceava pasando por Chernivtsi y luego volvía por Satu Mare, Tokaj y Košice.

Ahora parábamos allá por Ozenna o al otro lado de las montañas, en Havaj, en Miková, lejos del ferrocarril, lejos de las carreteras principales. Wladek estaba más gordo y más lento, pero aún se las arreglaba con las pueblerinas. Las mejores prendas las teníamos colgadas en percheros, bastaba sacarlos de la furgoneta y colocarlos en alguna plazoleta frente a una tienda o un bar: americanas, abrigos, chaquetas. El resto lo llevábamos en cajones de plástico. Con un par de tablas montábamos una especie de mostrador y ya se podía comenzar. En Torysa, Wladek conocía al alcalde y, cuando sacábamos la mercancía, por los altavoces del pueblo su secretaria anunciaba la irrepetible ocasión de adquirir vestimentas europeas y universales a precios increíblemente baratos en moneda local. Y a continuación venían mujeres con pañuelos violetas en la cabeza, se acercaban la ropa a los ojos, la examinaban al trasluz, manoseaban las sedas artificiales, el algodón gastado, la lana raída, y preguntaban: «*Kol'ko stojí*?», y entonces Wladek alzaba la vista al cielo, como si le hubieran tocado la fibra sensible, y respondía: «Estimada señora y querida jefa, no me venga con "*kolko*", que esto apenas cuesta nada, esto es *darmo*, es *ieftin, lacno*, y de aquí al mismísimo Presvár no encontrará usted nada *olcsóbb*».[1] Agarraba el nailon verde transparente con volantes, se lo ponía sobre la oronda barriga, daba medio paso para un lado y medio para el otro, y las mujeres lo seguían con la mirada como a un mago, como a un milagrero que hubiera venido a cambiar sus vidas. «Paris-London-New York, lo pone aquí», y les plantaba ante las narices las preciosas etiquetas bordadas con hilo dorado y hechas seguramente en Estambul o en Pekín. «¡Hey, París!», contestaban, y el viento les arrancaba de las manos esas baratijas estiradas en la lavadora, esa

morralla desahuciada al tercer uso, esas creaciones que estaban pasadas de moda antes de que nadie se fijara en ellas.

Sí, sin él no nos las habríamos apañado. Sin él no habríamos vendido nada ni a los gitanos. Y, si en efecto se trataba de Torysa, los gitanos bajaban de su desesperanzador poblado de madera, armado sobre las colinas que dominaban el pueblo. Sí, no les habríamos vendido nada ni a ellos, y eso que parecían gente necesitada de todo. Eran principalmente mujeres, mujeres con niños. Formaban un semicírculo y se quedaban esperando a que las blancas se dispersaran un poco, a que se cansaran de mirar y compraran algo a cambio de un billete azul o rojo. Las blancas todavía tenían un pase. Llevaban puesto algo normal, algo que ellas mismas habían elegido, algo que tenía cierto sentido, un pañuelo de flores, una falda, un delantal, algo que habían llevado sus madres, algo corriente. Pero ¡las otras! Aquello era el desbarajuste de la confección universal: amarillos, rojos, verdes y azules fosforescentes como fuegos tentadores. Bajo todo ello se vislumbraban cuerpos de chocolate, piel morena en los descosidos y el resplandor de las mil y una noches en las cremalleras rotas.

«Hermanas y hermanos negros…», así empezaba su discurso y yo ya no hacía falta. Lo dejaba y me acercaba a mirar las pulcras casas de ladrillo colocadas de cara a la carretera. Aquellos pueblos parecían ciudades bajas. Qué pueblos son esos en los que no se ven gallinas ni cagadas de caballo. Todo está escondido tras muros y verjas. En las torres cuadrangulares de las iglesias hay pintados relojes con las agujas congeladas a las doce menos cuarto, como si algo estuviera a punto de ocurrir, de llegar, de cambiar, como si fueran a venir los tártaros o los turcos, o los alemanes, o los rusos, o los estadounidenses, o como si al cabo de ese cuarto de hora fuera a ocurrir algún milagro y ya, por los siglos de los siglos, no hubiera de venir nadie más.

—¡Entonces, hermanas y hermanos negros! Sé que no tenéis dinero, sé que no tenéis mucho, aunque si por mí fuera lo tendríais a raudales, cuanto más mejor; y, además, dinero vuestro, gitano, del

banco nacional gitano, y más fuerte que el dólar y el euro juntos, hermanos y hermanas…

Pero no puedo jurar que se tratase de Torysa. A lo mejor en aquella ocasión llegamos más al sur, y no fueron las mujeres blancas las primeras en rodearnos, sino directamente las otras, porque estábamos en Vlachy o en Bystrany. Era siempre él quien decidía la ruta y encontraba el camino, era él quien había ideado todo aquel negocio y quien un día había venido a decirme:

—¿Piensas seguir dando vueltas por este poblacho y trabajando para esas veinte tías que pronto serán treinta? Vamos a ir adonde de verdad nos necesitan y aún no han llegado las tías. Vamos a ir adonde aún son más pobres.

Le pregunté entonces por qué no iba solo.

—Porque no me gusta conducir. En cambio, me gusta echar un trago bien tempranito. Y eso es incompatible.

Pero tampoco es que empezara tan temprano. A eso del mediodía, y con un chupito. Y si estábamos en la carretera, en el trabajo, mantenía hasta la tarde, hasta el anochecer, un ritmo regular: cada hora. De reloj. Su consumo era tan preciso como una reacción química en laboratorio.

Le dije que «bueno», pues era una opción tan mala como cualquier otra, pero al menos tenía la seguridad de que a nadie de por aquí se le había ocurrido antes.

—Y además no tengo pasta —añadió al final.

Pero lo de «bueno» no lo dije hasta pasado un tiempo. Primero tuvo que contarme muchas cosas. Me pillaba por banda en la vía muerta, o en la gasolinera cuando estaba repostando o comiendo, o se me metía en el coche sin más cuando estaba parado en el semáforo. Hoy tengo la impresión de haberlo conocido desde siempre, pero por nada del mundo sería capaz de recordar cómo y dónde nos conocimos. En una ciudad como ésta te encuentras siempre con la misma gente, hasta que al final el desconocido se vuelve conocido de vista, luego conocido, y después ya no te imaginas que el mundo pudiera existir sin él.

—Todo ha cambiado —decía—. Antes llevaba ropa nueva a las ciudades, donde se celebraban los mercados más grandes. A Suceava, por ejemplo, o a cualquier otro lado, o adonde los famélicos rusos, o a la estación de Keleti, pero eso ya pasó. Incluso Mexikoplatz es agua pasada. Ahora hay que llevar ropa vieja a los pueblos. Ropa ya gastada para la ciudad, pero todavía buena para el pueblo, de colores como en la tele, ir donde no haya ido nadie antes que nosotros. O, en todo caso, pocos. ¡Piénsalo! ¡Mercancía extranjera del extranjero! Seguro que funciona. A sus paisanos no les comprarían, pero a nosotros sí.

Cruzábamos por un paso muerto en medio de las montañas. En un descampado se alzaban grandes edificios de cristal que el viento golpeaba. De lejos parecían una nave espacial abandonada o un supermercado desmantelado. Las barreras rojiblancas apuntaban hacia el cielo y se iban cubriendo de herrumbre. Los cristales estaban rotos, era cosa de los chiquillos, las aves migratorias, o el viento… a saber. Cuando llegaba la primavera y subía la temperatura, venían los gitanos de la cara sur de las montañas y montaban una especie de campamento. En el exterior encendían hogueras, cocinaban, en resumidas cuentas, vivían y dormían cuando hacía bueno. Y cuando llovía a cántaros se trasladaban al interior, a las oficinas, a las salas de aduanas, a las casetas donde antaño estaban los guardas con sus ordenadores, sus pistolas Glock y sus botones para subir las barreras. En el fondo se habían convertido en los nuevos aduaneros. Al igual que antes, los coches reducían la velocidad al llegar allí. Con un respeto aprendido entraban en la sombra de aquel hangar abierto y lleno de ráfagas de viento, y entonces ellos salían de todos los rincones, les cortaban el paso y, sin más, exigían peaje: los chiquillos, las mujeres con los bebés, mientras que los hombres se mantenían un tanto alejados, pero lo suficientemente cerca. Y la mayoría de los viajeros pagaba. Entreabrían la ventanilla y les daban algo de calderilla. Veinte céntimos, un zloty, quince coronas, cien forintos, cincuenta kopeks, veinte bani… Pagaban gustosos, porque era como una especie de

sello en el pasaporte. La chiquillería morena se balanceaba en las barreras como si fueran columpios; los padres, de brazos cruzados, observaban con la mirada inmóvil; y las mujeres simplemente se acercaban con la mano extendida como si cobraran por la entrada, por el espectáculo. La colada estaba tendida en cuerdas y flotaba un humo azul.

Pasábamos por allí con tanta frecuencia que no nos pedían nada. Parábamos, y los hombres venían a saludar. A veces aparcaba a un lado, en el sido donde los aduaneros solían registrar los equipajes, y Wladek descorría el portón lateral. Elegía una, dos, tres maravillas fosforescentes y, con una reverencia, se las regalaba a alguna de las mujeres de aspecto más distinguido. A los hombres les daba cigarrillos. Luego tomábamos la carretera que cruzaba el bosque, ascendíamos al parteaguas de los Cárpatos y en quince minutos estábamos al otro lado de las montañas.

—Dentro de poco serán más que nosotros por estos pagos —decía Wladek al ver las primeras casas como Dios manda al borde de la carretera—. Fundarán su propio país, y sanseacabó.

Tenía ese tipo de ideas, pues vivía constantemente en el futuro. Seguramente por eso acabé aceptando. Para no pensar en el porvenir, para dejarle esa tarea a otro. Bueno, y para no sentir el olor de la ciudad. Me pasaba la vida dando vueltas por ella. Igual que los pobres imbéciles de los rapados que, por ponerse doble tubo de escape, creían llevar una vida llena de aventuras. Igualito. Con la diferencia de que yo tenía una furgoneta diésel vieja y cascada con la que intentaba ganarme el pan.

—Siempre han vivido de lo que se tira, de lo que nadie necesita. Siempre aparecen en los lugares de los que todos se han marchado ya —dijo al dejar atrás Zborov y su iglesia muerta con dos torres en las que ahora anidaban pájaros.

Sobre el fondo azul del cielo vimos revolotear cornejas, grajos, grajillas, tal vez incluso cuervos o, en cualquier caso, algo negro.

Bandadas enteras salían por los agujeros del caparazón de tejas. Tal vez fue aquella la primera vez que pusimos rumbo al sur con la mercancía y lo que más me extrañó fue que una iglesia pudiera estar así, abandonada y habitada por cornejas. Allí había un cruce. Por la izquierda se llegaba donde los rutenos, por la derecha donde los gitanos. Así me lo aprendí, y aunque ya ha pasado tiempo desde entonces, cada vez que llego a Zborov sigo repitiéndome que a la izquierda queda Rutenia y a la derecha la India.

—Y ahora que las fronteras han pasado de moda, ya lo ves, enseguida se han instalado aquí.

—Deberíamos poner una tienda en los invernaderos esos, en vez de andar yendo y viniendo —dije, refiriéndo me al paso fronterizo.

—Olvídalo. Cuando retiraron a los guardias, hubo iniciativas de todo tipo. Un bar, un discobar, un burdel, un burdel con bar, un burdel con discobar, pero siempre sucedía que venían los del otro lado o los del nuestro, se sentaban, echaban una ojeada, se tomaban una cerveza y se volvían por donde habían venido. A veces aparecían una segunda o una tercera vez, pero siempre acababan dando media vuelta y nunca más se les veía por allí. No tenían sensación de seguridad. Un burdel en un paso de montaña en pleno bosque queda bien en las novelas románticas. Estaba demasiado a la vista, a pesar de encontrarse en medio de la nada.

—La carretera es demasiado estrecha —dije.

—¿Qué?

—Los camiones no pueden pasar. Y en invierno, ya ni te digo.

—Sí —contestó—. Tienes razón. Los camioneros son como perros hambrientos. Sí, los camioneros turcos son como perros hambrientos —y se echó a reír.

Y después, pasado Bardejov, me mandó meterme a la izquierda, por un camino que había de ahorrarnos veinte o treinta kilómetros.

—Una vez pasé por aquí —dijo—. Antes tenía a un conocido en la zona. Le traía pieles de carnero. Unas diez cada vez. Íbamos tres o

cuatro y las llevábamos sobre los asientos a modo de fundas. Teníamos que ir sentados encima para que los aduaneros no las vieran. Duró como medio año, el negocio aquel. Ya no recuerdo qué traíamos a la vuelta, pero seguramente alcohol rectificado. Una vez pasamos como quince litros dentro de la rueda de repuesto, pero luego apestaba a goma y nos lo tuvimos que beber nosotros.

La carretera se estrechó y se llenó de baches. Viejas casas de madera se apiñaban unas contra otras, y a sus espaldas brotaban las escarpadas paredes de un barranco. En los retazos de terreno llano que separaban las fincas se amontonaban troncos de abeto y de haya. Los habían bajado del bosque y ahora esperaban allí a que se los llevaran. En todo el pueblo no vi ni un solo coche. Tampoco se veía gente. En la pendiente había un gran tractor forestal. Estaba frío y oxidado. Paramos junto a la última casa y Wladek me mandó tocar el claxon. Vi moverse los visillos. Al cabo de un rato apareció tras la esquina un hombre mayor con una pelliza de carnero. Se detuvo y se quedó mirando en nuestra dirección.

—Es él. Mejor que me esperes. No le gustan los desconocidos —dijo, y bajó de la furgoneta.

Se paró junto a la cancela, como esperando a que el viejo lo reconociera, y no entró hasta que este asintió con la cabeza.

Era la última casa, y un trecho más adelante el asfalto se convertía en grava.

De verdad no recordaba la primera vez que lo había visto. Era como el espíritu de esta ciudad. Su encarnación: gris, invisible, casi transparente; el primogénito de la cotidianidad, acostumbrado a tratar de tú a tú al fracaso desde que nació. Pero bastaba mirarlo y detener la vista, mantener la mirada para que no lo atravesara, y enseguida cambiaba. Cuando alguien se percataba de su existencia, él se volvía visible. Se recomponía, se tensaba, su presencia, simplemente, se condensaba. Había estado en todas partes, lo veía y lo sabía todo, y el resto lo presentía.

A lo mejor fue en el Antaiek. Me gustaba ir allí. Dejaba la furgoneta y daba un paseo de quince minutos desde las afueras hasta prácticamente el centro. Era un antro, pero me gustaba. Cogía la jarra y me sentaba de espaldas a la pared, de forma que pudiera ver el televisor suspendido del techo. Cuando uno mira absorto la pantalla, resulta más difícil meterse con él. En la ciudad había varios bares más, pero el Antaiek era el único donde los clientes no se las daban de nada. No se imaginaban que eran hombres de negocios, gángsters, parias negros de los suburbios del otro lado del océano, muñecas de porcelana de alguna peli porno, políticos, tranquitroncos al loro de las últimas tendencias mundiales, o cualquier otro modelo de los que propaga la televisión. No, al Antaiek iban los que querían privar y punto. Creo que era el lugar más honrado en toda aquella ciudad moribunda. Y los clientes, en efecto, tenían pinta de no ver la tele. Si acaso, la antigua, la de hacía veinte o treinta años. Llevaban americanas y jerséis de los que yo pillaba en la vía muerta para repartírselos a las tías. Esa ropa se la habían comprado sus mujeres

y parecía que desde entonces no se la hubieran quitado. Me tomaba una cerveza y luego otra, mirando la tele. No había nada de comer. Palitos salados y patatas de bolsa. Nunca vi a nadie comprar ninguna de las dos cosas. La tele no hacía más que glorificar el consumo una y otra vez, pero a la peña se la sudaba. Lo que querían era privar para no pensar, y tenían razón. A lo mejor fue allí donde, sin más, se me sentó al lado y dijo: «Pero usted no es de aquí, ¿verdad?». Debí de intentar seguir mirando la pantalla, en la que ponían lucha libre, peleas en gelatina o discursos, pero él no se dio por vencido: «Sabe usted, de aquí todo el mundo se va o al menos lo intenta, así que cuando aparece alguien de fuera, algún recién llegado, pues resulta interesante. Y tiene usted la placa antigua». Seguramente le pregunté: «¿Qué placa?». Se refería a la matrícula de la furgoneta.

De modo que debía de haber estado observándome, debía de tenerme controlado. Puede que, de algún modo, me estuviera esperando, como quien espera una casualidad con visos de destino.

Lo vi aparecer tras la esquina. Cuando estaba ya a la altura de la cancela, volvieron a moverse los visillos. El viejo lo acompañaba con la mirada. Subió a la cabina y me mostró un tarro de un litro con algo grisáceo dentro.

—Manteca —dijo.

—Bravo —contesté.

—De tejón, tío… Tiene propiedades mágicas. Cura todas las enfermedades, lo único que no hace es resucitar a los muertos. Esa es la opinión popular.

—¿Cuánto?

—¿Cuánto qué?

—¿Cuánto te ha costado?

—Treinta cartuchos para la escopeta de dos cañones.

Arranqué el motor y él me indicó con la cabeza que tirara recto. El pueblo se acabó y a ambos lados de la carretera surgió un

bosque. Llegamos hasta una barrera bajada. Metió la mano bajo el asiento y de la caja de herramientas sacó una llave en T.

—Del catorce —dijo.

—¿Estás seguro? —pregunté.

—Mira, esto es un atajo que nos ahorrará como cuarenta kilómetros, y el viejo ha dicho que hoy no ha visto por aquí a los guardabosques. Si pasa algo, les decimos que estaba abierto.

—Pero ¡si hay una señal de prohibido el paso!

—¡Cojones! Pues les decimos que en Polonia las señales son diferentes y que no nos dimos cuenta.

Cogió la llave y bajó. No me apetecía discutir. Pasé, y él, como si tal cosa, volvió a cerrar la barrera. Luego montó y arrancamos cuesta arriba. Nos adentramos en un bosque y al cabo de cinco minutos teníamos a la derecha un precipicio y a la izquierda una pared de esquisto. El camino era estrecho y empinado. Abajo se divisaban puntas de abetos. Como viniera alguien de frente no cabríamos, pero en la carretera crecía la hierba, no parecía que muchos atajaran por allí.

—Unos siete u ocho kilómetros cuesta arriba, otros tantos para abajo y llegaremos a Majdan, pero allí no hay más que unas cuantas casuchas. Vamos a ir hasta Lipany o Sabinov. Hoy es un buen día, porque cobran el paro y los subsidios. Lo mejor sería aparcar cerca de la oficina de empleo. En Lipany creo que incluso conozco a algunos polis. Ya sabes, los tíos se van directos a tomar birra y *borovicka*,[2] o sea, *bororo*, como decía Pankovcín el de Marakés, que en paz descanse, que también andaba de aquí para allá con su mercancía, pero en un viejo autobús reconvertido en tienda de alimentación. Aquel trasto avanzaba zumbando y tintineando, en las curvas se caía todo de los estantes, y olía a ahumados, a droguería y a desinfección, pero lo que le pidieras te lo traía: una lavadora, un frigorífico o cuatro neumáticos para el Skoda Favorit. En invierno ponía las cadenas para poder llegar hasta Kalinov o Habura y llevarles *bororo* y cintas de vídeo para intercambiar… Así fue hasta que murió. Lo encontraron por la mañana. Aún le había dado tiempo

a hacerse a un lado, poner punto muerto y echar el freno de mano, pero no había apagado el motor, y se encontraron el viejo autobús gorgoteando en pleno bosque en el desfiladero de Miková, y él parecía dormido, como si estuviera echando una cabezada de puro cansado. Era verano, así que llevaba las ventanillas abiertas, y, al parecer, había pájaros escarbando entre el arroz, el trigo sarraceno y lo demás, una bandada entera de pájaros del bosque, arrendajos… Eso decía la gente. Ah, sí: los hombres con dinerito fresco, a privar; y las mujeres, a por trapitos baratos de los nuestros. Ése es el plan para hoy.

Yo iba a cinco por hora como quien lleva un tractor por el campo, y él, dándole a la lengua. Es muy posible que por miedo y por no mirar al abismo. Yo me preguntaba cuándo le había dado tiempo a vivir tantas cosas y cómo demonios lo recordaba todo. O a lo mejor se lo inventaba, pero qué más daba, si al final de alguna manera acabábamos repitiendo esas invenciones en la vida real.

Aquel día no llegamos a ningún lado. En medio de la carretera había un Lada Niva blanco. Y un tío con uniforme de guardabosques meando contra una de las ruedas. Íbamos tan despacio que no nos oyó. Solo cuando paramos alzó los ojos. Sin prisa, terminó, la sacudió y la guardó. Vino hacia nosotros. Tenía unos cincuenta años, el pelo cano y la cara roja. Bajé la ventanilla y me quedé esperando. Empezó a decir algo, pero yo meneé la cabeza y señalé a Wladek. Se puso aún más rojo y rodeó el morro de la furgoneta. Se pusieron a hablar. Yo entendía una palabra de cada tres y no necesitaba más. No quería entender nada. Se estaban peleando. El otro se ponía cada vez más rojo. Parecía estar a punto de explotar. Me pareció que nos mandaba a tomar por culo allá de donde veníamos. Al menos en esa dirección estiró el brazo. Tuve que maniobrar siete u ocho veces para dar la vuelta. El tipo miraba, esperando a que nos hostiáramos por el precipicio.

—Sí. Nos ha mandado a tomar por culo —dijo cuando ya volvíamos cuesta abajo.

—¿No podías haberle dado algo?

—No lo habría aceptado.

—¿Cómo lo sabes?

—Los conozco. Hombre, igual si les dieras cinco mil dólares… Es una cuestión de principios.

—¿De qué principios?

—De que son ellos los que mandan.

—¿En el bosque? ¡Si no había testigos! Ni de si manda o no manda, ni de si acepta o no acepta.

—Tío, qué sabrás tú… Hace apenas unos años que tienen su propio país, y dentro de poco ya habrá en él más gitanos que ciudadanos de primera categoría. Y, para colmo, los húngaros tras la frontera sur, cientos de miles de antiguos torturadores y opresores, tío… Alégrate de que no seamos húngaros. Nos habría reventado las ruedas a balazos por darnos a la fuga, los conozco.

No dejaba de parlotear. Tenía que hablar. Estaba claro que aquel día no íbamos a ganar ni un pavo. Abajo se extendía un pueblo. El humo azul de las chimeneas subía directo al cielo. Un viejo con una zamarra de carnero estaba sentado en un banco ante una choza. Sus manos se movían, pero yo no conseguía descifrar el sentido de los gestos. Solo movía los dedos. Nos lanzó una ojeada furtiva y bajó la mirada.

—Está trenzando lazos para pájaros con crines de caballo —me dijo cuando le pregunté—. Son tan finas que casi ni se ven.

El pueblo tendría unas cincuenta casas, pero no vimos un alma. Como antes con el viejo, solo se entreabrían los visillos y todos nos seguían con la mirada, esperando a que desapareciéramos y los dejáramos en paz.

Volvimos a la carretera general. Pusimos rumbo al oeste sin convicción. En Ruská Vola, los edificios del antiguo paso fronterizo estaban reconvertidos en naves comerciales, almacenes o algo por el estilo. Llegaban camiones con matrícula eslovaca o polaca y

descargaban, cargaban, reembalaban; carretillas elevadoras trajinaban con palés y reinaba una atmósfera febril y agitada, como si de golpe la coyuntura se hubiera vuelto favorable a ni se sabe qué.

—Ves, la han prolongado.

—¿Qué es lo que han prolongado? —pregunté.

—La vía muerta, quinientos metros de vía desde la línea principal.

Me mandó salir de la carretera. Tenía que husmear. Paré en el aparcamiento y él bajó de un salto y se metió corriendo entre los camiones y furgonetas. De la lejanía llegaba un estruendo de vagones acoplándose. Antiguamente había allí barracas que vendían vodka y cerveza. También lo hacían las casas que bordeaban la carretera. Sobre sus dinteles, cual blasones de antiguas posadas, pendían cajas de Zlaty Bazant, Smádny Mních, Staropramen y Kelt. Las barracas estaban siempre atestadas de gente. Yo también solía darme el viaje hasta allí. Tras los mostradores se afanaban mujeres rollizas que aceptaban cualquier dinero menos el ruso y el ucraniano. En los cajones lo tenían todo mezclado, pero te devolvían el cambio con la exactitud de una máquina y en la moneda que quisieras. Compraba whisky barato, me volvía a mi casa, al otro lado de la frontera, y bebía a solas, escuchando los sonidos de la ciudad. Vivía a la orilla del río, cerca del puente. Oía retumbar los grandes camiones, que nunca se detenían aquí, y el rugido de los Golf trucados, que se dedicaban a dar vueltas en redondo porque no tenían adonde ir. Tres botellas me daban para cinco días, porque también me traía cerveza. Lo hacía dos veces al mes. No conocía a casi nadie aquí y tampoco quería. Después todo cambió, se quedaron sin clientes, alguien desmontó las barracas y descolgó las cajas.

De entre los camiones salieron dos hombres. Llevaban siete u ocho neumáticos en una larga pértiga. Por la puerta lateral de una Transit blanca asomó una mano, quitó el peso del hombro del primer porteador y metió la carga en el interior. Enseguida la barra quedó

vacía y se la llevaron de vuelta. Vestían raídos uniformes de aduanero. Sólo les faltaban los galones.

Volvió al cabo de veinte minutos. Se dejó caer en el asiento y metió la mano en la guantera. Sacó un vasito de vidrio grueso y una botella de *pálinka* de albaricoque.

—Neumáticos —dijo—. Vagones enteros de neumáticos. —Se sirvió un trago y se lo bebió—. Vagones enteros de neumáticos usados. Al lado de la vía muerta ya han puesto almacenes. Los traen en tren desde Austria, pero vienen de toda Europa, de Italia, de Francia, y desde aquí los reparten por el mundo adelante. Tienen lo que quieras, incluso de tractor, y de bicicleta, y todo organizado como en un almacén, aquí Fulda, aquí Goodyear, por tamaños, los de invierno aparte, los de cuatro por cuatro aparte, en mi vida había visto tantos neumáticos, tío. Y encima clasificados según el precio, de los más viejos a los seminuevos, y todo está metido en los ordenadores, basta que les digas lo que buscas y el tío teclea y te dice si tiene algo para ti o no. He visto coches de Rumania, de Bosnia, de Bulgaria, ya te digo, un proveedor de goma usada para medio continente…

—¿De quién es? —le interrumpí.

—He preguntado. Nadie lo sabe.

—¿No saben para quién trabajan?

—Dicen que es una sociedad. Cuando uno no sabe, siempre dice «sociedad». O sea: unos ladrones arteros. Esto se llama «Centrum Visegrád».

—Qué bonito —dije.

—Pero ¿qué significa?

—Nada. Es una ciudad de Hungría. O más bien un pueblo con un castillo. Allí estuvo encerrado Drácula.

—¿El vampiro? —preguntó, mirándome con curiosidad.

—No. El de verdad.

—No sabía que hubiera uno de verdad —dijo un poco decepcionado.

—Lo tenían en una mazmorra. Era una especie de rey rumano. Cuando se aburría cazaba ratones y los ensartaba en palitos afilados. Lo mismo que hacía con la gente cuando estaba en libertad. Era la moda que había por aquel entonces.

Pero ya había perdido el interés. Ahora pensaba en trenes cargados de neumáticos, en desechos que todavía podían venderse a alguien, en chatarra que siempre encontraría compradores, en sobras de las que alguien daría buena cuenta. Escuchaba al instinto.

Aquel día ya no seguimos adelante. No vendimos nada. Mientras volvíamos, él soñaba despierto. Veía trenes llenos de vaqueros gastados y americanas de lana inglesa recién salidas de la tintorería, veía naves donde todo aquello estaba colgado o doblado y amontonado en pilas vertiginosas, miles de vestidos, decenas de miles de blusas, camisas, camisetas, abrigos, cazadoras y jerséis separados por colores, tallas y precios, tal vez incluso por países de procedencia, aquí Holanda, allí Portugal y al fondo, pongamos por caso, Suiza.

—Sí —decía—, eso sí que sería la pera. Pero no aquí en Polonia, mejor en los alrededores de Budapest, por ejemplo; un sitio céntrico desde el que todo pilla cerca y tienes controlado un buen pedazo de mundo. Imagínate, vestiríamos a Moldavia y Macedonia con ropa de Londres. Con nuestro propio transporte, o alquilado, o vendrían ellos por su cuenta. Junto a la salida hacia Miskolc hay unos grandes terrenos ferroviarios, hectáreas enteras de vías muertas, y es justamente la línea de Viena, por lo tanto un buen punto, porque al lado está la M3, o sea, la salida hacia Eslovaquia, Ucrania y el norte de Rumania, tío… ¿Y para el otro lado? Un trecho por la Róbert Károly kórút y enseguida tienes el Danubio, el puente Arpada y los muelles. Por agua se puede transportar más, y más barato; aparte de que rio abajo el barco anda solo: Belgrado, parte de Bulgaria, Ruse, Rumania, Galati…

—¿Conoces bien Budapest? —pregunté para cortarle.

—Un poco.

Regresamos a la ciudad al anochecer. Lo llevé a su casa. Vivía en un bloque de cuatro plantas, en una colonia construida sobre una colina donde siempre hacía viento. Cogió la *pálinka* y se bajó. Me quedé mirándolo caminar por la acera absorto en sus ensoñaciones. No veía nada de lo que le rodeaba, no miraba. Andaba rápido, con la cabeza gacha, como si quisiera llevar sus pensamientos cuanto antes a su piso vacío y quedarse a solas con ellos. La noche era cálida y entre los bloques bullía la chavalada. Congregados en manadas, fumaban y escupían al suelo. Por las ventanas abiertas se oían los televisores: una docena de canales se fusionaba en el aire. Vivían en aquella colina como en una isla. El mundo les mandaba señales, pero se la sudaba su respuesta. Ellos lo entendían perfectamente y no iban a ningún lado. Intentaban imitar los programas. Bajaban en monopatín por unos escalones de cemento desportillados o por una cuestecilla de asfalto. Una vez, luego otra, y encendían otro cigarrillo.

Metí la primera y fui rodeando lentamente la manzana. Parecía una hoguera a punto de extinguirse: polvo, cenizas de cemento y los rescoldos fríos de los televisores. Tiré hacia abajo, bordeé el centro y por la ventanilla entreabierta sentí la humedad del río. Tenía alquilada una casa de ladrillo rojo de un solo piso. El dormitorio, la cocina y ya está. El resto estaba lleno de trastos y cerrado a cal y canto. Pero disponía de un trozo de patio, una valla y una verja que se cerraba con llave, así que no tenía que preocuparme por la furgoneta. En el patio había también un cobertizo de tablas y en él me había montado una especie de taller, almacén y garaje. El jardín que antiguamente rodeaba la casa se había convertido en una selva por falta de cuidado. Arbustos de lila impedían la vista desde la calle. Oía la ciudad, pero no la veía. Una vez al mes venía una señora mayor a cobrar. Me sonreía y me preguntaba si estaba a gusto allí. Nunca quería pasar adentro. Los muebles del dormitorio, viejos y deteriorados, eran de los años sesenta y setenta, como los de mi

infancia. No me hacía falta nada más. En invierno encendía la cocina y la estufa de azulejos. El olor a humo de carbón en el aire frío me recordaba una época muy remota. Antes de venirme aquí, también vendía trapitos, solo que nuevos. Hasta tenía una tienda. Pero aquello se acabó y me fui. Incluso podría decirse que huí, pues mi vida había saltado en pedazos y no conseguía recomponerla.

A veces, cuando hace buena noche, me siento junto al río. Mi jardín asilvestrado llega hasta la empinada orilla del río. Por esa parte no hay valla, sino matas de endrino y de majuelo. A la izquierda veo el puente y unas cuantas casas de dos pisos. A la derecha refulgen las luces de la gasolinera. A veces me llevo un colchón inflable y un saco de dormir y me quedo allí hasta que me caigo de sueño, contemplando cómo muere la ciudad e imaginando que me observo a mí mismo, que no soy más que mi propia sombra.

A veces venía por la mañana y nos poníamos a ordenar la mercancía. Había que tirar todos los trapos que llevábamos meses paseando de un lado a otro sin que nadie los mirara. Camisas descoloridas, americanas implanchables, vestidos agujereados, jerséis deshilachados y demás. En el fondo de los cajones de plástico encontrábamos botones, lentejuelas sueltas y cagadas de ratón. Los ratones debían de pasar semanas enteras de ruta con nosotros. Con jirones de tela construían nidos en los que parían a su prole ratonil. Cruzaban con nosotros la frontera y, de noche, mientras dormíamos en la cabina o en casa de algún conocido de Wladek, se escabullían hacia la oscuridad eslovaca en busca de comida y se convertían en ciudadanos de aquel bello país.

—Mira, mira lo que han hecho —decía agitando los trapos destrozados—. ¿No tenían dónde coño meterse? —Los examinaba con más atención, los frotaba entre los dedos y meneaba resignado la cabeza—. Y encima esto es plástico: tergal, nailon o alguna otra mierda. No hay quien duerma con esto puesto, se asfixia uno, pero los ratones como si nada.

Lo metíamos todo en sacos que colocábamos contra la pared del garaje. En invierno por lo menos no hacía viento. En primavera y en otoño tirábamos la mayor parte de la mercancía. Cambio de colección. Solo dejábamos un par de americanas, los mejores vaqueros, las cazadoras de cuero y unos pocos abrigos, entre ellos uno de piel negra que llevaba con nosotros desde el principio. Desde una vez que volvía yo de la frontera con un pequeño cargamento de vodka de contrabando. En la plaza mayor de Zlobiska estaba

aparcado un Mercedes W123 de color verde grisáceo. Llevaba enganchado un remolque sobre el que estaba expuesta la ropa. Por encima de la montaña de trapos se desplegaba un armazón de tubos de aluminio en los que se columpiaban perchas con la mejor mercancía. Soplaba viento del sur, el sol se acercaba al ocaso y bajo sus rayos oblicuos aquellas creaciones ondeantes parecían pendones de iglesia. Al lado había un tío canoso fumando. Envolvía el cigarrillo con la mano para protegerlo de las ráfagas de viento. Miraba a un punto indefinido del espacio, como si el tenderete no fuera suyo, como si sólo estuviera cuidándolo y esperara impaciente la vuelta del dueño. Aparqué por allí y me acerqué. Eché un vistazo a la mercancía y vi el abrigo. Era negro, pesado, viejo, pero se hallaba en buen estado. Era un abrigo como los que llevaban los comunistas para darse valor a sí mismos e infundir miedo. Bueno, y los nazis también. Mientras yo manoseaba la piel de la bestia, el tipo seguía mirando a lo lejos como si yo no estuviera allí.

—Ochocientos —dijo, y lanzó a lo lejos la colilla con un golpecito de la uña.

—¿Ochocientos qué? —pregunté.

—Ochocientos mil de los viejos —contestó—. No va a ser de los nuevos.[3] ¿Se lo quiere probar?

No quería. Ni siquiera quería comprarlo. Me interesaba más él mismo, allí plantado en mitad de la plaza vacía pese al viento, con su cara inmóvil y el empeño propio de las causas perdidas. Había llegado hasta el final y ya no podía sino volver. Más adelante estaba la frontera, por aquel entonces todavía real y debidamente vigilada. El hombre permanecía de pie esperando a que Zlobiska se apiadara y le enviara a algún comprador. Pero aquél no era el día de la compasión. Es lo que ocurre a veces en estos poblachos: todos te observan tras los visillos, pero nadie sale. Y él allí plantado como un monumento al capitalismo temprano y al espíritu emprendedor. Inmóvil, solitario y ridículo. Y encima con aquel viento que hacía aletear absurdamente todo el tenderete.

—No hay mucha vida —dije.

—Ni Dios, ya le digo —asintió—. No es que otros días sea la hostia, pero lo de hoy ya es el colmo.

—Será por el viento.

—Será —masculló, y me ofreció un cigarrillo.

Propuse que nos metiéramos en mi furgoneta, porque con semejante ventolera no había quien fumara, y eso hicimos. Me contó que a veces hacía más de cien kilómetros al día sin ganar un céntimo. Yo le conté que el mes anterior llevaba cinco litros de alcohol rectificado en el depósito del limpiaparabrisas y el aduanero me mandó apretar la palanca de al lado del volante, y con el calor de agosto el alcohol vaporizado se convirtió en una neblina, en una nube, y fue un milagro que a ninguno de los de la cola le diera por encender el mechero, pues allí, con los nervios, todos fuman. Luego me hizo aparcar a un lado, trajo un tubo de plástico y me mandó vaciar el depósito. Me atraganté y el alcohol me salió por la nariz. Le conté todo esto al vendedor y por fin sonrió vagamente. Habíamos terminado de fumar, pero no teníamos ningunas ganas de salir. Contemplábamos cómo el viento zarandeaba la ropa. Nadie tenía intención de comprar nada, ni siquiera de echar un ojo. Nos observaban desde detrás de los visillos. Éramos forasteros. Le pregunté si no le apetecía un trago de vodka. Dijo que sí, pero que no quería arriesgarse, porque si le quitaban el carné de conducir ya no le quedaría nada.

—Pero conozco aquí a un fulano. Podemos ir a su casa y beber la noche entera si hace falta —propuso, mirándome de soslayo.

—Vale —contesté.

—Voy yo delante. Me llamo Heniek —dijo, y bajó de la furgoneta.

Una casa de madera se erguía solitaria sobre una colina. Abajo se divisaba el pueblo de Zlobiska con su iglesia blanca. Justo detrás de la casa empezaba el bosque. Los bajos de la furgoneta rozaban las piedras. En el patio había un triciclo fabricado a partir de una moto vieja. Llevaba un toldo de lona desplegado sobre un cajón de

madera. El anfitrión salió a recibirnos descalzo. Nos saludó con una sonrisa de oreja a oreja. Tenía unos cincuenta años, la tez morena, bigote y una mirada melancólica. Me dio la mano y la noté dura y agrietada. La casa tampoco parecía nueva. También estaba como agrietada, curtida por la lluvia y el viento, era de color marrón oscuro y parecida a su dueño. Por momentos hacía tanto viento que costaba respirar. Entramos: una mesa, cuatro sillas, un aparador, una estufa encalada y una cama cubierta con una manta gris. Olía a limpieza y al viento del sur que traspasaba la casa de parte a parte. Puse en la mesa dos botellas de vodka eslovaco. Heniek sacó otra, polaca, de la tienda de Zlobiska.

—Sólo tengo pan y conservas —dijo el anfitrión—. Voy a hacer té.

—No hace falta nada más —contestó Heniek, y nos sentamos.

Bebimos sin prisa, despacio y tranquilamente. Como ahorrando fuerzas para lo que aún estaba por venir. Ellos charlaban y yo escuchaba. Yo no era de allí, de modo que me tocaba esperar a que pasara un tiempo. Se hizo de noche y se enfrascaron en la historia de una muerte. Era la historia del asesinato de una mujer y había en ella amor y celos, como en una vieja novela romántica de las de verdad, de cuando las cosas aún estaban en su sitio. Alguien había sido acusado injustamente, alguien había querido escaquearse, pero no conseguí captar el verdadero sentido del relato. Yo no era de allí y no quería hacer preguntas. A veces dejaba de escucharles y me quedaba mirando cómo se inclinaban sobre la mesa, gesticulaban y sus grandes sombras se movían en las paredes. El anfitrión hablaba de un ahorcado que había encontrado en una casa abandonada y apartada. Heniek, de un policía que veía espíritus y acabó volviéndose loco porque nadie quería creerle.[4] Yo miraba y escuchaba, y a la tenue luz de la única bombilla ellos mismos se iban asemejando un poco a espíritus, a espectros irreales, de tan

absortos que estaban en una conversación sobre cosas y asuntos inexistentes que, sin embargo, para ellos existían sin lugar a dudas.

Más tarde, de madrugada, me trajo del remolque aquel abrigo, porque no encontraban nada para que me tapara. Se fueron a dormir en la única cama, y yo al desván. Hecho un ovillo, envuelto en el cuero negro, entre restos de heno, les oí discutir hasta altas horas. Por fin me dormí. Por la mañana compré el abrigo a mitad de precio.

Aunque ya hace tiempo de eso, todavía lo tengo. Al principio incluso me lo ponía. Ahora ya solo viaja conmigo. A veces lo uso para tumbarme debajo de la furgoneta. Puede que sea más viejo que yo, pero el paso de los años no ha hecho mella en él. Mucha menos que en mí.

En cualquier caso, fue Heniek quien me dijo que las tiendas de la ciudad solían necesitar transporte. Así empezó todo. Me enseñó la vía muerta y me presentó a las tenderas minoristas y a los mayoristas de los vagones. Me lo encontré varias veces en el descargadero, mientras elegía la mercancía con esa mirada suya un poco ausente, como si esperara algo, como si a través del presente avizorara una continuación. Luego desapareció y nadie supo decirme nada de él. Seguramente era todavía menos de aquí que yo, aunque ya de lejos olía a esta ciudad.

De modo que cada cierto tiempo tirábamos las cagadas de ratón y renovábamos la colección. La mercancía vieja no puede envejecer demasiado, porque ni los gitanos querrán llevársela regalada. Ventilábamos y sacudíamos. Lo que estaba doblado lo colgábamos para que se estirara un poco. No había que ir a ningún lado, así que yo traía cerveza y de vez en cuando hacíamos un descanso. En los días cálidos nos sentábamos a la orilla del río a mirar el otro lado. Constantemente llegaban nuevos coches a la gasolinera, repostaban y seguían su camino, como si ya nadie pudiera aguantar quieto en un sitio, como si la inmovilidad pudiera acarrear la muerte. Así debía de ser, pero yo aún no me lo creía. Un día que estábamos así sentados, dijo:

—Yo también tuve carné de conducir.

—¿Y qué pasó?

—Que lo perdí. Hace veinte años. Y nunca sabré si fue en Polonia o en Rusolandia.[5] En cualquier caso me di cuenta allí, cuando nos pararon. Veníamos de Sambir, de comprar ochenta gorros con orejeras.

—¿Ochenta qué? —pregunté, porque me pareció haber oído mal.

—Gorros con orejeras. Como los de las películas. De pelo de algún bicho, vete a saber, igual de gato. Habíamos vaciado tres tiendas de la calle principal. Nos miraban como a tarados, porque estábamos a principios de primavera. Pero les pagamos con rublos contantes y sonantes y se alegraron de que aquella ful desapareciera de los estantes. Llenamos el maletero del Fiat. Íbamos tres. Nos turnábamos cada cierto tiempo. Queríamos hacer noche justo antes de la frontera rumana, pasarla al amanecer y colocar toda la mercancía a primera hora de la mañana en el mercado de Suceava. Ese era el plan.

—¿Ochenta gorros de pelo en mayo?

—A mí también me extrañó, pero todos decían que había demanda. Cómo íbamos a saber lo que se les pasaba por la cabeza a los rumanos. Con lo que sacáramos por los gorros teníamos pensado comprar dos máquinas Overlock, porque en Polonia se podían vender por el quíntuple o así.

—¿De esas para la lana?

—Sí. Movías una palanca a la derecha y a la izquierda y te salía un jersey o una bufanda.

—O un gorro con orejeras.

—Pues sí. En el fondo, un círculo vicioso. En cualquier caso, nos íbamos turnando y apenas bebíamos. Queríamos volver cuanto antes, porque tampoco es que nos apasionara lo de hacer turismo. Ya habíamos pasado Ivano-Frankivsk. Florecían los manzanos, o los cerezos, o las dos cosas, y en los huertos había casuchas de madera, verdes con postigos blancos. Eso del comunismo sólo quedaba bien en la televisión. En vivo era el siglo XIX, como en

tiempos del zar, y punto. Nos dirigíamos hacia Chernivtsi sin que ocurriera nada digno de reseñar. Nos pararon en algún poblacho, Medvedivka, Berezovka o cualquier otro agujero. Estaban dentro de un Lada viejo, esperándonos precisamente a nosotros. Justo iba yo al volante. Sebosos, barrigones, con el careto rojo y esas gorras que parecían portaaviones. Se acercan, apestan ya a distancia, pero te miran como a una mierda. Los pobres hijoputas de Medvedivka… «El permiso de conducir», dicen. Empiezo a buscar, pero resulta que no lo encuentro. En el pantalón, en la camisa, en la chaqueta, en la guantera, en la otra, nada… Mis colegas empiezan a ponerse nerviosos y a palmotearse los bolsillos como si allí fueran a encontrar el documento que me daba derecho a viajar por carretera. Uno me susurra al oído: «Dales pasta a estos capullos y nos piramos». Total, que empiezo a buscar la pasta, pero me tiemblan las manos y no encuentro más que el certificado de matriculación de mi Fiat 125, y se me ocurre la genial idea de que puedo dárselo y decirles que es el carné de conducir polaco, porque qué van a saber ellos en su Berezovka o Baranivka. Y más con ese alfabeto medio bárbaro. Así que se lo doy, mientras sigo buscando la pasta. Y el tipo aquel, el más seboso, pregunta: «¿Esto qué es? *Shto eta?*». «El carné de conducir», digo. *«Voditielskiyeprava*». Entonces él se lo guarda en el bolsillo sin decir palabra y nos manda seguir al puto coche patrulla. Un minuto después estábamos en el centro del pueblo, delante de la comisaría. Había gallinas escarbando en la arena. El menos gordo de los dos sacó del bolsillo una llave y abrió la puerta. El más gordo estiró la zarpa para que le diera las llaves del coche. Entramos. Apestaba como en todas partes donde hay tíos que sudan, fuman, huelen mal y no abren las ventanas. Nos metieron a los tres en un cuarto con una ventana enrejada, un banco y suelo de sintasol. Cerraron y se largaron. Nos pusimos a deliberar, encontramos por fin el dinero y estábamos dispuestos a dárselo todo con tal de que nos dejaran en paz y nos permitieran irnos. Pero ellos no querían dinero. A las dos horas, cuando ya nos asfixiábamos con el humo de todo lo que habíamos fumado, se abrió la puerta y el gordinflas me indicó

con el dedo que lo siguiera, y allí, en aquella pseudooficina, había otros cuatro. Y también fumaban. El tufo de los Bielomor, tío, es tremendo. Todavía lo recuerdo, y no lo olvidaré hasta el fin de mis días…

Bebió un trago, dio una calada al cigarrillo y se quedó mirando a lo lejos, al otro lado del río, a la gasolinera y el carrusel de coches que iban y venían, pero en realidad otra vez miraba hacia el pasado, que constituía su auténtica obsesión, ya que no conseguía entender su funcionamiento, no lograba comprender su esencia. Le parecía que el pasado debería haber continuado, que no tenía ninguna razón para terminarse y dejarlo en la estacada. Y en cambio se veía obligado a hablar constantemente en pasado, mientras todo lo que tenía sentido desaparecía, y solamente el parloteo era capaz de arrancar de la inexistencia todos aquellos prodigios de los que había sido testigo y partícipe y que incesantemente trataba de resucitar.

—De todas formas el truco no funcionó. Era imposible que se lo tragaran. Y encima resultó que el gordinflas había servido en el ejército que ocupaba nuestra patria, en Legnica o por la zona, así que conocía la realidad polaca, y hasta tenía rudimentos de la lengua. Se sentó tras el escritorio y me miró como si le hubiera ofendido personalmente. «¿Y qué, pensabas que los rusos son gilipollas?», dijo al fin. «¿Que el ruso no se da cuenta, pensabas?». Cogió mi certificado de matriculación, lo miró, lo tiró sobre el escritorio y se oyó un «pías». Los demás nos miraban sombríamente por turnos a mí y al gordinflas, que debía de ser el jefe. «Como todos los polacos, pensabas que los rusos son idiotas, *da?*». Volvió a coger el documento, abrió un cajón y lo echó dentro. «Y encima estáis bebidos».

Dio otra calada y prosiguió:

—Para nada lo estábamos. Bueno, no demasiado. ¡Con lo atentos que había que estar! Los negocios, la carretera, el dinero, las ventas… así que muy moderadamente. Apuesto a que ellos lo

estaban más, a que llevaban décadas sin conocer la sobriedad allí en su Makivka, porque yo tampoco querría estar sobrio si tuviera que quedarme allí. Pero aquel día no me había metido en el organismo más que un trago de vodka y una cerveza o dos como mucho desde la mañana, y ya era por la tarde. Cuando dijo lo de «y encima estáis bebidos», había en su voz tanto desprecio que era para cagarse. Uno de los más jóvenes me llevó a nuestro camarote, por llamarlo de algún modo, donde solo podías sentarte en el banco que había pegado a la pared o pasear. «No sé qué va a pasar», les dije a los colegas.

Hasta la mañana siguiente no apareció nadie. Se turnaban para sentarse, caminar o echar una cabezada. Reinaba el silencio, hacía frío, todo era duro e incómodo. Al parecer los habían dejado encerrados y se habían largado a la noche de Makivka o Baranivka. Sin más. Debían de creer que no se harían daño, o les traía sin cuidado. Al amanecer llegó el gordo, abrió, les devolvió el documento y preguntó si alguno de los demás tenía carné de conducir. Tenían los dos. Les mandó seguir su camino.

—Eso fue antes de Kolomyia. A las dos horas estábamos en Chernivtsi. Una más y llegamos a la frontera. Torres de vigilancia, alambre de espino, perros… un campo de concentración, y no el Consejo de Ayuda Mutua Económica; no se habría colado ni un ratón. Con los rusos la cosa fue rápida. Pasamos al lado rumano. Yo llevaba diez dólares estrujados en el puño. Inmediatamente nos mandaron abrir el maletero. Ni siquiera nos miraron los pasaportes, solo les interesaba la mercancía. Porque allí entonces vivían en la pura miseria, tío, y los niños se morían de hambre en los hospitales, o de frío. Mandaba el zapatero y no había tutía. Los rusos estaban cebados; y los otros, más flacos y como más negruzcos. La cosa cambió al momento. Los rusos ya sabías de qué palo iban. Los otros tenían más inquina. Como si odiaran todo y a todos. Si tuvieras que cagar en un agujero en el suelo y por la noche alumbrarte con una vela, también estarías lleno de odio. Y así era. De noche viajabas por un país apagado. Como durante la guerra, como si se temieran

ataques aéreos. Mientras el zapatero se construía una pirámide en Bucarest, las mujeres se metían en el coño Biseptol polaco para no quedarse embarazadas y parir niños que luego fueran a morir de hambre. Cada cierto tiempo les hacían revisiones obligatorias para ver si se habían hecho un raspado o estaban preñadas. El zapatero andaba emparanoiado con que había muy pocos rumanos y que tenían que multiplicarse para acabar dominando el mundo. En cualquier caso, los otros vieron inmediatamente los malditos gorros. Se pusieron a remover, a hurgar, a revolver, como si buscaran vete a saber qué cojones, oro, conservas, yo qué sé… Y yo con los diez dólares apretados en la mano, esperando a que el que tenía más galones se apartara siquiera un instante, para que no hubiera testigos. Era un juego que ellos conocían bien. Los más jóvenes se fueron con nuestros pasaportes a esa caseta de perro suya. El mayor, con la jeta petrificada como la de un cadáver, contemplaba el maletero. Me acerqué y le di el billete. Lo cogió y se lo metió tranquilamente en el bolsillo. Ni me miró. Solo masculló: «*Putin, putin*», que era poco; y que «*supus taxelor vamale*», que habría que imponer un arancel a los gorros, porque, si no, ya nos podíamos volver con ellos a donde los rusos. En una palabra, como para desesperarse. Saqué otros diez. Tío, en aquellos tiempos veinte dólares eran la mitad de un buen salario, veintipico botellas de vodka, te acuerdas. Los cogió y se los guardó, el capullo rumano aquel. Luego revolvió un poco más en el maletero, escogió cinco gorros y, sin cortarse un pelo, a la vista de todos, se fue a su caseta. Enseguida vino uno de los jóvenes a traernos los pasaportes.

Yo le escuchaba y me lo imaginaba en su viejo Fiat, atravesando un país extraño, maniobrando entre burros y rebaños de ovejas; me lo imaginaba abriéndose paso entre lo ignoto, lleno de miedo a lo desconocido mezclado con desprecio por lo ajeno, por los tiros de burros y caballos flacos, por la *mámáligá,*[6] por los polis siniestros y andrajosos, por aquella nación envilecida y mísera, y el desprecio se

mezclaba todo el tiempo con el miedo, pues veía que ellos también estaban aterrados y rehuían la mirada, no querían conversar, no fuera a ser que el forastero les trajera la desgracia. Así que tenía miedo. En Bucarest vio a un madero aporreando a un hombre en plena calle hasta que éste cayó al suelo, para seguidamente propinarle varias patadas en la cara y marcharse tranquilamente. En conjunto aquello parecía una ocupación, y él, con el corazón en un puño, se dirigía a Estambul, había parado a dormir en Bucarest, y llevaba desde el amanecer atravesando a toda velocidad la agostada llanura, camino del Danubio y del Puente de la Amistad,[7] que le llevaría al otro lado del río, a Ruse, ya en Bulgaria. Pues para él aquello era como una expedición a otro continente, a la jungla, a la oscuridad y a tierras de salvajes. Por la mañana, frente a su portal, había cargado cristales de roca y cámaras Zenit rusas o alguna otra mierda, se había despedido de los colegas que iban al primer turno de la fábrica (que entonces todavía ahumaba y alimentaba misericordiosamente a toda la zona), se había asegurado de llevar las ruedas debidamente hinchadas, suficientes piezas y cámaras de recambio, garrafas para la gasofa barata soviética, había comprobado los rublos y dólares que llevaba distribuidos por los bolsillos, y al día siguiente ya hacía cola sobre el Puente de la Amistad, de cuatro kilómetros, que unía dos países aturcados dispuestos a arrancarse mutuamente los ojos en cualquier momento.

Recogíamos las botellas vacías y volvíamos al trabajo. Examinábamos otra vez una por una las prendas que quedaban. Cuantas más tiráramos, mejor. Gracias a ello teníamos la ilusión de estar empezando de nuevo, de que ahora las cosas saldrían de otra manera y los trapos se convertirían en oro.

Un día que teníamos casi vacía la furgoneta y yo me había puesto a comprobar el aceite, los líquidos, las luces, la dirección y la suspensión, mientras me preguntaba cuánto tardaría en descuajaringarse aquella cafetera, él dijo:

—¿Recuerdas que antes no había nada usado? Quiero decir, que casi no se podía comprar nada usado.

—Sí —contesté—. Lo recuerdo.

—¿Ves? Todo funcionaba hasta el final o luego se reciclaba para otros usos.

—De un abrigo viejo sacabas trapos para encerar.

—Las carrocerías viejas se convertían en gallineros.

—Con los neumáticos viejos se hacían maceteros.

—Los autobuses se los llevaba la gente para montar un cenador en el jardín.

—La ropa de los mayores la heredaban los pequeños.

Así fuimos echando la cuenta. Las amas de casa guardaban los paquetes de azúcar vacíos y las bolsitas de plástico de la leche. Las cosas duraban hasta el fin, sin cambiar de dueño; o cambiaban de función y comenzaban una nueva vida.

—Pero lo de ahora también se acabará —dijo—. Estamos en un período de transición. —Dio un puntapié a un neumático de la Ducato—. Llegará un momento en el que no podrás hacer nada con algo así. Sabrás de antemano cuándo, después de cuántos kilómetros, se te descuajaringará. Sabrás la hora y la fecha, y no podrás hacer nada más que contar los kilómetros. A los cien o doscientos mil se le caerán las ruedas, se gripará el motor y la chapa se llenará de agujeros como un colador. Por supuesto que habrá versiones más caras y más baratas, para más y para menos kilómetros, pero siempre desechables. Como la mierda china esa que ahora tienes que comprar en todas partes, porque no hay elección. Se jode a la semana o al mes, porque el chinito tiene que tener trabajo, mil millones de chinitos tienen que currar como tales, tienen que estar ocupados, no vayan a rebelarse.

Así decía y luego meneaba la cabeza como si le sorprendieran sus propios pensamientos. Puede que realmente le vinieran de fuera, de lejos, del cielo, del futuro, y él no hiciera más que expresarlos, ensimismado en la visión que le había sido revelada. Sonreía incrédulo, como si no acabara de confiar en sus propias palabras.

Para volver al presente, echaba mano a la guantera y se tomaba el trago de rigor. Al rato recuperaba la esperanza de que, a pesar de todo, el apocalipsis no llegaría ese día ni el siguiente, y nos daría tiempo a cargar nueva mercancía y hacer otro viaje. Yo estaba seguro de que siempre llevaba el itinerario planeado de antemano. Solo por cuestión de principios me preguntaba si a tal sitio o a tal otro, a no ser que me pareciera mejor un tercero. Dios mío, me daba la impresión de que había recorrido todo el continente al este del Elba y se lo había aprendido de memoria. Nunca llevaba mapa.

Aquella ciudad me deprimía, pero sabía que no encontraría otra mejor. Miraba a los taxistas que pasaban los días enteros en la plaza mayor y, en el fondo, me sentía un tipo con suerte. Jamás vi a ninguno arrancar con un cliente a bordo. Se tiraban horas de palique, después se metían cada uno en su coche a leer el periódico y hacer crucigramas: río de Europa, tres letras, la primera la «r», la última la «n», y luego volvían a juntarse para parlotear sobre cuánto consumía cada coche en carretera y cuánto en ciudad, y que si los judíos habían comprado los yacimientos petrolíferos árabes y ahora iban por el gas ruso, así que en uno o dos años ya nada compensaría, no compensaría ni aquella espera entre el sol y el polvo, y ya nunca nada, por los siglos de los siglos, amén. Era el estribillo de aquella ciudad: «No compensa». No habían probado otra cosa que esperar allí parados, porque no les habría compensado. Sí, ese miedo pueblerino a quedar en ridículo, a que te den por el culo, a que la realidad te la meta doblada, flotaba sobre la ciudad como una niebla. Sólo la inmovilidad y la espera daban sensación de seguridad. Plantados junto a sus coches, les daban palmaditas en el techo y abrían la puerta para ventilar los pedos. Eran mi consuelo. Miraban con desprecio mi Ducato oxidada cuando pasaba, con mucho cuidado, junto a sus relucientes Mercedes traídos del Reich, con los que en cinco años habían hecho cinco mil kilómetros. Me deslizaba con aquel trasto macarrónico mío, que no conocía el estropajo, casi rozando las ancas fardonas y resplandecientes de la chatarra germana, mientras buscaba con la mirada a mi socio frente al estanco de la esquina, donde solíamos

quedar. Allí tenían los cigarrillos más baratos de la ciudad y allí se aprovisionaba. Yo aminoraba la marcha y él subía de un salto, se desplomaba sobre el respaldo, tomaba aliento y preguntaba:

—¿Has repostado?

—A medias —le contestaba—. No me daba para más.

—¿O sea?

—Pues para unos cuatrocientos kilómetros, porque no llega a la mitad.

—Hoy en Máriafalva celebran una gran romería.

—¿En dónde?

—A unos ciento cincuenta de aquí, pero la fiesta en realidad empieza por la tarde.

—Pues qué quieres que te diga —repuse.

—Ya verás cómo compensa. Bajan de los pueblos de la zona, y nosotros tenemos varias cazadoras de cuero y un par de chaquetas de piel. No falla. Podemos llevar también golosinas y despacharlas en Eslovaquia, donde aún se les puede sacar beneficio, y a la vuelta traemos algo de cerveza y saldremos ganando. —Tanteó el bolsillo de la chaqueta—. Tengo algo para arrancar.

Salí de la plaza mayor y tiré cuesta abajo, hacia el puente. Eran casi las diez. Ante la tienda de la esquina estaban los mismos tipos de siempre. Los veía a todas horas. Estaban allí plantados incluso por la noche, aunque la tienda estaba cerrada y alrededor no había ni un alma caritativa que les diera una moneda. Eran dos o tres y se pasaban un cigarrillo. El delírium les hacía salir de sus casas, si es que tenían casa, y necesitaban hablar para no oír todas aquellas voces que en la oscuridad les incitaban al mal. Wladek les saludó con la mano. Luego me mandó poner rumbo a la vía muerta y las barracas donde funcionaban los mayoristas. Allí compró golosinas, pastas rellenas, galletas redondas espolvoreadas con azúcar, caramelos y una docena de tabletas de chocolate relleno. En la misma bolsa metió dos botellas de agua mineral helada y lo envolvió todo con trapos.

—A ver si no se derrite —dijo.

Porque hacía calor. Llevábamos las ventanillas bajadas. El verano tocaba a su fin. No ganábamos nada. Nos pasábamos el tiempo viajando, porque siempre es mejor que quedarse sentado mirando llegar los coches a la gasolinera. La furgoneta sacaba fuerzas de flaqueza. Yo rezaba para que aguantara hasta el invierno, para que no se estropeara hasta finales de noviembre, porque entonces podría venderla y tendría con qué subsistir hasta la primavera. Lo que ganábamos nos daba para el carburante y para una borrachera tranquila a la semana. Pero estábamos en movimiento. Yo iba atento a los ruidos del motor, esperando a que en cualquier momento se partiera el pasador de la biela, se desgastaran los cojinetes, se abombara la junta de la culata o se encendiera el piloto de la presión del aceite para no apagarse más. Pero no pasaba nada, salvo que cada vez consumía y contaminaba más. Se avecinaba una agonía larga y costosa.

Dejamos atrás Zlobiska. En la plaza mayor vacía había un gran todoterreno. Estaba tan embarrado que no pude identificar la marca. En torno a él rondaban dos mozalbetes que parecían sacados de una película: pantacas de lona verde con decenas de bolsillos, botas militares con cordones hasta media pantorrilla, gafas de espejo y gorros como de Vietnam o de Irak, en cualquier caso tenían aspecto de refinados catadores de aventuras extremas de fin de semana. Y también estaban embadurnados de barro y satisfechos, y sólo la falta de público debía de fastidiarles un poco, porque Zlobiska, según su costumbre, los observaba desde detrás de los visillos. Llegó trotando un chucho y les meó una rueda. Fue todo lo que vi en diez segundos.

Eramos los únicos que teníamos esa mercancía. El resto vendía ropa nueva. Basura china. Tirada sobre un plástico puesto directamente en la tierra. El viento soplaba llenándolo todo de arena. A espaldas

del pueblo empezaba una llanura agostada. Las imitaciones chinas, calentadas por el sol, apestaban a caucho y a pegamento. Estaban amontonadas en pilas de diez o quince pares y quien quisiera algo tenía que buscar su talla solito. Pero no había interesados. Los vendedores, de pie con los brazos cruzados, parecían indios pensativos. Las chaquetas se mecían en sus perchas. Dios mío, si hasta seguían teniendo camastros plegables sobre los que colocaban, como antiguamente, lo que no se podía tirar en la tierra. Por ejemplo, los jerséis y los chándales. Pero nosotros éramos los únicos que teníamos la genuina y distinguida bazofia Paris-London-New York, los verdaderos reyes de la ful. Había un tiovivo dando vueltas y también tenían salami y vino Tokaji, y literatura religiosa bajo un toldo de lona, y chucherías en vitrinas con ruedas de bicicleta, y gallitos de arcilla, y rojas ristras de pimientos, y helados, y tiro al blanco, pero sólo nosotros teníamos cazadoras de piel negra en las que aún persistía un olor de perfume a cien dólares el frasco.

En el aparcamiento los autobuses se hundían en la arena. A la sombra había grupos de gente sentada comiendo huevos duros. Más allá se extendían largas filas de coches y, al final, formando un rebaño separado, diez o quince viejos Dacias. Eran tan viejos que no se adivinaba su color.

—Maramure —dijo—. ¿Ves las matrículas?

En las placas se veían las letras SM.

—Satu Mare, tío. Estuve allí como dos veces. No hay nada. La ciudad se acaba enseguida y hay que tener cuidado con los burros y los carneros.

—¿Qué hacías por allí?

—Nada. Iba de paso.

Nos pusimos al final de todo, o en realidad a medio camino. Ya no entre los tenderetes, pero todavía no en pleno campo, sino en el aparcamiento, tras nuestras parientes pobres de marca Renault. La última de la fila tenía desinflada una rueda delantera. Sacamos de atrás unas tablas, montamos el mostrador, pusimos encima las cajas de prendas sueltas y al lado un perchero con cinco chaquetas de

suave piel negra. El viento traía arena y todos se frotaban los ojos. Habíamos hecho más de cien kilómetros para vender basura. Nadie nos miró siquiera. A lo lejos se oían cánticos de monjes. Allí se reunían todos: católicos, unitas, ortodoxos y calvinistas. Una vez al año. Unos llegaban en coche; otros venían a pie, campo a través, desde los pueblos vecinos; había quienes se desplazaban desde los Cárpatos o desde la Gran Llanura. Tras ellos acudían todos aquellos buitres con sus puestos y también nosotros.

De modo que nadie quería nada de nosotros. El viento arrancaba pedacitos de papel ardiendo de nuestros cigarrillos. Entonces aparecieron ellos. Aparecieron entre las barracas y los tenderetes, caminando lentamente por el descampado arenoso y lanzando ojeadas a ambos lados. Primero los hombres, y detrás las mujeres. Los hombres iban de negro. Llevaban cadenas de plata al pecho, botas vaqueras con refuerzos plateados y rígidos sombreros negros de ala ancha. Cuatro hombres y cinco mujeres de tez oscura y párpados pesados y soñolientos. Sin mirar alrededor, lo veían todo: la cautela circulaba por sus venas a partes iguales con la sangre. Andaban como a cámara lenta, como ahorrando fuerzas. En las botas vaqueras se posaba el polvo de la Llanura. Los zapatos de charol de las mujeres habían perdido por completo el brillo. Se hundían en la arena. Pero ellas, pelinegras, erguidas e indiferentes, eran de otro mundo. Caminaban como en un sueño vigilante.

Lo compraron todo. Todo lo de piel negra. Lo cogían, lo extendían, les preguntaban a las mujeres y ellas asentían con la cabeza. «*Zece miiforint prea unu*», decía Wladek, y entonces ellos proponían su precio y se armaba un follón, porque de pronto la somnolencia desaparecía y los números los devolvían a la realidad. Los hombres sacaban fajos de billetes, las mujeres se acercaban, manoseaban la mercancía, ponían cara de asco y meneaban la cabeza. «*Zece mii*», «*Nu zece mii*», «¿Cómo que no *zece mii*, coño? ¡Si están casi sin estrenar, y ahí en vuestra Draculandia jamás habéis visto nada mejor! ¡En mi tierra esto cuesta por lo menos *douázeci mii*! ¿Entendéis, hermanos y hermanas?». Empezó a quitarles las

pieles negras, se las arrancaba de las manos sin más y las amontonaba, dándoles a entender que se fueran a la mierda. Ellos tiraban en su dirección, blandían billetes azules de mil forintos, formaban fajos, escupían en ellos, les daban palmaditas, y parecía que estuvieran a punto de liarse todos a guantazos. Se gritaban en dos o tres lenguas e intercambiaban sumas que yo ya no era capaz de descifrar, hasta que debió de empezarles a faltar el aliento, porque se quedaron callados y desfallecidos como si se hubieran peleado de verdad. Wladek lanzó sobre las tablas una brazada negra y uno de los otros, por lo visto el mandamás, recaudó el dinero entre los demás y puso el fajo junto a las pieles. Wladek lo contó en un abrir y cerrar de ojos, puso cara de resignación y dijo: *«Bine*. Que os aprovechen y no os las quitéis ni para dormir». El gerifalte y él se estrecharon la mano y los demás cayeron nuevamente en su somnolencia. Nos miraron desde lejos, desde debajo de sus pesados párpados, desde otro mundo, y se fueron lentamente.

Y él sacudió la cabeza, se sirvió un chupito y empezamos a recoger. Nos habían dejado cuarenta y dos mil en billetes azules. Guardamos las cajas de prendas sueltas y desmontamos el puesto. Los del cutrerío chino seguían plantados sin moverse.

Cerré el portón trasero y estábamos listos.

—Antiguamente, con esta pasta habría comprado blusitas negras brillantes con bordados dorados y habría tirado hacia casa pasando por Záhony y Chop.

—¿Por Ucrania?

—Sí. Es decir, por la Unión Sofétida, por Transcarpacia, ¡Dios mío! Los años ochenta… Aquellas blusas, tío… Dabas un rodeo para pasar por poblachos tipo Strumkivka, Dubrynychi, Velykyi Bereznyi, por las montañas, por las aldeas que bordeaban una frontera y otra, porque eran más tranquilas y había menos policía, y solo en Uzhok, antes y después del desfiladero, había garitas, barreras, sus guardafronteras veían nuestra patria desde lo alto, porque desde allí, cuando hace bueno, la visibilidad alcanza cien kilómetros, se aburrían y no estaban tan podridos como el resto de los maderos, porque al fin y

al cabo la soledad y el contacto con la belleza del paisaje hacían lo suyo. Y aunque había que tener no sé qué papelorios y permisos, hacían la vista gorda. Por una o dos blusas de aquéllas, ¿entiendes? La Rutenia transcarpática andaba enloquecida por aquel entonces. Parabas, por ejemplo, en Rozluch y ni siquiera tenías que sacar ni enseñar nada, no, bastaba con que se viera algo por el cristal y ya aparecía una tía, luego otra, viejas, jóvenes, y ya tenías a todo el Rozluch femenino rodeando la furgo. No había más que bazofia, pura ful de Estambul, para mí que *made in India*, y a los tres lavados aquellas creaciones no valían ni para sonarse los mocos… Pero el hilo dorado, el hilo dorado en medio de un koljós… Lo que en Hungría comprabas a granel, al otro lado podías venderlo por cinco o siete veces más. Sí… Dos o tres viajes, no me acuerdo, y nadie nos tocó un pelo. En el ochenta y ocho, me parece…

Se ralentizó, como si su propia memoria lo refrenase. Miraba la plaza polvorienta, los tenderetes, los coches hundidos en la arena, pero parecía no ver todo aquello. El viento soplaba de la planicie. Cada vez más fuerte. Del pueblo llegaba un tañer de campanas. Los monjes habían cesado de cantar. Un sol rojo bajaba rodando hacia el oeste. Las sombras eran ya largas y negras. Olía a humo de leña y a abono. Entonces la vi.

Se acercaba, enorme, negra, conduciendo a sus crías. La gente, al percatarse de su presencia, se quedó petrificada, y luego empezó a abrirle paso. Nunca había visto una tan grande. Caminaba con el hocico pegado al suelo, olfateando. De vez en cuando se paraba, levantaba la cabeza y olisqueaba el viento cual perro de caza. Conducía a seis lechoncillos, que correteaban con el hocico a ras de tierra, se separaban y se volvían a juntar, inquietos y sebosos. Irrumpieron en la explanada de las baratijas chinas. La vieja seguía el pasillo principal entre los puestos. Los cochinitos, no más grandes que perros medianos, se comportaban como niños, comprobando cuánto les estaba permitido. La madre daba chillidos, parece ser que

tenían permiso para alejarse mientras estuvieran al alcance del chillido maternal. Olfateaban las pilas de imitaciones. Metían el hocico entre los montones de vaqueros y chaquetas. Gruñían y roncaban con sus agudas voces infantiles. Los de las baratijas permanecían inmóviles y miraban cada vez más alarmados. Eran tres hombres y una mujer. Más bien vietnamitas que chinos. A ver quién los distingue. Pero hubo una época en la que solía ver a muchos de unos y de otros, y los vietnamitas tenían rasgos más delicados. En cualquier caso, se parecían más a los blancos que los chinos. Pero igual me equivoco. Permanecían inmóviles y miraban. Habían llegado al oeste, al extremo de la Gran Llanura Húngara, provenientes del este, al igual que los húngaros mil años antes. Los unos necesitaban pasto para sus caballos; los otros, mercados donde dar salida a los excedentes de la confección (con perdón) china. Un lechón agarró con el hocico una chaqueta de un montón y se puso a arrastrarla por la tierra. Uno de sus hermanos o hermanas se unió inmediatamente al juego. A treinta metros oí el sonido de la tela al rasgarse. Entonces uno de los vendedores arremetió contra los animales y empezó a repartir puntapiés entre los hermanos cerdiles. Llevaba una cazadora azul grisácea igual a la destrozada, vaqueros y zapatillas de deporte blancas. Los cerditos empezaron a desgañitarse en gemidos lechoniles. Un chillido agudo y penetrante se elevó sobre la plaza. Entonces la madre se puso en marcha. La vi por el rabillo del ojo. Apartó de un empujón a dos o tres mirones y, como una pequeña locomotora en caliente, tomó carrerilla. A medida que se acercaba al objetivo, más largos eran sus pasos. Por fin se despegó de la tierra y derribó al vietnamita. Cayeron varios metros más allá. El hombre quedó inmovilizado bajo el corpachón negro. Desapareció. Solo se veían los tenis blancos pequineses. Lanzaron una o dos coces, arañaron la tierra con los talones y dejaron de moverse. La cerda lo había incrustado en la tierra y le había desgarrado la garganta. Ahora bebía de allí a lengüetazos y se relamía. Acudieron los puerquitos y formaron un círculo compacto. Ya no se veían ni los tenis. Nosotros, los mirones, también formábamos un corro amplio

que poco a poco se estrechaba. Se oía a las bestias lamer, relamerse, produciendo un chapoteo suave y cálido, y de pronto una mujer, una de ellos, empezó a aullar con una voz que ninguno de los presentes había oído antes. Echó a andar en dirección a la familia porcina con los puños apretados contra las orejas, mientras su voz se elevaba más y más; una voz de esas que, según dicen, hacen estallar el cristal.

La cerda levantó el hocico embadurnado. La mujer seguía avanzando y aullando. La bestia se apartó dos pasos del hombre y empezó a observarla. Retrocedió, tensó los músculos y estaba claro que no tenía miedo de nada. Y todos nosotros habíamos perdido el aliento de puro pavor. Deseábamos que volviera a lo que había comenzado y dejara de mirar a su alrededor. Veinte, tal vez treinta vendedores y casi otras tantas vendedoras pensaban: tú come, zámpate al amarillo y a nosotros déjanos en paz.

Pero ella no se decidía. Miraba a la mujer menuda de los puños contra las sienes y daba pasitos hacia atrás, como preparándose para otro salto. Por fin se puso en marcha y empezó a acelerar como si ejemplificase algún teorema cinético. Los demás estábamos a quince metros. Y entonces se oyó un silbido. Largo, penetrante, como si te hubieran traspasado con un hilo los dos oídos. Clavó las pezuñas en la arena y se detuvo. El que silbaba era el mandamás al que Wladek le había dado la mano. El animal volvió la cabeza, miró una vez más a la mujer y a continuación dio media vuelta y emprendió el regreso, marchándose por donde había venido.

El hombre esperaba a cierta distancia, con su traje negro y su sombrero. Seguía con la vista a la familia porcina. Con la mano a modo de visera escudriñaba la llanura a contraluz.

Íbamos en silencio. Yo conducía lo más rápido que podía. Nos habíamos largado inmediatamente. Por miedo a los maderos. No teníamos ganas de interrogatorios. Con la rueda izquierda iba pisando la línea central. Podríamos considerarlo una huida. Seguro

que algunos seguían allí de pie con la vista clavada en la oscuridad. En Nyíregyháza nos perdimos, pero Wladek farfulló que nada de dar la vuelta para buscar el camino, que por allí también llegaríamos, aunque tardásemos un poco más. La carretera se estrechó. Casi todos los indicadores empezaban por *Tisza* Tisza-tal, Tisza-cual. Por la ventanilla entreabierta se colaba un aire sofocante. Apestaba a ciénaga. Se olía el río. Pasamos un puente. Llegamos a Tokaj, pero rodeamos el centro. Por todos lados había barriles pintados de negro y letreros y anuncios: *bor, vine, Wein, vigne, wino*, y así sucesivamente, hasta el árabe y el japonés, por qué no. Las terrazas de los bares estaban llenas de gente sentada bajo sombrillas. Los vi levantar los vasos para brindar. A sesenta kilómetros de allí una cerda negra había degollado a una persona, y ellos tan tranquilos tomando vino blanco. En todas partes los arcenes estaban llenos de autocares y coches. Entramos en un viaducto. Abajo zumbaba la autopista. Pero enseguida se acabó todo. El ruido, el movimiento y las luces. La carretera se llenó de baches. Contra el fondo del cielo, todavía un tono más claro que la noche, se dibujaban siluetas de montañas. Atravesamos un pueblo. Unas cuantas luces amarillearon en la oscuridad y se apagaron. Puse las largas. La carretera ascendía serpenteando suavemente a través de un bosque. Reduje a tercera y eché un ojo al indicador de temperatura.

—No vinimos por aquí —dije.

—No. Pero da lo mismo —contestó—. Veinte kilómetros de montañas, un trecho llano, y ya Eslovaquia.

Encendió un cigarrillo y echó mano a la guantera. Empezaron las curvas cerradas y tuve que meter segunda. Al borde de la carretera se extinguía una hoguera.

—Leñadores, seguramente —dijo. Se tomó su lingotazo de rigor, cerró la botella y la devolvió a su sitio—. En mi vida había visto nada igual.

—¿El qué?

—Que una cerda mate a un hombre. Era una mangalica.

—¿Una qué? —pregunté, porque no estaba seguro.

—Una mangalica. La cerda. Es una raza. Tiene una capa gruesa de tocino. A menudo los dejan sueltos para que pazcan a su aire. Van a donde les da la gana, en manadas enteras. Viví una temporada en un pueblo de Hungría. Se acercaban hasta la ventana, hozaban en busca de comida, pero no le hacían daño a nadie. Tenían unas orejas enormes. Como elefantes.

—¿Qué vendías en un pueblo húngaro? —pregunté.

—Nada. Sólo vivía allí. Vendía café austríaco en Rumania. Ya te lo contaré otro día. No consigo dejar de pensar en la cerda. No voy a poder dormir.

Llegamos al filo de la medianoche. Nos habíamos olvidado de las golosinas. Sacó la bolsa de plástico, la examinó a la luz de una farola y meneó la cabeza. Lo vi alejarse, algo encorvado, por la acera vacía. Iba al encuentro de su destino y de una noche insomne en su piso de la cuarta planta.

Pronto nevará y todo se volverá más negro. El río, el asfalto, los árboles y los arrabales con sus casetas de perro y su desbarajuste. El aire huele a frío y a humo de carbón. Mañana o pasado nevará. Por la noche. Por la mañana todo estará en silencio como si algo hubiera cambiado o fuera a comenzar desde el principio. Nieve en las ramas, en las barandillas, en las vallas. Las angulosas superficies blancas de los tejados y el humo de las chimeneas. En la quietud de la mañana se oirá el ruido de las palas contra la acera. Entonces me quedaré en la cama escuchando. Por la ventana veré el manzano asilvestrado cubierto de plumón blanco. Así permaneceré un rato. Luego la nieve se derretirá y caerá, y empezará a oírse el estruendo del puente.

Pero eso será dentro de unos días. Ahora el cielo está gris y la temperatura ronda los cero grados.

Esta mañana fui al centro. He hecho un comedero para pájaros y quería comprar pipas de girasol. Las venden en la tienda de animales. Qué sitio tan raro. Das tres pasos y, en vez de la calle fría y gris, tienes una imitación del trópico con su calor y su hedor. En las jaulas alborotan loros. En los acuarios verdosos nadan de aquí para allá peces exóticos. Reina la penumbra. Los compradores no son exóticos. Hablan en voz baja. Como intimidados por la atmósfera subtropical. Las viejas compran comida para loros y gatos. Los chavales, accesorios para acuarios. Los peces se venden en bolsas de plástico llenas de agua. A veces alguien se lleva algo contra las pulgas, serrín para el hámster o un collar de perro. Pero de algún modo todos parecen solitarios y silenciosos. Tienen la cara tranquila

y triste y recuerda a la sala de espera de un médico o al hospital cuando muere un allegado.

Compré las pipas y salí. Entonces me di cuenta de que la tienda lleva en el mismo sitio desde que me acuerdo. El día que vine a vivir aquí ya estaba. Lo demás ha ido cambiando. Constantemente surgía algo para desvanecerse enseguida. Tiendas, bares y laboratorios fotográficos han aparecido y desaparecido sin dejar rastro. Unos se transformaban en los otros, pero sobre todos ellos flotaba un aura de derrota. En el bar de ensaladas ahora vendían pantalones. Existió cosa de un mes y nunca vi que entrase nadie. Había un chico y una chica sentados mirando por la ventana, pero nunca acudió nadie, de modo que lo cerraron tan silenciosamente como lo habían abierto. Ahora allí había pantalones y por la misma ventana miraba una chica rubia. Contemplaba la estrecha callejuela por la que no pasaba nadie. Aparecían nuevos establecimientos, pero eran innecesarios. A veces me daba por pensar en las personas que emprendían todo aquello. Se levantaban por la mañana, tenían fuerza y valor, y luego se quedaban observando cómo lo que habían realizado se desmoronaba. Y volvían a empezarlo todo desde el principio. Como si fueran tontos o heroicos. En cualquier caso, indestructibles. Los admiraba. Abrían bares y contemplaban las mesas vacías. Ponían tiendas, llegaban al amanecer y se quedaban mirando la nada. Solo subsistía aquel almacén de serrín, comida para gatos, huesos de goma y polvos contra las pulgas.

No me apetecía volver, así que di un rodeo por la ciudad. A veces alguien me saludaba. Le devolvía el saludo con la cabeza y seguía andando. No tenía nada que decir. Era mediodía, pero parecía el anochecer. Un noviembre eterno flotaba sobre los tejados. Salí de la zona urbanizada. Al pie de una pequeña escarpa se extendía una explanada fangosa. Allí se instalaban los vendedores ambulantes. Una vez al año plantaba su carpa el circo Transilvania, y dos veces al año montaban un parque de atracciones eslovaco. La gente decía que siempre había sido así. Desde que recordaban. En aquel retazo de tierra de nadie siempre habían acampado extraños. A principios

del otoño venían los camiones besarabios cargados de sandías. Colgaban sus arcaicas balanzas de muelle en el único árbol que crecía en la plaza. Vendían un poco y seguían su camino, hacia el oeste y hacia el norte. Recuerdo a los ucranianos que vendían quincalla, herramientas, papel de lija y pistolas de plástico. También vendían alcohol rectificado. Lo traían en garrafas, lo diluían con agua del río y lo embotellaban. Aquel vodka fluvial era más barato que el más barato de los vinos. Un día mataron a uno de ellos. Uno que vendía alfombras, cristales de roca y chicas jóvenes. Vi su coche. Era difícil adivinar la marca, porque lo sepultaban las alfombras y los cristales. Tal vez un Mercedes, tal vez todavía un Volga. Alguien se le acercó por detrás, le puso la pistola en la cabeza y disparó. Eso decía la gente. Oyeron el silbido de la bala al rebotar. No pillaron a nadie. Todos habían visto la muerte, pero nadie al asesino. Ni siquiera se sabe si lo buscaron. A fin de cuentas no era más que un ruso muerto a manos de otro ruso: eso decía la voz popular del mercadillo.

Los rumanos traían *halva*. En bloques de a kilo envueltos en papel grasiento que colocaban sobre periódicos. También tenían brandy balcánico dulzón en botellas marrones de medio litro. Y nada más. Permanecían de pie, solitarios, morenos y tristes. Podrían ser gitanos. Y debían de serlo. Los vi varias veces hasta que por fin desaparecieron tal y como habían aparecido: sin hacer ruido y sin dejar rastro. Los eché en falta.

Desde lo alto de la escarpa estuve mirando la explanada. Al otro lado, a lo lejos, se alzaba un conjunto de bloques grises de cuatro pisos. Allí vivía. A pesar de la distancia y de la escasa luz, distinguí su ventana. Me lo imaginé fumando en el balcón, mirando los neones de la feria. La montaban en primavera y en otoño. Unas cuantas caravanas formaban un semicírculo en cuyo centro plantaban las atracciones. La noria, el tiovivo, la montaña rusa, el barco vikingo, los inmortales coches de choque y se acabó. De día aquello parecía una fábrica bombardeada o un gigantesco paraguas roto. Al anochecer encendían las luces y la maraña de hojalata,

hierros y tubos oxidados se convertía en un espejismo multicolor. Llegaba la chiquillería y levantaba la cabeza para seguir los círculos ígneos que trazaba la noria. Llegaban los rapados y no sabían muy bien cómo comportarse en aquel escenario insólito. Así que se paseaban por el barro y, por si acaso, maldecían en voz alta. Pero se mantenían formando una piña. Los maquinistas eslovacos que ponían en marcha los cacharros parecían marineros que hubieran dado varias veces la vuelta al mundo y ya no temieran nada. Tenían los brazos tatuados y la cara inmóvil. Encendían el tiovivo para dos o tres mozuelas estridentes, y fumaban mirando al infinito. Un viaje duraba más o menos medio cigarrillo. Eran tres: el más grande, el mediano y el pequeño. Llevaban pantalones de chándal y camiseta interior. Wladek los conocía. Decía que eran hermanos. Al pasar por la explanada los saludaba uno por uno. Intercambiaban unas cuantas palabras, *ahoj*, qué tal, tirando, *maj set dobre*, y ya está. A veces les vendía cigarrillos baratos de allende la frontera ucraniana, para que tuvieran qué fumar mientras estaban parados o esperaban a que se juntara su joven clientela.

Iba a ver a Eva.

Eva, metida en una estrecha caseta amarilla, vendía las fichas para las atracciones. Su figura en la ventanita rectangular recordaba un cuadro bello e ingenuo. Parecía un poco una santa, una santa soñolienta, una santa recién despertada. No habría sabido adivinar su edad y tampoco se la pregunté nunca a Wladek. Aunque es muy posible que él tampoco lo supiera. ¿Veinticinco? ¿Treinta? ¿Treinta y cinco? En aquel entonces creo que ni me lo planteaba. Su rostro y su figura invalidaban tales preguntas, pues su vida se desarrollaba un poco fuera de la realidad, un poco al margen de la cotidianidad. Cuando lo veía llegar, le sonreía de lejos y se atusaba maquinalmente la melena negra. Si no había cola, y nunca la había, podían charlar y, efectivamente, lo intentaban. Pero su timidez, su delicadeza y su somnolencia hacían que la conversación se interrumpiera constantemente, se quedaba callada y terminaban sonriéndose sin más el uno al otro, separados por la estúpida

ventanita de la taquilla con su estrecha repisa en la que él intentaba acodarse, pero era demasiado baja, de modo que acababa en una ridícula postura medio agachada. Se llamaba Eva y llevaba rebequillas ceñidas de colores. Apuesto la cabeza a que las encontraba en las tiendas de segunda mano. Verdes, amarillas, rojas, turquesas, todas chillonas, raídas y con las mangas estiradas.

Un día me dijo simplemente: «Quiero que veas a alguien… Digo, quiero que conozcas a alguien», se corrigió.

La feria se quedaba unas dos semanas. En primavera continuaba hacia el norte, mientras que a principios de otoño o todavía a finales de verano regresaba hacia el sur. Entonces atravesaban Eslovaquia y pasaban los últimos días cálidos en Erdóhát o en alguna parte entre Maramuref y Satu Mare. Por aquellos lares la gente no tenía demasiados pasatiempos ni demasiado dinero. Para dar una vuelta en el tiovivo o subir al cielo en la noria traían huevos, tocino ahumado, quesos salados y aguardiente de ciruela. Con la llegada de las primeras lluvias todo tocaba a su fin. Los hermanos uncían grandes tractores Zetor rojos a los remolques y las caravanas y se iban a hibernar.

Su presencia fugaz en la ciudad tenía algo de triste carnaval. El esplendor ficticio, la opulencia impostora y la suntuosidad falsificada iluminaban el cielo negro y sobre la explanada fangosa flotaba un resplandor. De noche era el lugar más luminoso de toda la ciudad. Los adultos también se detenían allí. Se quedaban al borde de la oscuridad, mirando. La ciudad se iba volviendo fantasma, se le escapaba la vida poco a poco, y de repente en sus confines brotaba un espejismo desvergonzado capaz de dotar de sentido a la provisionalidad, la quimera y la desidia. A lo mejor ni siquiera querían girar, volar y dar vueltas, pero les obsesionaba la idea de que, en cualquier momento, podían cerrarles el chiringuito, recoger los bártulos e irse con la música a otra parte, dejándoles como recuerdo y consuelo aquella plaza embarrada.

Cuando aparecían ellos dejábamos de trabajar. Un descanso. Al menos entonces no teníamos pérdidas. Yo me ponía a hurgar en la furgoneta. Buscaba las partes oxidadas, las raspaba, las limpiaba, les daba masilla, las pulía y las pintaba con espray de color más o menos blanco. Probablemente si la hubiera dejado en la calle con las puertas abiertas y la llave en el contacto habría seguido allí hasta el día del juicio. Lo peor era lo de los neumáticos. Bajo la goma se traslucía la lona. Me daban miedo los maderos. En la ciudad y alrededores Wladek los conocía a todos, de modo que básicamente no nos molestaban. Bastaba con hacer aquel gesto lento y cansado a modo de saludo, y arre. Los conocía al igual que conocía la ciudad, pues formaba parte de ella. Pero una docena de kilómetros más allá ya no había tutía.

Yo miraba la gasolinera del otro lado del río, las decenas de coches de segunda mano, y pensaba en neumáticos usados. Todos los arrabales, todas las carreteras de salida de la ciudad estaban sembrados de ellos. La compañía Visegrád tenía su red de ventas. Sobre la tierra desnuda delimitada con malla de alambre se alzaban pilas de neumáticos. Los vendedores se guarecían en viejas *roulottes*. En invierno se calentaban con estufas de gas. En verano sacaban las sillas afuera, pues dentro no había quien aguantara el calor. Miraban pasar los coches y esperaban. Con un ojo miraban la carretera y con el otro sus televisorcillos portátiles. Algunos tenían suerte, porque dentro de su alambrada crecía un árbol y se sentaban a su sombra. A ellos Wladek también los conocía. A cambio de una botella nos daban juegos de neumáticos completamente gastados. Siempre me tocaba a mí ponerlos, lo cual a veces me llevaba el día entero. Nos alcanzaban para dos o tres mil kilómetros y quedaban inservibles. En realidad lo estaban desde el principio, pero fingíamos que nos esforzábamos y que no nos rendíamos.

Una vez al año venían grandes camiones, los cargaban con la peor basura y se la llevaban a saber dónde, para hacer sitio a una nueva remesa de morralla. Igual se la llevaban a los rusos, igual a África. Una parte, con toda certeza, iba a parar por la noche a los

descampados que bordeaban la frontera. Después alguien les prendía fuego y desde las colinas que dominaban la ciudad se veían columnas de humo negro.

Sí, eso fue el verano que la cerda negra mató a aquel asiático.

Llegaron y tardaron tres días en armar su empresa de ocio. Al parecer venían nada menos que de Lituania. Eso dijo Markus, el más pequeño y más hablador de los maquinistas. Aparecieron pocos días después de nuestro regreso de Máriafalva. Pagaron a cinco o seis paisanos para que les ayudaran a montar los cacharros. Entonces los conductores se alejaron en sus Zetor rojos hasta perderse de vista y no volverían hasta pasadas dos semanas, una vez que la ciudad y la comarca entera se hubieran divertido a más no poder. Solo quedaron los tres tatuados, un jefe invisible y siempre ausente y, claro, ella.

No se separaba de ella ni un paso. Si me topaba con él era siempre en los alrededores de la explanada, siempre por la zona, como si velara por ella a distancia. Era fácil tomarlo por uno de los maquinistas. Les ayudaba. Fumaba con ellos. Bebían con moderación y discreción. Debía de tratarlos como se trata a unos hermanos que tienen una hermana a la cual te puedes acercar justamente gracias a ellos. Esperaba a que no hubiera nadie junto a la ventanilla y acudía a intercambiar unas palabras. Empezó a cuidarse. Se afeitaba con frecuencia. Dios mío, si hasta se echaba colonia. Llevaba pantalones planchados con raya, una camisa clara y una chaqueta más bien justita de hacía veinte años. Algo había ocurrido con el tiempo. Parecía como si para él estuviera empezando de nuevo. Encontró en el armario un traje viejo y se lo puso. Hacían una pareja estupenda. Cuando se acercaba a su ventanita y le hablaba, ella no paraba de sonreír, intentando mirar por encima de su cabeza. Parecían personajes de un cuadro de algún artista rústico o de un tapiz de cocina. Los sábados y los domingos, que venía más gente, a veces se ponía a la cola y le daba una sorpresa tipo: «Dos para la noria, por favor» o «Una para el tiovivo, si es tan amable».

Entonces ella se hacía la sorprendida, pero al final le vendía las fichas y él las repartía entre los niños.

Por la noche todo queda vacío. Sopla un viento helado. Pasan chavales con la capucha puesta en busca de botín o de refugio. En manadas de dos o tres. Trotan como perros y enseguida desaparecen. Nadie sale a la calle. Cuando cae la oscuridad, en el aire se siente un olor a plástico quemado. La gente echa la basura en la estufa para ahorrar en la recogida. De las chimeneas sale un humo negro que se pierde en las tinieblas de la noche. Esta ciudad empezó a morir antes de mi llegada. Yo observaba su agonía y buscaba consuelo en ella. Contemplaba su descomposición y no tenía que pensar en mi propia vida. Casi todos los días veo a un anciano empujando un triciclo cuya parte trasera la compone un cesto de alambre. Nunca va por la acera. Siempre por el borde de la calzada. Los coches han de frenar para sortearlo. A veces se forma un pequeño atasco. Pero eso a él no le preocupa. Atraviesa los cruces a su ritmo, de acuerdo con las normas que él mismo ha establecido. Encorvado, arrastrando los pies, apoyado en el manillar, va recorriendo la ciudad y metiendo en el cesto de su triciclo cosas que encuentra en los contenedores. Trapos, cartones simplemente: cosas. Lo hace durante el día y por la tarde se encamina hacia los arrabales más lejanos. La carretera que lleva en esa dirección está llena de curvas y va cuesta arriba. Hace mucho que lo veo, años. Cada vez me propongo seguirlo, a pie o en coche, para ver dónde vive. Me imagino que a lo largo de todos estos años habrá acumulado cientos, miles, decenas de miles de cosas sin dueño. Y debe de haberlas colocado, ordenado, dispuesto de alguna manera. Su ritmo de vida tan regular, su determinación, su caminata

cotidiana a unas horas concretas tenían algo de heroico. Por momentos me parecía que imprimía ritmo a la ciudad, que era una especie de péndulo. No exigía nada ni esperaba nada. Era realmente viejo. Nunca lo vi montado en su vehículo. Se apoyaba en él. No tenía fuerza. Me daba miedo que, el día que se muriese, la ciudad se desintegrase del todo.

Pero hoy he vuelto a verlo. Con sus botas de goma forradas de fieltro y su gorro con orejeras, empujaba su armatoste a través del puente. Por el cauce del río venía un viento helado. Poco antes del anochecer el cielo empezó a despejarse. Iba a helar. Empujaba su vehículo en dirección a los arrabales del este. Yo estaba al otro lado del puente. Acababa de salir de casa. Me apetecía tomar algo en un bar y había pensado en el Antaiek. Me gustaba su tranquila desesperanza. Hombres sentados evocando el pasado. Nadie hablaba del futuro. Todo había ocurrido ya y los acontecimientos se habían agotado. Yo me quedaba escuchando. A veces no decían nada. No tenían adonde ir. Salían por la mañana y tenían que dejar pasar el día. Intentaban beberse el vodka que traían consigo, pero el barman andaba alerta y les gritaba que lo guardaran o se piraran. Hacia el anochecer los daba por imposibles. El también tenía una botella escondida en la trastienda. A ratos el televisor que colgaba del techo ahogaba los demás sonidos. A ratos daba la sensación de que todos estuviéramos actuando. Tan sólo estábamos un poco más sucios, más mugrientos y envejecidos. Pero se trataba del mismo programa, la misma desidia, la misma trampa sin salida. Allí, a plena luz y a la vista de toda la humanidad, palmaban idiotas repintadas y ocurrentes capullos, y aquí moríamos nosotros, teniendo como únicos testigos al barman y a nosotros mismos. Era un morir tranquilo. Sencillamente, la vida se iba evaporando poco a poco. A veces se sentaba alguien a mi mesa y me preguntaba:

—¿Qué hay, chófer? ¿Sigues con lo del transporte?

—Poco —contestaba—. No hay con qué.

—Justo, chófer, no hay con qué. No hay, y a joderse —suspiraba mi fugaz compañero y se iba.

Así que me gustaba aquel lugar porque nadie se te acoplaba. Me gustaba la resignación que impregnaba las ropas, los muebles y las paredes.

El los conocía a todos. Sabía sus nombres, sus fechas de nacimiento, sus historias y, al parecer, era capaz de predecir su fin, incluidas la forma y la fecha aproximada de su muerte.

—Tío, recuerdo los viejos tiempos y nací aquí —me dijo cierta noche, dos mesas más allá. Ya debía de hacer frío, porque el vaho se posaba en los cristales—. Lo he visto todo. El resto me lo han contado los que han visto más todavía. Y si no lo vieron, pues se lo inventaron, porque eso era aún mejor que la verdad. Antes la gente inventaba más y creía más en lo inventado. Podías sentarte y pasarte la noche entera contando patrañas sobre tu vida o la de cualquier otro y siempre tenías oyentes. Hoy en día todos quieren saber cómo fue en realidad, porque tienen miedo. ¿Entiendes? No creen en nada y quieren saber la verdad. Oséase, quién se la ha metido doblada. Nadie los previno. Pisoteados sin previo aviso. Primero todo era de mentirijillas y luego, de pronto, iba en serio. Los rusos se piraron y no vino nadie en su lugar. ¿Te das cuenta? Y ya no vendrá nadie. Al menos hasta que lleguen los chinos. Y ellos nunca habían sabido vivir solos, no sabían elegir y habían perdido la costumbre de que se pudiera elegir mal. Ahora son como niños viejos y ya no van a aprender nada. Además, ¿qué habrían de aprender? ¿Que ya se pueden ir al carajo? ¿Que en realidad son ellos los parias de la Tierra, pero que les toca irse a tomar por culo o estarse calladitos, porque ya nadie va a cantar canciones sobre ellos? Quién querría aprender algo así… Aparte, que aquí eso se sabe, se siente, se lleva en la sangre. Sólo a veces, sabes, surge una especie de fe o de esperanza de que quizá tal vez algo, tal vez alguien… De que un truco del almendruco, de que, entiendes, una feliz casualidad, de que en vez del ruso aparezca otro un poco diferente, un ruso un poco mejor; porque, ya que aquel tuvo que irse, en su lugar deberían haber mandado a otro nuevo…

Se avecinaba el otoño y las ventanas estaban empañadas. Hablaba alto, sin importarle lo más mínimo que pudieran oírle. Todo estaba apenas comenzando. No le había preguntado, pero se ve que quería hablarme de la ciudad, quería compartir lo que sabía, un conocimiento que allí no le hacía falta a nadie, pues todos lo habían aprendido de un modo u otro, sin siquiera darse cuenta. Simplemente lo sabían, pero no les servía de nada. El, en cambio, procuraba aprovecharlo. Por otra parte, aunque no supiera nada, poco habría cambiado. En cierto sentido él era la negación de esta ciudad. La sal de la tierra autóctona, carne de su carne y sangre de su sangre, pero en el fondo un traidor. Se hallaba poseído por el movimiento, el cambio y la huida. Estaba sentado en aquel bar, igual de gris y de cansado que los demás, pero dispuesto a salir en cualquier momento y tomar el rumbo que fuera preciso. Hacia el sur, hacia el este, hacia el norte, con la esperanza de volver cambiado, de volver liberado de la joroba de esta ciudad, de volver hecho un as del ramo del comercio y el trueque: saciado, cargado, rico y tranquilo. Pero nunca lo consiguió. Regresaba azuzado por la inquietud, regresaba para tomar aliento y sentir la tristeza, la tranquila desesperanza que le daba fuerzas y volvía a ponerlo en camino.

Sí, debió de ser a finales de otoño, o puede que estuviera empezando ya el invierno. Y yo había venido a parar aquí unos años antes a principios de la primavera. El vaho se condensaba en los cristales.

—Nadie les manda levantarse por la mañana, nadie les manda acostarse —decía, sin importarle en absoluto que lo escucharan.

A veces alguien se acercaba a darle la mano, pero nadie se sentaba. Los conocía a todos, pero aquellas relaciones, con el paso del tiempo, se habían vuelto muertas. Se les había escapado la vida y habían quedado los gestos.

Ahora era igual. Otra vez empezaba el invierno y otra vez se acercaban tíos a saludar y enseguida se iban. Se habían acostumbrado a mí. Puede que estuviera allí sustituyéndolo, que me hubiera convertido en su sombra.

Aquel verano fue largo. No había modo de que se acabara. Se iba transformando imperceptiblemente en otoño, pero seguía haciendo calor. Un calor que llenaba los callejones de la ciudad y velaba con una bruma violácea la cresta de las montañas del sur. El río estaba bajo. Se podía cruzar al otro lado saltando de piedra en piedra. Me pasaba los días a la sombra, mirando la otra orilla, la gasolinera. A veces me parecía oler el tufo de la gasolina. Los edificios, los surtidores y los coches vibraban en el aire caldeado como espejismos. Me sentaba a fumar en un viejo asiento de coche. A mediodía abría la primera lata de cerveza. A veces no lo hacía hasta la una o las dos. Supongo que estaba esperándolo, esperando a que se presentara con alguna idea: que me propusiera coger la furgoneta y tirar hacia allí o hacia allá, a vender algo, o al menos a intentarlo. Pero él no aparecía. Aquella romería húngara había sido el último lugar en el que habíamos ganado algo. De modo que esperaba hasta el mediodía o un poco más y por fin abría una cerveza. Cuando llegué aquí, hace ya tiempo, tenía algunos ahorros y aquel verano me los estaba terminando de comer y de beber. Fumaba cigarrillos baratos y tomaba cerveza barata del supermercado. A veces me proponía no fumar, pero aguantaba como mucho tres horas. Intentaba no pasar de las cuatro o cinco cervezas. Me había planteado agenciarme una tele. Podía comprar una de segunda mano. Al precio de diez cajetillas de tabaco. Pero era demasiado difícil, demasiado complicado. Prefería mirar la gasolinera. Permanecía allí hasta entrada la noche. Con eso me bastaba. A veces me quedaba adormilado y me parecía que todo era un sueño. Las luces, la música retumbante, los cláxones, los gritos, el ruido de las botellas al romperse, el rugido de los motores y el

chirrido de los neumáticos al arrancar, el carrusel de coches yendo y viniendo, el olor a goma chamuscada y el caos. Pensaba que se trataba de un sueño; que en el revestimiento oscuro e inerte de la ciudad alguien había quemado un agujero y allí, en aquel espacio llameante y hediondo, ocurría todo aquello, aquel lúgubre carnaval de los automóviles dando vueltas en redondo, las maldiciones y los gritos. Los sábados por la noche desde mi orilla se veían los techos de veinte o treinta coches. A cada instante arrancaba alguno, llegaba otro y otro más, pero luego resultaba que eran todo el tiempo los mismos. Hacían una ronda por la ciudad y se quedaban quietos un rato, descansando, jadeando como perros, y vuelta a empezar: los neumáticos quemados, los chirridos, el trayecto hasta la rotonda… De ellos se apeaban tipos flacos con la cabeza rapada y las orejas de soplillo, daban un portazo y, con paso palmípedo y chancleteante, iban hasta la tienda de la gasolinera a comprar cerveza. Al lado de las cabinas telefónicas había tías mascando chicle. Llevaban el pelo teñido y básicamente no se diferenciaban en nada unas de otras salvo por la estatura. Mascaban mirando al infinito y a veces les entraba la risa floja y se doblaban por la cintura. Fingían no observar a los rapados que iban a por birra. Cuando se apagaban las luces de la feria, aquel era el lugar más luminoso de la ciudad. Y ellos eran como mariposas nocturnas. No les quedaba otra cosa. No se les ocurría nada más. Debían de haberlo visto en algún sitio, en alguna película, porque no hacían nada que no se les hubiera enseñado antes. A veces veía a las parejas abandonar la luminosa explanada de hormigón e intentar ocultarse en las tinieblas de la orilla del río. El agua negra reflejaba las luces y la oscuridad no era total. Realizaban movimientos rápidos y nerviosos. Parecía un forcejeo. Luego volvían por separado a la plaza y se reunían con los suyos. Eran como emigrantes o refugiados.

Al sentir que el rocío humedecía los cigarrillos me metía en casa. No encendía la luz. Tiraba la ropa en cualquier sitio y me acostaba. Antes de dormir abría la ventana para oír el monótono murmullo de la ciudad. Dejaba lo de lavarme para la mañana siguiente. Los días

eran largos y ociosos y tenía que llenarlos con algo. Para dormirme más rápido, rememoraba mi propia vida.

Apareció una madrugada, cuando yo aún dormía. Sentí una ráfaga de aire y me arrebujé aún más en el edredón. Pero, junto con el frío, en el aire flotaba un olor a tabaco. Me volví sobre el costado. Estaba sentado en una silla, con el codo derecho apoyado en la mesa, fumando y esperando a que me despertara.

A eso del mediodía me puse a adecentar la furgoneta. Metí en sacos los trapos viejos. Nadie habría comprado aquello. Ni los gitanos. Los ratones se habían construido nidos de lana y poliéster. Apestaba. Estaba todo tan arrugado que no se habría dejado planchar por nada del mundo. Fui metiéndolo en sacos que luego colocaba contra la pared. Poco a poco el patio se iba transformando en un basurero. Me temía que cualquier día la dueña me echara una bronca y me mandara hacer algo con aquello, llevármelo, tirarlo, lo que fuera. Pero ella aparecía con su sonrisa benévola, me preguntaba si me encontraba a gusto allí y se esfumaba. A veces me daba la sensación de que no era de allí, de que venía de lejos, de otra época: tan distinta era de esta ciudad. Llevaba una chaqueta gris oscura, una blusa color crema y unos botines de piel con cordones. Las prendas no eran mucho más jóvenes que ella, pero conservaban su antigua elegancia casi sin menoscabo.

Pensaba en mi casera y limpiaba la furgoneta. Restregué el interior de la parte trasera con estropajo y lavavajillas y lo enjuagué. Fregué las cajas de plástico, fregué incluso las tablas con las que montábamos el mostrador. Lavé la Ducato por fuera, limpié la cabina, quité el polvo y la suciedad, sacudí las alfombrillas, vacié los ceniceros y dejé las puertas abiertas para que se ventilara y se secara. Levanté el capó. El motor estaba cubierto por una capa de aceite y polvo. Saqué la varilla y comprobé el nivel. La viscosa sustancia negra apenas alcanzaba la marca del mínimo. Encontré en el garaje una lata de aceite que les había comprado hacía tiempo a los rusos del mercado. Cuatro litros costaban lo que uno. No me

había atrevido a usarlo hasta entonces, pero el momento parecía haber llegado. En la pringosa etiqueta estaba pintado un cohete rojo, y un rótulo en cirílico decía *«kosmos-diésel»* y algo más. Eché un litro y guardé el recipiente detrás del asiento. Llené el depósito del limpiaparabrisas con lavavajillas diluido en agua. Me subí, giré la llave, esperé a que se apagara el testigo de las bujías y accioné el arranque. Giró una vez, otra, otra más, cada vez más despacio y, cuando ya estaba a punto de pararse, se encendió.

Me costó reconocerlo. De hecho ni lo vi. Hasta que se movió no me di cuenta de que había alguien en aquella nave baja y alargada. Las ventanas eran demasiado pequeñas, pero aún era temprano para encender las luces. Estaba sentado tras un escritorio en el rincón más oscuro. A sus espaldas tenía un portón metálico gris. Se movió y sentí cómo, junto con él, se movía el aire en toda la nave. O quizá tan solo respiró más hondo y eso bastó. Había encanecido totalmente. El pelo blanqueaba en la penumbra. Me pareció más grande, más pesado que la última vez que lo vi.

—No enciendo si no es necesario —dijo.

Movió la mano bajo el tablero del escritorio. Se hizo la luz por un instante y enseguida se apagó.

—A veces me quedo hasta tarde. No puedo dormir.

—¿Y viene alguien? —pregunté.

—A charlar un rato. Algún que otro colega.

Me acerqué. Sobre el escritorio había un flexo, un pequeño televisor, un cenicero limpio, papeles y una montaña de periódicos. Ahora vi que había engordado de veras.

—No sabía que eras tú —dije.

—¿Cómo lo ibas a saber?

—Me dijo que viniera aquí a seleccionar y cargar, y que todo estaba ya apalabrado.

—Sí. Por dos mil euros. A pagar en dos meses.

—Dijo que en tres.

—Se equivocaría. En cualquier caso yo preferiría que fueran dos. Bueno, o dos y medio.

—Igual me equivoqué yo. Debería apuntarlo todo.

Señaló con la cabeza una silla de plástico y me senté. En la penumbra, cada vez más densa, distinguí hileras de colgadores metálicos. Se extendían hasta el infinito. Colgaban de ellos millares de prendas. La nave era grande como un campo de fútbol. El techo descansaba sobre unos cuantos pilares de hormigón. Apestaba a detergente barato y muros viejos.

—¿Qué había antes aquí? —pregunté.

—Un matadero —contestó—. Pero hace mucho, y el olor ya se ha ido. Estuvo un montón de tiempo vacío.

—¿Hace mucho que lo tienes?

—No. Un mes, puede que algo más.

—Te vas a cargar a la competencia.

—Bueno, en vez de ir a los putos vagones, podrán comprar aquí.

—Qué exquisitez —dije.

—Eeeso. Sin prisa, todo ya cribado y clasificado.

—¿Y compran?

—De momento piensan que las cosas aún pueden cambiar y volver a ser como antes. Pero yo he hecho un pacto de exclusividad con los de los vagones. No le venderán nada a nadie más en la ciudad.

Hablaba despacio, con indiferencia. Levantó un momento la mano, pero enseguida la dejó caer sobre el escritorio, como constatando lo inútil de malgastar fuerzas en hacer un gesto para algo tan evidente. La oscuridad se hizo casi total. Se enderezó en la silla, no sin dificultad.

—¿Sigues teniendo aquel abrigo?

Le contesté que sí. Que aunque estaba hecho polvo no lo había tirado. Y luego añadí que más valdría ponerse manos a la obra. Se movió tras el escritorio y bajo el techo de la nave empezaron a titilar los fluorescentes. Una luz gris llenó el almacén. Lo vi alargar la mano hacia atrás y sacar un par de muletas con las que se ayudó para levantarse. Cuando, cojeando, hubo salido de detrás del escritorio, me miró a la cara y dijo:

—La derecha, hasta la rodilla. La enfermedad de Buerger. Detesto estar metido entre cuatro paredes, pero ya ves. Ven que te enseñe dónde está cada cosa.

Elegí solo cosas de piel. Chaquetas, cazadoras, chalecos, unos cuantos abrigos e incluso varios pantalones. Añadí algunos vaqueros y cuatro trajes casi nuevos. Se lo llevé todo al escritorio. Fue mirando y apuntando los precios y tirando las prendas sobre un plástico extendido en el suelo. No cogí nada de mujer. Se formó un buen montón.

—Todavía quedan veinte euros —dijo—. Si dejas que te dé un consejo, llévate camisas negras de hombre. Quince —y señaló un perchero al fondo de la nave.

Fui hasta allí y arramblé con brazadas enteras. Allí quedaba todavía el quíntuple, y a continuación empezaban las de color azul marino. Luego abrí el portón de acero y, con cuidado, metí la furgo marcha atrás. Me estuvo observando sin decir palabra mientras yo lanzaba a la parte trasera la mercancía pesada e inerte, que al caer producía chasquidos viscosos y despedía destellos metálicos. Encima de todo eché los trapos. Cerré la puerta de la furgoneta.

—Suerte —dijo.

—Gracias. —Le di la mano. Sentí su piel dura y seca—. ¿Te acuerdas de aquel tío con el que estuvimos bebiendo en su casa? —pregunté.

—Sí, claro —contestó alzando las cejas.

—¿Cómo se llamaba? No consigo acordarme.

—Zalatywój. Jan Zalatywój.[8]

Saqué la furgoneta y bajé a cerrar el portón metálico. Lo vi de lejos, sentado, inmóvil bajo una luz gris y mortecina que enseguida se apagó, y sólo quedó encendido el flexo del escritorio, mientras que a él lo ocultó la oscuridad.

Dos días más tarde la feria se fue. Quedó un círculo gris de tierra pisoteada. Se pusieron en marcha antes del amanecer. Entre sueños me pareció oír el retumbar de los tractores, remolques y caravanas atravesando el puente. A las pocas horas yo también estaba listo. Desconecté los fusibles, cerré la bombona de gas, corrí las cortinas, eché la llave y la escondí bajo un alféizar de chapa medio suelto.

Pasé a recogerlo. Esperaba ante su portal. Llevaba al hombro un bolsón de viaje de lona azul marino, y a los pies tenía una venerable maleta de escay de un color que pretendía pasar por piel. Vestía un traje marrón grisáceo de hacía diez años con una quemadura de cigarrillo en la solapa. Y un polo de franjas horizontales blancas y azules. Paré la furgoneta y él sonrió como si fuera el día más feliz de su vida.

—Se fueron a las cuatro —dijo.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Fui a despedirlos —respondió mientras se apoltronaba en el asiento. Tenía los ojos enrojecidos y el aliento le olía a alcohol.

Pusimos rumbo al sur. Dejamos atrás la ciudad. En los jardines florecían las primeras flores otoñales. Hacía sol. En Monastyrzyska la carretera empezaba el ascenso sinuoso hacia el puerto de montaña. En una explanada arcillosa se alzaba una vieja cabaña de madera en la que había una tasca. Quien se dirigiera a la otra cara de la sierra podía pararse allí a beber para el camino. Así debía de ser antiguamente, cuando por allí pasaban únicamente carros tirados por caballos. Ahora sólo bebían los lugareños. En una tabla suspendida sobre la entrada habían escrito con pintura verde: CASA BASIA. Me mandó parar en la explanada y se bajó. La tasca tenía un porche, y en él una mesa para beber cuando hacía calor. Aún era temprano y a la mesa sólo estaban sentados dos hombres tomándose su cerveza matutina y mirando la carretera. A uno de los postes que sostenían el porche estaba atada una vaca, esperando a que su dueño saciara la sed antes de seguir adelante. Wladek saludó

a los dos hombres y entró. Al cabo de un rato salió con un bulto alargado envuelto en un saco de yute.

Mientras se sentaba y echaba mano a la guantera, le pregunté qué era aquello.

—Cuernas, tío. Una hermosa cornamenta de desmogue.

Y hermosa puede ser la ganancia si encontramos comprador.

—¿Y de dónde la has sacado?

—Me la ha dado Mietek. Mietek, alias el Tejón.

Volví a la carretera. Ahora venía una recta larga y tan empinada que a duras penas bastaba con la tercera marcha. Se acabó el pueblo y empezó el bosque. Cada vez que pasaba por allí tenía la misma sensación de haber estado mucho tiempo atrás, de visita por aquellos pagos. Surgía una escena invernal: una ventisca nocturna y un autobús que intenta encaramarse a la cumbre, pero las ruedas patinan, trituran impotentes la nieve y al final la gente se baja a empujar y poco a poco el vehículo empieza a subir por sus propias fuerzas. Pero nunca había estado antes allí. Ni como adulto, ni de vacaciones cuando era pequeño. Y, sin embargo, la imagen era nítida como un sueño que se hubiera repetido varias veces.

—Un hombre del bosque, podría decirse. Sale al amanecer, vuelve al anochecer y lo sabe todo. Dicen que lleva la cuenta de cada ciervo y cada lobo, del primero al último. Sabe en qué hueco habita la trucha más hermosa y dónde brotarán los boletus más grandes este año. Lo sabe, sin más. En la época de la berrea, localiza a los ciervos machos por el olor. Sin más. Antes hacía de guía para cazadores italianos.

Llegamos a la primera serie de curvas, en un recodo el bosque se abrió en dos por un momento y al fondo, a lo lejos, se divisó la cúpula blanca de una iglesia ortodoxa y, tras ella, las construcciones de un pueblo, diseminadas y cada vez más dispersas. Se perdían entre la vegetación macilenta.

—Ahí vive —continuó la historia—. A dos o tres kilómetros del pueblo. Pero ha vendido la casa.

—Entonces ¿dónde vive? —pregunté al tiempo que daba una vuelta casi entera al volante.

—Ahí, en esa casa. La ha vendido con él dentro. El trato es que vivirá ahí hasta que muera.

—¿Y quién la ha comprado?

—Unos raros. De la ciudad. Le obligan a lavarse y le prohíben decir palabrotas. Eso me contó.

—¿Cuántos años tiene?

—Cincuenta y pico.

—Pues debería mandarlos al carajo.

—Eso mismo le dije yo. Pero es manso como un niño.

—Pero debería.

Llegamos por fin al puerto. El indicador de temperatura se acercaba ya al máximo. Menos mal que no llevábamos más que trapos. Menos mal que no éramos chatarreros. A mano izquierda, entre los árboles, en lo más alto del puerto, había un cementerio austríaco de tiempos de la Primera Guerra Mundial. Entre decenas de cruces se erguía una *matzevá*, una lápida judía. Bajo ella yacía Mendel Brod, del Cuarto Batallón de Cazadores. Empezamos el descenso hacia la cara sur. Después de tres meandros la carretera se enderezaba y así eran los últimos quince kilómetros hasta la frontera: una cinta gris de asfalto, recta como un tiro, subía a una serie de lomas transversales no muy altas. Por momentos la Ducato alcanzaba los cien por hora.

Como de costumbre, paramos en el paso fronterizo. Junto al edificio principal ardían varias hogueras. Sobre pilas de ladrillos borbotaban ollas y teteras. La chiquillería rodeó la furgoneta. Wladek bajó a saludar a los mandamases, que estaban sentados en las escaleras del antiguo puesto de aduanas. Se pusieron a conversar, a reír, a darse palmadas en la espalda. Ellos llevaban el torso desnudo y fumaban. Hablaban al aspirar el humo y hablaban al expulsarlo. Nosotros no sabíamos hacer eso. Cuando estaban callados, daban caladas aún más profundas. Fumaban con tanta fruición que, hipnotizado, saqué un cigarrillo del paquete, aunque acababa de

tirar una colilla no hacía dos minutos. Fumaban tan ávidamente que deberían actuar en todos esos anuncios ilegales que salen en Internet. Me llamó, así que bajé y me acerqué. Olían al humo de las hogueras, a tabaco, a piel caliente y a alcohol.

—Podemos comprar gasofa a mitad de precio —me dijo.

—A saber de qué tipo —respondí.

—De qué tipo, de qué tipo… Barata, tío. ¿No te basta?

—¿Tú has tenido coche alguna vez?

—¿Y eso qué tiene que ver? ¡Hay que demostrárselo, porque al parecer estamos tratando con el incrédulo Tomás de la automoción! A ver, hermanos, ¿dónde la tenéis?

Los hermanos señalaron el interior de la aduana y entramos.

Tenían de todo: placas de matrícula de toda Europa, de América (California y Québec), y de no sé qué Arabia amarilla llena de jeroglíficos serpenteantes. Sabe Dios quién habría pasado por allí, pues dudo que fueran importadas. Y, además, tapacubos con el símbolo de Mercedes, Volvo, Toyota, Ford, Fiat y el resto de las marcas internacionales, seguramente de todos los tamaños. Un poco usados, resquebrajados, manchados, pero estaban colgados de las paredes y podía uno elegir. Lo mismo con los emblemas de la carrocería, al gusto de cada cual, desde estrellas de Mercedes hasta símbolos de Suzuki y Seat. No había más que sacarlos de la caja y pegarlos donde te diera la gana con pegamento universal. Por no hablar de todo lo demás. Tulipas de faros traseros, espejos, manillas, parachoques, alerones, alfombrillas de goma (obligatoriamente con su marca correspondiente), manojos enteros de vírgenes para colgar de los retrovisores, garrafas de plástico sin etiqueta (a primera vista, aceite), líquido para limpiaparabrisas y para radiadores, fundas para asientos de auténtica imitación de tigre y de cebra, pomos para la palanca de cambio con cisnes y copos de nieve, tenían incluso un pirulo de policía; y aparte, por supuesto, radios y equipos de música que parecían naves espaciales, altavoces del tamaño de cubos de fregona y embellecedores dorados para tubos de escape. Eso fue lo que me dio tiempo a ver, pues enseguida se abalanzó sobre mí.

—¡Venga, nos la llevamos!

—¿Quieres comprar gasolina aquí?

—¿Qué te pasa, tío? Te la cobran a mitad de precio, y yo aún voy a negociar para pagarles una parte en trapos.

—Que nos la enseñen —acepté resignado. Con su entusiasmo no se podía hacer otra cosa que esperar a que se le pasara.

Contra la pared, en un rincón, ocultos por asientos de coches deportivos, había contenedores de plástico grueso con capacidad para cuarenta litros. Como los que generalmente se usaban para transportar productos químicos, venenos, guarrerías líquidas y tal. Desenrosqué el tapón de uno y lo olisqueé. Era gasóleo y a la vez no lo era. Tenía algo en común con el petróleo, con la petroquímica, pero al mismo tiempo se le notaba algo diferente, cierto dulzor. Un aceite bronceador que apestara a tractor viejo, o al revés. El color también era raro. Un poco demasiado oscuro. Mojé los dedos y los friccioné. Era oleaginoso. Al tacto se parecía a lo que sale de los surtidores.

—¿De dónde lo han sacado?

Se rascó la cabeza, miró al techo, representó toda la pantomima titulada «tú lo has querido» y dijo:

—De transformadores.

Los tres que habían entrado con nosotros se animaron al oír la palabra «transformador». Empezaron a reírse y a asentir con la cabeza. *«Ano, ano, transformator, transformator, da, da…!»*[9]

—¿De qué transformadores?

—Normales, tío. De media y de alta tensión.

En Zborov doblamos a la izquierda, hacia el sureste. A derecha e izquierda se extendían sembrados. El monocultivo eslovaco hasta el horizonte. Ningún lindero, ninguna señal de propiedad, ninguna zanja divisoria con sauces. Ciento ochenta hectáreas de colza, ciento cuarenta hectáreas de centeno. Cada vez que entrábamos en aquella zona me daba un bajón. Ahora todo estaba segado, cosechado y

muerto. Vivían en sus pueblos semejantes a ciudades en miniatura: de ladrillo, apiñados, pared con pared. Smilno, Jedlinka, Hutka. Escuchábamos los gorgoteos tras la fina pared de la cabina. Habíamos comprado ochenta litros en dos garrafones de plástico. Los hermanos negros nos habían dado unas cuerdas con las que atamos la mercancía para que no diera bandazos. Traían aquello de las minas y plantas siderúrgicas muertas de los Montes Metalíferos. Primero extraían los restos de carbón de los escoriales; luego, el acero de toda la maquinaria inerte que nunca más cobraría vida. La policía les disparaba, pero solían trabajar por la noche, invisibles en la oscuridad y habilidosos. Sólo cogían lo que estaba abandonado. Vaciaban el aceite de los transformadores y luego los derribaban para destripar sus entrañas de cobre. Aquello no se diferenciaba en nada de coger setas en el bosque, colocar cepos o atrapar peces con las manos desnudas. Llevaban siglos haciendo lo mismo.

Smilno, Jedlinka y Hutka. Después venía Svidník. A la izquierda, hundidos en la vegetación, había lanzacohetes, cañones y tanques soviéticos, como si la guerra hubiera acabado ayer. La gente caminaba entre aquella chatarra, los niños se encaramaban a los blindados. La simbiosis perfecta del paseo y el triunfo militar checoslovaco. Aquí se acordaban con nostalgia de los rusos. Hasta el supermercado de la cadena austríaca Billa se encontraba en la calle de los Héroes Soviéticos. El viento del desfiladero levantaba polvo en la rotonda. Allí, al norte, entre campos infinitos, en el vacío de los monocultivos segados y cosechados, había tanques rusos de la Segunda Guerra Mundial. A razón de dos o tres en cada colina, agazapados, emboscados, esperaban a los Tigers y Panthers alemanes, esperaban desde hacía sesenta años a los espíritus de los ejércitos acorazados. Ellos mismos los habían aniquilado y ahora se morían de aburrimiento y herrumbre. Tal era la apariencia de aquello: la de una paranoia. Tanques y cañones diseminados por cientos de hectáreas. Y, además, aviones sobre pedestales de cemento, Yakovlev o Lávochkin. De vez en cuando alguien los pintaba de verde y velaba porque los hermanos negros no

aprovecharan para intercambiarlos por alcohol, adornos para sus mujeres y golosinas para sus hijos. Bien puede ser que lo intentaran tras el ocaso y, más silenciosos que el viento y más oscuros que la noche, la emprendieran con aquellas bestias de hierro. Un T-34 pesa alrededor de veintiséis toneladas, de modo que podría dar de comer a una familia mediana durante un año por lo menos. Se lo dije a Wladek. Dejamos atrás la rotonda y tiramos hacia el sureste.

—Los vigilan —dijo—. No siempre, pero los vigilan. Por las noches mandan patrullas y los vigilan. Como los patatales en otoño.

—¿Policía de los patatales? —pregunté.

—No es policía. Las sociedades rurales se organizan. Salen a patrullar con linternas y palos, porque es verdad que estos a veces cavan las patatas ajenas antes de tiempo. Los gitanos son un pueblo sin tierra, tío.

—¿Y los tanques?

—De los tanques sí se encarga la poli, que al fin y al cabo son propiedad del Estado. Una vez un tipo que conocí, un tal Potok, estaba bebiendo con sus colegas, Bocian y Jirka Zyndram, allá por Kapisová o Kruzlová, llevaban la noche entera privando en una cabaña de contrabandistas, y de madrugada Potok tuvo una visión: a través del Valle de la Muerte, que en eslovaco se llama Udolie Smrti, cruzarían hasta Polonia, contemplando por el camino los ejércitos resucitados de los muertos y bendiciéndolos, pues quizá no se hubieran enterado del advenimiento de la paz paneuropeo-bruselense. Y cuando, ya al alba, iban camino de la teórica frontera entre aquellos campos de tanques y cañones, de repente empezaron a volar cohetes, bengalas y todo lo que tenían para iluminar, y a continuación oyeron disparos. Jirka en ese momento estaba sentado en la torreta de un tanque cantando «La Internacional». Pero al oír los disparos se lanzaron instintivamente cuerpo a tierra a la sombra del tanque. Enseguida llegaron corriendo unos cuantos con los fusiles aún humeantes y se extrañaron: «Pero ¿no sois gitanos?». Y Potok: «Muy a nuestro pesar, no. Aunque querríamos serlo». «Entonces ¿qué coño hacéis aquí?», dijeron los otros. «Somos

turistas checos», dijo Potok. «No os hagáis los gilipollas, esto es Eslovaquia», dijeron los otros. «Os arrepentiréis de esto», les dijo Jirka. Les pidieron los pasaportes, les tomaron los datos y les dieron a elegir: o media vuelta, o paso ilegal de una frontera que en realidad ya no existía. Y después, cuando volvían a pata, en el cruce donde está el monumento del T-34 destrozando un Panther nazi había un coche patrulla, y en la parte trasera, tras el cristal y la malla de acero, como cuatro gitanos. Y al coche iba enganchado un remolque en el que había dos pequeñas bombonas de acero, un soplete, un cañón de 76 milímetros recién cortado, un pedazo de oruga y, además, un par de señales de curva peligrosa con sus respectivos postes.

A menudo me preguntaba cuándo habría visto, memorizado y vivido todo aquello. ¿Cómo demonios fue a toparse con un tal Potok, de Praga, que a punto estuvo de ser acribillado por la guardia fronteriza eslovaca? Se diría que antes de que nos conociéramos ya había vivido una vida entera y ahora se dedicaba a contármela. Como si todo lo que hacíamos juntos no fuera más que un eco remoto de sus recuerdos, como si hubiera ideado el negocio aquel con el único propósito de volver al pasado siquiera por un instante. Y Potok, según me contó más tarde, era un joven pícaro praguense que a principios de los años noventa se dedicaba a vender en la capital checa maravillas que allí nadie había visto antes. Traía camionadas de pornografía animal para las sex-shops y aviones enteros de artículos devocionales surcoreanos para las tienditas parroquiales. De Rusia traía uranio y mujeres y ambas cosas las mandaba después a Turquía, a Persia, a Gadafi, bueno, Dios sabe adonde. Sin moverse de su cuchitril de Zizkov o de algún otro barrio igual de chungo, esnifando anfetamina para no dormirse, hacía llamadas y enviaba faxes y mails por todo el mundo, recibía y mandaba cargamentos y dinero. Los colegas de Potok venían con sacos contantes y sonantes, los vaciaban en el suelo, contaban la pasta, volvían a meterla y se iban por el mundo adelante a despachar otro cargamento de tortugas macedonias rumbo a la

hambrienta Suecia, o de banderas serbias fabricadas en China rumbo a Belgrado. No sacaba nada de todo ello. Lo justo para pagar el alquiler y el teléfono. Importaba de Polonia anfeta de la más pura, directamente del productor, y ya. Por su cuarto, por su escritorio pasaban millones de coronas, cientos de miles de dólares, pero él miraba aquel flujo ininterrumpido y lo desviaba a los rincones más extraños del mundo para provocar allí algún movimiento, alguna reacción en forma de cargamento de monos senegaleses con destino a los restaurantes moscovitas, porque los empresarios, industriales e intelectuales rusos de repente habían decidido que la carne de mono era lo más de lo más. Y Potok lo sabía sin moverse de su maloliente cuartucho de Zizkov. Puede que hubiera sido él mismo el que había inventado la moda de la carne de mono en Rusia. A saber. Puesto que apenas dormía y se pasaba el tiempo pensando, telefoneando, escribiendo mails y mandando dinero, ¿qué le habría costado convencer a los rusos de que comer mono molaba? Nada. Igual hasta montó a tal efecto un canal de televisión en Moscú o fundó una revista fardona en papel cuché. En cualquier caso, les vendió a los rusos quinientas toneladas de monos vivos o congelados.

—Estaremos a unos treinta, como mucho —farfulló mientras echaba mano a la guantera. A continuación encendió un cigarrillo, aspiró hondo, soltó el humo y dijo—: Fue por esta zona donde me lo encontré. Veníamos de la feria de Ubla, en la frontera ucraniana, pero del lado eslovaco, junto al paso. Habíamos ido a enterarnos de cómo estaba allí el percal, qué hacía falta llevar y tal. Pero ya nada nos compensaba. Nada. Ucranianos, rusos, rumanos y vietnamitas lo tenían todo más barato. Les decíamos que podíamos traer esto y esto, ellos nos preguntaban por cuánto, y cuando les decíamos las tarifas más bajas se echaban a reír. Allí no había nada para nosotros y nosotros tampoco teníamos nada que ofrecerles. Y mira que era una feria del copón, con tenderetes, carpas procedentes de excedentes militares, autobuses viejos… No la desmontaban nunca y allí vivían, entre montañas de basura, sobre la arcilla apisonada, sobre la tierra, sobre plásticos… Volvíamos de allí cuando, de un

salto, salió del bosque y se nos plantó delante, haciendo aspavientos, gritando, con su pinta de loco que no se hubiera lavado en un mes ni se hubiera cortado el pelo en un año. En el Polonez íbamos tres. Le mandé al que conducía que parara. Fue un reflejo. Los colegas me empezaron a gritar que el tío era un colgado y que me dejara de gilipolleces. Pero yo le mandé parar. Era yo quien pagaba la gasolina y al conductor. Y el otro cogió y se subió atrás y, en su idioma, que «vamos, vamos». Olía que daba asco. A roña, a peste, a vodka. Tuvimos que abrir las ventanas. Barbotaba no sé qué, pero cuando alguien barbota en checo, como si lo hiciera en suizo, ni papa. Pero estaba claro que era una huida, su última tabla de salvación, y que el tío estaba muerto de miedo. Luego se calmó un poco. A los cincuenta kilómetros se relajó. Sin dejar de mirar atrás, preguntó si de verdad íbamos a Polonia. «Sí, tío, a Polonia. Polonia es un país precioso», le consolé, y entonces sacó de debajo de la cazadora un pasaporte checo y una pistola rusa. Quitó el cargador y nos enseñó que sólo llevaba una bala. «Era para mí», dijo, y me echó en el regazo aquella mierda metálica, íbamos atravesando un bosque, así que la cogí y la lancé a la espesura. Y después, cuando le prometimos llevarlo a Polonia, pues por qué no, si tenía ganas y un pasaporte en vigor, nos contó que su último negocio había sido el tráfico de personas. El trato consistía en transportar en camiones frigoríficos, entre la carne congelada, chinos, vietnamitas, kazajos, turkmenos y todo el que quisiera, de acuerdo con la vigente tendencia universal a trasladarse en dirección *Ost-West*. Y en una de estas se le congelaron dieciséis amarillos. Así tal cual. Debieron de estar demasiado tiempo parados en algún sitio, o no irían suficientemente abrigados, o el termostato estaría mal regulado. Los dieciséis llegaron a la ciudad de Dresde tiesos por los siglos de los siglos, pero los contratantes habían pactado una remesa de vivos, así que se armó la gorda, porque entre los frioleros había algún pez gordo, alguien de la familia del capo chino que cortaba el bacalao entre todos los amarillos chanchulleantes en el terreno de la antigua RDA. Cuando abrieron el camión y vieron lo que

había pasado, al conductor lo degollaron en el acto. Y luego dio comienzo la caza y captura de Potok por toda Praga y no había tutía, no querían el reintegro de los costes incurridos, no querían compensaciones económicas, sino la cabeza de Potok o la resurrección de los hibernautas…

En Stropkov pusimos rumbo al noreste. Nos adentrábamos en las montañas. En los pueblos se veían iglesias ortodoxas. Todo estaba vacío y pulcro, con un aire de antigüedad. Como si se hubieran ido todos pero de vez en cuando viniera alguien a limpiar, pintar, barrer y dejarlo todo bonito. Hasta las ruinas de establos y cabañas esparcidas aquí y allá parecían un decorado, un museo, un *skansen*. Y no pasaba ni un vehículo. La carretera era lisa y estaba vacía. Alcanzamos la cima de una loma. El indicador de la temperatura, como de costumbre, se acercaba a la marca roja. A ambos lados se veían cumbres redondeadas cubiertas de árboles. La zona parecía deshabitada, pero en el fondo de los boscosos valles estaban agazapadas las soñolientas aldeas fronterizas.

—Y ya te imaginas, le entró el miedo en el cuerpo y por todas partes veía amarillos. Ya ni salía de casa, no contestaba al teléfono, no abría la puerta, y una noche simplemente desapareció, se escabulló, se subió al tren o al autobús y huyó de sus demonios amarillos rumbo al este. Al más remoto confín de un estado checoslovaco en plena liquidación. Más allá no había nada: los osos ucranianos, Siberia y Chukotka. Y cuando casi lo atropellamos, ya apenas si estaba vivo, de puro borracho, asustado y hecho polvo. Así que lo recogimos y estuvo una temporada currando para Heniek. Pasando cosas de un lado al otro de la frontera, creo. Se dejó la barba y parecía un leñador. Le debió de gustar, porque después de irse siguió volviendo de vez en cuando, como en aquella ocasión con Jirka y Bocian…

¿O a lo mejor es que atraía personas y acontecimientos del mismo modo que el imán atrae las limaduras? ¿Que su vida era una

remolino que absorbía otras vidas? Eso me parecía a veces. Pero en el fondo se trataba de un tío de lo más normal que no tenía inconveniente en conocer a alguien, en que la vida del otro se solapara un poco con la suya. No sé si yo hubiera metido en mi coche a un checo enloquecido en medio del bosque junto a la frontera ucraniana. No lo sé. Pero él había tenido el reflejo de parar igual que otro habría tenido el de acelerar. Él era así y punto. No negaba nada al mundo ni a la gente porque carecía de suspicacia. Por eso estaba sentado a mi lado en una furgoneta de doce años y tenía una quemadura de cigarrillo en su traje de diez años. Que yo no fuera más que un advenedizo de la gran ciudad no le importaba.

Sigue sin nevar. La hierba amanece encanecida por la escarcha. Anoche dejé en la repisa de la ventana una taza con restos de té y esta mañana he encontrado en ella hielo marrón. En vez de la nieve y el invierno han venido días serenos. El cielo está azul y las sombras son negras como la pez. Casi todas las hojas han caído y ahora tengo vistas al otro lado del río. De noche la gasolinera emite un resplandor cadavérico y tengo que correr la cortina. Me pongo a fumar y a recordar. Desde que cumplí los cuarenta ya no necesito tantas horas de sueño como antes. Cinco o seis bastan. Pero dormir menos implica fumar más. Algo he de hacer con ese tiempo nuevo. Así que me pongo a fumar y a recordar. Miro la ventana tapada. En la cortina aparecen sombras movedizas y manchas de luz. A veces me parece incluso estar rememorando la infancia y acordarme de todo. Pero probablemente sea una ilusión. Sin embargo, sigo haciéndolo. Aquí no tengo a nadie, así que he de pensar, he de evocar el pasado.

Al entrar en la ciudad por el este en un anochecer despejado, contra el fondo del cielo encendido como un horno llameante se dibuja el contorno negro de las colinas. Sobre ellas alguien construyó las estaciones de la Pasión y el Gólgota. A la luz del ocaso, a la luz del rojo crepúsculo parecen recortadas en hojalata, semejan antiguos tótems magiares plantados en un gran túmulo, en un kurgán gigantesco. Esa era la sensación que me daba cada vez que venía por el este en un anochecer despejado. Como si hubieran enterrado allí a algún Atila junto con sus colegas. Como si allí yacieran Temuyín y Tamerlán. Y llegara uno por donde llegara, en la

cumbre de una de cada dos colinas, en pleno bosque, ardían cruces totémicas. Estaban formadas de grandes tubos fluorescentes, de neones que en otras partes habrían anunciado Coco, Pepsi y Sexy. En torno a la ciudad habría como unas diez: de color azul fosforescente, de doce metros de altura con un travesaño de seis, colocadas en lugares totalmente inaccesibles, debían de haberlas subido hasta allí a cuestas. Cuando caen las hojas, se ven claramente. Arden como apariciones entre las ramas desnudas. Una vez, al anochecer, vi una bandada de cornejas revoloteando alrededor de una de ellas. Los pájaros se acercaban, se posaban en las ramas, los más atrevidos se sentaban en los brazos luminosos. Ya era casi de noche, pero no conseguían tranquilizarse, como si la cruz fluorescente los hipnotizara. Deberían estar durmiendo, pero seguían volando. Y nosotros volvíamos de alguna breve gira por la zona. Apenas unos cuantos pueblos, pero habíamos vendido dos abrigos de piel artificial y tres cazadoras de invierno. La ganancia nos daba para no tener que preocuparnos por la comida y la bebida en tres o cuatro días, y todavía me quedaba para medio depósito. Al ver las cornejas me detuve en el arcén. La cruz se alzaba en un puerto de montaña no muy alto cerca de la carretera. Nos quedamos mirando sin decir palabra. Hacía viento. Abajo resplandecían las luces de la ciudad, pero allí estaba todo oscuro, a excepción de aquella luminiscencia televisiva que no dejaba dormir a los pájaros. Bajó la ventanilla y aspiró el aire como si esperase un olor a gas ionizado.

—Para mí que esto es un poco impío —dijo al fin.

—No sé —repuse—. No entiendo de esas cosas. Pero es muy raro.

—Para mí que sí —dijo, dirigiéndose más a sus pensamientos que a mí.

Cerró la ventanilla y nos fuimos. Aquella noche ya no dijo nada más. Estaba ensimismado. Se bajó delante de su bloque y echó a andar lentamente hacia el portal. Esperé a que entrara y sólo entonces di la vuelta. Así era siempre: lo acompañaba con la mirada

como si me diera miedo que le ocurriese algo. Pero nunca estuve en su casa. Nunca me invitó. Jamás se mencionó tal posibilidad. A veces me quedaba esperando hasta que en su ventana del cuarto piso se encendía la luz. Era él quien venía a mi casita de ladrillo junto al río. Se presentaba cuando le daba la gana. Por la mañana, por la noche, sin avisar. Cierto es que yo nunca tenía dinero para el teléfono, el cual solía estar tirado en el alféizar, muerto y descargado. Creo que consideraba la casa del río un poco como nuestra propiedad común, al igual que la furgoneta y que nuestro negocio trapero. Era como si viniera al trabajo. Llegaba y decía que íbamos a hacer tal y tal cosa, en tal y tal momento, y muchas veces yo aún estaba en la cama o acababa de acostarme. Aparte de él, únicamente venía la viejecita a cobrar el mes. Era una especie de jefe y yo lo consentía sin oponer resistencia, porque no tenía fuerzas. Esperaba a que viniera y dijera: «Levántate». Si no fuera por él, seguramente seguiría tumbado por tiempo indefinido. Hasta que me arrancaran del catre el hambre o la vejiga. Él tenía fuerza. No sé muy bien de dónde la sacaba. Al parecer la tenía, sin más. Como un ascua que ardiese en algún lugar de su cuerpo atormentado y más que cuarentón. Puede que la sacara de los cigarrillos. O tal vez los cigarrillos le ayudaban a mantener a raya esa fuerza y tenía que andar un poco intoxicado, un poco atontado para no despegarse de la Tierra y salir volando al espacio exterior con sus ideas tipo: bajar por el Tisza, el Drava y después el Danubio… Y vender andrajos usados y desteñidos. Con puntos de transbordo en Osijek y Novi Sad y con el centro logístico en Ujpest, preferentemente con vistas a la isla de Szentendre. O para qué andar escatimando: mejor, ya de entrada, construir la terminal en la propia isla, y todo vendría Danubio abajo desde Viena, desde Linz y Passau, desde los centros europeos de trapos raídos con destino a la Europa del sureste. Grandes navios llenos de Zara, Mango, Versace y la Leche en Verso, haciendo mugir sus sirenas en la niebla mientras bajan por el río. En Osijek, en Novi Sad y en Belgrado se acercan barcos más pequeños, barcas, tal vez incluso balsas, dispuestos a

subir la mercancía por el Tisza, el Drava y el Sava y arribar a explanadas arenosas con reses soñolientas metidas en el agua hasta las rodillas, a fin de tentar a los pastores, a los pescadores y a sus mujeres con Prada *made in China* y Levi's de Mozambique. Mientras tanto, las embarcaciones más pesadas seguirían Danubio abajo. Al menos hasta las Puertas de Hierro, Portile de Fier, que es el final; hay que descargar, pongamos, en Orşova, porque más adelante está la presa, cien metros de precipicio acuático, y haría falta transportar la morralla por carretera, bordeando el río, hasta Calafat, donde hay otra presa, y a partir de allí por fin el Danubio fluye ancho y tranquilo, mientras a ambos lados se extiende la mísera pobreza rumano-búlgara y unos quinientos kilómetros de curso llano y manso. Pero hay afluentes tanto a la derecha como a la izquierda: el Jiu, el Olt, el Ogosta, el Iskar, el Teleorman, y bastan unas pocas lanchas con remolones motorcillos diésel y unos cuantos comisionistas que suban por esos ríos…

Y mientras él decía todo esto, yo, por supuesto, asentía con la cabeza y sonreía para mis adentros. Sin embargo, su fe me hacía sentirme un traidor. A fin de cuentas en cierto modo consentía su relato, su soñar despierto, aunque no me lo creyera. Me levantaba. Me ponía a revolver los trapos viejos. Hurgaba en la furgoneta oxidada. Registraba los bolsillos en busca de calderilla olvidada para comprar tabaco. Me imaginé los barcos por el Danubio como si tuviera diez años. Y por fin salí en pos del parque de atracciones eslovaco y de la bella taquillera.

Medziborie constaba de una calle en la que habían construido todo lo que les hacía falta. El viento traía polvo. No había nada antiguo, todo estaba hecho de chapa y de hormigón, estropeado, sin haber llegado a viejo, grisáceo y polvoriento. Cristal sucio, chapa y hormigón. Pero el bloque más grande de la calle era de colores. Tenía unos cuatro pisos y centelleaba con sus letreros rojos y amarillos estilizados como jeroglíficos chinos: *Cínsky Textil*. Dos aldeanas de pañuelo negro en la cabeza y falda abultada por las enaguas sacaban algo de unas bolsas y se lo enseñaban la una a la otra. Debían de haberlo comprado donde los chinos y ahora querían verlo a la luz del día. Junto al bordillo había un viejo autobús. La calle estaba casi vacía. El poblacho entero no mediría más de unos quinientos metros. Enseguida se acababa y más allá solo había un paraje industrial, silos, depósitos metálicos oxidados, una maraña de cables sobre la carretera y unas vías de tren a mano derecha. A la izquierda, sobre una colina, se alzaba una iglesia ortodoxa de ladrillo encalado y unos cuantos bloques de tres pisos que se caían a pedazos.

Se estaban instalando en una explanada a la salida del pueblo. Al mando estaba Markus. Había tenido que encontrar a unos cuantos lugareños para que ayudaran y ahora les gritaba disgustado, como si pretendiera que esos seis o siete desharrapados recién sacados del bar resultaran ser maestros en el arte de montar y desmontar la noria. Estorbaban, tropezaban con las piezas de acero de la estructura y a cada minuto que pasaba estaban más sobrios. Iban a dar las cinco. Lanzaban ojeadas hacia el fondo de la calle principal.

De la colina bajaba la chiquillería gitana. Cinco, diez, quince, veinte… Inquietos como gotas de mercurio negro, irrumpieron entre los vehículos y los remolques, rodando en un caótico desfile a medio camino entre juego y misión de reconocimiento, y Markus otra vez se desgañitaba, reclamando que viniera alguien por fin a ahuyentar a aquella banda juvenil. Aparecieron sus dos hermanos e intentaron controlar el vendaval, pero se vieron impotentes, pues la chiquillería parecía una manada de pollitos. Bastaba un gesto, un paso en su dirección y ya se dispersaban, cambiaban de configuración, se arremolinaban, pero ni por un instante abandonaban el territorio ocupado. El mismo éxito habrían obtenido los hermanos de Markus intentando atrapar gorriones con las manos. Markus gritaba cada vez más alto, dejó a sus montadores y se metió en el centro de aquel caos, de aquel carnaval indómito de la chiquillería negra, que se sentaba en el capó de los Zetor rojos, se deslizaba por ellos como por un tobogán, pasaba corriendo bajo el vientre de las caravanas, chocaba con los hierros que estaban siendo descargados, agarraba algo para desecharlo de inmediato; uno se acuclillaba junto a la enorme rueda de un tractor y se ponía a desenroscar la válvula hasta que se oía el silbido del aire al escaparse, y acto seguido dos o tres atravesaban volando la cabina abierta, arramblando de paso con lo que el conductor olvidadizo se hubiera dejado. Otros, mientras tanto, ponían a prueba los picaportes de las *roulottes*, se asomaban a las ventanas, llamaban con los nudillos y las cerraban en cuanto notaban el menor movimiento. Los montadores habían abandonado la faena y se revolcaban de la risa. Markus montaba en cólera y vociferaba que los iba a agarrar y a matar a todos, que les arrancaría las piernas y que no tenían escapatoria. Los berridos y el barullo general atrajeron mirones. La mayoría, hombres con americanas parduzcas. Venían a paso lento del fondo de la calle principal, de la *city* de chapa y hormigón, e iban formando un corro amplio en torno a los montones de hierrajos de la explanada. Por fin ocurría algo en aquel vacío fronterizo lleno de viento. Sonó la campana de la iglesia ortodoxa llamando a la misa vespertina.

Entonces de detrás de la pared de vehículos y remolques surgió un hombre. Tendría unos cincuenta años, era alto, corpulento, grasiento, pero caminaba rápido. Tenía una espesa cabellera cana. Se plantó en medio de la barahúnda con las manos a la espalda y empezó a decir algo, y su voz fue elevándose y adquiriendo fuerza hasta que por fin todo enmudeció bajo su presión metálica. La chiquillería se había quedado paralizada y miraba. Todos se habían vuelto hacia él y miraban. Miraban cada vez más intensamente, miraban como si no les quedara otra opción.

—Es el amo y señor —dijo Wladek.

—¿Y por qué lo escuchan así y han dejado de reír? —pregunté.

—Porque habla en gitano. Dice que sus madres son putas. Dice que a sus madres se las follaron unos perros negros y por eso hay tantos cachorros negros. Dice que vuelvan a sus guaridas y se dediquen a follarse a sus propias madres.

El seboso soltó su retahíla y calló. Pero seguía allí de pie mirando a los gitanillos. Como si quisiera asegurarse de que lo habían comprendido todo, o como si esperara una respuesta. Entonces uno de los pequeñajos, de ocho o diez años a lo sumo, se acercó corriendo, se detuvo a tres pasos de él, cogió del suelo un puñado de tierra y piedrecillas y se lo tiró a la cara, y a continuación intentó escupirle. La saliva no llegó a su destino, y ante la arena el seboso simplemente cerró los ojos. Cuando los abrió, el pequeño ya se estaba retirando, pero a voz en cuello gritaba no sé qué cochinadas, no sé qué insultos y asquerosidades, porque al final el tipo se lanzó tras él. El crío giró sobre sus talones y echó a correr. Entonces el gordo hizo un gesto indescriptiblemente rápido, en cualquier caso ya no tenía las manos a la espalda, y el chiquillo dejó de correr, se paró en seco como petrificado y cayó bruscamente de espaldas. El gordo se le acercó y entonces vimos cómo con un hábil movimiento desenrollaba del cuello del chaval un látigo de mango corto y varios metros de longitud.

El resto de los morenos observaba en silencio. Ninguno se movió, pero de modo imperceptible formaron un círculo y empezaron a

estrecharlo lentamente. Avanzaban un centímetro, un cuarto de movimiento, medio pie. El gordo liberó el látigo y ahora la correa se arrastraba por el polvo como una serpiente negra. Los otros reptaban. El los observaba mientras giraba lentamente sobre sí mismo. Al mismo tiempo cuidaba de que el látigo no se enredara en la tierra. El crío derribado quedaba ahora a sus espaldas. Se incorporó, se sentó, volvió en sí, y debió de recobrar las fuerzas muy pronto, porque a los dos segundos hincó los dientes en la pantorrilla del jefe. El seboso dio un tirón, se revolvió e intentó alcanzar al crío con el látigo, pero el pequeño estaba demasiado cerca y la correa se enredaba impotente, y por mucho que aguzamos el oído, no la oímos silbar. Por fin se libró del chaval, y yo juraría haber visto sangre y carne en la refriega. Se separó uno o dos pasos del lobezno negro rabioso que estaba a cuatro patas, pero regresó de inmediato y le dio una patada con todas sus fuerzas en plena cara. El chico volvió a caer boca arriba y ya no se movió.

Entonces emprendieron la carga los colegas. El círculo se rompió y los más valientes empezaron a acercarse. El gordo hacía zumbar el látigo a su alrededor y los mantenía a cierta distancia. Pero lo acosaban por todos los lados, así que poco a poco se preparaba para batirse en retirada. Sin embargo, ellos seguían acercándose y acorralándolo. El más alto y más flaco, que llevaba un chándal turquesa y una gorra negra, esgrimía ante sí un palo grueso y lo clavaba en el aire, esperando a que la correa se enroscara en la madera y el seboso quedara indefenso por un momento. Los demás acechaban con las piernas flexionadas. El gordo miraba al larguirucho, pero sin dejar de dar latigazos hacia atrás para mantener a los otros a distancia. Al mismo tiempo se dirigía paso a paso al estrecho corredor que quedaba entre los remolques. Podría haber llamado a Markus y los demás, pero no lo hizo. Se los quitaba de encima como moscas mientras volvía al lugar del que había venido. Entre tres de los pequeños le cortaron el paso. El flaco cambió de táctica. Agarró el palo, tomó impulso y con todas sus fuerzas lanzó un golpe a ras de tierra, a la altura de la espinilla del

gordo. Se oyó un impacto duro y sonoro. El gordo cayó rodilla en tierra ahogando un grito, los otros ya se disponían a abalanzarse sobre él, pero el látigo alcanzó a enrollarse en el cuello del flacucho; y el seboso, levantándose, atrajo hasta sí al enemigo, lo rodeó con el brazo izquierdo, el derecho soltó el látigo y en el mismo instante, no se sabe de dónde, sacó un cuchillo. El acero destelló junto a la cara del gitano y ambos giraron abrazados, dieron una vuelta completa para que todos pudieran verlos. Echaron a andar lentamente hacia el corredor, pero los otros no tenían la menor intención de abrirles paso. Entonces el gordo se detuvo, apretó contra sí aún más al flacucho y lenta y cuidadosamente le fue clavando el filo en la mejilla.

—¿Adonde coño me has traído? —le pregunté unos minutos después, ya dentro de la furgoneta.

—Nos vamos a quedar unos días —contestó.

Di marcha atrás entre los remolques y los hierros amontonados por todas partes para volver a la carretera. Un gran edificio gris cerraba por el sur la explanada donde estaban montando el parque de atracciones. Pero no parecía ni un almacén ni una fábrica, ni siquiera un hipermercado muerto. Delante había una pequeña fuente. En la taza una figura sujetaba sobre su cabeza un paraguas formado por hierros y caños oxidados, del cual caían raquíticos chorrillos de agua. Unos cientos de metros más adelante me indicó una salida a la derecha. Vimos una barraca baja con un letrero que ponía MEDZIBORIE y varios semáforos ferroviarios anticuados. Al otro lado de las vías había un río. La otra orilla era escarpada y boscosa, e inmediatamente empezaban las montañas. Dijo que nos quedaríamos allí, que conocía al jefe de estación y no había problema. En la estación había un váter y un lavabo. Echó mano a la guantera, sacó una botella sin empezar de aguardiente de pera húngaro, se bajó, fue hasta el edificio y desapareció tras una esquina. La estación lo era por poco, más parecía un apeadero en pleno campo, y no una estación de ciudad. Entre las losas de cemento de la plaza asomaba la hierba. La marquesina y el

aparcabicicletas estaban cubiertos de herrumbre. Las ventanas del almacén de la estación estaban cegadas con tablas, y en el tejado crecían pimpollos de abedul. Unicamente el gran arce que se erguía en las inmediaciones de la nave se mantenía en buen estado. Su copa proyectaba una sombra enorme. Cerca del árbol había una bomba de agua antigua. Por fin reapareció Wladek y me indicó que fuera hasta allí, hasta el árbol, al extremo de la plaza, para esconder la furgoneta tras la esquina del almacén abandonado.

—Todo arreglado —dijo cuando bajé—. Podemos quedarnos el tiempo que queramos.

—¿Por qué el del látigo no andaba por allí cuando estuvieron en nuestra ciudad? —le pregunté, pues me obsesionaba que hubiera aparecido tan de repente, tan de sopetón, y de pronto todo hubiera comenzado a pertenecerle. Me daba en la nariz que si habíamos acampado allí, en vez de hacerlo más cerca de nuestros congéneres ambulantes de la feria, y más cerca de Eva, era a causa de él. Me miró de pasada y se puso a rebuscar en los bolsillos. Encontró los cigarrillos, encendió uno, soltó el humo y, de costado, con la vista clavada en el bosque al otro lado de las vías y del río, dijo:

—No tengo ni idea. Creo que tiene varios negocios, así que a veces está en un sitio y a veces en otro.

—Pero en nuestra ciudad no ha estado nunca.

—No. No ha estado. Le pregunté a Markus. Me dijo que quizá prefería no dejarse ver en Polonia por si lo estaban buscando.

—Pero ¿quién demonios es? —No me daba por vencido.

Dejó pasar un momento, se giró hacia mí y dijo:

—Ya lo has visto.

Aquella noche me quedé solo. Me armé una yacija en la furgoneta. Entre la ropa colgada en los percheros extendí el colchón. Pero no tenía sueño. Fui hasta el andén y me senté en un banco con una cerveza en la mano. Los semáforos estaban en verde en ambos sentidos. De las vías me llegaba un olor viejo, conocido, a

lubricantes, productos anticorrosión y orines. A la izquierda de la estación empezaba la oscuridad. A la derecha había una vía muerta en la que una vez por semana entraban uno o dos vagones con baratijas chinas. Eso me había dicho. Unos cuantos amarillos supervisaban la descarga. Los lugareños contratados al efecto venían con carritos para transportar la mercancía unos cientos de metros más allá, al almacén rojo y amarillo. Aunque aquello estaba a punto de acabarse, porque los chinos habían negociado la prolongación de la vía hasta la puerta misma del almacén. En primavera empezarían a reformarlo, a ampliarlo, para dar cabida al gran basurero que abastecía a toda la zona fronteriza. Me acordé del hombre muerto a dentelladas en Máriafalva. Podría considerársele un mártir de la importación asiática. Tal vez se aprovisionara en aquel lugar. A lo lejos, al otro lado de la vía muerta, se veía un halo luminoso que se elevaba sobre el almacén. Brillaba más que toda la ciudad junta. Estaban construyendo el estribo de un puente. A escasos pasos empezaba Ucrania, sedienta de baratijas. Los puertos bálticos quedaban igual de cerca que los adriáticos. Tenían un aeropuerto a mano en Košice. Y aquí contrataban a mitad de precio a eslovacos y rutenos, que bajaban en masa de las montañas, hartos de la autarquía carpática, de los quesos de oveja, las pellizas de carnero, la leche de vaca y el aguardiente casero de ciruela. Eran ideales para los amarillos: cobraban poco y necesitaban cosas baratas como las que veían en la televisión allá en su Marakés, Cukalovce, Majdan, Zubrace y Pcoliné. Bajaban a exigirlas. Las pedían y se les daban: de colores, con inscripciones, arrugadas, de plástico y desechables. Pues se trataba de que cualquiera pudiera conseguirlas, de que cualquiera pudiera tenerlas y de que se le jodieran enseguida, porque entonces volvía a necesitarlas. Ellos lo sabían y por eso planeaban prolongar la vía muerta y ampliar el almacén.

Mientras me tomaba la cerveza, pensaba en el hombre al que la cerda había matado. Hacía una noche cálida. Oía correr el agua por las piedras. Las luces verdes de los semáforos me recordaban mi

infancia. Vivía junto a la vía del tren. Solía caminar siguiendo los raíles, buscando con la vista los desperdicios que la gente tiraba desde los expresos internacionales. Hace ya tanto de eso que es como si le hubiera ocurrido a otra persona. Pero el verde y el brazo del anticuado semáforo eran iguales. Me levanté y eché a andar por el andén hacia el edificio. En la ventana del jefe de estación brillaba una lamparita de noche. Tras el cristal alguien me hizo un gesto con la cabeza, así que levanté la mano y saludé a la vaga figura. Unas decenas de pasos más allá me envolvieron las tinieblas.

No hay modo de que empiece el invierno. Hoy llueve. Llueve el día entero. Llueve hasta el anochecer y llueve por la noche. La ciudad se va volviendo negra. Las casas, los árboles, las aceras y las calzadas brillan como carbón mojado y apenas se ve un alma. Estamos a dos grados y del cielo caen cántaros de agua helada. Todo está mojado por los siglos de los siglos. Algunos se resguardan en los portales. El mal tiempo pone orden mejor que los polis. Por otra parte, cada vez ando con menos miedo. Antes era peor. Ahora incluso cuando hace bueno esta ciudad parece un tanto muerta, un poco desfallecida. Los más espabilados se han ido. Pasan las noches en la Rambla, en Ku'damm, en Oxford Street, en alguna parte de Reikiavik o de Estambul. Allí sí que pueden odiar de verdad. Quedarse en alguna esquina, mirar y odiar. Lo de aquí fue el preescolar. Repetían movimientos copiados de los negros de las películas americanas. Ahora que se han ido son negros de verdad. Y aquí estamos tranquilos. Cae una lluvia fría y no he salido de casa hasta el anochecer, sólo porque se me había acabado el tabaco. También se me había terminado la bombona de gas. Y tenía que poner en marcha la Ducato. A veces tengo la impresión de que esta furgoneta me sobrevivirá. Giré la llave y conté los segundos: uno, dos, tres, cuatro, se morirá o arrancará… Pero lo conseguí. Se encendió y arranqué con la bombona vacía en el asiento del copiloto. Tiré hacia el sur, porque en aquella parte de la ciudad era más barato. La luz naranja de la reserva estaba encendida. Me consolé pensando que al menos la mitad de los coches anda con la misma lucecita en el salpicadero. Que esa misma mitad tiene que pisar el acelerador para

que se les apague el piloto de la presión del aceite. Por eso fui hacia el sur. Allí la gente echaba cinco o siete litros. Lo justo para llegar a algún sitio por la mañana y volver a casa por la tarde. Nadie llenaba el depósito. Había que salir un trecho de la ciudad. A las siete de la noche todos aquellos almacenes de construcción, todas aquellas naves parecían depósitos de cadáveres. Rodeaban la ciudad, la circundaban junto con los almacenes de neumáticos viejos y de coches usados. Fuentes de cemento. Copias de la Venus de Milo. Tenían incluso al Moisés de Miguel Ángel en medio de los drenajes de hormigón y los adoquines. Y por la noche, entre la lluvia negra y las lámparas de sodio, aquello parecían ruinas. Y después estaba la gasolinera donde vendían el gas por un par de céntimos menos. Tenían unas bombonas un tanto dudosas, abolladas, oxidadas. Tal vez rusas, o chinas, o ambas cosas. Cogí la mía y la llevé hasta una jaula de acero. Vino un tío con la llave, abrió, sacó una llena y tomó el dinero. Aún me quedaba un poco, así que acerqué la furgoneta al surtidor. Pedí cuatro litros. Con gesto indiferente me los puso y volvió a su caseta caliente. Di la vuelta y tiré hacia la ciudad. La lucecita naranja seguía encendida.

Debería irme de aquí, como todo el mundo. Debería cargar un día la furgoneta y volver al lugar del que vine. O a otro cualquiera. Debería devolverle la llave a la dueña, pagarle, darle las gracias y marcharme. Llevaba pensándolo desde el principio, desde que llegué aquí. Pero no tenía fuerzas. Esta ciudad era como mi sino. Y yo ya era viejo y quería dejar pasar otro invierno. Y luego seguramente otro más. Tenía que quedarme aquí, porque en otro sitio no sería capaz de dormir ni de despertar. En otro sitio no habría el puente sobre el río ni el retumbar de los coches en el puente. No habría el resplandor sobre la gasolinera. Esas cosas son importantes y con el tiempo resulta que sin ellas no se puede vivir. No se pueden cambiar por ninguna otra. A veces me imagino que vendo la Ducato para comprarme un billete de autobús o de avión a Londres. O a Berlín, donde una vez, hace ya mucho, pasé una temporada. Pienso en emigrar y empiezo a reírme para mis adentros.

El otro día tuve un sueño. Sobre mi gasolinera del otro lado del río se elevaba hacia el cielo una extraña claridad.

Era de noche, pero había tanta luz como si fuera de día. Una luz roja y amarilla, y en la gran explanada no había coches, sólo gente: estaba allí la ciudad entera, vi las caras conocidas de vendedores, lúmpenes, taxistas; había mujeres con carritos, chiquillos, los niñatos que quemaban allí a diario la goma de sus Golf, las tías a las que solía llevarles los trapos de la vía muerta, todos, la humanidad entera sin faltar nadie, como si de una resurrección o de un juicio final se tratase. Y donde siempre habían estado los surtidores había ahora una especie de tarima, que era de donde brotaba aquel resplandor rojizo, y en ella ondeaban estandartes con inscripciones confusas, pero si uno se fijaba se daba cuenta de que estaban en chino. Y bajo las luces, banderas y pancartas pululaban auténticos chinos vestidos con chándales cutres amarillos y rojos. De los altavoces salían voces, como si los amarillos estuvieran dando discursos, pero no se veía quién hablaba, era sólo una voz graznante que se elevaba sobre la explanada. En los sueños nunca se oye, simplemente se sabe lo que se está oyendo. Y el discurso venía a decir más o menos que ya podían irse todos, que podían largarse de la ciudad, de la región, de todas partes, que podían dejarlo y podían descansar, porque ahora ellos, los amarillos, iban a encargarse de todo aquello de lo que hasta entonces habíamos tenido que ocuparnos nosotros. Eso venía a decir el discurso. La muchedumbre lo escuchaba y respiraba aliviada. Como si de pronto a todos les hubieran dado unas vacaciones, o como si estuvieran a punto de irse al cielo a por un merecido descanso. Los chinos habían venido a sustituirnos. Eso soñé. Me desperté y miré hacia la ventana tapada por la cortina. O a lo mejor no me desperté, porque al final me levanté a descorrer la cortina para comprobarlo. La gasolinera estaba igual que siempre, pero eso también podría ser la continuación del sueño.

De modo que en cualquier otra parte echaría en falta los sonidos del puente. Y el hedor de la fábrica. Y el olor a humo de carbón al

empezar los días de frío. Esta ciudad irá muriendo junto conmigo. Ese pensamiento permite soportar mejor la soledad. No necesito nada más. El resto es mentira. Hay que tener dónde morir, y basta. Esos son los sueños que tengo al darme la vuelta en la cama de madrugada. No quiero cambiar de lugar. Me queda un poco de dinero. Un día, dos, tres. Luego puedo intentar lo de vender la furgoneta y vivir una temporada con lo que me den. Pero aparte de ella no tengo nada más. Mientras siga funcionando, puedo transportar algo. Como al principio. A la gente se le multiplican las cosas. Cada vez tienen más y de peor calidad. Constantemente hay que traer o llevarse algo. Deshacerse de las cosas viejas para hacer sitio a las nuevas. Eso es un problema. Las sacan de la ciudad, las llevan al bosque. Al sur, al fondo de los valles, como los neumáticos. A veces veo volquetes repletos de muebles de plástico rotos, de frigoríficos, de bicicletas retorcidas, de cochecitos de bebé, de toda esa mierda desechable. Al anochecer se escabullen a hurtadillas y salen de la ciudad. Deshacerse legalmente de lo viejo cuesta la mitad de lo nuevo. Algunos se dirigen a la frontera, donde han quedado con los gitanos, que les esperan para guiarlos por carreteras secundarias, por las montañas, hasta los vertederos gitanos ilegales. Allí descargan, pagan y se van. Por la mañana llegan chavales y mujeres de piel morena a hacer la selección. El vidrio por un lado, el plástico por otro y el metal por otro. Despedazan, separan por montones, derriten en hogueras el plomo de las baterías viejas y de los desperdicios extraen cosas todavía perfectamente útiles. Luego aparecen los padres a meter la mercancía, previamente clasificada, en remolques y en maleteros de viejos Skodas.

Esa es la razón por la que me resisto a vender la furgo. Cuando llegue el hambre, podré transportar basura al sur. Aunque el hambre de verdad ya no llega. La comida es casi gratis. Hasta los pobres la tiran. Los zorros viven en los basureros junto con los perros sin dueño. Tal vez empiecen a cruzarse. En los basureros viven urracas y cornejas. Bandadas negras revolotean sobre el vertedero

municipal. Constantemente se abren tiendas donde la comida es cada vez más barata. No es que sea muy buena, y enseguida empieza a estropearse, pero unos cuantos días sí que aguanta. Basta con no comprar demasiada, basta con no hacer acopio, basta con no abrir precipitadamente los envases al vacío. Ahora todo viene plastificado trozo por trozo, loncha por loncha, y la verdad es que pronto dejarán de hacer falta las neveras. Los de las neveras lo saben y por eso venden bazofia que se rompe nada más acabarse la garantía. Se rompe y amén. Nadie arregla esas cosas, así que hay que comprar otra nueva. Y otra más, y otra, hasta que resulte que las neveras son cosa del pasado, en la era del plástico cada bocado viene envuelto individualmente.

Wladek tenía razón. Todo se iba convirtiendo en un basurero. En el periódico vi anunciado que los chinos vendían sus coches, pero sin garantía. Eran absurdamente baratos. Podías pagar extra por la garantía, pero entonces se volvían casi igual de caros que los demás. Mi Ducato era eterna. Así que tenía razón, y yo debería haberle escuchado con más atención cuando lo tenía sentado al lado, fumando y recurriendo a la botella a intervalos cronometrados. Debería haberlo escuchado, haber memorizado sus palabras. Pero a mí me parecía que con tanta cháchara no hacía más que matar el tiempo, llenar kilómetros, llenar distancias y ahuyentar el miedo al fracaso; que sólo intentaba disipar la tristeza que henchía la cabina. Y resulta que lo que estaba haciendo era, a base de retazos, restos, ecos, recuerdos y corazonadas, construirse una verdad. Bebía, fumaba y presentía a través de la piel.

Aquella noche llegó cuando yo ya dormía. Balbuceando, gimoteando, intentó tumbarse cuidadosamente a mi lado en el colchón. Le pesaba el cuerpo y estaba borracho. No le ocurría casi nunca. Casi nunca se emborrachaba hasta alcanzar ese estado torpe y farfullante. Me volvió la espalda y se hizo un ovillo. Me pareció que sollozaba. Yo lo oía todo entre sueños. Después, tras la pared de la

furgoneta, pasaron rodando lentamente varios vagones de mercancías. Llegaron hasta el cambio de agujas y empezaron a volver por la vía contigua. Eso pensé, pues qué sentido tendría que volvieran por la misma. Yo también me di la vuelta y me acurruqué. No quería oírlo llorar, no quería sentir cómo se estremecía su cuerpo con los sollozos. Ése no era el trato, pensé. Debí haberme levantado y salido para que la oscuridad lo acunara y lo adormeciera. Pero me quedé. Con la esperanza de que por la mañana no se acordase de nada.

Me desperté en la furgoneta vacía. Hacía un calor sofocante. El reloj marcaba las siete. Me puse boca arriba y con el pie empujé la puerta. En el resquicio apareció el azul del cielo. Abrí más, me senté en el borde y dejé colgar las piernas. Las sombras eran aún largas y negras. Bajo el oblicuo resplandor del sol, la estación de Medziborie y sus alrededores, las montañas y todo lo demás parecían un dibujo infantil de colores brillantes. Sobre el cauce del río flotaban jirones de niebla, que iban elevándose y disolviéndose en el azul. De la ciudad llegaba el tañer de una campana. Wladek, con el torso desnudo, resoplaba inclinado sobre una palangana de plástico. Tomaba agua en las manos y se la echaba en la cara y los brazos, se frotaba la barriga y los costados y bufaba, gimoteaba y se sacudía como un perro. Tiró lo que quedaba, bombeó agua fresca, puso la palangana en un muro bajo y recomenzó el ritual. Luego volvió a llenar la palangana, se enderezó, se la echó entera por la cabeza y lanzó un bramido gutural y entrecortado, pues debió de quedarse sin aliento. Dos ferroviarios se echaron a reír al verlo, así que él también soltó una carcajada al tiempo que cogía aire y les dedicó una especie de saludo militar. Ellos le correspondieron llevándose los dedos a la visera de la gorra y se fueron camino de la ciudad. Entonces cogió la toalla que colgaba de la palanca de la bomba y, entornando los ojos por el sol, se dio cuenta de que lo estaba mirando. Sin dejar de sonreír se me acercó y, secándose el vientre enrojecido, me preguntó:

—¿Me oíste llegar?

—No. Estaba durmiendo.

Se echó la toalla al cuello y bajó la mirada, sonriendo inseguro.

—Anoche debí de agarrarme una buena. No recuerdo cómo volví.

—¿Con Markus y el resto de la cuadrilla?

—Sí. Estuvimos tomando el maldito *bororo* ése. Una auténtica guarrada. La bebida nacional, la respuesta eslovaca a la ginebra. Cien veces me había prometido no probarlo siquiera… Pero no tenían otra cosa, nadita de nada. Nos habíamos acabado toda la cerveza, nos habíamos bajado mi botella y lo único que quedaba eran cinco botellas de ese disolvente…

—Enhorabuena —dije.

—¿Qué hora es?

—Las siete y pico.

—No tengo ni idea de a qué hora volví.

Fue hasta la cabina. Sacó una bolsa azul marino, extrajo de ella un neceser morado de mujer y de éste los aperos de afeitar, extendió la toalla en el asiento y colocó sobre ella la maquinilla, la espuma y el *after shave*. Luego fue por una palangana de agua helada, giró el retrovisor lateral y empezó a afeitarse.

Una hora más tarde nos fuimos con la furgoneta a la ciudad. El parque de atracciones iba tomando forma. La explanada estaba erizada de armazones de hierro. Varios hombres, no sabría decir si los mismos del día anterior, trepaban a los andamios y plataformas y manejaban pesadas llaves. Como por arte de magia, el trabajo avanzaba mucho más rápido que la tarde anterior. Plantado en medio de la confusión, Markus daba órdenes. Tenía la cara abotagada y los ojos inyectados en sangre. Al ver la furgoneta levantó la mano e intentó sonreír. Junto a una caravana a rayas blancas, azules y rojas estaba aparcado un todoterreno negro. Pasamos junto a él y nos adentramos en la explanada hasta parar delante del edificio gris. De cerca se veía que había estado pintado de varios colores, pero los pigmentos habían palidecido, se habían desteñido casi por completo. Sobre la puerta de cristal había un

letrero metálico que decía muzeum, y en la puerta misma habían pegado un cartelito de OTVORENÉ 12-16.[10]

Allí íbamos a instalar nuestro negocio. Eso dijo. Le pregunté si no deberíamos tener algún permiso, algún papel, lo que fuera, pues al fin y al cabo no era lo mismo que plantarse dos horas en algún poblacho o tres en unas fiestas patronales, sino que estaríamos varios días seguidos en el corazón de la ciudad y en las inmediaciones del centro de ocio que justamente estaban construyendo. Tan sólo se encogió de hombros y se puso a descargar nuestro mostrador desmontable. Y luego dijo:

—No estoy seguro, pero creo que eso lo solucioné ayer.

—¿O sea…? —pregunté sin convicción.

—Pues eso, que ya lo hablé con Markus, creo. Eso me parece. Ahora iré a asegurarme.

—¿Markus se encarga de esas cosas?

—Markus se encarga de todo.

—No lo parece —dije.

—Puede que no, pero conoce a todo Cristo de aquí a Sarajevo.

De modo que fuimos montando tranquilamente nuestro negocio. De momento como tanteando, porque jamás habíamos tenido tanta cantidad, tanta variedad, tanta calidad. Era casi todo lujo negro. Sólo de vez en cuando aparecía algo marrón o verde lagartija. Al colgarlo en los percheros, aquel peso, aquel tacto me resultaba placentero. Era como carne tibia, como cuerpos livianos. Cada una de las prendas olía de forma diferente. Perfume, tabaco, remotas vidas ajenas. Los trapos solían oler al detergente más barato. Las pieles siempre tenían su olor particular.

Wladek me dejó y fue a celebrar consejo con Markus y sus hermanos. No me quedaba mucho por hacer. De las puertas traseras, abiertas de par en par, colgué unas cuantas cazadoras más y coloqué sobre el mostrador la caja de los complementos: teníamos varios gorros forrados de delicado borreguillo y unos pocos guantes. Luego me senté en el borde de la furgoneta y me puse a practicar mentalmente el cambio de coronas a euros y viceversa; y después,

por si acaso, a dólares, forintos y leus. «Deberías aprendértelo», me había dicho un día. «Siempre resulta útil». Así que, mientras me calentaba al sol, ensayaba multiplicaciones y divisiones. Escuchaba el eco propagando el golpeteo metálico y los gritos de los obreros. Había salido de la ciudad y me sentía aliviado. Con los ojos entrecerrados me imaginaba que ya no volveríamos allí nunca más. Medziborie no se diferenciaba en nada, pero me sentía aliviado. Como si de golpe, sin haber cambiado nada, lo hubiera cambiado todo. Era una ilusión, pero me embargaba con tanta intensidad como si hubiera de durar por los siglos de los siglos.

La chiquillería gitana había desaparecido. De vez en cuando, de lejos, los veía bajar a la ciudad desde la colina donde estaba la iglesia ortodoxa: de dos en dos, de tres en tres, lanzando ojeadas a nuestro campamento. Por la mañana Markus había rodeado todo el terreno con cinta blanca y roja y ya nadie venía a molestar, nadie entraba. Además, a estas alturas seguro que la ciudad sabía lo ocurrido el día anterior y, por el momento, prefería mantenerse a distancia. El todoterreno negro seguía en el mismo sitio. De la chimenea de hojalata de la caravana salía humo. Subía recto hacia el cielo. El coche tenía las lunas tintadas. Debía de ser de procedencia americana, porque era realmente enorme. Me acordé de la cara del hombre del látigo. No quería, pero se aparecía ella sola y su recuerdo me ponía de mal humor. Hacía buen día, un día precioso de finales de verano, y allí estaba, negro como un ataúd, el cochazo de aquella bestia. Y ni rastro de Eva por ninguna parte.

A veces nos veíamos y no hacíamos nada. Venía, sin más, alrededor de mediodía. Si era verano, si hacía calor, se sentaba a fumar en el banquito de delante de la casucha, observándome mientras me afanaba en torno a la furgoneta. Creo que me daba por hacerlo siempre que había alguien alrededor. Era un reflejo instintivo para no parecer desocupado. Todos hacían algo. Escarbaban en los jardines. Raspaban y repintaban los marcos de las puertas. Limpiaban las ventanas. Arrancaban la hierba que sobresalía entre las baldosas de la acera. Al otro lado de la calle se extendía una hilera de casas como Dios manda, construidas treinta o cuarenta años atrás. Parecían la maqueta de una ciudad de tan sólo dos alturas. En mi lado, el que daba al río, lo que se extendía era un chabolerío raso, maleza, vallas de alambre oxidadas y sombra. No tenía vecinos ni a la derecha ni a la izquierda. A veces alguien venía a hacer algo, a traer o guardar alguna cosa en un cobertizo de madera con ventanas oscuras. Pero los espesos arbustos de lila apenas me permitían ver nada. Sin embargo, los del otro lado de la calle observaban mi parcelita desde sus jardines cortados por el mismo patrón. Entonces me sentía como un ladrón e intentaba engañarlos trajinando alrededor de la Ducato, hurgando, engrasando, revisando y comprobando todos aquellos mecanismos apenas vivos. Para que no se pensaran que ellos eran los únicos que sabían matar o engañar el tiempo.

Pero él se quedaba un rato mirando y fumando y luego decía con cara de aburrimiento:

—Anda, déjalo ya.

Sacaba de una gastada bolsa de plástico dos latas de cerveza y daba unas palmadas al banco para que me sentara a su lado. Y me sentaba, y ya sin angustia miraba las ventanas de las casas del otro lado. Perezosos, con las piernas estiradas, al calor del día. Hacíamos salir volando las colillas con un golpe de uña y nos quedábamos observando los hilillos verticales de humo que ascendían entre la hierba sin cortar. A sus cuarenta y pico tacos, parecía que viniera a convencerme para hacer novillos.

—Deja ya esa mierda y que el capitalismo vaya agonizando sin nosotros —decía mientras abría las latas. Fumábamos y mirábamos cómo pasaban los minutos y avanzaban las sombras. Cuando se acababa la cerveza, estrujaba concienzudamente su lata con la mano, luego se levantaba, terminaba de aplastarla con el tacón y la dejaba en el borde del banco—. Vamos a dar una vuelta, no quiero tirarme el día entero aquí sentado.

Y nos íbamos. Cerraba la verja y nos encaminábamos hacia el puente, después cogíamos a la izquierda y subíamos por la calle que llevaba hasta la plaza mayor. Yo iba leyendo los letreros y mirando los escaparates, y él decía que en la ciudad reinaba un movimiento muerto, que todo cambiaba sin cesar, pero que esos cambios no traían nada nuevo. Contaba que en el número tal y cual había habido en tiempos esto, lo otro y lo de más allá, pero que al final siempre acababa quedando un escaparate vacío y polvoriento.

—Porque, te diré, la cosa dura mientras uno tenga fuerzas. Después ya sólo queda el cansancio, te plantas tras el cristal a mirar el gentío que se apresura de un lado a otro, pero nadie entra, nadie quiere nada de ti. Si al menos el local es tuyo y no pagas alquiler, te puedes quedar dentro papando moscas. Bajas del primer piso a la planta baja y simplemente esperas. Igual que los taxistas, esperas. Tienes la conciencia limpia, porque, de pie o sentado, esperas, pero no viene nadie. No es culpa tuya.

Así decía y, tienda tras tienda, negocio tras negocio, iba enumerando lo que había habido allí antes, y antes, y antes aún,

remontándose hasta la séptima generación de cada establecimiento en particular.

—Una tintorería, recambios para coches, alimentación sana, encuadernación y reprografía, peluquería de pijería, decomisos de móviles y radios de coche y casa de empeño todo en uno, y ahora por fin un laboratorio fotográfico… Eso en cuatro años. Ése no es un ritmo para gente normal, tío, no aquí, no en esta zona. Es una energía que se ha ido al espacio exterior, se ha ido a tomar por culo.

Pero enseguida llegábamos a la plaza mayor y le tocaba saludar a diestra y siniestra, chocar los cinco con los partidarios del ocio plantados en las esquinas e inclinar la cabeza ante los ciudadanos decentes que se dirigían a hacer recados.

—¿De verdad los conoces a todos? —le preguntaba.

—Ni lo sé. Eso creo —contestaba—. Es como si todas esas relaciones las hubieras heredado. De tus padres, de tus abuelos, de tus bisabuelos. Así funciona. En realidad no los conoces, pero los conoces.

Nos parábamos con los taxistas y entablaba con ellos viejas conversaciones que por lo visto no habían terminado y que también esta vez interrumpían en mitad de una palabra, dejándolo todo para después, para la próxima, para que diera de sí todo lo posible, hasta el fin. Dábamos la vuelta a la plaza lentamente. Si era martes, se celebraba el mercado semanal junto al río y la ciudad estaba llena de aldeanos. Igual que hacía cincuenta, cien años. Cohibidos y desgarbados con sus ropas mal cortadas, vagaban con la mirada entre las variedades expuestas en los escaparates. Buscaban matarratas, una lata de pintura, un cántaro esmaltado para la leche, aquellas cosas antiguas y concretas, pero ya no las había. Habían desaparecido sepultadas bajo montañas de basura de colores. Debían de estar por allí debajo. Los campesinos entraban sigilosamente en las tiendas y esperaban pacientemente a que alguien les hiciera caso, y después pronunciaban en voz baja la palabra «matarratas» o «lata», y entonces les daban a elegir entre cinco latas diferentes y seis tipos de veneno y se quedaban

pasmados, extasiados de que todo aquello fuera para ellos, de que la reina de uñas pintadas del otro lado del mostrador estuviera dedicándoles tiempo precisamente a ellos y enseñándoles aquellas maravillas del mundo. Salían por fin pertrechados con su cántaro o su matarratas, recorrían con la vista los escaparates y no sentían que el nudo se iba apretando. O a lo mejor sí lo sentían y no les preocupaba en absoluto. Porque, a fin de cuentas, qué era ese nudo, qué era esa presión en comparación con cientos de años de desprecio y esclavitud. Un día estaba yo comprando detergente en una tienda de la esquina de la plaza mayor en la que también vendían juguetes. En el suelo, arrodillada entre las estanterías, estaba la dependienta, y a su lado una viejecita de las de pañuelo en la cabeza. Intentaban hacer funcionar una gran muñeca rosa. La tocaban, la apretaban, le tiraban de los brazos. La muñecota tenía una expresión facial repugnantemente obscena. Así era como los chinos se imaginaban a los bebés blancos. En la caja ponía: «Habla y canta en polaco». Por fin la criatura graznó. Pero yo ya estaba pagando por el detergente y la fila me empujó al exterior. Así que caminábamos por la ciudad y observábamos a la gente. Todo el mundo quería comprar algo. Cachorrillos quinceañeros se agolpaban en manadas en torno a los maniquíes. O, de dos en dos o de tres en tres, ocupaban los probadores. Pero cuanto más lejos de la plaza mayor, menos barullo había. La calle discurría cuesta abajo. Bastaba meterse en un callejón lateral para toparse con el escaparate de un fotógrafo lleno de imágenes en blanco y negro. Las fotos estaban cubiertas de polvo, pero el establecimiento seguía funcionando. Tras el cristal alguien esperaba sentado.

—Aquí me hicieron la foto de la primera comunión —dijo al pasar por delante—. Igual todavía la tienen por algún lado. Era una cámara enorme, de las de gran formato. Aquellas fotos no se tiraban. Puede que tengan a la ciudad entera, porque llevan toda la vida aquí. Primero el matrimonio, después él murió y se hizo cargo la viuda.

Seguimos adelante, y de pronto me di cuenta de que él también había sido niño. De que había tenido padres y de que, antes de hacerse adulto y empezar a envejecer, había vivido un buen pedazo de tiempo.

Ya están colgando las lamparillas de colores. Las luces se reflejan en el asfalto mojado. A las tres se hace de noche. Entonces la ciudad parece una mina navideña. En las galerías negras y relucientes de las calles se mecen guirnaldas de bombillas. Hoy vi a los Reyes Magos. Se bajaron de una furgoneta en el aparcamiento de la orilla del río. Junto con ellos se bajaron cuatro papanoeles. La furgoneta tenía matrícula rumana. Entre los reyes o magos de Oriente había uno negro de verdad. Llevaba un manto amarillo y en la cabeza un turbante rojo. Sus colegas blancos iban ataviados de la misma guisa. Formaron un corro junto con los papanoeles y miraban inseguros a su alrededor. Se encorvaban bajo la lluvia. El conductor hablaba por teléfono con alguien. No llegué a distinguir la lengua, pero gesticulaba con la mano libre y hablaba muy rápido, así que debía de hacerlo en su idioma. Me resguardé bajo el tejadillo de un quiosco sin conseguir apartar la vista. Melchor, o quizá Baltasar, sacó de los pliegues de su atuendo púrpura una botella y la puso a circular. Al rato Gaspar se dirigió hacia los arbustos desnudos que crecían al extremo del aparcamiento. Uno de los papanoeles fue tras él. Tal vez los hubiera contratado algún supermercado, o tal vez fueran de camino a otro lugar. Aquéllos regresaron, colocándose bien la vestimenta, y entonces se fueron Melchor y Baltasar. Los demás, mientras tanto, se pasaban la botella y fumaban. Entre la lluvia grisácea parecían aves del paraíso, como si en efecto acabaran de llegar del país de las mil y una noches. El conductor terminó de hablar y dio un bocinazo. Volvieron a la furgoneta, ésta dio la vuelta en la explanada vacía y echó a rodar en dirección al puente. La seguí con la mirada, repitiendo mentalmente las letras y los números de la matrícula. Si él estuviera allí conmigo, seguro que habría empezado

a contar otra historia de las suyas. Nada más descubrir la matrícula rumana se habría acordado de sus aventuras por aquellos lares en el ochenta y seis o en el ochenta y cinco. Me quedé mirando los mugrientos cuartos traseros de la Ford o la Volkswagen blanca y no pude sino evocar aquel largo verano.

No se vendía nada aquel primer día. Nuestro puesto se perdía entre el follón del parque de atracciones en pleno montaje. Nadie se creía que hubiéramos ido a vender. Todos pensaban que se trataba de los prolegómenos a otras diversiones, los premios de una tómbola o un salón de fetichismo. Simplemente, no se nos veía tras el montón de hierros y plástico. Y encima Wladek había desaparecido. Volvió un momento, cogió su cornamenta de ciervo y se desvaneció de nuevo. No podía estarse quieto. Me hacía señas desde lejos, pues de tanto en tanto reaparecía en la explanada. Se ponía a cuchichear con Markus o con sus hermanos y volvía a esfumarse. Y yo mientras tanto me calentaba al sol y me alegraba de no tener resaca. Aunque él ya tampoco debía de tener. No me apetecía lo más mínimo participar en todos aquellos negocios suyos rápidos y enrevesados. Me imaginé que en algún sitio cambiaba la cornamenta por, digamos, una piel de carnero y un aparato especial para destilar aguardiente de pera, y que luego, a cambio de todo eso, le daban una máquina para herrar caballos, una cortadora de tabaco a vapor, doscientos kilos de plumón de cigüeña, trampas para osos, un vagón de muñecas y animales hinchables para los placeres carnales, y que luego llegábamos con todo eso por ejemplo a Estambul, y entonces sí que hacíamos el negocio de nuestra vida… No, yo quería ser el conductor. De vez en cuando podía cuidar el tenderete y calentarme al sol. Con eso me bastaba. Podía escuchar sus historias y pensar que no se trataba de recuerdos, sino de planes para el futuro. Pero me obsesionaba el todoterreno negro. Resultaba siniestro y extraño

en aquel paisaje caótico y desfigurado. Desentonaba con la ciudad, no pegaba con la escombrera del parque de atracciones.

A eso del mediodía lo vi subir los escalones del remolque. Dio tres pasos, se paró, miró a derecha e izquierda y llamó a la puerta. Se ve que no obtuvo respuesta, porque volvió a llamar, esta vez más fuerte. Desde lejos vi cómo cerraba el puño. Aporreó una vez, otra, pegó la oreja a la puerta, luego volvió a mirar a su alrededor y bajó los escalones. Empezó a dar la vuelta al vehículo. La *roulotte* tenía una ventana en uno de los lados, pero estaba demasiado alta. Así que se detuvo y solamente estiró el cuello. Además, la ventana tenía una cortina. Permaneció así un momento, rodeó el remolque y por fin se alejó, lanzando alguna que otra mirada a la ventana tapada. Dejó atrás nuestro tenderete y se coló por debajo de la cinta rojiblanca. Fero, uno de los hermanos de Markus, enorme, tatuado, con un chaleco de pescador sobre el torso desnudo, dirigía el montaje de un brazo del tiovivo. Medía dos metros, rara vez decía nada y ahora tampoco gritaba más que «¡Hop! ¡Hoop! ¡oho! ¡oohoho!» con su voz retumbante, pero los tres hombres que estaban trabajando no necesitaban otras órdenes. Fero intentaba ensamblar en el buje del tiovivo una viga de acero de un par de metros. La manejaba con una mano, y en la otra sujetaba un tornillo gigantesco. Gritó «¡hop!» por última vez y las piezas encajaron en su sitio, en un abrir y cerrar de ojos las fijó con el tornillo, de un bolsillo del chaleco sacó una tuerca, la colocó en la rosca y empezó a girarla con movimientos rápidos de las manos. Wladek lo observaba todo sin decir palabra, y cuando la tuerca empezó a oponer resistencia le dio una gran llave. Fero la cogió y poco a poco fue terminando de apretarla. Cuando acabó, Wladek empezó a decirle algo. Señalaba el remolque y hablaba. El otro le sacaba dos cabezas. El gigante encogía los hombros y abría los brazos en un gesto de impotencia. Wladek hablaba y hablaba, gesticulaba, y en cierto momento Fero dio un paso atrás. Sencillamente empezó a retroceder ante la energía acumulada de un más que cuarentón vestido con un traje de otra época. Iban desplazándose lentamente entre los hierrajos, Fero

tanteaba el camino, arrastraba cautelosamente los talones, echando de vez en cuando una ojeada atrás al tiempo que intentaba no perder de vista ni un instante al tipo que lo acometía. Los detuvo la pared de la caseta que hacía las veces de taquilla. El eslovaco levantó las manos en un gesto defensivo. Wladek intentó darle una palmada en el hombro y a continuación hizo un gesto como diciendo: está bien, lo entiendo, no pasa nada, y echó a andar entre la chatarra camino de la calle principal.

Yo esperaba. El comercio es una espera. Por lo menos el nuestro. No practicábamos un marketing agresivo. Aquí también había altavoces colgados de las farolas, pero guardaban silencio no sólo sobre nosotros, sino incluso sobre el parque de atracciones. Nuestro negocio era como la navegación a vela: nos pasábamos esperando a los clientes como quien aguarda el viento. Era más difícil que un trabajo normal. Los vendedores de los mercados tenían ventaja. Podían mirar a la multitud con la esperanza de que allí, entre las decenas y centenas, seguro que había alguien que se acercaría. Podían mirarse los unos a los otros, odiarse mutuamente, quejarse, lo que fuera. Siempre los había admirado. Tenían la mercancía delante, y ellos miraban el espacio. Miraban como si vieran el horizonte y esperaran que tras él apareciesen los compradores. Me imaginaba que podían permanecer así horas y horas. No alababan nada ni insistían a nadie. Simplemente aguardaban a que a alguien le hiciera falta algo. Su trabajo podrían realizarlo autómatas. Al parecer lo sabían y por eso no querían rendirse hasta el final.

Por la tarde paró delante del museo una gran ranchera gris. En la baca llevaba un baúl de plástico. Bajaron de ella dos parejas. Ninguno pasaba de los veinticinco años. Volvían del sur. De Croacia, de Montenegro o de Grecia. Estaban bronceados, llevaban pantalones cortos y camisetas de tirantes, una de las mujeres sorbía algo de un vaso de papel con una pajita. Tenía las tetas respingonas. El pelo parecía una peluca rubia. En realidad iba casi desnuda. Seguían de vacaciones. Fueron hasta la puerta de cristal. Uno de los tíos, que llevaba una cresta, tiró de la manilla. Lo intentó otra vez,

pero la puerta no cedió. Le dio un puntapié, se volvió hacia sus compañeros y levantó las manos hacia el cielo. En sus muñecas destellaba algo. Hablaba con voz estentórea, por no decir que a gritos, y a decenas de metros reconocí mi lengua patria. Para comprobar si su indignación estaba justificada, la del vaso se acercó, forcejeó con la manilla y también le dio una patada a la puerta con su chancla de plástico.

Lo que brillaba en las muñecas del de la cresta eran unas pulserillas cutres. De chapillas, de cuentecillas, de cadenillas, es decir: corazón salvaje veraniego y exotismo adriático. Se acercó a nuestra oferta y, sin mediar palabra, se puso a revolver prenda por prenda. Las tiraba de cualquier manera, como si realmente hurgase en la basura. Yo, sentado a la sombra de la furgoneta, lo observaba. Enseguida se le unieron los otros tres y ya entre todos me estaban embarullando la mercancía. La cogían de los percheros y la dejaban en el mostrador. La desdoblaban, la hacían una bola y la tiraban. El otro nota iba disfrazado como uno de esos siniestros que salen en los canales musicales. Se había afeitado la cabeza, se había puesto una cadena y un pendiente dorado y mascaba chicle. Unos tres de una vez.

—Vaya porquerías que tienen —dijo el de la cresta.

—A ver si vamos a pillar algo —repuso el rapado.

—Quién sabe si lo habrán lavado.

—Pues no toquéis nada —dijo la del vaso.

—Coge un palo —dijo la otra, a la que le asomaba un tatuaje bajo las bragas.

—Es que este sitio es chungo. Os dije que no paráramos —dijo la del vaso.

—Vale, vale, yo sólo quería echar un vistazo, pero ya veis… —dijo el de la cresta.

—Joder, vámonos de aquí —dijo la del tatuaje. Miró alrededor—. Esto es peor que Mongolia, y encima está lleno de gitanas.

—Sí —dijo la del vaso—. Nos piramos. Esto es Bangladesh.

Emprendieron la retirada, arrastrando perezosamente las suelas por el cemento, y el de la cresta sacó del bolsillo un manojo de llaves atado a una cadena y empezó a darle vueltas.

—Síií, *adiós vacacieros*[11] —dijo encaminándose hacia la ranchera.

Entonces me dejé oír desde donde estaba:

—Podríais dejar las cosas como las encontrasteis.

Se pararon en seco y se volvieron hacia mí.

—¡Ahí va!, y yo pensaba que era un indígena… —dijo el rapado, y se quedó con la boca abierta.

—¿Y qué? ¿No sabías decir «buenas tardes» en indígena? —No sé si era eso lo que quería decir, pero fue lo que me salió.

En cualquier caso el del penacho volvió unos pasos en mi dirección y dijo:

—Oye, tío, ¿qué pasa contigo?

—Que a ver si colocáis las cosas que habéis revuelto.

—Estás de coña… ¿Pretendes que te lo ordenemos?

—Lo habéis sacado todo y no lo habéis vuelto a colgar.

Entonces vino la del vaso y empezó a desgañitarse:

—¡Patryk! ¡Te está tomando por imbécil! ¡Quiere que le coloques la basura, el muy basurero, míralo! ¡Y encima es una vergüenza, ahí plantado con toda esa carroña como un puto rumano, es una vergüenza para la patria, Patryk!

Empezó a hacer aspavientos y lo que le quedaba en el vaso fue a parar a nuestro mostrador.

—Limpia eso —dije tranquilamente.

—¿¡Qué has dicho!? —chilló aún más alto.

—Que lo limpies, porque has manchado la propiedad ajena —dije.

—¡Patryk! ¡Dominik! ¿Habéis oído? ¡Me está mandando limpiar su pocilga! ¿Qué coño hacéis ahí parados?

Otra vez los cuatro rodeaban el puesto. Tampoco es que los tíos se murieran de ganas de bronca. Como que se enderezaron, sacaron pecho, el rapado empezó a mascar el doble de rápido, pero más bien

se trataba de una negociación. Pero aquella estúpida se agitaba furibunda como si se le hubiera acabado algún compuesto químico en el cerebro. Me caía mal. Se creía que era así como se comportaba la gente, porque así se comportaban los yonquis de las películas americanas. Las calles y los televisores estaban llenos de gente como ella.

—Lleváosla de aquí —dije—. Me lo habéis desordenado todo, ésta me ha manchado la mercancía y me ha querido ofender. Ya no quiero que recojáis. Sólo que os la llevéis de aquí para no tener que verla ni que oírla. Lleváosla a la patria.

Dije todo eso y me puse a doblar la ropa esparcida. Patryk y Dominik ocuparon posiciones estratégicas a ambos lados de la gritona, como si todo estuviera ya decidido.

—Venga, Andzelika —la persuadía Patryk—. Tenemos que irnos ya.

La tía se revolvió aunque nadie la estaba sujetando.

—¿Ahora te entra la prisa? ¿Ahora? Entonces ¿para qué coño nos has traído a este poblacho, dime? Puta mierda de sitio, y encima cerrado…

—En el Canal 66 me pareció que era guay… Estarán de vacaciones —decía Patryk para apaciguarla—. Venga, vámonos ya.

Entonces ella volvió a ponerse tensa y empezó a escupir palabras:

—¿Y por qué? ¿Porque éste te lo manda? ¿¡Este viejo basurero te va a decir lo que tienes que hacer!?

Fue rápida. Los otros no tuvieron tiempo ni de levantar las manos. Dio un salto y con el impulso derribó nuestro puesto. Se llevó por delante todo el mostrador. Las tablas, las cajas y la ropa se me vinieron encima. Me aparté por poco. Ella salió volando junto con la mercancía y ahora intentaba recuperar la verticalidad. Vi su culo en pompa. Lo tenía al aire, porque las bragas ceñidas se le habían bajado casi hasta la mitad. La agarré del pelo y la sujeté contra el suelo. Sentí que algo se me quedaba en la mano y que ella intentaba zafarse reptando hacia un lado. Parte del pelo se le había

desprendido. Lo llevaba pegado o incrustado. Tiré un puñado entero y agarré lo que quedaba. Empezó a aullar. Entonces los otros dos emprendieron la carga. Tuve que soltarla para cubrirme. Venía primero el rapado. Iban pisoteando la mercancía. Nada más soltarla sentí que la tipa me hincaba los dientes en la pantorrilla. Empecé a recular ante el embate del rapado, arrastrándola por el cemento. Aullaba sin aflojar el mordisco. El rapado esperaba a que me desprotegiera, mientras que el otro se me acercaba por un lateral. Por fin logré liberar la pierna. Para darle un puntapié en la cara aparté la vista durante una fracción de segundo. La alcancé con el tacón, se le salió una teta y cayó de espaldas. Entonces me arreó el rapado y caí dentro de la furgoneta. Antes de que consiguiera levantarme, el de la cresta me agarró de una pierna y me sacó a rastras. Me di con la cabeza en el cemento y no supe muy bien lo que ocurría, pero creo que empezaron a patearme.

Cuando volví en mí, oí gritos. Sonaban a lo lejos. En la boca tenía sabor a sangre. Estaba tirado de lado, hecho un ovillo. Me incorporé y los vi caminar en dirección a su ranchera. Fero los llevaba agarrados por el cuello, y para mí que por momentos ni siquiera tocaban el suelo con los pies. Tampoco alcanzaban al eslovaco con las manos. Los llevaba como si fueran cachorros. Las tías caminaban detrás. La otra guiaba a la rubia. Fero los llevó hasta el coche y los soltó. El rapado cayó de rodillas y su colega tuvo que ayudarle a montar. Las chicas se metieron atrás por sus propios medios. El gigante esperó de brazos cruzados a que se fueran. Me levanté del suelo. Me dijo adiós con la mano y volvió a sus quehaceres.

La casera apareció a eso del mediodía. La vi por la ventana. Caminaba con mucho cuidado junto a la valla. La helada de aquel día había vitrificado las aceras y la calzada tras las lluvias recientes. Se apoyaba en un bastón. Salí rápidamente a abrirle la verja. Sonrió al verme. Le ofrecí el brazo. Lo tomó sin dudarlo y fuimos hacia la casa. Era tan liviana y frágil que apenas notaba su peso. La hice pasar adentro, a la cocina, donde en invierno yo vivía, cocinaba, comía y dormía. Tapé la cama deshecha y le pedí que tomara asiento. Se sentó en el borde de la silla y se quitó los guantes. Todo el tiempo sonreía levemente. Le ofrecí un té. Aceptó inmediatamente y sonrió como si me dispusiera a cumplir su sueño más secreto. Estaba sentada en medio de mi leonera con la piltra sin hacer, el fregadero lleno de cacharros sucios, tras una mesa cubierta con un hule pegajoso, pero parecía no percatarse, o bien se lo tomaba como algo obvio que no merecía su atención.

Yo trajinaba entre el fregadero y la cocina, al tiempo que intentaba calcular mentalmente cuánto dinero tenía. La mujer debería haber venido cuatro días antes. Entonces disponía de la suma necesaria, ahora ya no. El alquiler de un mes costaba más o menos lo mismo que llenar el depósito de la Ducato. No era mucho a cambio de una vivienda, un jardín en verano y una calma absoluta. Mientras vertía el agua hirviendo sobre las bolsitas en sus respectivos vasos, hacía memoria del contenido de los bolsillos, cajones, escondrijos, y de los gastos de los últimos cuatro días. Puse los vasos en la mesa.

—Perdone que no viniera el día acostumbrado, pero no me encontraba bien. Esta humedad… —Suspiró y sacó la bolsita del vaso.

—Sí —contesté—. Se hace notar. Cada vez más.

—¿Verdad? Aquí nos hace tanta falta el blanco como el verde.

Midió con precisión una cucharadita rasa de azúcar y la echó en el té. Pensé que debería proponerle que se quitase el abrigo, pero me pareció mejor que se lo dejase puesto en medio del polvo y el aire viciado de mi casa. Me senté enfrente de ella.

—No sé si voy a tener suficiente dinero —dije—. Usted sabe que siempre me las he arreglado para pagar a tiempo, pero últimamente…

—Sí, claro. Es usted un buen inquilino, muy cumplidor. No se preocupe por un pequeño retraso. Además, hoy en realidad no he venido a por el dinero, o al menos no en primer lugar.

Dejó de remover, sacó la cucharilla, estuvo un momento buscando un lugar adecuado para ponerla y luego, sin más, la dejó sobre el hule y me propuso un trabajo.

—Sabe usted, me gustaría arreglar un poco esta casa. Se ha acumulado un montón de cosas innecesarias. Antes de usted hubo otros inquilinos, y antes mi familia vivía aquí. Yo nací aquí, en esta habitación, y a decir verdad no ha cambiado gran cosa desde entonces. Hasta la mesa está en el mismo lugar. Donde ahora está la cama, antes había un aparador. Y hay menos luz, porque los árboles del jardín han crecido mucho.

Dijo todo aquello mirándome a los ojos, pero durante un buen rato su mirada se remontó al pasado más lejano. Se levantó y fue hasta la ventana. Sus pasos sobre el suelo de madera apenas resultaban audibles.

—¿Hay ratones? —preguntó.

—Sí, creo que sí —contesté.

—Debería usted tener un gato —dijo, y se acercó hasta la mesa. Abrió el bolso y extrajo de él unas cuantas llaves viejas y

deslustradas unidas por un aro de alambre—. Vamos. Le enseñaré de qué se trata.

El resto del día me lo pasé revisando el contenido del cuarto que había al otro lado del pasillo. Había pasado cientos de veces frente a aquella puerta pintada de marrón oscuro y nunca me había preguntado qué habría tras ella. La dejaba atrás y abría la puerta de la cocina. Cuando llegaba el calor, abría la puerta de la habitación cuyas ventanas daban al río. A mediados de abril me trasladaba a dormir allí. La otra parte de la casa no me interesaba en absoluto. Cuando me vine a vivir di una vuelta a la casa. Aquel lado se encontraba hundido entre lilos hipertróficos, y los manzanos asilvestrados lo sumergían en una sombra perenne. Conté hasta cuatro ventanas. Estaban tapadas con retales de tela gastada. Los cristales seguían enteros, pero de los marcos de madera hacía mucho que se había desprendido la pintura. Golpeteé con el dedo flexionado y el vidrio tintineó. Creo que nunca más había vuelto a pasarme por allí. En aquel entonces no me interesaba la vida de los demás. Tenía la mía, que tampoco es que me interesase demasiado. En verano las malas hierbas alcanzaban la altura de un hombre.

Primero tuve que encontrar una bombilla. La vieja se había fundido enseguida. La habitación quedó totalmente a oscuras. Me abrí paso hasta una de las ventanas y retiré la cortinilla. No sirvió de nada. Fuera ya estaba anocheciendo. En el interior hacía frío y olía a moho. A la izquierda, según se entraba, había una estufa de azulejos. Arreglé la luz. En el suelo se amontonaban pilas de periódicos atados en paquetes. Aquella gran habitación parecía una mezcla de almacén, basurero y vivienda. Junto a las paredes había muebles: un armario anticuado, tal vez un aparador, y en el rincón un reloj con aspecto de ataúd con tapa de cristal. También había una mesa, sillas y seguramente un sofá, pero todo sepultado bajo fardos, bultos, sacos, cajas y a saber qué más. Como si hubieran dejado las cosas de una mudanza y se hubiesen olvidado de ellas. A decir

verdad no se podía entrar más. Habría hecho falta quitar o correr algo a cada paso para abrirse camino. Cubos vacíos y agujereados, cántaros abollados, sacos de arpillera llenos de botellas vacías, un barril agrietado de puro reseco, chatarra oxidada, tablas, cerámica, contrachapado, hojalata; pero al fondo, sobre los muebles, en los estantes se veía cristal, porcelana, cuadros polvorientos primorosamente enmarcados, incluso había algo dorado que destellaba a la luz mortecina de la bombilla. En una de las paredes colgaba una especie de kilim.

—Me gustaría que esto pareciera una vivienda normal, vacía. Con las cosas puede usted hacer lo que quiera.

Y ahora, de pie en medio de aquel trastero, era justo lo que me estaba planteando. Había traído de la cocina un poco de leña. La portezuela de la estufa estaba gélida y herrumbrosa. Acerqué una cerilla al montoncito de papel y maderitas. Brotó una llamarada naranja, pero enseguida se oscureció y el cuarto empezó a llenarse de humo. Me abrí paso hasta la ventana e intenté abrirla. El tirador metálico se me quedó en la mano. Empujé con el hombro el marco carcomido. Cedió y sentí en la cara el aire frío. Retrocedí hacia el interior y poco después, entre las lágrimas, vi que la estufa ya tiraba. Fui a la cocina y traje un poco de carbón y una botella empezada de whisky falsificado. Coloqué unos cuantos terrones negros sobre la leña llameante. Cerré la ventana. Entre los trastos saqué a rastras un sillón acolchado. Apestaba a humedad, pero lo arrimé a la estufa abierta. Apagué la luz y me senté. El carbón se fue poniendo rojo por abajo, se volvió ascua y por fin empezó a arder. Di un trago y pronto entré en calor. Si no fuera por ese whisky hoy me habría llegado para el alquiler. En esta ala de la casa el silencio era absoluto. No se oía la ciudad ni el puente. Pensé que en el fondo no pasaría nada si la ciudad enmudeciera por los siglos de los siglos. Nadie la necesitaba, aparte de sus habitantes y de mí. Pero hasta los habitantes se iban para nunca más volver. No venía nadie de fuera. Si acaso, los niños que aún nacían. Una carretera, un puente, una gasolinera y nada más. Lo demás era prescindible. A veces veía a

mujeres vestidas de forma llamativa y con tacones altos. La mayoría, teñidas de rubio y con ropas ceñidas. Arrastraban de la mano a hombres desorientados. En las tiendas o por la calle. Los hombres miraban inseguros a su alrededor. Su indumentaria se parecía un poco a la de las mujeres. Eran maridos o prometidos recién importados del extranjero. A veces las chicas les hablaban en italiano o en alemán. «Pues *purtroppo*, aquí *non abbiamo pecorino*, Luigi, lo siento», decía hace dos días una rubia de bote, menuda cual gorrión, ante el mayor supermercado de la ciudad. Llevaba unos vaqueros apretados, tacones de aguja de diez centímetros y un chalequillo mitad de cuero y mitad de imitación de piel de leopardo. Su Luigi empujaba el carrito y ella no paraba de hablar: «Pero hay *coscio, cosciotto e pancetta, prego*, querido. No te pasa nada porque no haya *pecorino*». Se dirigían hacia un Fiat azul con matrícula italiana. Tras ellos avanzaban pasito a pasito los padres de la chica. Eran grises y estaban asustados con todo ese lío, con la montaña de compras desbordándose del carro, con el yerno de pelo negro y tez oscura, con el coche reluciente y el gorjeo de su propia hija, que gritaba las palabras extranjeras dando tales voces que la gente que había en el aparcamiento volvía la cabeza. La *donna* oxigenada abrió el maletero. Estaba lloviendo, así que apremiaba a su Luigi mientras metían el azúcar, la harina, la carne de cerdo y de ternera, los arenques y todo lo demás. Los viejos, petrificados bajo el aguacero, miraban como hechizados aquella abundancia bárbara. Apostaría a que era la primera vez en su vida que veían tantas cosas compradas de una vez. «Mamá, papá, ¿por qué no entráis? —chilló la moza en determinado momento—. ¡Entrad, que os vais a poner malos para la Navidad!». Pero ellos no sabían cómo hacerlo, no sabían cómo acercarse, cómo aproximarse a aquel vehículo desconocido, no sabían cómo tirar de la manilla. Cuando por fin la mercancía estuvo cargada, Luigi, encogiéndose bajo la lluvia, se llevó el carrito y la hija pudo ocuparse de meter e instalar a los padres en el asiento de atrás. Luego se dejó caer en el asiento del conductor y dio tres bocinazos. El *ragazzo* echó a correr, chapoteando en los charcos.

Bebía y me acordaba de diferentes cosas. Cada cierto tiempo echaba al fuego otra paletada de carbón. La ciudad iba enmudeciendo. Ésa era la verdad, agonizaba. Se le iba congelando la sangre. Todavía había quienes venían a supervisar la muerte de sus mayores. En aquel cuarto húmedo, entre trastos, desechos y sobras, lo sentí muy claramente. Creo que a ratos dormitaba y soñaba con cosas diversas que ya había olvidado hacía mucho. Despertaba de tanto en tanto. Me acordaba de que tenía una especie de trabajo y volvía a dormirme.

Tardamos cuatro días en ganar el primer dinero. Hasta que se puso en marcha el parque de atracciones, y en Medziborie organizaron un mercado. Me seguía doliendo la cara, pero no podía contener la risa al verlo tan ajetreado tras el mostrador. El todoterreno negro había desaparecido. Sobre la explanada giraba la rueda del tiovivo. Eva, metida en su caseta, vendía entradas. Y él se desvivía entre el tropeí de montañeses que aquel día habían bajado a los valles. La calle principal estaba bordeada de puestos. Los amarillos tenían unas cuantas casetas con sus maravillas del Lejano Oriente a tres zlotys y medio la unidad, pero los que se encargaban de vender y vigilar eran paisanos contratados para ello. Por lo demás, al fin y al cabo se trataba de un mercado, de cosas necesarias y difíciles de falsificar: gallinas en jaulas de alambre, cochinillos creciditos metidos en carros de dos ruedas enganchados a vetustos coches que databan de la caída de la Unión Soviética, sacos de maíz dorado, haces de rastrillos de madera. Los gitanos de Satu Mare tenían hierro forjado por ellos mismos. Habían venido en dos Dacias y habían colocado directamente en la tierra decenas de hachas, machetes, extraños filos y mecanismos que no traían a la mente nada bueno y sólo podían ser objeto de deseo de los cazadores furtivos. Pero también tenían unas cuantas motosierras y dos cortacéspedes. En un extremo del mercado vendían coches. Entre ellos deambulaban hombres, daban patadas a los neumáticos, abrían los capós,

golpeaban con los nudillos las carrocerías buscando el sonido apagado de la masilla, a veces alguno se subía, arrancaba el motor y alrededor se reunía una comisión de expertos. Quince o veinte coches traídos del interior del continente. «¡Todos con *f*!», gritaba un tío con camiseta de tirantes y un sombrerillo. Fumaba, se le cerraban los párpados y luego volvía a empezar: «¡Todos con *f*! ¡Fiats, Fords y franceses!».[12] A veces perdía el equilibrio y se recostaba en el capó de una Renault de reparto. Los bugas tenían el precio pintado con espray lavable en el parabrisas y eran verdaderas gangas. A medida que avanzaba el día, los vendedores iban borrando las cifras y pintando otras cada vez más bajas, pero de todos modos nadie quería esos coches. Los herreros de Satu Mare preferían ir en sus Dacias, que seguramente les habrían salido gratis, seguramente los habrían encontrado con las llaves puestas, abandonados por picaros que se acababan de comprar por quinientos o por mil leus un Golf o un Laguna. Aquéllo no era ni segunda, ni tercera mano. Los coches tenían matrículas moldavas, albanesas y bosnias. Lo cual no era ningún problema, porque vi cómo el colega del tipo del sombrerillo se arrodillaba y atornillaba a un Corsa placas de Galitzia, y luego tecleaba algo en su portátil y de una impresora colocada sobre una mesita plegable salían los papeles. Un bigotudo larguirucho cogió los documentos fresquitos y las llaves, se puso al volante y, sin más, se fue. Probablemente para, al cabo de uno o dos años, lanzar aquella carroña automovilística a algún precipicio cerca de Yasinya o de Yaremche. El mismo destino esperaba a mi Ducato, sólo que era más grande. A veces me hacía ilusiones de que alguien la compraría. Pero los únicos que habrían podido hacerlo eran los gitanos.

Yo me dedicaba a observar todo aquello porque Wladek se las apañaba solo. Podía quedarme mirando cómo tentaba y atraía a la clientela del parque de atracciones. La gente venía del mercado y no se esperaba otro tenderete más. Aparte de que lo nuestro no era un tenderete, sino un teatro bajo el cielo sin nubes de aquel largo verano. Localizaba a las víctimas, les tiraba de la manga, las

desarmaba con su labia, les mandaba quedarse quietas y las obligaba a probarse cosas. Había sacado de algún sitio un espejo deslustrado con marco de plástico dorado. «¡Gente! ¡Ciudadanos! ¡Hermanos eslavos y otros hermanos también! ¡Jamás será más barato ni mejor! ¡Hoy ha llegado el día! ¡Venid y comprad, porque puede que mañana ya no estemos aquí, puesto que somos vendedores ambulantes! *Jeden, dva, tri! Ne je draho, páni a dámy!* Mañana os arrepentiréis, pero no quedará ni rastro de nosotros. *Egy, kettó, három… vásárolni! Férfiak és nók vásárolni!* Así son los tiempos que corren y no hay nada que hacerle. *Unu, doi, trei, poftim… poftim? Cát costa aceasta? Nulcosta, ma donna*, de verdad que *nul* para semejante elegancia universal y calidad internacional, con la que os podéis presentar en cualquier sitio sin vergüenza. Esto no es la tristeza del Lejano Oriente, no apesta a goma y no se derrite al sol. *Kószonóm és szívesen*, ésa es la verdad. Podréis llevarlo durante décadas porque la calidad, el estilo y el corte son absolutamente intemporales. *Numele meu este* Wladek. Y él es Pawel. *Nem kijárat*. Venimos a ilustraros en la confección, para que dejéis de parecer vagos y maleantes. *Neagrá piele. Cierna koza. Fekete…* se me ha olvidado… creo que *bõr*, igual que el vino.[13] Sólo cuando os pongáis estas pieles dejaréis de tener miedo, porque seréis valientes y rápidos como animales, seréis como bellas bestias. Los precios empiezan a partir de *circa şaptezeci lei, ötezer forint* y *sedemsto korunek* por las prendas de mayor tamaño, ¡y las más pequeñas, más barato! Wladek *vagyok*, y él es Pawel…».

Funcionaba. La gente se paraba. Lo tomaban por un bufón y se paraban. Se detenían y tenían que decidir si aquello era una representación circense o comercio de verdad. De eso se trataba. Se paraban. Querían divertirse, querían mirar, y él desplegaba ante ellos la mercancía. Yo veía cómo sudaba. Llevaba una camisa azul con las mangas remangadas y un chaleco negro de piel. Bajo las axilas iban asomando unas manchas oscuras. Entre la pequeña multitud que lo

rodeaba, se fijó en una mujer. Era flaca, huesuda y estaba curtida por el sol. Tenía pinta de aldeana. Calzaba unos botines de hombre. Hacía tanto calor que había dejado resbalar hasta los hombros el pañuelo de flores. Tras ella estaba un hombre alto con un traje gris barato. Debían de ser matrimonio, pero parecían hermanos que hubieran de permanecer juntos hasta la muerte. Se fijó en ella y al instante encontró una chaqueta de fina piel negra, que ni pintada para el fideo alargado. Me retiré a la sombra y me quedé observándolo todo desde lejos. Wladek bailaba con aquel pedazo de piel como un torero, hipnotizando a la mujer, que al principio reculó un paso entero, pero luego se quedó petrificada. El hablaba sin parar. Hacía ondear la mercancía y se la plantaba ante las narices al tiempo que alababa lo refinado de un aroma que no habían disipado ni los años, ni el largo camino desde Viena o Milán hasta allí, hasta Medziborie. En cierto momento la obligó a agarrar una manga de la chaqueta y él se puso a tirar de la otra con todas sus fuerzas. La mujer, instintivamente, clavó los pies en la tierra y no la soltó. Entonces él recorrió el auditorio con una mirada triunfal, como si efectivamente propusiera algo indestructible. Y un instante después se encontraba ya junto al cohibido larguirucho, quitándole su atuendo gris. Antes de que éste tuviera tiempo de plantearse ofrecer resistencia ya tenía puesta la chaqueta negra. Y hay que reconocer que le quedaba bien. Su cara se volvió aún más delgada y severa y su figura adquirió seriedad y fuerza. Wladek lo rodeó con el brazo como si presentara en sociedad a su propio hijo o al menos a su pupilo, y después le dio un leve empujón en dirección a su esposa. Allí estaban de pie el uno frente al otro, un poco turbados, cohibidos, avergonzados de ser el blanco de las miradas de extraños. Pasó un buen rato antes de que ella, por fin, se acercara y tocara el brazo del hombre ataviado con aquella vestimenta nueva e inesperada.

Al poco rato lo vi contar cuidadosamente los billetes rojos y dárselos a Wladek. Y él sacó de algún lado una bolsa de plástico y

fue a empaquetar la mercancía, pero ellos sólo metieron en ella la chaqueta vieja y se fueron rápidamente camino de la calle principal.

—Se la dejé en ochocientas, aunque valía mucho más —me dijo por la noche—. Para empezar con buen pie.

Tenía razón. Hasta el final del día ganamos tres veces más. Todo en coronas. Contó los billetes, los metió en una cartera anticuada del tamaño de un bloc de notas tirando a grande, me la entregó y me mandó ponerla a buen recaudo. «Es que no voy a dormir en la furgo…», dijo mirando la feria desierta. Markus se encargaba de las preparaciones nocturnas. Comprobó que la corriente estuviera desconectada y que el armario del interruptor principal y los fusibles se encontrase cerrado con llave. Miró dentro de los cochecitos del tiovivo y del barco vikingo en busca de borrachos inconscientes. Luego fue a su remolque y soltó un gran perro peludo con pinta de cruce entre pastor caucásico y san bernardo. El perro dio la vuelta al terreno correteando, olisqueando, husmeando, meó aquí y allá para marcar el territorio y a continuación volvió dócilmente adonde su amo. Markus le rascó detrás de la oreja, le dio unas palmaditas torpes en la cabeza, refunfuñó, farfulló en una mezcolanza de lenguas y luego fue hacia el tiovivo y de debajo de la tarima sacó a rastras una cadena larga. El perro acudió con la cabeza gacha y se sentó, y Markus enganchó un mosquetón a la anilla del collar y palmoteo al animal por última vez. «¿Dónde vas a dormir, entonces?», pregunté atolondradamente, pero él tan solo sonrió y dijo: «Tranquilo.

Hoy no habrá *borovicka»* y se fue hacia la calle principal desierta. El sol ya se había puesto y su silueta gris desapareció casi de inmediato. Me quedé solo. El perro estaba tumbado con la cabeza sobre las patas y los ojos cerrados. Subí a la furgoneta y giré la llave. Arrancó casi a la primera. Puse rumbo a la estación, pero no tenía ganas de acostarme ni de tomar cerveza y mirar cómo se hacía de noche. Llegué hasta las puertas de la ciudad. A la izquierda se desgajaba una carretera lateral. Me metí por ella. Era cuesta arriba. Desde el puerto de montaña, bajo los restos del resplandor diurno,

vi una gran hondonada oscura. Allí estaba el este. Sólo unos pocos pueblos más (con sus iglesias ortodoxas de madera, con las ruinas de los establos industriales del régimen anterior y el vacío de los campos asilvestrados) y de norte a sur se extendía la frontera. La gente decía que en algunos sitios estaban reconstruyendo el antiguo *sistiema*. Habían sustituido el viejo alambre de espino oxidado por otro nuevo y habían reparado las torres de vigilancia. Sobre todo en los lugares por donde siempre pasaban los contrabandistas: lejos de los pueblos, en desfiladeros boscosos y en los barrancos de los torrentes que bajaban del parteaguas. En algunos lugares habían instalado sensores de movimiento, pero los más espabilados pasaban por arriba, reptando por las copas de los árboles, aunque la guardia fronteriza de este lado casi siempre los pillaba. Al menos a los que lo intentaban por su cuenta y riesgo. Las patrullas eran mixtas. Eslovaco-franco-lusas. O polaco-eslovaco-alemanas. Nunca mandaban sólo a los autóctonos. El asunto era demasiado serio. Allí empezaba el este y no acababa hasta miles de kilómetros más allá. Iban con uniforme de camuflaje, fusiles, comunicación por satélite, visores nocturnos, con sus ordenadores portátiles del tamaño de una bombonera, con GPS y con perros adiestrados de carne y hueso, y se vigilaban mutuamente. El día anterior los había visto pasar por la calle principal en un camión militar descubierto. Parecían perros de guerra, con toda aquella parafernalia bélica encima. Todos llevaban gafas de sol, casco y guantes sin dedos. Debía de haber alguien encargado del vestuario, probablemente un sastre, porque parecían sacados de la televisión. Avanzaban lentamente, sentados totalmente inmóviles. Serían unos quince. Entre las rodillas se erguían los cañones de los fusiles. Todo Medziborie los miraba. Gitanos, borrachínes, desempleados, ferroviarios. Las viejas y dos amarillos que estaban delante del *Cínsky textil* fueron los únicos que no se dieron cuenta del desfile. Es decir, seguro que se dieron cuenta, pero entendían del tema y prefirieron hacer como que no veían nada. No se mira a un ejército armado. Los amarillos y las mujeres de la zona lo sabían bien. Me quedé fumando y mirando

cómo se apagaba el día sobre el valle y la frontera. Veinte kilómetros más allá caía la noche. Se extendía, tirando por lo bajo, hasta Kamchatka, Sajalín, Shangái y el estrecho de Taiwán. Demasiado para aquellos alambres de mierda, aquellos sensores de movimiento en medio del bosque y aquellos fantoches con gafas de espejo. Fumaba y esperaba a que se hiciera de noche. Abajo, a lo lejos, destellaron unas frías luces fluorescentes. Giré la llave, di la vuelta en tres maniobras y arranqué cuesta abajo, hacia la ciudad.

Un día del invierno pasado pusimos rumbo a la frontera. Lo recogí delante de su portal. En una garrafa metálica llevaba quince litros de combustible. La metió en la parte de atrás, estuvo un momento ojeando las sobras de mercancía, farfulló algo y a continuación subió a la cabina.

—No quedan más que piltrafas, pero vamos. Allí todavía no has estado.

Nada más dejar atrás Monastyrzyska, en la primera subida, empezamos a derrapar. La nieve estaba dura y compacta como hielo. Con los neumáticos de verano pelados, la Ducato se quedaba atravesada y se oía el chirrido duro de la goma al patinar. Hubo que poner las cadenas. Se las había regalado alguien y llevaban con nosotros desde el otoño. No disponían de tensores ni de enganches. Tenían aspecto de producto casero fabricado con una cadena de amarrar vacas. Las fijé y las ajusté con la ayuda de trocitos de alambre y un pedazo de muelle de zapatas de freno. Siempre llevaba una caja con las cosas más necesarias. Reanudamos la marcha, pero no se podía pasar de los veinte o treinta por hora, porque la chatarra suelta iba dando golpes contra el chasis. Dejamos atrás el cementerio del desfiladero y ahora sí que había que conducir con cuidado. Metí primera e intenté mantener las ruedas derechas en el arcén, donde la nieve no se había convertido en hielo. Salimos del bosque, se terminaron las curvas y empezó aquella larga recta de diez kilómetros que llevaba hasta la frontera. Pero nosotros giramos a la izquierda, hacia el sureste, pues aquel día no teníamos pensado salir del país. Un buldócer había apartado la nieve hacia los lados y,

mal que bien, íbamos avanzando, pero a cada poco nos salíamos del camino marcado, porque los neumáticos delanteros también estaban casi pelados. Nos incrustábamos de morros en un montón de nieve y había que dar marcha atrás y empezar de nuevo. Nos abrimos paso a través de una aldea apenas visible entre la niebla y la blancura. Le pregunté si faltaba mucho.

—Ocho o diez —contestó.

—¿Y va a ser así todo el rato?

—No, debería mejorar.

No se veía prácticamente nada, pero sentía que íbamos todo el tiempo cuesta arriba. Todo el tiempo en primera. De tanto en tanto, a izquierda y derecha, al borde de la carretera o un poco más lejos, se alzaban cruces de piedra. Brotaban, sin más, entre la niebla para volver a disolverse en ella. Casi negras y un poco desmoronadas, como en un viejo cementerio. Yo llevaba un ojo puesto en el indicador de temperatura.

—Vamos a tener que parar —dije.

—En medio kilómetro empieza lo llano —contestó, y miró en la guantera, como si quisiera asegurarse de que no iba a perder el tiempo si hacíamos un alto.

Pero no llegamos a lo llano. Primero divisé unas luces a lo lejos. Con la niebla y de día apenas se veían, pero venían a toda pastilla en nuestra dirección. Volaban cuesta abajo, a tumba abierta, hacia nosotros. Tenía que ser un coche, porque las luces eran dos y advertí que destellaban: largas-cortas, largas-cortas, pero todo se hundía en un remolino de polvo blanco. Iría como a ochenta y pidiendo pista.

—Apártate, que este cabrón nos mata —dijo con toda la tranquilidad del mundo.

—No hay dónde meterse. Que frene —mascullé y me aferré al volante como si en efecto pretendiera chocar de frente.

—¡Apártate! ¡No va a frenar! —gritó, y en su voz había algo que me hizo dar un volantazo a la derecha, meter la Ducato en un montón de nieve, dar otro a la izquierda para no acabar empotrados

en la cuneta y, llevándonos la nieve con el morro, aparcar en paralelo a la carretera. Justo a tiempo, porque el otro ya estaba allí. Oí un bocinazo prolongado, pasó casi rozándonos y, sin aminorar, siguió su carrera, arrastrando tras de sí una nube de nieve. Apagué el motor. El indicador ya estaba llegando al rojo.

—No le he visto ni el color —dije.

—Negro —farfulló entre dientes y sacó la botella. Dio un trago y me la pasó sin decir palabra.

No conseguíamos salir. Quitaba aquellas cadenas para vacas, las enganchaba con alambre y las volvía a quitar. Le dábamos hacia atrás y hacia delante, pero la furgoneta se iba deslizando centímetro a centímetro por la pendiente, en dirección a la cuneta llena de nieve. No teníamos ni siquiera una pala. Empezó a nevar. Miró el reloj y dijo:

—Pues nada. En vez de llevarles mercancía, habrá que ir a pedirles ayuda.

—¿Y quién nos va a rescatar aquí? —pregunté sin convicción, porque el aire ya se iba poniendo azul y cada vez nevaba más.

—Los parias de la tierra, tío —dijo alegremente—. Cierra este trasto y arreando, que el camino es largo y peligroso.

Estábamos sentados a la mesa en medio de una gran cocina. Contra las paredes había unos pocos enseres. Una cama, la mitad inferior de una estantería, un banco de madera, dos sillas y un aparador. Bajo la plancha de hierro de la cocina ardía el fogón. A la mesa estábamos nosotros dos y Józkowa: así la llamaba él, y a mí me contó que el nombre se lo debía a su difunto marido, un tal Józek. Ella cortó un montón de pan y pepinos encurtidos y abrió una lata de carne en conserva. Nosotros pusimos en la mesa un aguardiente de ciruela eslovaco. «Murió junto con el PGR. Yo creo que fue porque en los últimos tiempos no paraba de beber, pero sus colegas siempre sostuvieron que lo había matado el agua sucia que bebió del pantano cuando, montado en el último tractor del PGR se

encontraba segando los últimos prados del PGR».[14] Me lo contó mientras avanzábamos penosamente por entre la nieve recién caída en dirección a unas luces borrosas. Józkowa tenía la cara flaca, el pelo corto y canoso y los movimientos decididos. Cortó la carne en rebanadas y dijo: «Comed». Luego se sentó junto a Wladek, se sirvió un trago, brindó a su salud, empinó el vasito, volvió a llenarlo y lo puso delante de él.

—Hacía tiempo que no venías —dijo, tomando aire.

—Esta vez tampoco voy a estar mucho.

—¿Os habéis quedado lejos?

—En la antigua carretera de Spelzla. Pensé que nos mataba. ¿Qué andaba buscando por aquí?

Józkowa cogió un cigarrillo de la cajetilla de Wladek, lo encendió, exhaló una larga bocanada de humo y, cuando todo quedó en absoluto silencio, dijo:

—Estaba buscando gente. Es lo único que busca ahora.

—¿Y qué? ¿Se fían de él?

—Se fíen o no, se largan con él.

—¿Alguno ha vuelto?

—No. A veces mandan dinero.

Mientras yo escuchaba su conversación, de las puertas que conducían a las habitaciones contiguas iban saliendo niños. Pequeños, menos pequeños y otros ya creciditos. Se deslizaban tímidamente junto a las paredes y se sentaban en los muebles. En el banco, en la cómoda que un día fue estantería, en el fregadero. Habría querido contarlos, pero no era cosa de parecer fisgón de buenas a primeras; además, ya estaban por todas partes, a los lados, a mi espalda. Se sentaban y se quedaban observando y escuchando, aunque al fondo, en alguno de los cuartos, habían dejado un televisor encendido. Llevaban chaquetas de chándal estiradas, chancletas de plástico, camisetas desteñidas. Parecían pájaros sobre un cable.

—¿Son todos tuyos? —preguntó.

—Son mis nietos, Wladziu —contestó.

—¿Cuántos hijos tuviste?

—Ocho. Uno murió.

—¿Todos se han ido?

—Casi todos.

—¿Con él?

—Por suerte no. Los mayores se marcharon a España y fueron llevándose a los demás. Las chicas también se fueron, y yo hago de niñera de mis nietos. Cuando hayan ahorrado algo, volverán. Patrycja y Andzela se quedaron y me echan una mano. No es que me queje, pero antes no hacía falta irse a ningún lado.

—Yo antes también me iba —dijo Wladek y entrecerró los ojos, absorto en el pasado.

—¡Ay! Tú siempre has sido como un gitano, siempre te ha atraído el mundo. El oro de los rusos, los relojes de Hungría. Lo recuerdo todo.

—Sí, el oro de los rusos… —repitió, sonriendo levemente.

—Y ahora hace falta irse a España. Nos la han metido doblada, Wladziu; que ningún encorbatado de la tele me venda la moto. Y él viene una o dos veces al mes.

No me hacían el menor caso. Tenía que servirme la bebida solo. Sabe Dios desde cuándo se conocían. Nunca había oído que nadie lo llamara por el diminutivo. Hablaban de diversos acontecimientos que yo no conseguía situar en ningún tiempo concreto. A veces me parecía que evocaban su infancia, pero enseguida aparecían hechos recientes: las plantaciones de tomates de Portugal, Western Union y demás. Del cuarto de al lado salió un crío montado en un triciclo eléctrico. Tocó el claxon, dio luces, rodeó la mesa y desapareció. Del de la tele llegaban los sonidos graves del *subwoofer* del *home cinema*. Yo seguía pensando en la furgoneta y sabía que una hora más tarde no habría manera de ponerla en marcha. Pero no podía hacer nada. Escuchaba sus recuerdos. Se habían olvidado por completo de mí. A veces me parecía que él y yo acabábamos de

conocernos el día anterior y que no había nada que nos uniera. Allí sentado como un extraño miraba cómo por una puerta salían niños cabezones y desaparecían por otra.

—¿Y en qué año exactamente murió Józek? —le preguntó tras un instante de silencio.

—El año en que hubo la batida. Bueno, el siguiente, porque fue después de Navidad, creo que en febrero. Fue entonces.

—¿En qué año?

—¿Y qué más te dará el año? Ve al cementerio y léelo en la lápida. No me acuerdo… —dijo, hizo una mueca de impotencia, cogió un cigarrillo y repitió—: No recuerdo los años, Wladziu… Pero fue el año de la batida, quiero decir, el siguiente. Iban en medio de la nevada diez coches o más, los perros ladraban. Hasta llamaron a un buldócer después, porque a Czyrne y Nieznajoma, olvídate, en invierno no hay quien llegue, y no te digo ya a Rozstaje… Pero como se habían cargado a uno de los suyos, pues hasta un buldócer tenía que haber, y hasta un helicóptero sobrevolaba. Había diferentes versiones: que querían escapar cruzando la frontera o que eran contrabandistas. Luego encontraron aquellos dos cadáveres en la vieja cantera. Nadie los conocía, nadie los había visto. Los polis andaban rabiosos de aquí para allá. Interrogaron a todo el mundo, casa por casa, pero nadie sabía nada. Por qué primero el poli y después ellos dos. Una cosa muy rara, Wladziu. El conductor del buldócer dijo que estaban congelados hasta los huesos y que cuando los echaron en el camión se oyó un estruendo como si cargaran madera. Sí.

Aquella noche me dormí apoyado en la mesa. Luego Józkowa nos dio un colchón y una manta y nos arrebujamos contra la pared. Nos despertó el frío del amanecer y un correteo de pies infantiles descalzos. Alguien estaba encendiendo el fogón. Pero yo sólo pensaba en cómo demonios pondríamos en marcha la furgoneta.

Lo más fácil fue lo del papel. En su mayor parte estaba empaquetado. Los viejos cordones a veces se rompían y me tocaba atar de nuevo pilas de periódicos ajados de muchos años atrás, del siglo anterior, *Ilustroiwany Kurier Codzienny, Wiadomosci Literackie, Niwa, Odrzodzenie, Express Ilustrowany*. Todo se desmoronaba. Cuando eran demasiado viejos para atarlos, los metía en bolsas de plástico. Se convertían en una masa quebradiza y se mezclaban. Encima echaba un puñado de ejemplares más nuevos y enteros, para que no me pusieran pegas. Pero la mayoría aún se conservaba íntegra. Eran de los años sesenta, setenta, ochenta. Incluso reconocí algunas de las caras de las portadas. Ya hacía mucho que habían desaparecido y se habían podrido en la tumba. Algunos de los fardos eran relativamente nuevos. Algunos de los protagonistas de entonces aún estaban vivos, pero nadie se acordaba de ellos. Se pudrían en vida. Fui sacando los paquetes y echándolos en la parte trasera de la Ducato. Cuadernos, libros, recibos, entradas de teatros que ya no existían, libros de contabilidad con columnas sobre papel estucado, manuscritos a tinta llenos de volutas… lo único que faltaba, al parecer, eran fotos. En total debía de haber como doscientos kilos. Cerré la puerta corredera y puse rumbo a aquel edificio de ladrillo que se erguía al otro lado del puente en una estrecha callejuela que llevaba al río. Allí todavía quedaban barracas de techo alquitranado, cobertizos hechos de tablas, y en las placitas embarradas se veían restos de antigua maquinaria fabril: cuerpos destripados de tornos, bombonas de acetileno oxidadas, cizallas manuales para láminas de acero, y la tierra olía a lubricante y aceite

por los siglos de los siglos. Pero allí ya no ocurría nada. No había operarios. La pintura de los letreros se había desprendido. Nadie reparaba nada. Las cosas rotas se tiraban y se compraban otras nuevas. Ante el edificio de ladrillo había una enorme báscula metálica. La gente traía chatarra o papel, lo ponía en la báscula y esperaba a que saliera el jefe del negocio a pesarlo. Los que traían la mercancía eran, por lo general, hombres mayores de pelo cano. Latas de cerveza aplastadas, periódicos atados en fardos, cartones clasificados. De vez en cuando aparecía alguien atormentado por la resaca portando algún trozo de metal de dudosa procedencia. Pero el jefe lo pesaba y pagaba sin hacer preguntas. Cada mañana escribía los precios con tiza sobre una tabla negra. El acero a tanto, el cobre a tanto, el aluminio a tanto. Los precios cambiaban como en la bolsa. Subían o bajaban a razón de un céntimo. Un corro de jubilados discutía sobre las subidas y bajadas. Sobre el hambre china de materias primas. Sólo el precio del papel se mantenía.

Aparqué de espaldas a la báscula y empecé a descargar. Veinte kilos me daban casi para un litro de gasolina. Más o menos lo mismo que costaba un kilo de cobre. Vino el jefe. Llevaba un anorak guateado de color gris y unos mitones. Miró la pila, que seguía creciendo. Abrió una de las bolsas, metió la mano hasta el fondo y sacó un puñado de basura desintegrada.

—Esto ya no es papel reciclable. Esto ya no es nada y no habrá quien me lo compre —dijo.

—Bueno, pero no lo comprueban todo —contesté.

—Yo tampoco compruebo todo, pero a veces sí.

—La mayoría está aún en buen estado. Es de la posguerra.

—¿Sabes para cuánto tiempo diseñaron este papel? Treinta o cuarenta años. Después tenía que desaparecer para que no quedara rastro.

—¿Quiénes lo diseñaron? —pregunté.

—Los comunistas —respondió, y se concentró en las pesas y palancas de la báscula.

Desde la calle dobló en nuestra dirección un carrito cargado de embalajes de lavadoras y neveras plegados.

—¿Ves? Eso es mercancía como Dios manda. —Dejó la báscula y empezó a teclear en una calculadora de bolsillo—. Vamos a hacer así: yo no sigo revisando, pero quedamos en tres cuartas partes del precio. ¿Te vale?

—En la furgo tengo aún dos veces más —contesté.

—Pues entonces lo siento, pero dos tercios. No comercio con polvo. Para mí es un riesgo. Con que una vez den con morralla, luego ya siempre andarán rebuscando. Dos tercios. ¿Te vale? Y solo porque conoces a Wladek.

Sí. Alguna vez le habíamos llevado los trapos que no habíamos conseguido vender. En aquella época todavía los compraba. No pagaba casi nada, pero se los quedaba. Salía más barato que pagar a los basureros o que llevarlo al sur al amparo de la noche. «¿Qué haces con esto?», le preguntaba Wladek. No quería contestar, decía que se lo vendía a otros que lo transformaban en otra cosa, se andaba por las ramas y precisamente por eso Wladek seguía insistiendo.

—Lo llevo al mayorista —dijo al fin.

—A qué mayorista ni qué hostias, tío…

—Al de trapos usados. ¿A cuál va a ser?

Wladek no respondió. Fue a la furgoneta, abrió la guantera, sacó su botella, se sirvió un chupito, se lo tomó, cerró la botella y la guardó sin mirarnos siquiera. Encendió un cigarrillo y volvió.

—O sea, que nada se desperdicia… Es decir, que se trata de un ciclo sin fin, porque en la naturaleza nada desaparece mientras podamos sacarle un maldito céntimo, ¿no? —Era una pregunta, pero no esperó la respuesta—. ¿Y adonde va a parar esa morralla? ¿A la fábrica de bayetas? ¿Al continente negro en calidad de limosna? ¿No lo sabes?

—¿Y qué más da quién lo compra? El mayorista o alguna planta de basuras —se ofendió el otro—. ¿Qué más da? Lo que importa es el movimiento, la circulación. Igual se lo mandan en barcos a los chinos, que allí la mano de obra es barata, y ellos lo lavan, lo zurcen y lo revenden…

—Será a Mongolia Interior —dijo Wladek.

—¿Dónde? —se interesó el jefe.

—Al Altái de Gobi —aclaró, yendo otra vez hacia la cabina.

Seguí amontonando bolsas en la báscula. El dueño del carrito de los cartones parecía un pájaro flaco y viejo. Encendió un cigarrillo mientras esperaba su turno. Le pregunté al jefe de qué conocía a Wladek.

—Íbamos juntos a clase —contestó—. Primero al colegio y después ala FP de mecánica. No valía para eso. Eraunmanazas. Andaba lleno de heridas y con los dedos vendados. Tocara lo que tocara, acababa habiendo sangre. El martillo, la lima y la segueta eran para él herramientas peligrosas. Y cuando por fin nos llevaron a las máquinas, el profesor se quedó detrás de él rezando para que las seis horas de taller acabaran de una vez. No estaba hecho para eso y lo pasaba fatal. Se escaqueaba como podía. Era buen chaval, pero deberían haberlo destinado a algo más intelectual. Me caía bien. Me gustaba escucharle hablar.

—¿De qué hablaba?

—De todo. De la vida, del mundo, de esto y de lo otro, pero, sabes, tenía talento, talento de verdad. Cuando empezaba a hablar, la gente se ponía a escucharle.

Junto al carrito paró un tío que venía empujando una bici cargada hasta los topes. Al cuadro llevaba atado un haz de tuberías de hierro y unas cuantas barras de acero para armaduras de hormigón. En el cesto de alambre que llevaba tras el sillín tintineaban latas de aluminio. El ciclista saludó al dueño del carrito. Al hablar les salía vapor de la boca. Eran muy parecidos. Igual de ajados, de resignados y de heroicos en un día tan frío. Los bordes de los charcos de la placita comenzaban a vitrificarse. Sobre techo de

un cobertizo de madera empezaron a posarse palomas. Habría diez o quince, de diversos colores apagados.

—¿Son tuyas? —pregunté.

—Sí, son mías —contestó, y en su rostro por primera vez brotó una especie de sonrisa. Después accionó las palancas de la báscula, que retumbaron, leyó lo que marcaba, la bloqueó y se metió la mano en el bolsillo—. Tres cuartas partes, aunque salga perdiendo.

Sentí en la mano unos cuantos billetes y algo de calderilla. Dos tipos angustiados y amoratados entraron en la placita. En una barra de hierro transportaban una llanta de camión oxidada.

Di marcha atrás para salir a la calle. Debería haber vuelto a casa a cargar otra vez la furgoneta con basura, vidrio, barriles resecos, latas de gasolina, muebles, todas esas cosas abandonadas por otros. Pero no lo hice. Quería mantenerme ocupado el mayor tiempo posible, tener una especie de trabajo fijo. Durante varios días. Cogí a la derecha, di la vuelta a la rotonda y tiré cuesta arriba hacia el centro, pero al pasar el banco giré a la izquierda y encontré un sitio para aparcar. Empujé la pesada puerta y entré en el vestíbulo. Metí la tarjeta en el cajero y pulsé «consulta de saldo». No iba mucho por allí. Un par de años atrás había ingresado un poco de dinero e intentaba no tocarlo. Lo había traído personalmente. No era mucho, pero era todo lo que había conseguido rescatar de mi vida anterior. Sin embargo a veces, cuando no me quedaba más remedio, sacaba para esto y para aquello. Trataba aquel dinero como última reserva, como última tabla de salvación en caso de emergencia. Lo había logrado preservar incluso de él, de todas esas ideas suyas gracias a las cuales, por arte de magia, una suma de mierda se multiplicaría por diez como mínimo. «Tío, esto no puede fallar… No se le ha ocurrido a nadie antes ni se le va a ocurrir, es pan comido, porque, como bien sabes, con lo que más se gana es con los cambios de divisa y las diferencias de precio y con el transporte, de modo que vamos a ir…», etcétera. La verdad es que lo admiraba, pero no conseguía creerle. De la ranura salió un papelito impreso. Todavía me daba para vivir unos seis meses, siempre y cuando ahorrara

energía y no hiciera movimientos innecesarios. El alquiler, el carbón, un poco de electricidad, un poco de comida, un paquete de tabaco al día, pero sin gasolina, cerveza ni whisky falsificado. Mi teléfono nunca sonaba y yo tampoco llamaba a nadie. A veces, cuando se me olvidaba apagarlo, decía «Oferta especial para ti» o «Mándanos tus datos y recibirás una sorpresa». De modo que podía subsistir hasta la primavera. Aquella ciudad era humana y no exigía más de la cuenta. Algunos días salía de casa antes del mediodía y volvía al anochecer. Lo mismo hacían otros. Todos los días los veía lidiar con el tiempo. Bastaba con imitarlos. Pararse, sentarse, ponerse de palique. Se podría decir que algunos días llevaba vida de jubilado. Aprovechaba las diversiones gratuitas. Leía las esquelas recientes y escuchaba lo que el público decía sobre este o aquel difunto. O me quedaba mirando a los indios bolivianos. Se instalaban en la concurrida calle peatonal, encendían el generador, ponían música en el reproductor amplificada por los bañes y, con los instrumentos en la mano, se balanceaban cadenciosamente hacia delante y hacia atrás. Ni siquiera simulaban estar tocando. Eso me gustaba. Eran listos, aunque con sus largas cabelleras y su estatura modesta más bien parecían protagonistas de algún documental sobre tierras lejanas. Pero eran listos, más listos que todos aquellos guitarristas errantes que, sobre todo en verano, se sentaban sobre el frío empedrado y se dejaban la garganta haciendo arte de verdad. A ellos nunca les eché nada. Pero siempre les echaba a los indios que, en vez de estar sentados, se movían de un lado para otro mirando el reloj, porque el disco estaba ya a punto de acabarse y había que irse con la música a otra parte.

El domingo no trabajábamos. La estación estaba en silencio, así que podíamos dormir y dormir. Nos despertaba un momento la campana de la iglesia ortodoxa de la colina y volvíamos a dormirnos. Wladek, cuando quedaba con Eva, volvía bastante temprano y básicamente sereno. Se metía con cuidado en la yacija de al lado. Me venía un olor a alcohol y tabaco, pero su cuerpo no era el cuerpo torpe y pesado de un borracho. «A ella no le gusta que beba. Así que disimulo un poco, tomo cerveza, con control y educación».

Aquel domingo se levantó primero y, como de costumbre, fue a la bomba a lavarse. Era una mañana de niebla, pero la niebla tenía una tonalidad luminosa y dorada. El buen tiempo se mantenía desde hacía días. Me despegué de las sábanas, abrí las puertas de par en par y me senté en el borde, dejando colgar las piernas. Me quedé mirando cómo hacía salpicar el agua gélida a su alrededor, bufando y gimoteando como un animal contento. Del bolsillo de los pantalones le colgaba una toalla descolorida. Yo fumaba y lo observaba. El sol ya se iba abriendo paso. Sí, a veces me recordaba a un animal. La fuerza que henchía su cuerpo tenía que encontrar constantemente alguna vía de escape para no volverse contra él. Cada noche, cada cinco o seis horas de sueño le hacían renacer. Como si no recordara el día anterior, como si aquel día le hubiera sucedido a otro y él no hubiera sacado de aquello más que un recuerdo o una lección. Terminó de lavarse, se secó, tiró el agua por el sumidero y por fin me vio. Sonrió de oreja a oreja, se colgó la toalla al hombro y, cual veraneante playero, echó a andar con paso perezoso hacia la cabina. Un momento después se sentó a mi lado y, fumando, nos quedamos

mirando cómo el sol vencía a la niebla y aparecían las alargadas sombras de la mañana.

Y luego dijo que había un negocio a la vista. Que había hablado con Markus y que podíamos sacarnos una buena pasta. Que teníamos que aprovechar, porque otra ocasión así no se nos presentaría. Que sólo había que ir hasta no sé dónde para transportar a alguien a otro lugar y que qué opinaba yo.

—¿A quién, de dónde, a dónde y cuándo? —pregunté.

Se removió inseguro en el asiento y al poco, mirando a lo lejos, dijo:

—A quién, no se sabe; pero que de la frontera y por la noche, puedes estar seguro.

—Estás como una puta cabra —dije sin alterarme lo más mínimo.

—Markus ha dicho…

—Lo que tienes que hacer es decidir quién es tu socio.

—Tío, no me montes escenas. ¿Sabes cuánto podemos sacar de esto con una inversión prácticamente nula? —Se puso en pie, todavía con la toalla sobre el hombro desnudo, se alejó unos pasos, pero ni siquiera me miró.

—¿A eso le llamas una inversión nula?

—Siempre hay algún riesgo. En cualquier negocio.

—Algún riesgo —dije, en realidad dirigiéndome a mí mismo, y me puse a buscar los cigarrillos.

Se quitó por fin la toalla, la tiró al suelo, metió las manos en los bolsillos de sus pantacas de chándal azul marino con banda lateral roja y empezó a caminar de aquí para allá, cuatro pasos hacia delante y cuatro hacia atrás, como si rebotara contra unas paredes invisibles.

Me estaba proponiendo pasar a unos paquistaníes por la frontera en mitad de la noche y no entendía mi falta de entusiasmo. Con lo bien que nos iba lo de los trapos. Nos iba, a decir verdad, como nunca. A los pocos días nos iríamos junto con la feria rumbo al sur. El mercado de aquí ya estaba saturado, pero todo indicaba que en aquellas regiones el cuero negro tenía mucho éxito. Yo calculaba que

en un mes saldaríamos la deuda y todavía nos quedaría algo. Y de repente resultaba que la ropa de piel o sucedáneos no era sino el preludio a grandes negocios a escala intercontinental.

—¿Qué pasa? ¿Markus es el que corta el bacalao? —pregunté.

Se detuvo y me miró con lástima.

—Markus es buen tío, pero no es más que un feriante con galones.

—Entonces ¿quién manda?

—El —dijo en voz baja—. El Canas.

Fue hasta la cabina, de la maleta de escay sacó uno de sus polos de franjas horizontales y se lo puso. Oí el ruido ahogado de la guantera al cerrarse. Ya hacía tiempo que había dejado de ofrecerme, incluso cuando no había que conducir. Al parecer lo consideraba su medicina particular, dispensada con receta. Volvió con un cigarrillo.

—Mira, lo que hace es comprar y vender. Entregar mercancía. Míralo de esa forma. A unos les proporciona gente y a otros la realización de sus sueños. Hay demanda, así que él pone la oferta, al por mayor y al por menor.

—¿Y el parque de atracciones es una tapadera?

—No lo sé. Markus dice que le gusta. También tiene un circo ambulante por ahí. La verdad es que nadie sabe nada de él. Viene de paso y se va. Unos dicen que es húngaro, otros que checo, da lo mismo.

Cogí la palangana y me fui hasta la bomba. Tenía que librarme de él un rato. Cuando hablaba, todo se volvía evidente. Se convertía en realidad y bastaba con participar en ella. «Tío, en un solo viaje sacaremos más que en un mes con esta ful». Lo repetía sin cesar. Sumergí la cara en el agua fría. Si había ido a parar allí era porque una vez había querido hacer un negocio rápido. Sí, todos querían hacer negocios rápidos. La impaciencia. El miedo a que todo se acabase pronto. Las convulsiones o la resignación. Como si alguien te estuviera echando el aliento en la nuca. Recordaba aquella sensación. La histeria de que otros ya lo hubieran hecho, de que ya

tuvieran, cuando no había suficiente para todos. Histeria y depresión por turnos. Alza y baja psicopáticamente entretejidas. Todos se morían de miedo a perder, y los resucitaba la esperanza de un milagro. En teoría era tiempo de paz, pero había que desangrarse como en la guerra. Volví en mí y me puse al sol para secarme.

—¿Y si yo no quiero sacar en un viaje más que en un mes con esta ful? ¿No te lo has planteado? —le pregunté, al tiempo que buscaba la mejor posición para absorber todo el calor posible—. ¿Y si a mí no me interesa? ¿Y si a mí me basta lo que ganamos con nuestra ful? —Pero el sol ya no calentaba como en pleno verano.

—Pero tío, ¡si podemos sacar…!

—Me importa un huevo —le interrumpí, y en su cara vi sufrimiento y tristeza.

Pero yo de verdad pensaba así. Quería ir bajando despacito hacia el sur. Podíamos esperar a que desmontaran el parque de atracciones y seguir el mismo camino. Aunque también podíamos hacer incursiones de uno o dos días a todas aquellas ciudades soñolientas y a aquellos pueblos que parecían ciudades todavía más soñolientas, y allí plantar nuestro tenderete durante unas horas, y volver a ponernos en marcha hacia otro lugar. Hacia el sur, hacia Hungría, mientras durase el buen tiempo y no llegaran las lluvias. Yo sólo quería estar de viaje y escuchar sus historias sobre los barcos por el Tisza y el Danubio y sobre el centro de gayumbos usados (aunque lavados) de Budapest. No me hacía falta nada más. En aquel comienzo de otoño tan parecido a un verano, tenía la sensación de que bastaba con hacer lo que estaba haciendo y todo iría bien. Nos levantábamos por la mañana y en tres cuartos de hora estábamos listos. Los de la feria nos habían prestado un hornillo de gas. Habíamos comprado una sartén china, una tetera china, vasos y platos de plástico chinos. Nos sentábamos al sol en el muro de la estación a comer huevos revueltos y tomar café soluble. Para lavarnos un poco mejor cruzábamos las vías e íbamos hasta el río, a la sombra del barranco. Así que en tres cuartos de hora ya estábamos de camino a la plaza con el tenderete.

Era como si por un instante hubiera quedado suspendida la acción del destino. Bastaba cruzar la frontera, lo que quedaba de ella, y todo cambiaba. Tampoco es que cambiara demasiado, pues tanto aquí como allí la vida adoptaba formas muy similares; tanto aquí como allí se esforzaba por no quedarse atrás, pero acababa dándose por vencida. Sin embargo, de alguna manera sentía que habíamos dejado el destino al otro lado. Al menos por un tiempo. Era como unas vacaciones, como una liberación momentánea de la predestinación. Algunos huían al otro hemisferio, a la otra orilla del océano, y nosotros, en una vieja furgoneta, nos habíamos encaramado a la cresta del parteaguas y de repente todos los arroyos y los ríos fluían en dirección al mar Negro. Treinta kilómetros y ya. Después el doble, hasta llegar donde nos encontrábamos: al extremo de un país extraño, lo cual bastaba para tener la certeza de que la fuga había sido un éxito. Eso me parecía.

En cuanto a él, yo ya no estaba tan seguro. No creo que le diera muchas vueltas a lo del destino, las fronteras, la predestinación, todo ese vertedero de palabras e ideas que atraen al insomnio. Utilizaba las fronteras del mismo modo que utilizaba su destino: para vivir y punto. No hacía preguntas, tan sólo hablaba. Por la mañana se ponía uno de sus polos a rayas, se aseguraba de llevar la cajetilla en el bolsillo y salía, sin más. Daba igual que estuviera aquí, o al otro lado de las montañas, o de camino al bazar de Estambul con un cargamento de cristal falsificado: dondequiera que fuese encontraba el camino infaliblemente, se topaba con alguna pequeña ganancia o presentía en la piel el peligro de una pérdida. Debía de traerle sin cuidado su destino. Era más bien el destino el que lo necesitaba a él.

Fui a vestirme. Cuando volví, el agua de la tetera china estaba empezando a hervir. Preparó dos tazas y echó café soluble. Encendí un cigarrillo mientras esperaba a que las llenara de agua. Me imaginé que en el aire limpio y fresco de la mañana el hilillo del aroma sería tan visible como el humo del cigarrillo. Tardó unos tragos en decir:

—Tengo que hacerlo.

Permanecí en silencio. No quería darle la menor opción. Eso es problema tuyo, repetía para mis adentros. Él seguía esperando, pero yo me mostré implacable. Tenía miedo.

—Tengo que hacerlo, de verdad —dijo en voz más baja.

Hice con la mano un gesto indefinido como diciendo que no hay ningún obstáculo, haz lo que te dé la gana, colega, pero en singular y preferentemente en futuro. Por la carretera pasó un todoterreno militar verde. Quién sabe si no sería el primer vehículo del día. Iba despacio, a treinta por hora, y yo estaba seguro de que tras las lunas tintadas alguien observaba el pueblo desierto. Incluso me pareció que aminoraban para examinar mejor nuestra furgoneta solitaria.

Esperó un buen rato, como si temiera que le escucharan los del todoterreno, y dijo:

—Tengo que pagar el rescate de Eva.

—¿Cómo que el rescate? —pregunté mecánicamente.

—De él.

—¿Es que la ha comprado?

—Le dio dinero a su padre.

Volvió a hacerse el silencio. No lo pillaba, no conseguía pillarlo. Ni siquiera era capaz de imaginarme que Eva tuviera padre. Estaba siempre metida en su caseta, bella, un poco ausente y parecida a un ángel, de modo que nunca se me había ocurrido que fuera hija de alguien.

—¿La vendió su propio padre? ¿Por dinero? —dije sin convicción, porque no quería creérmelo, no quería participar en aquello.

—¡Vete a la mierda! ¡La gente necesita dinero! ¿Es que no lo comprendes, coño? El viejo le pidió pasta y Eva tenía que devolvérsela con su trabajo. Así de fácil. Pero esto no se acaba nunca. El otro siempre está maquinando algo, aumenta los intereses, no le cuenta todas las horas, qué cojones, la tiene de esclava y ella jamás conseguirá pagar la deuda…

Estaba delante de mí, furioso y atormentado. Quién sabe, puede que incluso le brotaran lágrimas de los ojos, pero yo no quería

levantar la vista. Miraba sus pies calzados con unos tenis chinos hechos polvo.

Como un año antes de la expedición a Medziborie, mi teléfono muerto resucitó. Apreté la tecla y oí:

—Estoy en la CPN. Vamos a ir hasta Orla.

Sí. Hacía ya años que algunos llamaban a las gasolineras *tanksztela*, pero él seguía prefiriendo el nombre antiguo.[15] Sólo me dio tiempo a preguntar:

—¿A qué?

—A por maniquíes —contestó, y colgó inmediatamente. En la gasolinera pusimos diez litros, él fue a pagar y al volver ya venía encendiéndose un cigarrillo.

Dimos la vuelta a la rotonda y tiramos hacia el este. Orla quedaba a unos treinta y cinco kilómetros. Una vez, mucho tiempo atrás, había pasado una noche allí, en la estación de tren. El bar estaba abierto veinticuatro horas y allí dentro, junto conmigo, había una gran familia gitana. Yo estaba esperando al tren de la mañana. Daba cabezadas por momentos y entre sueños veía a los gitanillos pidiendo dinero a los viajeros. En un rincón, sentados junto a una pila de cajas de Pepsi-Cola, dos hombres conversaban sin parar. Hice memoria de todo aquello para poder posicionarme con respecto a Orla, para tener algún derecho de propiedad, para que aquel viaje fuera algo más que otra de sus ideas. La carretera bordeaba las estribaciones de las montañas. A la izquierda se extendía una llanura ondulante. Aquí y allá se alzaban anticuadas estructuras de pozos de petróleo. Eran negras y estaban muertas. Encendió otro cigarrillo y dijo que todavía se extraía algo, pero que no era más que una reminiscencia, y que el petróleo para la refinería de las afueras de

Orla llegaba en trenes. A veces se veían vagones cisterna pringosos. Rodaban soñolientos por las vías que discurrían paralelas a la carretera. No tenían ninguna prisa. Hacían cientos de kilómetros y después todos aquellos aceites, lubricantes, gasolinas, querosenos y a saber qué más iban de vuelta al interior del país.

—Porque, fíjate: cuando aquí empezó el petróleo, y que conste que fue el primer lugar del mundo, no tardó nada en acabarse. Y cuando aquí inventaron la lámpara de petróleo, en Estados Unidos enseguida inventaron la bombilla. Así es el destino y hay que acostumbrarse a él.

Antes de llegar a la ciudad torcimos a la derecha y continuamos a lo largo de un alto muro tras el cual se extendía un paraje postindustrial: óxido, chatarra, tubos, depósitos, pero de las altas chimeneas no salía humo ni nada. Y después, al otro lado de la calle, vimos aquella casa. «Así vivían, hace cien años, los pioneros y los tiburones del ramo petroquímico», dijo, indicándome que aparcase allí dentro. Y, en efecto, aquello era más un gran chalé que una casa. Tal vez incluso un palacete de estilo sumamente fantasioso, como de cuento. Una Disneylandia de hacía un siglo. Pero ahora se caía a pedazos. El revoque grisáceo se desprendía del torreón redondo. El tejado estaba ligeramente combado. Las macizas columnas del porche habían sido salpicadas precipitadamente con mortero de cemento. Pero el conjunto impresionaba. Sobresalía por encima de una tapia de piedra y daba la espalda a una ladera boscosa.

En determinado momento la tapia se interrumpía y la habían remendado con una valla de alambre normal y corriente. Y tras esta valla, en el lugar donde antaño debió de haber un jardín o incluso un parque, apoyadas en la pared de una gran barraca de madera se veían decenas de tablas de surf.

Y unas quince de windsurf. Más allá, a despecho del tiempo plenamente veraniego, se erguían docenas de esquís, brazadas enteras, manojos de tablas multicolores, haces de bastones y, bajo un plástico que hacía de tejado, se amontonaban botas de esquí

tiradas sin orden ni concierto ni pareja. Dejamos la furgoneta en el aparcamiento y atravesamos la entrada de piedra. Nada más cruzarla se encontraba la sección de electrónica. Pilas de arcaicos vídeos de quince años atrás formaban torres bamboleantes. Directamente sobre la tierra y al aire libre, montañas enteras de paralelepípedos negros y plateados. Y también había radios, y decodificadores, y televisores, y deuvedés, y todo lo demás. Las lluvias lo bañaban todo y los pájaros cagaban encima. Decenas, cientos de cajas de plástico destripadas y resquebrajadas. Más allá empezaban los electrodomésticos: aspiradoras y pulidoras de suelo colocadas en estantes bajo el alero de la barraca de madera, todo vetusto, ennegrecido por una suciedad inmemorial, por el polvo que se había mineralizado y fundido con los polímeros de las carcasas. Había decenas de aparatos, apelotonados, enredados entre cables y tubos ondulados. Modelos de los años ochenta, de los ochenta del siglo pasado. Tras las aspiradoras empezaban las neveras y las lavadoras. Estaban colocadas una encima de otra, en columnas de tres o cuatro, y cuando alguna de estas se inclinaba, la apuntalaban con una tabla o una pértiga o con otro electrodoméstico, así que entrar allí era como meterse en un laberinto. El esmalte blanco se iba descascarillando, las puertas colgaban de las bisagras y había que andar con cuidado para no darse en la cabeza. Y entre todo aquello efectivamente había gente buscando algo. Cuatro o cinco personas. Me asomé a un barracón de madera de dos pisos. Al instante me fijé en las alfombras. Tiradas en el suelo, enrolladas, desflecadas y pesadas por el polvo acumulado. Costaba adivinar los colores. Habría como medio centenar, desde el suelo hasta el techo, en estantes hechos con tablas sin cepillar, y al parecer se trataba de la sección «Hogar, dulce hogar», porque tras las alfombras venían los cuadros, apretados unos contra otros, grandes, pequeños, con marcos por lo general dorados, pero para ver alguno había que sacarlo como un libro de una estantería. Hacia el fondo el techo se elevaba, y allí se alzaban pilas de muebles de cinco o seis metros de altura.

—¿Esto qué es? —pregunté.

Sonrió, satisfecho al ver mi impresión.

—Una tienda, tío, una tienda.

En la explanada, directamente sobre el barro seco, había calderas de calefacción central, termos eléctricos tumbados y radiadores de costillas de hierro fundido. Contra la pared del palacio se apoyaban unos cuantos anuncios y letreros luminosos de plástico: Wienerwald, Blauer Bock, Bratwurst, etcétera.

—¿De quién?

—De él —dijo, indicándome con la cabeza que me diera la vuelta.

Medía como dos metros y debía de pesar ciento y bastantes kilos. Venía a zancadas hacia nosotros, sonriente. Llevaba unos tejanos sucios y una camiseta roja con una gran águila coronada.[16] Calzaba unas botas vaqueras que no parecían haber sido limpiadas en la vida, y en la cabeza tenía una especie de gorra de marinero con la banda medio arrancada y en la que se leía el resto de la inscripción «… marck».

Me dio la mano. Me pareció caliente y dura. Miraba a los ojos sin dejar de sonreír, o más bien lo hacían sus ojos, rodeados de una telaraña de arrugas.

—Este es mi socio —dijo Wladek.

—Venga, subid —contestó, y entramos en la casa cruzando una puerta flanqueada por vitrinas de gabinete médico, dentro de las cuales había pijaditas de porcelana, figuritas, tacitas, jarritas, fruslerías plateadas o, quién sabe, igual hasta de plata, copitas, cajitas y joyeritos, es decir, la sección de antigüedades, e incluso había un frasquito de cristal de roca con una cruz gamada negra. El interior estaba bastante oscuro, porque era una especie de sótano sin ventanas, y las sucesivas estancias estaban alumbradas por bombillas que colgaban desnudas del techo. Creo que nos llevó deliberadamente por el camino más largo para presumir un poco: de una mazmorra llena de zapatos de mujer; de una mazmorra de zapatos de hombre, muchos desparejados; de una mazmorra con artículos electrónicos cuyo estado era algo mejor que el de los que

estaban a merced de los pájaros; de una mazmorra con miles de cubiertos, pero ni una cubertería completa, y todos desgastados, deslucidos, seguramente de tiempos de Adenauer y más bien al gusto bávaro-tirolés. Luego empezamos a subir unas escaleras, se hizo la luz y todavía visitamos la sala de las lámparas de techo y por fin el Boss empujó una puerta bellamente tallada y probablemente también traída de algún sitio y nos encontramos en una especie de apartamento. En la habitación había una gran ventana que daba a la sección de bicicletas y patinetes, la cual se extendía a lo largo de la tapia de piedra.

Nos sentamos en unos sillones de piel hundidos. El Boss desapareció un momento, volvió con tres latas de cerveza y las puso en una mesita de cristal. Meneé la cabeza.

—Tengo agua en la nevera —dijo.

—Vale —dije.

Pero él se dejó caer en el tercer sillón y llamó a voces:

—¡Gataaa! ¡Agua para el invitado!

Wladek tiró de la anilla de la lata y preguntó:

—¿Quién es esa Gata, Jędruś?

El Boss abrió la suya y dijo con indiferencia:

—Pues eso… Gata.

—Llevaba un año sin pasar por aquí.

Entonces la puerta se abrió con tanto ímpetu que chocó contra la pared, y apareció Gata: con pantalones cortos blancos y botas negras de piel muy por encima de la rodilla. Puso en la mesa una botella de agua mineral y golpeó el tablero de cristal con el vaso.

—¡Al menos podrías pedirla por favor! —Tenía una voz chillona y estridente.

—Se me olvidó, gatita. Es que a veces, cuando pienso en ti, se me olvidan esas cosas.

La mujer giró sobre los altos tacones, dejando el aire cargado de perfume, y se esfumó más rápido de lo que había venido.

—No está mal —dijo Wladek.

—Mira, es ideal. Se la echo a los clientes protestones. Es tremenda. Los colegas me compadecen. Una relación comodísima.

—¿De dónde la has sacado?

El Boss se encogió de hombros.

—La era de los hombres toca a su fin.

Estuvimos bebiendo. En la habitación reinaba un fresco agradable. No había maniquíes. A lo mejor en dos semanas, en el próximo cargamento.

—Sabes, no te lo puedo decir, porque yo agarro lo primero que pillo. Voy con el camión hasta el almacén y los ucranianos van sacando de los hangares y metiendo en el camión hasta que no cabe más. Luego llevo el camión a la báscula y pago por tonelada. A veces hay más de esto y a veces más de lo otro. Pero, en general, vamos a tanto alzado. Si te hace mucha falta, intentaré acordarme. ¿Cómo lo quieres?

—Masculino. Incluso dos o tres nos llevaríamos.

—¿Es que os vais a meter a sastres?

Entonces ella no aguantó más y volvió. Entró en la habitación, pero como si no estuviéramos. Miraba al aire y hablaba con el aire:

—Les limpia los basureros a los cabezas cuadradas alemanes. ¡Si al menos trajera algo nuevo o de segunda mano!, pero va y afloja trescientos por tonelada de bazofia. Trescientos euros por una tonelada de basura y se la trae aquí, a la patria, a Polonia, y no le da vergüenza ante su propia nación ni ante la nación cabezacuadrada…

—Gata, no siempre cojo lo primero que pillo. A veces elijo algo a mayores: porcelana, cristal, antigüedades…

—¡Y tú encima le pagas a esa chusma por lo que los otros han tirado a la calle!

—Gatita, nuestros hermanos ucranianos se han hecho dueños del ramo y, en calidad de mayoristas, hacen de intermediarios. Son los mecanismos del comercio contemporáneo.

—¡Dios mío! ¡Comercio! —Su voz era estridente como el chirrido de un disco de cortar metal—. ¡Fui una vez con él! ¡Mugre, peste, vergüenza y miseria!

—Eso fue la vez que Gata vendió los papas —dijo el Boss y dio un sorbo.

—¿Qué papas? —se interesó Wladek.

Gata flaqueó por un momento y se quedó callada.

—Pues esas cosas que se hacen con lana, se tejen o se bordan no sé cómo, y te queda un tapetito para la pared con la cara de alguien. Encargó diez y se plantó allí con ellos.

—¿Y qué?

—Pues nada, ya te imaginarás. La sociedad secularízada. Los ucranianos como mucho los pagaban a tres euros y gracias.

La mujer recuperó las fuerzas. Se plantó frente al sillón, se puso en jarras y ya no le hablaba al aire, sino directamente a él.

—¡Qué papa ni qué ocho cuartos! ¡Que se enteren que aquí no andamos con chorradas! ¡Que se enteren esos cabezas cuadradas! ¡Nada de basureros!

Wladek comprobó que no quedaba cerveza en la lata y se levantó del asiento.

—Bueno, habrá que irse yendo —dijo—. Si puedes, acuérdate de los maniquíes.

El Boss nos acompañó hasta la salida a través de todas aquellas mazmorras y nos despidió con una sonrisa. Y con la misma sonrisa volvió a su vida.

Desperté al amanecer. No me hizo falta salir del edredón para sentir que por la noche había helado. Encendí la estufa. Puse agua a hervir. Luego, mientras fumaba y tomaba café, estuve mirando los árboles del jardín. Estaban blancos de la cencellada. La niebla cubría el puente y la otra orilla del río, pero por la izquierda, por el este, se distinguía un débil resplandor entre la niebla y tuve la seguridad de que haría buen día.

Me puse manos a la obra. Me pasé horas moviendo trastos para poder llegar hasta los muebles. Apilé contra las paredes montañas de bazofia y abrí un pasadizo. Saqué varias sillas, una mesita de tres

patas curvadas, una especie de *étagére*, una mesilla de noche: todo bastante sucio, desportillado y cojeante, ninguna maravilla, pero el barniz aún no se les había caído por completo y tampoco soltaban el serrín de la carcoma. Con el armario y el aparador, sin embargo, llevaba todas las de perder.

A través del sucio ventanal entraba la luz del sol. Incluso la pantalla del televisor había palidecido y apenas se distinguía lo que ocurría en ella. El humo que flotaba sobre las cabezas de los parroquianos sentados parecía una cortina dorada, pero olía igual de mal que siempre. Me senté con dos tíos que conocía de vista.

—Hay faena —dije.

El de la barba se llamaba Bajer y en tiempos había trabajado de cuidador de los animales salvajes de un circo. La barba ocultaba las profundas cicatrices que, según decía, le había dejado de recuerdo un tigre de Bengala. Ni siquiera me miró.

—¿Cansada?

—No mucho —contesté.

Mientras caminábamos por la ciudad, la cencellada ya se iba desprendiendo de los árboles. Tomamos el camino del río. En los lugares umbríos seguía habiendo escarcha. Cargar el sofá, el armario y la cómoda nos llevó veinte minutos. Bajer se sacudió las manos, visiblemente aliviado. Le di el dinero. Parte del que me habían dado por el papel. Cuando ya estaban a la altura de la verja, de pronto se giró y preguntó:

—¿Y qué es de Wladek? ¿Sabes algo de él?

Negué con la cabeza. Se fueron sin despedirse. Comprobé el aceite. Fui a casa por la batería y apreté los bornes. Me subí, giré la llave, esperé a que se apagase el piloto naranja y luego encendí el arranque y, como de costumbre, contuve el aliento. Si se puso en marcha fue gracias a que la batería había pasado la noche al calor de la casa. Salí de la ciudad. Hacía sol. Las colinas, los bosquecillos, las casas, las chozas, los grandes camiones con los que me cruzaba,

el cielo y todo aquel sureste tenían el mismo aspecto que en el preludio de la primavera. Cuesta abajo me permitía alcanzar los noventa, prestando oído a los lamentos del diferencial, a las vibraciones del semieje, al chirriar de los rodamientos y a los gemidos de la caja de cambios. Sentía a través del volante el temblor agónico de la suspensión, pero aquel día la Ducato se superaba a sí misma y volaba rumbo al este como si hubiera recuperado las fuerzas de sus mejores años.

De lejos daba la impresión de estar cerrado. En realidad no había cambiado nada desde la otra vez, salvo que ahora reinaba una quietud desconocida. Parecía haber aún más cacharros, cachivaches y chirimbolos, pero ni siquiera entre los esquís y las tablas de snowboard se veía a nadie. Llegué hasta el portalón y aparqué. Estaba abierto. Entré. Los electrodomésticos y aparatos electrónicos se hallaban amontonados igual que entonces. Eché a andar lentamente bordeando las columnas de lavadoras, neveras, cocinas, y vi incluso dos friegaplatos. Quería seguir adentrándome en el patio, pero oí: «¿En qué puedo ayudarle?». Me di la vuelta. Lo vi en la ventana abierta del piso de arriba. De pie, con los codos apoyados en el alféizar, como si abajo hubiera una calle y él fuera un jubilado que se pasara los días observando la vida.

—¿No te acuerdas de mí? —afirmé más que pregunté.

—Viniste con Wladek —dijo al cabo de un rato—. Ahora caigo. En verano. A por maniquíes.

—Sí. Creo que fue en julio. Tengo una propuesta.

No estaba de humor para negocios, porque tardó en señalar con el pulgar invertido la entrada a los calabozos y dijo sin entusiasmo:

—Venga, sube.

Allí tampoco había cambiado gran cosa. Junto a la pared había una estufa de hierro fundido con una ventanita. El cristal estaba tiznado de hollín, pero dentro ardía leña.

Al lado había un montón de leños de haya. Nos sentamos en los mismos sillones. Me pareció que estaban todavía más hundidos. Me acercó una cajetilla de falso Marlboro moldavo. Le dije que tenía unos muebles para vender.

—En invierno nadie compra. Como mucho vienen a preguntar por neumáticos de invierno.

—¿También tienes neumáticos?

—Unos dos mil. Pero en invierno, en cuanto nieva, no hay quien elija nada.

—Entonces ¿qué haces hasta la primavera?

—Logística —respondió, señalando el ordenador que había en una mesa junto a una ventana.

La mesa tenía tres patas como de león y la cuarta recta, hecha de madera cruda. Parecía una prótesis.

El cuarto era cálido y luminoso. En las paredes incluso colgaban cuadros. Un velero entre olas espumosas se estrellaba contra las rocas.

—Este es auténtico —dijo—. Y el del cisne también. Los demás, por desgracia, son imitaciones industriales. En los tiempos que corren no le da a uno para comprar originales.

Debía de llevar tiempo sin hablar con nadie, porque la frialdad o la reserva inicial se había evaporado.

—¿Sabías que en China hay un sitio donde tienen a miles de pintores diplomados copiando pintura europea? Están allí metidos y, a mano, con pincel y paleta, le pegan un repaso de arriba abajo a Van Gogh, por ejemplo, o a Salvador Dalí, o a quien haga falta. Y luego colocan los cuadros por un puñado de dólares o de euros para que los hoteles de Yanquilandia y de París tengan con qué adornar las paredes.

No lo sabía. Encendí un Marlboro moldavo. No se diferenciaban en nada. Puede que fueran incluso mejores. Sí, se notaba que se alegraba de tener compañía. Salió un momento y enseguida volvió con unas cervezas.

—Mira, a la puerta tengo una furgoneta cargada de muebles. Si no los quieres, pues tendré que irme a otro sitio —dije.

Se sentó en el brazo del sillón, abrió una y dijo:

—Como prefieras. Pero en cien kilómetros a la redonda nadie te va a comprar un solo mueble hasta la primavera. Esa es la verdad.

No insistí. Miré la lata verde (Dreher Classic Minóségi Világos Sor) y tiré de la anilla.

La estufa seguía encendida. Un resplandor rojizo retozaba sobre las paredes y los cuadros. Me encontraba tumbado sobre dos sillones colocados frente a frente, envuelto en una manta. Estaba borracho. En el silencio absoluto oía el ruido lejano de los camiones. Clareaba. Estaba borracho, pero empezaba a recuperar la sobriedad. Tanteando en la oscuridad encontré sobre la mesita una lata de cerveza y una botella de agua mineral. Dudé un momento y elegí la lata. Quería volver a dormirme, acunado por el lejano retumbar de los camiones. Pero en lugar del sueño apareció la historia del Boss. Fragmentos, jirones, palabras pronunciadas al ritmo de sus pasos, pues en toda la noche apenas se había sentado unas pocas veces, y el resto del tiempo había estado caminando de pared a pared, golpeteando con los tacones de sus botas vaqueras, que, a juzgar por su aspecto, no parecía quitarse ni para dormir. A finales del comunismo hacía negocios con Wladek. Iban juntos a Rumania. El Boss fumaba y echaba la ceniza en la vieja alfombra. En el ochenta y siete, en el ochenta y ocho…

—¿Por qué en Hungría, por aquel entonces, los tenis chinos y las sandalias polacas se vendían como churros? Supongo que porque justamente allí no había. En cualquier caso compramos veinte pares de cada. Luego vino toda esa procesión de los límites de divisas, las colas en los bancos para conseguir forintos, los tejemanejes para hacerse con los billetes internacionales, que en teoría había, pero nunca suficientes para quienes los necesitaban, el pasaporte, meses de preparativos, como para una expedición a Australia, como si ya

no fuéramos a volver nunca, y todo el tiempo el miedo de que no saliera bien, de que en el último momento te dijeran que no, porque todo era un tanto turbio, semiclandestino y casi de favor. Pero fuimos. En un tren casi vacío, en octubre, con veinte pares de sandalias y veinte de tenis. En Plavec el aduanero checoslovaco nos miró como si fuéramos idiotas y nos dejó por imposibles. En aquella época todos sabían qué había que llevar y adonde para poder venderlo. Era, cómo decirlo, un conocimiento que flotaba en el aire. No había que buscarlo. Ya no me acuerdo, pero debimos de llegar tarde, tal vez de noche. Budapest era una especie de París. El movimiento, las luces, los neones, los bares. Metimos la mercancía en las taquillas y nos fuimos a hacer turismo. Bueno, era yo el que quería, porque él ya en la estación de Keleti empezó a ojear, a husmear, ya iba cogiendo carrerilla, porque por allí pasaba en aquel entonces toda la importación y exportación ilegal de Europa centro oriental y se veía a los tiburones del timo monetario a la espera de presa. En Keleti estaba todo lo que él necesitaba. Pero yo quería hacer turismo. Quería ir directamente hasta el Danubio, porque hacía buena noche y yo tenía veintiséis años y sólo había estado una vez en la RDA y otra en Poprad. Por eso cuando vino a decirme: «Nos vamos de viaje», ni siquiera me lo pensé. Y ahora resultaba que él prefería merodear por la estación, mientras que yo quería ir a ver la legendaria colina de Gellért. Casi nos peleamos. Yo quería dejar aquel puto descampado, ya sabes, la plaza de la estación, por donde en aquel entonces merodeaba toda la granujada de las democracias populares en busca de pringados. Yugacas, gitanos, polacos, indígenas y turcos. No había alemanes de la RDA ni tampoco checos. Pero él estaba empeñado en que había que tener la situación bajo control y yo sentía que aquella estación, con todos aquellos tipos sospechosos, era para él lo que el agua para los peces. Afinaba el oído y daba pasitos nerviosos. Teníamos veinte pares de zapatillas y él ya veía un negocio a escala internacional. Ya echaba cuentas con cinco movimientos y seis cambios de moneda de antelación. Pero fui inflexible: ni de coña íbamos a ponernos a buscar mercados para

excedentes de calzado textil en un país desconocido a primera hora de la noche. Esa era mi opinión… Porque de las profundidades de la ciudad, de las profundidades de Rákóczi út, llegaba el olor desconocido de la metrópolis, y no me avergüenzo de usar esta expresión. Así era. Budapest respiraba. Cuando uno solamente había viajado, sin más documento que la cartilla de identidad, a la RDA, a un sitio llamado, con perdón, Hoyerswerda, para pasar las vacaciones trabajando en el campo mano a mano con las juventudes hitlerianas del comunismo, y al Poprad de nuestros hermanos checoslovacos, Budapest impresionaba. Así que ni de coña pensaba perder el tiempo. Rákóczi resplandecía y olía. Hoy sé que era a cebolla y pimiento fritos en manteca, y no me molesta lo más mínimo. Pero entonces el instinto me llevaba de cabeza al suroeste, porque no debía de ser el olor de la cebolla y del pimiento el que percibía, sino el de las aguas del gran río. Sí, el olor de las aguas. A peces y a lodo. Pero él no estaba contento. Cuanto más nos alejábamos de los fardos, de los tenis y las chancletas con tres franjas, mayor desesperación le entraba. «Y si han visto el código…». Le digo: «Pero si el rincón de las taquillas estaba oscuro como el culo de un negro y ni nosotros veíamos un huevo». «Y si hoy era el día, y mañana ya no se repite la ocasión…». Le digo: «Pero ¿quién cojones va de compras por la noche? Los negocios se hacen de día, cuando se ven las taras ocultas de los productos». Y así erre que erre. Al final lo dejé en la calle y entré en un súper. Encontré una botella de medio litro que decía treinta y nueve grados, no tenían de cuarenta por ninguna parte, y al salir lo metí en un portal y lo obligué a beber. Luego llegamos hasta la orilla del río. Hacía calorcillo. Cruzamos al otro lado por el puente de Isabel. Teníamos sacos de dormir. Nos metimos entre los arbustos al pie de la colina de Gellért. Yo prestaba oído a los sonidos de la ciudad, y él estaba alerta por si venían los ladrones a quitarnos los forintos que llevábamos escondidos en los gayumbos. Pero no es que fuera un cobarde. Simplemente tenía en cuenta todas las posibilidades. Hombre precavido. Había invertido, así que quería obtener

beneficios. En el mundo había ladrones, así que había que tener cuidado. No sé, igual se pasó la noche en vela. En cualquier caso, nos levantamos bien temprano, nos sacudimos las hojas de otoño y volvimos a Keleti por el mismo camino.

Y allí, en cuanto sacamos nuestros fardos enseguida aparecieron clientes. Compatriotas. Polacos. Estaban por todas partes. Como una plaga. Importadores, exportadores, intermediarios. Nos divisó uno retaco, seboso y con cuatro manos, de lo rápido que las movía y lo atareado que estaba. Echó a andar hacia nosotros sin dejar de hablar con alguien y de gesticular, al tiempo que con otra mano sacaba de la sempiterna riñonera el dinero para darle la vuelta a otro y alargaba la tercera o la cuarta manaza hacia nuestras bolsas: «A ver, ¿qué tenéis ahí?». Y Wladek no se contuvo. Le pegó al cuatromanos un empujón en el hombro con todas sus fuerzas: «¡Métete las manos donde te quepan!». El otro se tambaleó, retrocedió dos metros, pero para mí que lo que más lo noqueó fue su propia sorpresa. Pero enseguida se infló, se puso rojo y flexionó sus patitas arqueadas como agazapándose para saltar: «¿Tú a mí, a mí, mamón, me vas a pegar, a mí, pero tú sabes con quién…?». «Que te folien, gordo de mierda», le contestó Wladek, agarró la mercancía, se dio media vuelta, y yo tras él. El gordinflón se quedó allí gritando: «¡Ni una puta mierda vais a vender! ¡Os lo vais a meter en el culo!».

El Boss fumaba, echaba la ceniza al suelo, caminaba de pared a pared, deteniéndose a veces junto a la mesita para echarse un trago de hidromiel ucraniano con guindilla, porque ya habíamos llegado a esa fase y la cerveza era sólo para acompañar. Otras veces se paraba junto a la ventana oscura, cogía de la repisa un mando negro y encendía el foco que había fuera. Una de las veces me llamó y me mandó mirar.

—A comprar no, pero a robar sí que vienen.

Dirigiendo el haz de luz iba extrayendo de las tinieblas el blanco deslumbrante de las tablas de surf. Al extremo del círculo luminoso algo se movió. Abrió la ventana. Ahora tenía en la mano un

lanzabengalas militar. Quebró el cañón, lo cargó y disparó en aquella dirección. El proyectil debió de alcanzar algo, porque las salpicaduras de magnesio rebotaron cegadoras.

—A la luz ya no le tienen miedo.

Cogió de la repisa otro cartucho y volvió a disparar. Esta vez en azul.

—¿Le has dado alguna vez a alguien? —pregunté.

—No. Apunto a un lado. Son gente pobre.

—¿A los ricos es más fácil dispararles?

—Sí. Supongo que sí —dijo, y cerró la ventana.

Dejó el lanzabengalas junto a los cartuchos colocados en fila.

—Y, efectivamente, no vendimos una mierda. Nadie quería ni hablar con nosotros. Veíamos que las transacciones iban viento en popa, que los intermediarios estaban a la vista, que pagaban y se llevaban la mercancía sin cortarse, pero a nosotros nos miraban como a apestados. Nos daban la espalda. De modo que nos trasladamos a la explanada, donde se vendía a los ciudadanos húngaros ropa de trabajo mangada de las fábricas varsovianas de coches y de transistores. Estuvimos un rato, yo sostenía los tenis y él las sandalias, pero antes de que apareciera ningún comprador vinieron dos gorilas con cazadoras de cuero turcas y nos mandaron irnos a otra parte, es decir, a la mierda. Entre los dos pesarían como trescientos kilos, pero Wladek les soltó que a la mierda se fueran ellos si no querían que los tuvieran que recoger de los adoquines budapesteños. Estaba furioso. Temí que de verdad se les echara encima. Saltaba del uno al otro, llamándoles de todo. Supongo que tenía miedo, pero intentaba hacer algo con ese miedo y no le iba nada mal, porque los otros se quedaron de piedra. Les llegaba a la barbilla, pero no les dejaba decir nada. «¡Putos mamarrachos! ¡Lameculos! ¡Traidores de mierda! ¿A un polaco? ¿A un polaco venís a amenazar? ¿A un compatriota? ¡Meteos con los yugacas! ¡Con los turcos! ¡Qué! ¿Es que les tenéis miedo? Os cagáis las patas abajo con los yugacas, paletos retrasados mentales… De tanto lamerle el coño a vuestra vieja de pequeños, ahora la gran ciudad os viene

grande…». Los otros se habían puesto rojos como tomates y ya estaba a punto de correr la sangre, pero aparecieron dos maderos y uno de los mutantes empezó a chapurrear algo en húngaro. Me imagino que algo del tipo: «Mire usted, señor agente, esta gentuza eslava está ensuciando la acera con su comercio de mierda…», y les dio una patada a nuestros fardos. Se armó la gorda. En el mismo segundo, Wladek, movido por un reflejo incondicionado, le dio una patada a él, y entonces el otro mutante, que debía de ser el hermano, se le echó encima y la emprendió a guantazos. Entonces uno de los maderos pegó tal berrido en húngaro que todo el pueblo magiar al alcance de la vista se quedó paralizado, aguzando el oído como liebres. Total, que nos quitaron los pasaportes y nos mandaron seguirlos hasta la comisaría de la estación. Se llevaron a uno de los mutantes de intérprete. Íbamos escoltados y con los petates a cuestas, mientras la nación nos miraba y asentía con la cabeza. Ese no era el plan. Nos quitaron la mercancía. Al rato nos comunicaron por boca de aquel espía traidor que podíamos recuperar las zapatillas por un módico precio y nos mandaron enseñarles todo lo que llevábamos encima. Sacamos las carteras. El gran cerdo se las dio a los maderos y empezó a cachearnos. Esta vez Wladek tampoco aguantó y le arreó un codazo en el plexo solar gritando: «¡Maricón de mierda!». Diez minutos más tarde nos arrastrábamos con las bolsas por la explanada. No teníamos ni un pavo. El tenía la cara ensangrentada y yo sentía en el lomo los diez porrazos recientes. Ése no era para nada el plan. Nos metimos a la derecha, a la izquierda, con tal de alejarnos, y luego en un callejón más oscuro, en un patio, para quitarnos de la vista de la gente. Fumamos en silencio, pero al poco tiró el cigarrillo, hizo un corte de manga y bramó en la penumbra budapesteña: «¡Que os jodan!». Poco después estaba ya sentado en un muro con las piernas cruzadas, fumando tranquilamente y sorbiendo por la nariz los mocos sanguinolentos. Y luego lo vi sonreír y sobarse la entrepierna: «Paletos, paletos húngaro-magiares». Llevaba veinte dólares escondidos en los gayumbos.

—Nunca me contó nada de eso —dije.

Ralentizó su desfile pendular y luego se paró junto a la mesa.

—Igual es que no quería. ¿Sabes lo que hizo tres días más tarde?

—No —contesté, mientras lo miraba balancearse ligeramente sobre los tacones de sus botas vaqueras—. No tengo ni idea.

—Tres días más tarde casi mata a palos al cuatromanos.

Entonces no había aún bates de béisbol. Al menos en los países de la democracia popular. Pero encontró por ahí el mango de un pico o algo por el estilo y se lo guardó tras el cinturón, bajo la chaqueta. Lo pilló en un callejón entre la estación y el estadio a eso de la medianoche. El cuatromanos iba sin escolta. Y él, sin más, se le acercó sigilosamente por detrás, le dio en la nuca un par de veces y cuando lo tuvo en el suelo lo apaleó hasta que se cansó. Y luego le quitó el dinero.

—¿Lo viste?

—Sí. Estaba a diez metros.

—¿Y eso? ¿El cuatromanos se dejó sorprender así?

—Era su territorio. Todos los días volvía por allí a su alojamiento.

—¿Cómo lo sabíais?

—Nos lo dijo un fulano que se la tenía jurada. Y de paso nos compró la mercancía. Rebajada, pero se la llevó. Nos dijo que nos la pagaba a mitad de precio, pero que nos enseñaría la ruta por la que solía volver el cuatromanos.

—Un pacto entre caballeros.

—Exactamente, un pacto. No quiso nada a cambio más que un descuento en los tenis. Le dimos la mercancía a tres calles de la estación, porque en el propio Keleti, efectivamente, estábamos fuera de juego.

—¿Y luego qué hicisteis?

—Nos fuimos a Nyugati, la estación del este, y nos piramos de la ciudad, porque en ese momento ya debíamos de estar fuera de juego en todo Budapest. Nos subimos al tren y fuimos a Szolnok.

—¿Y por qué no a Miskolc o a Debrecen? —pregunté.

—Pues porque Szolnok estaba de camino a Oradea, y él ya tenía un negocio en mente.

—¿Se le había ocurrido así, de golpe?

—No. Era un negocio antiguo y comprobado por otros, pero de pronto teníamos capital y podíamos empezar.

—Nunca me contó nada de esto. Sólo que había vivido una temporada en Hungría.

—Mira, el cuatromanos no era más que un canalla de tres al cuarto. Eso pensábamos entonces y eso pienso hoy. ¿Qué íbamos a hacer? ¿Ir a decirle: «Se ha portado usted de forma incorrecta, haga el favor de pedirnos perdón y de devolvernos el dinero que se ha repartido con los guardianes del orden húngaros»? ¡Venga, hombre! Habíamos ido a hacer un pequeño negocio, pero el destino nos había enviado la oportunidad de hacer otro un poco más grande.

—¿De qué se trataba?

—De café. Café para la hermana Rumania muerta de hambre en la decadencia del ceauşesquismo. Café. Un producto de lo más básico, pero imposible de conseguir allí. Por eso pasamos por Szolnok camino de Oradea, en Rumania.

Volvió a emprender su monótono desfilar entre la puerta y la ventana. Parecía como si quisiera volver a pie a aquellos lugares y a aquellos tiempos.

Sentado en la cama improvisada, tomando cerveza, esperaba a que clarease el día. Por raro que parezca, hasta entonces siempre había tenido la sensación de ser el único personaje real en su vida. Todo lo que me contaba no era más que un cuento. Incluso él mismo me parecía un personaje de sus propias historias. Y he aquí que cinco horas antes el Boss había hecho de él una persona de carne y hueso. Aquella parte de su vida desconocida para mí se había vuelto de pronto tan nítida y real como el hecho de que se me iba pasando la borrachera y se avecinaba la resaca. Hizo falta que me enterase de lo de la sangre vertida por un tal cuatromanos, de lo del mango

de pico, de su inflexibilidad, de su ensañamiento. Me lo imaginé en la perspectiva de la calle oscura apaleando un cuerpo inmóvil para asegurarse de que no se levantaría, de que no intentaría defenderse ni pedir auxilio. Me imaginé las sirenas lejanas de los trenes y el ruido de los vagones acoplándose en la vía muerta. Ni siquiera tuve que entornar los ojos para ver cómo por fin tiraba el palo, el mango o lo que fuera, echaba mano a la riñonera, abría la cremallera, sacaba un fajo de billetes, se lo guardaba y se alejaba con paso rápido. Luego los vi caminar con las manos en los bolsillos, porque del río llegaba ya un aire húmedo y otoñal. Iban atravesando una ciudad extraña, un país extraño, un continente extraño, pero tenían un fajo de billetes que les ayudaría, o eso les parecía, a domar y domesticar aquella extrañeza. Alguien les indica el camino y aceleran el paso, porque hasta la estación del este aún queda un buen trecho y se va haciendo tarde. Pero llegan al último tren que va hacia allá, suben sin billete, encuentran un compartimento vacío y oscuro. El, precavido y previsor como siempre, prepara veinte forintos para el revisor. Bajan de madrugada, todo está cerrado, así que echan a andar por una calle larga con pinta de importante, llegan al río, a una zona de parques y esparcimiento, y allí, entre arbustos otoñales podados, separados del paseo desierto por un seto, extienden los sacos y se duermen. No me costaba ningún esfuerzo evocar esas imágenes. Pero no conseguía imaginármelo con veintitantos años, y lo veía meterse en el saco con su traje anticuado, su polo de franjas horizontales y su panza flácida. Por la mañana fueron a buscar alojamiento. Se pusieron a buscar en los alrededores de la estación. Llamaban a las casas de uno o dos pisos y, por medio de gestos internacionales, intentaban explicarlo que querían. Es decir: juntaban las manos, apoyaban en ellas la mejilla y entornaban los ojos. A veces empezaban a hablar en ruso, pero entonces la puerta se cerraba inmediatamente de un portazo. Una de las veces estaban soltando un torpe discurso en ruso ante una viejecita que estaba tras la verja verde de un jardín. La vieja resopló y giró sobre sus talones. Entonces, desesperado, uno de ellos gritó: «¡Somos

polacos!». La mujer desapareció por la puerta, pero oyeron a sus espaldas: «Entonces, ¿¡por qué coño habláis en ruso!?». Tras ellos estaba un hombre de sesenta años con un sombrero manchado y unos pantalones holgados. Pronunciaba con esfuerzo, pero de un modo bastante inteligible. Se quedaron en su casa.

El Tío —así le llamaban— les ayudó a encontrar a alguien con coche. Cierto día a medianoche llegó en un Lada 1200 rojo. Era de Abony y les deleitó todo el camino con música gitana. Atravesaron volando el Budapest nocturno y la Transdanubia sumida en el sueño, para al amanecer llegar a Mexikoplatz, en Viena.

Me dormí antes de que clarease del todo. Dejé la lata vacía, sentí cómo el calor se filtraba en mis venas y cómo se me iba pasando el temblor y me dormí.

Me despertó un repiqueteo de tacones y un olor a café. Luego tintinearon unos platos. Me di la vuelta y abrí con cuidado los ojos. El Boss estaba poniendo la bandeja sobre el tablero de cristal de la mesa.

—Joder —dije aún entre sueños—. Pensé que era Gata.

—Tranquilo. He traído huevos revueltos. Gata se fue.

—¿Hace mucho?

—Ya hace un tiempo. —Se sentó en el sillón y sacó el tabaco.

—Lo siento —dije.

—Así van las cosas en el mundo actual. Lo de las cosas usadas no satisfacía su ambición. Siempre había querido dedicarse a las nuevas, de fábrica, exportación-importación, etcétera. El brillo, el tornasol, las etiquetas enganchadas con bridas de nailon o cosidas. Paris-London-New York. —Encendió un cigarrillo, soltó el humo—. Eso era lo que de verdad adoraba. —Me miró de soslayo y, con un golpecito de la uña, como si jugara a las chapas, me pasó la cajetilla.

—¿Y ahora qué, si puedo preguntar?

Llenó las tazas de café y colocó los platos y cubiertos.

—Sírvete, que se enfría. Nada. Trabajo para los búlgaros.

—¿Exportación-importación?

—Para los búlgaros de aquí. Parece que llevas tiempo sin pasar por el mercado.

—Me acuerdo de los rumanos —dije—. Pero de los de hace veinte años. *Halva*, brandy con corcho de plástico. Una vez vine en tren y por la mañana fui al mercado. Pero, bueno, eran rumanos; tal vez gitanos rumanos, pero, en cualquier caso, ciudadanos de Draculandia. Y rusos, rusos con herramientas y juguetes.

—Ahora mandan los búlgaros. Creo que incluso operan desde dentro, porque algunos de sus bugas llevan matrícula polaca. Textiles, zapatos, cortinas, todo *made in China*. Traen furgonetas enteras. Un par de zapatos cuesta lo que dos paquetes de tabaco, pero los amarillos no se dedican al por menor. Y Gata, a la que has sido tan amable de mencionar, vende al detalle botas altas de pseudopiel y sábanas de nailon, todo ello con etiquetas en francés o en inglés. Su jefe se llama, con perdón, Stojan.

Dejamos el tema y nos pusimos a comer. Luego salió un momento y lo oí hablar por teléfono. Volvió con su gorra de marinero puesta y dijo:

—Puedes dejarme toda esa mierda. Ahora vendrán los chicos a descargarte la furgo. Te voy a dar unos chavos, pero una ridiculez. Te voy a coger esa basura en depósito. Déjame tu número, aunque yo no contaría con una mejora inesperada de la situación material.

Me fui alrededor de mediodía. Plantado junto al portalón, me despidió con un saludo militar. Vi cómo sonreía y sus ojos casi desaparecían entre una malla de arruguitas.

El hombre que iba sentado entre nosotros apestaba a sudor, a humo y a establo. Eran casi las tres de la mañana. A veces me tocaba el brazo y señalaba con el dedo hacia la derecha o hacia la izquierda. Dos toques significaban que de verdad había que aminorar, porque la curva era cerrada o la carretera estaba llena de baches. No tenía ni idea de cómo era físicamente. Se había colado en la cabina hacía una hora. Puede que fuera de nuestra edad, puede que un poco mayor. Wladek, sentado junto a la puerta, fumaba un cigarrillo tras otro. Ya hacía rato que habíamos dejado el asfalto. La carretera, de grava, ascendía suavemente. Lo suponía por el ruido del motor. Nada más salir del asfalto nos había mandado apagar las luces, dejando solamente las de posición. Del bolsillo interior había sacado un rollo de cinta americana y había tapado con ella los faros traseros. Algo se veía, pero prácticamente nada. Cuatro o cinco metros más allá y punto. Así que iba en primera, como mucho en segunda, y todo el tiempo cuesta arriba. Pero él se sabía cada bache de memoria. A veces sacaba el teléfono y tecleaba algo. Resultaba raro en conjunción con aquella peste a establo. No fui capaz de adivinar si olía a vacas, a ovejas o a caballos. Wladek le ofreció un cigarrillo. Lo cogió sin decir palabra, le arrancó el filtro y lo encendió con una cerilla. Ambas cosas las tiró al suelo. Íbamos a quince o veinte por hora. Varias veces toqué las piedras con los bajos. Nos adentrábamos en la oscuridad. Ni siquiera veía si a los lados crecía algo, si había algún bosque, nada.

—¿Crees que hay algún precipicio? —pregunté por fin, para no ceder a aquella hipnosis silenciosa.

—¿Y qué más da? —contestó.

Da exactamente igual, pensé. Esperaba impaciente a que el otro me tocase, para tener la certeza de que a pesar de todo alguien controlaba la situación. Pero ahora venía una larga recta, incluso probé a meter la tercera. El tipo permanecía inmóvil, daba una calada, separaba el cigarrillo cinco centímetros de la boca y soltaba el humo. Fumaba como un autómata: inspiración, espiración. Olía como un animal y fumaba como una máquina.

—Fue por aquí donde recogimos aquella vez al tal Potok —dijo Wladek.

—¿Aquí?

El hombre terminó de fumar. Deshizo entre los dedos la brasa y los restos de papel.

—No. Antes. En el asfalto.

Sentí que el diferencial chocaba contra una piedra y aminoré. Me pareció que el ruido sordo del metal hacía eco entre las tinieblas. Tenía calor y notaba el olor de mi propio sudor. Hacía una noche serena y sin viento. El sonido grave y retumbante del motor diésel se propagaba en la oscuridad a kilómetros de distancia. Se difundía como por el agua. Tenía miedo. Era la primera vez en años que tenía tanto miedo. La primera vez desde que me vine aquí. Antes de ponernos en marcha, Wladek me había repetido por activa y por pasiva que todo estaba arreglado, apalabrado y asegurado, y que nosotros veníamos a ser una subcontrata que prestaba servicios de transporte, pero ni él mismo se lo creía, y ahora, con la vista clavada en la oscuridad, estaba tenso en su asiento y sudaba igual que yo. Aunque seguro que tenía menos miedo. O, en cualquier caso, el miedo no era un obstáculo para él. Lo aspiraba como el humo y luego lo expulsaba con el sudor. Fumaba e intentaba traspasar la oscuridad con la mirada. Volvió a ofrecerle un cigarrillo al tío que iba sentado entre nosotros, y éste, con idéntico movimiento, le quitó el filtro y lo encendió con una de sus cerillas. Como si hubiéramos retrocedido esos quince o veinte minutos y esos pocos kilómetros.

—¿Falta mucho? —pregunté.

Le dijo algo rápido al guía, que le contestó con una palabra.

—No se sabe. Ya lo veremos —dijo sin apartar la mirada del cristal negro.

Seguíamos subiendo. Una subida larga y suave, un zigzag pronunciado y de nuevo varios centenares de metros de tranquila subida.

—¿Hasta la frontera?

—¡Coño, tío, que no lo sé! ¡Transportamos mercancía y me la suda la geografía política! —Por el rabillo del ojo vi saltar chispas rojas de su cigarrillo.

—Solo estoy preguntando.

—No va a pasar nada y no te importa nada.

Entonces sentí que el otro me apretaba fuertemente el brazo y frené.

Imposible adivinar cuántos habría. Dentro empezó a hacer calor. No tenía ni idea de si iban sentados, de pie, o colocados por capas. También apestaban, pero de forma diferente que el hombre de los carneros o las cabras. Era un olor más fuerte y más extraño. Un olor que procedía de lejos. Lo exhalaba su piel: toda su vida anterior. Cuando el pastor se bajó a abrir la puerta, Wladek dijo: «No te gires. Será mejor». De modo que no miré ni por el retrovisor. Solo sentía cómo se multiplicaban los cuerpos. Una operación silenciosa, apresurada y brutal. Oía cómo se golpeaban contra la chapa, rebotaban y caían. Pero no me llegaba ninguna voz humana y tampoco sabría decir cuántos escoltas participaban en aquella carga de ganado. El pastor se quedó abajo. A la cabina subió otro. Se sentó junto a la puerta. Era enorme y tuvimos que apretujarnos. Su cazadora de cuero crujía. Pensé absurdamente que podría comprar alguna de nuestras prendas. Dijo algunas palabras en ruso, en ucraniano o tal vez en algún dialecto local de la zona fronteriza. Arrancamos. Simplemente me dejé caer cuesta abajo en primera. ¿Cuántos serían? ¿Diez? ¿Quince? ¿Menudos y escuálidos? Los bajos

de la Ducato chocaban cada dos por tres con las piedras. Menos mal que el motor y el cárter de aceite estaban bastante arriba. Bajábamos sin esfuerzo, pero en la cabeza se me encendían letreros de aviso, como en un sistema electrónico, en un ordenador de a bordo: se te va a caer el tubo de escape y el estruendo se va a oír en toda la comarca. Se va a reventar alguna de las ruedas cuarteadas, luego la de repuesto y nos quedaremos aquí expuestos como en un escaparate. En alguna de las bajadas más pronunciadas se romperán por fin los conductos de freno, que ya tienen doce añitos, y saldremos volando hacia la oscuridad. O simplemente no aguantarán los largueros, el corroído chasis o lo que sea que aún mantiene en una pieza esta cafetera desahuciada, y nos partiremos por la mitad. Pensaba en estas cosas porque no quería pensar en la carne hedionda y caliente que llevábamos atrás.

—¿Y ahora?

—Tú conduce y calla.

—¿Alguien vigila la retaguardia? —no me daba por vencido.

—Todo va como tiene que ir. Tú conduce —dijo en voz baja, casi susurrando, con la voz tensa. El de al lado de la puerta se movió, el cuero crujió, y sacó algo de debajo de la cazadora.

A la débil luz del salpicadero distinguí una forma que recordaba a la del Skorpion checo. Nos lo mostró y enseguida lo guardó. Como quien enseña un carné, un pase o una entrada. Al menos todo quedaba claro. Ahora teníamos que guardar silencio, seguir el camino y hacer nuestro trabajo como profesionales. Wladek le ofreció un cigarrillo. El grandullón sacudió la cabeza. Nosotros dos, sin embargo, nos pusimos a fumar, y entonces él abrió la ventanilla. Nadie decía nada. Hasta que, al cabo de unos minutos, Wladek dijo de pronto, en un ruso chapurreado:

—Está bien, *harashó*. Pero dime, ¿qué versión es?

El otro debió de quedarse petrificado, porque solo crujió un poco.

—Venga, dime: ¿cuál es? —repitió Wladek.

Volvió a oírse un crujido y el otro por fin habló:

—¿Cómo que cuál?

—Como que los hermanos checos fabricaron cuatro versiones de esta arma, chaval. Y tú, por lo que veo, disparas de maravilla, pero no piensas. Así que hubo cuatro versiones de esta interesante metralleta, y gracias a tal diversidad conquistó el mundo. Porque no hay que ser un genio para inventar una pistola, ni siquiera una metralleta. La genialidad está en diseñarla de tal manera que se pueda cargar con prácticamente cualquier tipo de munición. ¿Capiscas? Supongo que sí. Así que al principio fue el famoso 7,65 × 17 mm Browning SR (0,32 pulgadas en el sistema americano). Lo creó John Browning en 1897 y hoy en día ya es más bien de museo, aunque todavía lo usan, entre otras, la Walther PPK (la de las primeras de Bond), la FN 140DA belga, la Beretta 81 y una creación de la difunta Yugoslavia, la M70, un plagio de la Tokarev TT-33. El siguiente fue otro Browning, pero de calibre 9×17. Luego vino el Makarov 9×17 ruso, que era lo que se disparaba desde Berlín hasta Vladivostok y en los países aliados africanos y asiáticos. Y por fin el rey de la munición universal, o sea, el 9×19 Parabellum, y es más que probable que la última víctima de la guerra convencional caiga precisamente a causa de este proyectil. Bueno, o quizá del intermedio 7,62×51 OTAN, del de calibre pequeño 5,56 o del fruto del genio ruso, por llevar la contraria a todo el mundo civilizado: 5,45 milímetros. Esas son las previsiones. Entonces ¿qué? ¿No lo sabes?

El otro, lentamente, como en un sueño, sacó el arma de dentro de la chaqueta y se quedó mirándola desconcertado. Como si fuera la primera vez que la tenía delante.

—Educación, educación y otra vez educación —dijo Wladek, quitándole la pistola automática de la mano—. Espero que la lleves con el seguro puesto. —Manoseó a oscuras la pipa—. Bravo, muchacho. Reglamentariamente.

El muchacho intentó reaccionar de algún modo, pero al parecer su única baza era el tamaño, mientras que allí tenía que permanecer

encorvado, apretujado y desvalido. Wladek metió la mano en la guantera, sacó una linterna y alumbró el subfusil.

—Makarov. Aquí lo pone, grabado: más claro el agua. A ver si leemos algo de vez en cuando, Chavalín. —Y le devolvió el arma con la misma indiferencia con que se la había quitado.

Poco después llegamos al asfalto y el guardián se bajó a quitar la cinta de los faros traseros.

—¿A qué coño estás jugando? —dije casi susurrando.

—A nada. Estoy entrenando. No puedo estar sentado sin hacer nada más que sudar.

—Yo también sudo.

—Pero al menos estás ocupado.

Volvió el Chavalín y nos callamos. Me incorporé a la carretera e intenté coger velocidad. Iba a trancas y barrancas. Me pregunté cuánto pesarían entre todos. ¿Una tonelada? ¿Una y media?

Así que no le había dado tiempo a contarme todo. Como si creyera que todavía pasaríamos juntos un número infinito de días. No tenía prisa. ¿Qué haríamos si se nos terminaban las historias?

Era martes y fui al mercado. El Boss tenía razón: hacía mucho que no me fijaba en el comercio ambulante. Ni aquí, ni en ninguna otra parte. Caminando entre los puestos que bordeaban el río, me daba la impresión de que había más de todo y de que seguía multiplicándose. Los tenderetes se derramaban por los lados del aparcamiento de hormigón. Los había también en medio del barro, entre las matas, en el lugar donde la ciudad sucumbía por un instante a los arbustos. Iba abriéndome paso. La muchedumbre era densa y lenta. Desde la mañana amenazaba lluvia, y los comerciantes habían desplegado sobre los esqueletos de acero toldos de plástico o lonas chinas de color azul. Todo lo demás también era chino. Escuchaba los precios que voceaban los vendedores. Todo tendía a cero, a la nada. Toda aquella morralla no costaba nada. Un sujetador por medio paquete de tabaco. Unos pantalones por tres dólares. Se lo daban gratis y lo traían en cajas de cartón con jeroglíficos negros. En un camino lateral embarrado había un hombre enorme de tez morena. Le colgaba todo: la cara, la ropa, los bolsillos. Las greñas se le derramaban sobre los hombros en mechones negros. Vendía zapatos de mujer. Estaban amontonados en el puesto. Veinte, treinta clases, y no precisamente emparejados. Había que buscar para encontrar la pareja. Las mujeres daban saltitos a la pata coja. El moreno les daba una bolsa de plástico. Por aquello de la higiene se la ponían en el pie antes de probarse los tacones. Soplaba un viento frío y húmedo. El moreno se escondía en su gran chaqueta de piel como una tortuga. «¡Prromosión, prromosión, señorra! ¡Barraaatas, para las dos

paaatas!». Su furgoneta era un pelín menos vieja que la mía y tenía matrícula búlgara. Para entrar en calor hacía tintinear la calderilla en los bolsillos. Las mujeres rebuscaban y se sostenían mutuamente. Las punteras a veces eran doradas, recubiertas de algo brillante, fiorituras, diseños, calados y piel de serpiente. No podían apartar la vista. Habían venido del pueblo. Como antiguamente, como hacía cien años, al mercado. Entre las cagarrutas y las bostas de vaca, directamente a la feria de las maravillas recién llegadas de orillas del río Yangtsé.

—¿A cuánto lo compras?

El moreno ni me miró. Se puso de espaldas al viento.

—¿Qué, policía?

—No. Pregunto porque es muy barato.

—Si parra ti barrato, no compres.

—Entonces ¿qué? ¿Te lo dan gratis?

—Digo, ¿policía?

—Nada de policía. También comerciante. Por eso me interesa saber dónde lo regalan.

El moreno se guareció aún más al fondo de su chaqueta de piel y zanjó la conversación:

—Todavía no regalan —y volvió a su estribillo prromosional.

Más adelante ya no había búlgaros, pero reinaba el mismo cutrerío. Por medio euro, por un dólar podías comprarte algo y ponértelo. La gente caminaba entre aquello sin entender nada. Mil, dos mil tipos de cosas para todos sin excepción. Todos podían permitírselo todo. Podían elegir. No hacía ni veinte años la familia entera se reunía para debatir la compra de un par de zapatos, como si se tratara de un coche o de un televisor. Ahora todo costaba lo que un paquete de tabaco o dos, lo que cuatro litros de gasolina, con hebillas, con tachuelas, con los ojales remachados, con chapas y clavos, con flecos, con velero, con botones de presión, con cordones, con cremalleras, con puntillas, con piel de tigre, de leopardo y de antílope, con ventilación abrible y cerrable, todo mezclado en montañas para rebuscar, remover, revolver, bragas por docenas,

calcetines en racimos, calzoncillos largos en manojos: no compensaba desatarlos, separarlos por unidad, porque salía una calderilla ridícula, unos precios vergonzosos hasta para los pobretones, así que, puestos a comprar, lo hacían a brazadas enteras, para después, para toda la familia, o por un antiguo miedo a que aquello no fuera más que una fantasmagoría, un espejismo que enseguida desaparecería, quedando solamente aquel descampado fangoso en el que no hacía tanto chillaban cerdos enjaulados y, desde carros de dos ruedas llenos de cagadas, miraban terneros de enormes ojos tristes. Entre la confección, los complementos y el calzado, un hombre de unos sesenta años con un elegante gabán de los de antes tenía desplegados herrajes para carros de caballos, hachas, picos, azadas, palanquetas, cuñas y mazos para partir leños: todo en bruto, hecho a mano y templado en alguna fragua de patio. Un museo de la antigüedad. Cada objeto era diferente. Al lado había arneses, cinchas, riendas, colleras, bridas y látigos. El viento levantaba olor a piel curtida. Tanto los herrajes de latón como el hombre eran de otra época. Pero un paso más allá volvía a empezar lo de usar y tirar. Los maniquíes llevaban trajes de tres piezas que costaban un jornal de obrero no cualificado. De color verde, burdeos o azul marino, mucho más comedidos que todo lo de mujer. Más la corbata de regalo. Había ido a comprobar si podía vender algo de mi trastero. Pero los tíos que vendían sobras de cosas, chatarra suelta y restos de vajillas tampoco andaban sobrados de capital para invertir. Habría tenido que quedarme allí plantado al viento como ellos. Ruedas de bicicleta, un secador de peluquería, un coche de pedales. Di media vuelta y volví a meterme entre las novedades. Junto a los taladros, cabrestantes, amoladoras, cilindros hidráulicos, ejes de sierras circulares y canteadoras, al extremo de la zona de las herramientas, había un puesto de armas. Sobre un mostrador hecho de tubos y contrachapado yacían pistolas y fusiles. Otros estaban de pie con el cañón apuntando al cielo. También había navajas manuales y de resorte para los chavales rapados con orejas de soplillo. Para los chalados, puñales de filos sofisticados que

parecían salidos de películas sobre el futuro o sobre el retroceso de la civilización. Había incluso puños americanos: plateados, dorados, cromados y embalados en elegantes cajas con la parte superior de plástico transparente. El encargado del puesto era un tío con vaqueros y una cazadora militar americana. Estaba hablando con otro más bajo que llevaba un chándal rojo. En cierto momento en la mano del vendedor apareció una pistola negra. La apuntó a la cabeza del tipo del chándal y le oí decir: «*Are you talking to me?*». Se echaron a reír. El vendedor debió de sentir mi mirada, porque se calló, se dio la vuelta y me preguntó:

—¿Puedo ayudarle? ¿Algo en concreto? ¿Larga, corta, tal vez un cuchillo?

—No, gracias. Sólo estaba mirando —contesté.

—Se empieza siempre por mirar.

—Sí —dije sin pensar.

—Justo. Uno mira y le van entrando ganas.

—Yo no necesito.

—Compadre, cada vez hay más mal.

—Hay tanto como siempre —respondí.

—Pero hay cada vez más gente, *amigo*[17] —Cargó el arma y la posó en el contrachapado.

—Tiene razón. Cada vez hay más capullos por el mundo —dijo el del chándal.

—Ningún capullo te puede obligar a llevar un arma.

—Quería seguir mi camino, pero la vista del arsenal me proporcionaba un placer infantil.

—Bueno, pero algo pequeño, de gas, todavía no le ha hecho mal a nadie. —El vendedor metió la mano debajo del mostrador y sacó un estuche de plástico gris—. Ya ves, *amigo*, lo pequeña que es. Una imitación del Colt Mustang. Ni la notarás en el bolsillo. No pasa de cuatrocientos gramos. Seis cartuchos en el cargador. A diez metros tumba a cualquiera. Tardará quince minutos en levantarse. La única ciencia es no usarla en recintos pequeños ni contra el viento.

Realmente era ligera. Pero sentí el metal frío y macizo. Accioné el pasador del cargador. Estaba vacío.

—Te doy doce cartuchos de regalo —dijo.

—Hay que tener licencia.

Me miró con resignación.

—Considero que eso es pasarse de legal, pero si andas sobrado de pasta, yo te consigo el papeloide.

—Pero si son los maderos los que dan las licencias.

—A algunos se las dan y a otros no. Ya sabes cómo funciona. Además, que para esto no las dan, porque el Mustang no está homologado. Te puedo endosar una homologada, pero ¿para qué quieres una Beretta 92, que pesa un kilo exacto, o una CZ 85, también de un kilo? Tú eres un tío serio, y no un tarado cualquiera. No te la llevas a la guerra, *amigo*, sólo es para que te proteja del mal. Llévate el Mustang, déjame tus datos y en una semana tendrás tu licencia en un impreso oficial, si es tan importante.

Volví a meter la pistola en su caja y saqué otra. Pesaba como tres Mustangs y era el triple de grande.

—Sabia elección. Para tiro recreativo no hay nada mejor. Es una réplica fiel de la Desert Eagle 50. Dispara balines de 6,5 milímetros propulsados por CO2. La cápsula de la culata da para unos veinte disparos. Los primeros diez tienen una potencia más que decente. Una vez le arranqué la cabeza a una gallina a varios pasos de distancia.

—Sí que lo hizo —intervino el del chándal—. Un domingo, en el pueblo. La gallina iba corriendo, le apuntó y la cabeza salió volando. Pero ella siguió corriendo. Sólo que, sabes, ya no tenía cabeza y no veía por dónde iba. La sangre salía a borbotones y salpicaba a un metro. Y hasta que no se desangró y se quedó sin presión, no se cayó y murió…

—Ya lo ves, *amigo*… Y no te hace falta licencia.

—Yo creo que incluso te vale para un gato o un perro pequeño. —El colega del vendedor estaba visiblemente impresionado.

—¿No me hace falta?

—No. La legislación va retrasada con respecto al progreso tecnológico.

—La hostia de retrasada… —metió baza el del chándal.

Le devolví la pistola al vendedor.

—O qué tal algún revólver, o alguna escopeta, tengo ballestas si quieres. —Se me acercó y bajó la voz—. Si lo necesitas…

Quería irme ya y tan sólo sacudí la cabeza. Se apartó de mala gana y tuve que pasar rozándolo. Farfullé algo a modo de despedida. No había dado tres pasos cuando oí:

—¿Y qué es de Wladek?

Me paré en seco. El gentío me empujaba, pero ni siquiera intenté abandonar la corriente principal. De lejos grité:

—¿Lo conocías?

—Hacía negocios con mi padre.

—¡Oiga, muévase, que está estorbando!

Un tío venía empujando un carrito con una cafetería ambulante: una bombona, un hornillo, dos teteras, tazas y cucharas de plástico y todo lo necesario para hacer café y té. Incluso tenía unas botellas pringosas con jarabes aromatizados. Cuando por fin le dejé pasar, pude ver que bajo el mostrador del bar portátil tenía botellas empezadas de vodka y de vino nacional. El vehículo tintineaba y soltaba bocanadas de vapor.

—¿De qué tipo? —le pregunté cuando llegué a su lado.

—Tenían un tiro al blanco.

—¿De los de verdad? —pregunté como un idiota.

—Entonces no se podía tener de los de verdad. Tenían uno ambulante. Una caseta con ruedas, una de esas barracas con una pared que se sube, ya sabes…

—Sí.

—Se movían por la zona, entre Gardlica, Orla y Grobów. Más lejos no podían, porque el trasto pesaba lo suyo, estaba hecho polvo y a duras penas se desplazaba. De romería en romería, de feria en feria. Escopetas checas, florecitas hechas con plumas teñidas y con los tallos de alambre metidos en boquillas de cristal, etcétera. Se

pasaban días enteros tras el mostrador, por turnos, quebrando el cañón de las escopetas, cargándolas, cerrándolas y pasándoselas a la chiquillería, la muchachada y la paletada. Ya sabes, *amigo*, no había muchas distracciones por aquel entonces, así que se pasaban días enteros quebrando, cargando y pasando. Todavía recuerdo el sonido y los movimientos: quebrar, cargar, cerrar, pasar, quebrar, cargar, cerrar, pasar… Comían y dormían allí dentro. Cuando me daban las vacaciones, mi viejo me llevaba con ellos. Alquilaban un tractor. Aunque no hubiera romería ni feria, también venía gente. Todos querían disparar y no había con qué. Las cuatro escopetas checas se recalentaban. No había con qué, sabes…

El del chándal rojo apareció de repente, agarró alguna de las armas del mostrador y apuntó al empresario.

—¿Cómo era lo que decías?

—¡Vete a la mierda! ¿No ves que estoy hablando?… Pero todos se lanzaban como desesperados. Debió de ser una época preciosa, cuando no había nada…

—Bueno, ¿y luego qué pasó? —pregunté.

—Pues nada. Una noche alguien les quemó la barraca.

—¿Así porque sí?

—Porque sí y seguramente en venganza porque debieron de engañarlo. Ya sabes, aquellas escopetas checas… A un metro no le dabas ni a una puerta. Alguien le prendió fuego. Tal vez un chico que no había conseguido derribar una florecita para una chica. ¿Quién sabe?

El gato era gris y tenía cuatro meses. «Le hará compañía», había dicho la viejita. Sentado a la mesa de la cocina, lo observaba jugar. No paraba ni un instante. Huía de su propia sombra para a continuación lanzarse a perseguirla. Desaparecía bajo la cama, bajo el aparador, pero no dejaba de oírlo ni un momento. Daba zarpacitos al suelo, hacía rodar pelotitas de papel, se tiraba de espaldas produciendo un delicado repiqueteo con sus huesecillos. A veces dejaba de hacer ruido y entonces me ponía a buscarlo. Dormía en algún recoveco hecho un ovillo. Le bastaba media hora y comenzaba otra vez. No me acostumbraba. Me despertaba en medio de la noche y me quedaba escuchando. Esperaba a ver si se hacía mayor. Llevaba siglos sin vivir con nadie. Fumaba, bebía y lo observaba pegar saltos y caer de espaldas. La señora me lo había traído en una caja de zapatos. El cartón estaba forrado con retales. «Puede vivir ahí», había dicho. Pero vivía en todas partes menos allí. «Dentro de un tiempo empezará a cazar ratones». Le enseñé la habitación. Estaba casi vacía. Quedaba un reloj de pie y varias bolsas con restos para tirar. Dio unos pasos hacia la ventana, se giró y sonrió: «De eso se trataba». Se acercó a la puerta de la derecha. Antes yo desconocía su existencia. Había aparecido al apartar los muebles. La casa debía de tener un cuarto más. La puerta era gris, despintada y baja, como de tamaño infantil. Puso la mano en el tirador, la retiró y la volvió a poner. Presionó ligeramente, pero no cedió. Probó más fuerte.

—No hay llave de esta puerta —dijo.

—Eso no es problema —respondí.

—Bueno, no sé… Ahí no hay nada, creo. Es una puerta a ningún sitio.

—Algo debe de haber.

—Pero, mire usted, mejor hoy no. Voy a buscar a ver si encuentro la llave.

La cerradura parecía muy antigua. Una obra como Dios manda de un herrero de los de antes. La llave de algo así debía de llevar toda la vida colgada en su sitio o, si no, es que no la había.

—Pero si ve que no la encuentra, no creo que sea difícil abrirla.

—Sí —dijo, dirigiéndose más a sí misma que a mí, y soltó el tirador—. Pero de momento esperemos un poco.

Antes de salir sacó del bolso tres latas de comida para gatos y las puso en la mesa.

Así que de día me dedicaba a observar el ágil cuerpecillo gris, y de noche a escuchar sus ruidos. Me planteé la posibilidad de sacarlo de casa al anochecer y no dejarle entrar hasta la mañana. Sin embargo, aplacé la idea hasta la primavera. Intenté dejarlo encerrado en el pasillo durante la noche junto con su escudilla, la caja de cartón y una bandeja llena de arena, pero daba unos quejidos tan lastimeros que no había quien durmiera. Lo dejaba entrar y entonces se subía a la cama, se hacía un ovillo y se dormía. No pesaba nada, pero me parecía que en la cama hacía más calor.

El invierno sigue sin empezar. Le echo al gato comida de la lata y salgo a comprobar en mis propias carnes si por fin bajamos de cero. Del río llega un viento frío, pero no es el frío del invierno. La temperatura ronda los cero grados, el aire es húmedo y la luz del día, gris. Así uno se va volviendo loco de forma imperceptible y silenciosa. Por eso salgo a pasear sin rumbo. Observo. Intento recordar los cambios.

Ahora las escaleras de las tiendas se recubren con baldosas de cerámica y las barandillas se hacen con tubos niquelados. Recuerdan al váter reluciente de un aeropuerto. Tras las lunas se ve a las

dueñas con zapatos de tacón y la cintura ceñida. Se parecen a los maniquíes y a las estrellas del porno. Dan sensación de irrealidad. Como si las hubieran fabricado. Todavía no ha llegado el frío, así que aquí y allá hay albañiles colocando sucesivas capas de ladrillos. De repente, de la nada surge lo nuevo. Cristal, baldosas de las más baratas, yeso y níquel. Luego traen la mercancía y la colocan. Los zapatos, las maletas; los trajes se cuelgan en perchas. Todo está amontonado o colgado como si enseguida fueran a llevárselo a otra parte. Cajas de cartón y perchas de plástico. Como en un mercadillo. No viene nadie y las vendedoras se mueven en esos acuarios con lentitud de peces. Bostezan, tan soñolientas como vigilantes, pendientes de si viene el jefe. Hay algo así cerca de la gasolinera. Dentro, sobre todo en verano, huele a goma y a plástico. A veces entro a echar un vistazo y nadie levanta siquiera la mirada. Como si fuera transparente. Como si no pudieran creerse que haya entrado alguien. De cualquier forma todo el mundo va los martes al mercado por zapatos que cuestan lo que dos cajetillas de tabaco. Dentro de poco el par ya sólo costará una cajetilla, y luego será gratis. No hay otra solución. Todos esperan el mercado de los martes.

—Se les va a pirar la pinza —dijo un día. Estábamos en el puente, fumando, soplaba un viento cálido y al otro lado del río se veían los toldos azules de los tenderetes—. ¡Es que se les va a pirar la puta pinza! Hace nada, compraban cosas para toda la vida. Ahorraban, juntaban dinero para hacerse un traje en el sastre, unos zapatos en el zapatero, y había una inversión, y había un sentido, había un sacrificio y había un premio. En eso consistía, cojones, la vida del pueblo llano. Cuando me regalaron mi primer reloj, me duró diez años. Todos los días le daba cuerda y lo dejaba al lado de la cama. Y eso no es nada, porque mi padre estuvo dando cuerda al suyo y dejándolo al lado de la cama por lo menos treinta años. Y diez años dando betún a los mismos zapatos de piel, y otros tantos cepillando su traje de lana azul marino a rayas. Y ahora se les ocurre por la mañana que quieren unos zapatos nuevos, y, ¡hala!, van, revuelven treinta pares de bazofia, los vendedores les tiran de la

manga, que si aquí es más barato y allí ya ni te digo, hasta que por fin, felices, vuelven a casita con el fruto de una reacción química metido en una bolsa, y luego se extrañan de que después de andar una hora las pezuñas les apesten a carroña.

Miraba los toldos de los tenderetes y peroraba. La gente hasta se giraba. Pero él ni la veía. Se quemó con la colilla, así que la arrojó al agua. Inmediatamente sacó otro cigarrillo, lo encendió, dio una calada, pero era como si hubiese respirado hondo, porque mientras soltaba el humo ya estaba hablando otra vez:

—Todos tendrán de todo. Mierdoso, desechable, cutre de fábrica, pero sin límite. Ninguna regla aparte de la disponibilidad, porque todo se joderá cada vez más rápido, en un pispás, nada más ponértelo, a la primera lluvia, inmediatamente, en cuanto lo toques. Y tiene que pirárseles la pinza del todo, porque tendrán de todo y al mismo tiempo no tendrán nada. O sea, que otra vez alguien se la habrá metido doblada, otra vez alguien le dará por culo al pueblo, como de costumbre. Primero Río de Janeiro regalado y después una morgue. Tío, esto no tiene derecho a salir bien. No le puede salir bien a nadie.

Entonces le dije que nosotros también deberíamos subirnos al carro mientras no era demasiado tarde. Es decir, acercarnos con nuestra cafetera hasta un almacén como Dios manda y cargar mercancía sin fijarnos en el país de procedencia, negociando únicamente un término de pago lo más lejano posible. Estuvo un rato sin decir nada, sólo mirando los toldos de los tenderetes sobre los que hacía un momento lanzaba maldiciones, y luego me miró como a un extraño, apartó la vista y dijo:

—Ni de coña, colega. Ni de coña.

Y, si aún no era tarde, emprendíamos uno de esos lentos y melancólicos viajes al sur, camino de las aldeas atrapadas en los valles donde nos esperaban mujeres de cincuenta años calzadas con zapatos de hombre destrozados. A ambos lados de la frontera. Siempre acudían. Acabábamos de aparcar y ya estaban esperando. La aldea podía parecer desierta, pero ellas siempre aparecían.

Recordaban tiempos mejores. Estrujaban la tela con la mano, la arrugaban, la frotaban con los dedos, la soltaban y miraban si se estiraba. Elegían chaquetas para sus maridos.

—Lana inglesa —decían.

—Escocesa, respetables señoras, auténtica lana escocesa, que es la mejor, como todo el mundo sabe. Indestructible, de las ovejas montañesas de orillas del lago Ness. Inarrugable, inmanchable. Miren.

En un santiamén se transformaba en un maniquí de carne y hueso que daba giros cual patinador y levantaba polvo. Bastaba que se hubieran juntado dos o tres para que algo en él hiciera clic y se pusiera en marcha ese mecanismo, esa combinación de física y química, ese código secreto de abstracción y biología, esa singular síntesis de energía y melancolía que le hacía levantarse por la mañana y poner rumbo a la ciudad de Szolnok, a la estación de Keleti, a Estambul, al universo de la compraventa, a las ensoñaciones sobre una flota propia que cortase las aguas del Danubio y del Tisza con sus estilizadas proas. Levantaba polvo y los perros le ladraban.

—Llévale la verde.

—No se pondría una verde.

—Les recomiendo esta gris, miren. El gris es de una elegancia intemporal. Ideal para cualquier ocasión. Para todos los días de la semana, domingo incluido. Miren esto: el forro es de fibras naturales, probablemente de seda, algo insólito hoy en día, una rareza que proporciona una confortable frescura, es decir, que su esposo puede ponérsela sin nada debajo y no se le pegará al cuerpo. Yo me la llevaría aunque fuera sólo por el forro, queridas señoras, pues hoy en día lo que reina es el poliéster, que no habrá que plancharlo, pero es inflamable. ¿Su respetable esposo fuma? Justo. Y desgracia al canto.

Vendíamos una o dos y nos quedábamos solos en la carretera. El viento venía del desfiladero y olía al humo de leña de las chimeneas. A veces a cebolla frita. Se guardaba el dinero en el bolsillo, abría la

guantera y se echaba un trago. Miraba en la dirección en la que se habían ido las mujeres, pero yo estaba seguro de que miraba mucho más allá, al fondo de toda aquella geografía, al fondo de sus propios recuerdos y, al mismo tiempo, al futuro. Fumaba con la vista clavada en el sur y en su propia vida. Eso me parecía. Yo daba la vuelta delante de alguna tienda o en la parada de autobús y volvíamos a la carretera principal para adentrarnos en el siguiente valle, donde se acababa el asfalto. El, en silencio, iba recuperando fuerzas, mientras yo calculaba si lo ganado nos llegaría para el carburante y me esforzaba por conducir al más puro estilo taxista. El apagaba uno y sacaba el siguiente.

—Cuando se mueran, será el fin —decía—. La última generación. Luego ya no hay más que mocosos criados en basureros.

Íbamos atravesando un bosque. No había luces. Ni a los lados, ni en la carretera. El asfalto negruzco y la línea discontinua blanca. Nuestro vigilante permanecía mudo. Fumábamos. El reloj marcaba la una y media. Intenté calcular el tiempo, pero no recordaba a qué hora oscurecía en septiembre. Se lo pregunté.

—Tú no te preocupes. Lo que tienes que hacer es conducir.

—¿Y sabes al menos en qué dirección?

—Hacia el sur, hacia el suroeste, alejándonos de la frontera.

—*Ne hovoryty* —dijo el otro, que resultó ser ucraniano, y no ruso. **[18]**

—Cállate la boca, o vas a conducir tú —silabeó Wladek parodiando su acento—. Éste se cree que ha cogido prisioneros.

Yo buscaba en la oscuridad una luz roja en el arcén y las bandas reflectantes que llevaban los de las patrullas nocturnas. Esperaba aquel movimiento semicircular de un brazo levantado sujetando una linterna. En realidad ya me había hecho a la idea y ahora sólo me temía que, como tuviera que dar un frenazo, todo se descuajaringaría, el sistema entero, los pistones, los conductos, la bomba, y saldríamos volando a las tinieblas, al carajo, al espacio, y ellos empezarían a dispararnos largas ráfagas luminosas como en una película. Pero no ocurría nada, lo cual era aún peor. Puse la radio, que nunca había tenido más que la onda media. Entre chasquidos y silbidos pillé algo en eslovaco y, a continuación, en húngaro.

—Deja esto —dijo—. Que hablen.

Escuchábamos las frases en húngaro. Eso era bueno. Escuchábamos y nos parecía que se trataba de un sueño o que nos habíamos vuelto locos. Que recuperaríamos la cordura o despertaríamos. Bueno, al menos a mí me lo parecía.

A eso de las dos vi unas luces detrás. Al principio se mantuvieron alejadas, pero luego empezaron a acercarse rápidamente. Al poco rato ya no podía mirar por los retrovisores. Llevaban puestas las largas. Se mantenían a pocos metros de nosotros. Nuestro guardián se enderezó, se apoyó en el respaldo, dejó caer la metralleta al regazo y clavó la mirada en el infinito.

—Sigue conduciendo, me cago en todo.

Aquello duró como un minuto o dos y por fin empezaron a adelantarnos. Muy despacio. Al parecer querían observarnos bien. Durante quince o veinte segundos fuimos en paralelo hasta que de golpe aceleraron. Me aferré al volante y pisé el freno con todas mis fuerzas. No veía nada. En la parte de atrás llevaban un reflector, un foco, algo así. Ni siquiera se veía si era un descapotable o un camión cisterna. Por fin lo apagaron y ya sólo se veía un punto rojo alejándose, mientras que nosotros nos habíamos quedado atravesados en medio de la carretera. Reinaba un silencio absoluto, y en medio de él una voz de mujer hablaba en húngaro.

Me dio un cigarrillo encendido. Puse en marcha el motor y empecé a coger velocidad. Atrás, al otro lado de la chapa, la inmovilidad era absoluta. Al cambiar de marchas, al pisar el acelerador sentía el peso de los cuerpos, la masa de aquella carne que contenía el aliento.

Le pregunté si habría sido el ejército.

—Qué más te da —contestó.

—Porque para ser el ejército, era un poco raro.

—¿Y nosotros no somos raros? ¿Y éste de aquí con su pipa automática checa no lo es? Tampoco hay que hacer ascos al ejército.

Tenía razón. No había que hacerle ascos.

—¿Qué piensas que era eso, chaval?

La respuesta se hizo esperar una eternidad. En lugar de la mujer, ahora hablaba un hombre. Se me ocurrió que estaría bien encontrarse en un país en el que uno no entiende nada y, por lo tanto, no sucede nada.

—Yo no pienso nada —dijo por fin.

—Mira tú, qué alma eslava tan sincera…

—Y pienso que sería mejor que vosotros tampoco pensarais.

—Eso, me cago en todo, no nos lo puedes exigir, pistolero. Ni de puta coña, porque somos hijos de la civilización occidental y por ese motivo la reflexión individual es para nosotros como el aire que respiramos, cosa que de vosotros, coño, no se puede decir.

Lo miré de reojo. Se había girado en el asiento para ponerse de frente al otro, tenía el codo apoyado en el respaldo y la mano en el salpicadero, y por lo visto esperaba una respuesta.

—Así que te pregunto, descendiente de Gengis Kan y de Bizancio: ¿se trataba del ejército fronterizo regular, o más bien de tus patrones? Es muy sencillo: sólo tienes que dar tu opinión.

Volvió a hacerse el silencio, hasta la voz húngara había enmudecido y apenas sonaba algo de música clásica. Se hizo el silencio y del lado de la puerta me llegó un olor desagradable. Estuve seguro de que al otro le había entrado calor y había empezado a sudar bajo la cazadora de piel, que crujía, crepitaba y se tensaba como si fuera a dar un salto.

Le dije que lo dejara en paz.

—¿Cuál es el problema? ¿Que va armado? ¿O que no deberíamos herir sus sendmientos étnicos? No te va a hacer nada. Tiene que entregarnos junto con la mercancía. Como le pase algo al envío, puede darse por muerto. Y me la sudan sus sentimientos. No es ningún compañero de armas. Te endosaría un cargador entero y a mí otro, sólo porque tiene que escucharnos, cuando él no es capaz ni de juntar cinco palabras en su lengua materna.

—Déjalo en paz —dije por segunda vez.

—Ni de puta coña. En vez de andar merodeando por las noches con una pipa, que hubiera estudiado algo. Allí también tienen

escuelas. —Se volvió hacia él—: ¿Qué, tenéis o no? ¿O sólo hay televisión, De Niro, Al Pacino y *Asesinos natos*? Seguro que tenéis, lo que pasa es que no te has enterado.

Intentaba mantenerme más cerca del centro y sentir el leve zumbido de las ruedas izquierdas sobre la línea discontinua, pero cada dos por tres apartaba la mirada del parabrisas.

—¡Educación, educación, educación! *Capisci?* Sin ella nunca serás más que un moco colgante. Sin ella siempre creerás que copular con tu hermana es de lo más normal y que puedes andar presumiendo de ello. Igual que de copular con una oveja. Anda, dime cómo se dice en tu lengua «follarse a una oveja»…

Yo iba atento al zumbido de las ruedas. A mi derecha oí una especie de silbido. Wladek se inclinó con la rapidez de un autómata y el Skorpion golpeó la pared trasera de la cabina. El otro volvió a tomar impulso, y otra vez el mismo quite instantáneo y el mismo estrépito metálico. Yo intentaba seguir recto mientras me imaginaba cómo se accionaba el gatillo y veinte balas traspasaban el techo de la cabina, el parabrisas, etcétera. En vez de ello lo que hubo fue otro golpe seguido de estruendo, y Wladek se escurrió del asiento al suelo gritando al mismo tiempo: «¡No pares! ¡No pares!». Instintivamente aceleré hacia el interior de aquellas tinieblas con una línea discontinua, y de pronto sentí el aire frío de la noche. Miré a la derecha y alcancé a ver el destello blanco de unos Adidas falsificados. Wladek le había arreado una coz doble y el tipo había salido volando por la puerta a la oscuridad de la zona fronteriza.

La temperatura bajó de inmediato. Quité el pie del acelerador y me quedé sin saber qué hacer.

—Para y da marcha atrás —dijo.

—Si está tirado lo voy a atropellar.

Di la vuelta. En mitad de la noche, en plena curva, en cinco maniobras entre dos cunetas. Tenía que hacer algo para no pensar, para que no empezara a ocurrírseme nada, ninguna idea. Despacio y con las largas puestas volví atrás. Estaba tumbado y se movía un poco. Como si intentara arrastrarse en el sitio. Empezaba y

enseguida se quedaba inmóvil. Brillaba en negro sobre el asfalto mate. Volví a dar la vuelta y nos detuvimos detrás de él. Wladek se bajó y se puso a escudriñar la carretera y el arcén. Echó a andar hacia delante. A los pocos pasos se inclinó y recogió entre la hierba la metralleta. Volvió, la lanzó a la cabina y me indicó con la cabeza que me acercase hasta allí.

Estaba semiinconsciente y pesaba una tonelada. Lo agarramos por las piernas y lo arrastramos. Oí cómo la piel negra rozaba contra el asfalto. Luego la cazadora se le subió y debía de ir restregando ya su propia piel, pero no sentía nada o hacía como que no sentía. Lo llevamos hasta el portón trasero y Wladek lo abrió. Del interior salió una vaharada caliente y concentrada de olor a un tiempo humano y extraño. Como de mil y una noches llenas de miedo, de hedor y de ojos centelleantes. Intentamos ponerlo de pie y meterlo dentro, pero era un peso inerte. Se caía de bruces.

—¡Moved el culo, hermanos! Moveos y agarradlo, que los dos solos no podemos. Cogedlo y hasta podéis cortarle un trozo, que cuando uno está de viaje tiene dispensa del mismísimo papa.

Pero allí reinaba la inmovilidad y el hacinamiento. Tenían miedo y retrocedían hacia el interior. Nos costaba sujetarlo. Se nos escurría. Puede que, de miedo, se estuviera haciendo el muerto. Por fin Wladek se enfureció:

—¡Hostia puta! *Raus!* ¡Cogedlo!

Tendríamos que haber empezado en alemán. De las tinieblas emergieron como ocho brazos y empezaron a subirlo. Luego atrancamos el portón.

Otra vez no había ninguna luz. Se había acabado lo llano, dando paso a una larguísima subida serpenteante. En las curvas se quedaba corta incluso la segunda, apenas avanzábamos y había que meter primera. Una cumbre alta y boscosa. Más al interior vivían lobos y osos. El indicador de temperatura se detuvo al extremo de la franja roja. Menos mal que era ya otoño, y de noche, y el aire era frío. Por momentos me daba la impresión de que no nos movíamos, de que estábamos parados haciendo ruido o poco a poco

resbalábamos hacia atrás; de que por mucho que pisara el acelerador las ruedas giraban impotentes, patinaban, y nos iba absorbiendo la oscuridad. Veinte o veinticinco por hora. Me imaginaba el interior del motor: las bielas, los casquillos, los pistones, los anillos, los pasadores, el aceite viejo, negro, caliente, los rastros de carbonilla y todo lo demás al borde de la muerte técnica. El seco tableteo entraba en resonancia con los huesos del esqueleto, con el cráneo, y hacía que dolieran los dientes. Dejamos atrás un letrero que decía RUSKÁ PORUBA, pero allí no había nada, casi nada. Los faros lamieron un pedazo de muro, una valla de chapa ondulada galvanizada, y otra vez empezó el bosque.

Cuando comenzó a amanecer estábamos en una planicie. Poco antes habíamos pasado bordeando una ciudad dormida y me había fijado en un letrero luminoso azul: MOTOREST MADAGASKAR. Pero no tardó en acabarse y ya sólo había una llanura húmeda, las nieblas que se iban levantando y, a lo lejos, unos cuantos puñados oscuros de árboles. Olía a pantano. Tras tantos años al otro lado de las montañas me había olvidado de que la tierra pudiera ser tan llana. La Ducato rodaba sola. Luego, en la carretera aparecieron las primeras furgonetas de reparto. Volaban a más de cien por hora, pero aparte de ellas no había nadie. A ambos lados de la carretera se extendían juncales y terrenos anegadizos. Garzas reales se bañaban en la niebla. Entramos en un pueblo llamado Královské. Parecía totalmente abandonado. Al borde de la acera estaba parado un gitano con un jersey rojo, esperando a que llegara el día tras una dura noche. Al vernos levantó la mano en un gesto de saludo. Giramos y nos metimos en una bocacalle flanqueada por castaños. Enseguida se acabaron las casas y otra vez apareció la llanura, las matas de árboles a lo lejos y las barandas pintadas de azul y rojo de los puentes tendidos sobre los canales. El asfalto se acabó y se convirtió en gravilla, pero él solamente asintió indicando que íbamos bien. Pasamos un estanque, una esclusa de hierro y un dique, la carretera se estrechó y ahora los árboles crecían a ambos lados y sus copas se unían en lo alto. Avanzamos entre una penumbra verde

para, al cabo de unos minutos, salir del pueblo. Las casas estaban pintadas de un amarillo ya desteñido. A lo largo de las paredes laterales se extendían umbríos porches soportados por postes de madera labrada. Llegamos a la carretera y me indicó que a la derecha. Me incorporé lentamente y vi el letrero de una tienda aún cerrada: ÉLELMISZER. Estábamos en Hungría.

Cuando se hizo totalmente de día, le pregunté al fin por qué lo había hecho. Tardó en contestar. Como de costumbre encendió un cigarrillo, como de costumbre echó mano a la guantera, pero al poco la cerró. Yo iba intentando descifrar los nombres que se veían en los indicadores verdes, pero incluso a sesenta por hora resultaba difícil.

—Bueno, necesitamos tener algo en la mano, alguna carta, digamos una especie de comodín.

—¿Y ese de ahí va a ser nuestro comodín?

—¿Y cómo coño pretendías aparecer? ¿Darles las gracias, ponernos a cuatro patas y menear el rabo? Estas son cosas serias. Necesitamos tener algo más si no queremos que nos jodan.

—¿Por qué coño lo tiraste por la puerta cerrada a la carretera?

—¡Tío, quería matarme! Esa mierda pesaba casi dos kilos. Esto no es una película en la que uno aguanta esas cosas. Quería matarme. Eso es lo que les voy a decir. Que mandaron a un colgado y que si todo ha terminado bien, no hay pérdidas y la mercancía ha llegado a buen puerto, es gracias a nosotros.

Así que otra vez llevaba medio paso de ventaja, pues sabía, o presentía, que la oportunidad que alguien te da siempre es una trampa.

—¿Y piensas que te creerán?

—Sí. Creen a quienes les hacen ganar dinero. Así de simple.

Repitió maquinalmente el gesto de la guantera: estiró la mano, tanteó como para comprobar que la botella seguía en su sitio, retiró la mano y cerró. En el parabrisas aparecieron las primeras gotas. El buen tiempo había quedado al otro lado de las montañas. Me acordé de los neumáticos pelados. Ahora nos dirigíamos al oeste. Que era de donde venía la lluvia.

—¿Falta mucho? —pregunté.

—Cosa de una hora —contestó.

Abrieron inmediatamente y cerraron en cuanto estuvimos dentro. Debían de habernos visto desde lejos. La carretera discurría en línea recta entre lagos y grandes álamos. Tanto la valla como el portalón estaban fabricados con desechos de aserradero. Paré en medio de la explanada. Apestaba a granja, a estiércol y a pantano. Era un cuadrilátero con tres de sus lados cerrados por construcciones bajas con techo de caña. Por el camino habíamos visto rebaños de vacas grises, y cerdos negros moteados vagando a sus anchas. Wladek bajó y dio unos pasos cautelosos entre las boñigas. Se detuvo en el centro de aquella plaza arenosa y se quedó esperando. Apareció un perro. Parecía un rottweiler mestizo con cola. Se paró con las patas tiesas, tenso, y empezó a gruñir. Al poco llegó corriendo otro, y enseguida otro más. Eran igual de horrendos, entre pelirrojos y manchados, rabudos, pero sus poderosos hocicos babeantes no dejaban lugar a dudas en cuanto a su ascendencia. Desde la cabina oía el gorgoteo de sus gargantas y veía el pelo erizado en sus lomos. Alguien se estaba divirtiendo a nuestra costa. Pensé en la metralleta escondida bajo el asiento del copiloto, pero enseguida me di cuenta de lo infinitamente estúpido de la idea. Ni sé cuánto duró aquello. Tanto Wladek como los perros permanecían totalmente inmóviles. Como si fuese un cuadro, o un fotograma congelado. Y sólo ese gorgoteo líquido.

Por fin al fondo del patio se abrió una puerta pequeña hecha de tablas y por ella salió un hombre con el uniforme de campaña de algún ejército desconocido. Dio un silbido y los perros echaron a correr hacia él. Se acercó a la furgoneta. En los pies desnudos llevaba chanclas de goma. Se puso a explicar algo en una mezcolanza de lenguas. Yo no entendía gran cosa, pero Wladek asentía. Enseguida subió a la cabina y señaló la puerta corredera de uno de los establos:

—Te acercas marcha atrás, nos abren y te metes como hasta la mitad.

Di la vuelta y empecé a dar marcha atrás lentamente. Las hojas de la puerta se separaron cuando la parte trasera de la furgoneta estaba a punto de tocarlas. No me sobraban más de diez centímetros por cada lado. Fui entrando a medio embrague y, cuando tuve la mitad de la furgoneta dentro, paré. Inmediatamente retumbó el portón al abrirse y se oyeron gritos. Alguien subió a la parte trasera. Resonó un golpeteo de pasos pesados. Del fondo, de dentro del establo, llegaban ladridos feroces. Por los retrovisores vi a dos tíos en chándal. Vigilaban que nadie intentase escabullirse entre las ruedas. Tenían palos: mangos de palas claros y flamantes. También merodeaban por allí unos chuchos alborotados. Pero no duró más de un minuto. Alguien cerró de un portazo. Las voces humanas y caninas enmudecieron en el interior del edificio. Uno de los de chándal dio una palmada en el lateral de la cabina y nos indicó que saliéramos de allí. La puerta se cerró al instante. Volvíamos a encontrarnos en medio de la plaza arenosa. El cielo estaba plomizo, pero no llovía. El portalón de entrada estaba cerrado. En el recinto de la granja crecían unos cuantos álamos viejos y enormes. Apareció trotando una cerda con sus crías. Olfateó la rueda delantera derecha y condujo a su familia hacia el interior del pantanoso rancho.

—Es como aquélla —dije.

—Aquélla era más grande —contestó.

Todo estaba vacío y en silencio. De la lejanía o de los establos vino un olor a estiércol porcino. Aquel olor me recordaba a la infancia. Igual que la arena llena de boñigas y esos altos álamos que durante las tormentas atraían los rayos. Por muy lejos que vayas, siempre encuentras algo que te habla.

Ahora, de alguna puerta, de algún recoveco, a saber de dónde, salió un tipo corpulento y seboso. Caminaba como si llevara un caballo entre las piernas, como si le estorbara su propia grasa. Puede que hubiera aprendido esos andares en algún sitio. Llevaba un atuendo estúpido, una mezcla de uniforme militar con vestimenta de cazador que se le desmontaba, se le desabrochaban los botones

de cuerno de ciervo, le arrastraban por la tierra los cordones de las botas. Parecía un Obersturmporquero. Se paró a cinco metros del morro de la furgoneta, jadeante. Wladek metió la mano bajo el asiento y bajó. Fue hacia él sujetando el Skorpion por el cañón con el brazo estirado. El se lo arrebató inmediatamente, liberó el pasador, sacó el cargador, lo sopesó en la mano y lo volvió a meter. Se pusieron a hablar de algo, pero yo sólo veía la espalda de Wladek, sus hombros encogiéndose cada dos por tres en un ademán expresivo y astuto, los brazos abriéndose y cerrándose, todo aquel «Por los clavos de Cristo», «Si conociera de antes al capullo ése», «Es que no quedaba otra, jefe, no quedaba otra», hasta llegar a «Pues la próxima vez os encargáis vosotros de transportar a los tarugos ésos y de confiscar las pipas automáticas a los psicópatas, que nosotros nos volvemos al seno de la patria…». El otro intentaba intervenir, levantaba una manaza sebosa mostrando su palma parecida a un cojín rosado, pero por fin se echó a reír. Luego se acercaron el uno al otro y ya no me llegaba ni un fragmento, ni un monosílabo, aunque hablaban mucho y rápido. Finalmente Wladek asintió con la cabeza y el otro le dio unas palmadas en el hombro.

Cuando al fin nos abrieron el portalón, el sol ya estaba alto. Entre las nubes vi un disco de color gris claro.

Rememoro los días cálidos. Rememoro el día en que llegué aquí para quedarme. En los árboles aún no había hojas, pero el sol ya calentaba con ganas. Me bajé en una estación que ya no existe, de un tren que ya hace mucho que dejó de circular. La ciudad olía a petróleo y a madera. Había estado toda la noche viajando, incluidos dos transbordos, y se acercaba el mediodía. Al lado estaba la estación de autobuses. Fui hacia allí, para ganar tiempo, para seguir siendo un viajero tanto tiempo como fuera posible. Debía de ser martes, porque la multitud tenía pinta de pueblerina. Volvían del mercado. Rastrillos de madera, cubos, edredones envueltos en plástico, alguien llevaba un látigo nuevecito con un pompón rojo. Me mezclé con ellos y me puse a leer los horarios de los andenes, a hacer ver que los leía. Todavía no tenían tantos coches como hoy en día, así que esperaban a los viejos autobuses. La ciudad aún los intimidaba. Se los veía solemnes y circunspectos con sus cestos de mimbre nuevos. Se colocaban al sol como para una fotografía. Seguramente ya estaban a la espera de algo, aunque todavía no tenían ni idea de qué sería. Presentían en la piel los cambios, igual que todas las guerras, los regímenes en desintegración, los rusos, los cabezas cuadradas, los negros, los rojos, los verdes, el capitalismo y la cruzada económica china. Era algo que llevaban en la sangre, esa desconfianza ante todo lo que viniese de fuera.

Pero entonces sólo pensaba en aparentar que estaba de paso. Me acerqué a la parada de taxis y le pregunté al primero de la cola por un hotel. Estaba haciendo crucigramas. Ni siquiera levantó la mirada: «¿Cuál?». Contesté que el más barato. «El más barato es el

que está más lejos», dijo, y dejó el periódico y el bolígrafo en el asiento de al lado. Subí detrás. Aquello apestaba como si no se hubiera bajado del coche en años. Por el camino había industria, chimeneas, gasoductos y tapias de hormigón. La carrera duró unos cinco minutos y el taxista dijo: «Es aquí».

De las ventanas colgaba la colada. Gayumbos, camisas y calcetines ondeaban al aire. Seis pisos de ropa tendida. No había balcones, sino barandillas, cordones, cuerdas, tendales, armazones de alambre sobre los que aleteaban las prendas. Entré, y el interior era como el de un bloque de viviendas de treinta años atrás: en la penumbra, en el terrazo, en las paredes con la mitad inferior protegida por una capa de esmalte graso, sin darse cuenta, uno empezaba a olfatear el aire en busca del hedor de la bajante de basura. Al fondo había un mostrador revestido con paneles de pino. Lo golpeé suavemente con los nudillos. Del fondo del edificio llegaban ecos de voces, pero no vino nadie. Olía a fritanga. Como en una casa. En una gran casa deshabitada. Pero por fin apareció una mujer vestida de tal guisa que podría uno tomarla tanto por la cocinera o la limpiadora como por la recepcionista. Llevaba unos zuecos ortopédicos sin dedos, un delantal y una cofia blancos, y por debajo un atuendo civil de escote avolantado.

—¿Y toda esa ropa tendida? —le pregunté cuando hubo cogido mis documentos.

—La CEI —contestó.

Hojeó mi cartilla de identidad, se detuvo en el lugar de empadronamiento y levantó la vista.

—La Comunidad de Estados Independientes, por si no lo sabe. Ciérrese por dentro.

Aparecían por la tarde. Mi habitación estaba en el tercer piso. Los oía por todos los lados. Los oía hablar, discutir, trocear la carne a machetazos, mover los muebles. Los oía ducharse y mear. La mayoría eran hombres, pero había también parejas y familias con niños. Aquello no se diferenciaba en nada de una casa normal. Sólo que en permanente mudanza. Como en un bloque de Cheliábinsk,

pongamos por caso. Todos cocinaban. De algunas ventanas sobresalían las chimeneas de las estufas. En la oscuridad se veían chisporrotear los tiznados tubos de hojalata del quinto y del sexto piso.

—Si cocinan con electricidad, acabaremos en la ruina. Si lo hacen en los fogones ésos, acabaremos en ruinas —dijo un día la recepcionista—. Así que da lo mismo —añadió con resignación.

Pero pagaban por todo. Una o dos veces al mes hacían una colecta entre todos y se la llevaban al encargado del hotel. De modo que, aunque las actividades gastronómicas estaban básicamente prohibidas, con ellos se hacía la vista gorda. Olía a grasa, a cebolla, a carne. Casi podía oírse crepitar y borbotear todo aquello. Un día vi a dos hombres conduciendo escaleras arriba un cordero ya crecido. El borreguito blanco subía obedientemente escalón a escalón.

—Son musulmanes —dijo con indiferencia la mujer de recepción —. Lo dejan todo bien, sobre todo cuando están con mujeres. Los más guarros son los rusos.

Otro día vi a un hombre delgado y de pelo blanco. Llevaba una guerrera gris con cuello mao y sin una sola arruga, y en los pies botas de oficial. Conducía escaleras arriba a una muchacha. Ella no tenía más de dieciséis años. Era guapa, pero apartaba la mirada y escondía la cara.

—Él es del Cáucaso —dijo en voz baja la portera—. Se la compró a unos moldavos por mil dólares.

No estaba claro a qué se dedicaban exactamente. Por la mañana todo quedaba desierto y en silencio. Algunos llenaban de bultos sus Volgas y Ladas y se iban al mercado. Pero no todos. No tenía ni idea de qué hacían los demás. Me los encontraba por la ciudad. Se mezclaban con la multitud urbano-rural y eran casi indistinguibles, aunque quizá parecían un poco más cansados, un poco más desaliñados, resignados y orientales. De modo que algunos se dedicaban al comercio. ¿Y el resto? Bueno, aquello era el principio de una gran migración (por no decir que de una nueva invasión bárbara) y todo el mundo podía encontrar algo que hacer. Desde la

ciudad podía uno tirar hacia cualquiera de los puntos cardinales. Así que a lo mejor transportaban algo, hacían de intermediarios, practicaban el contrabando, quizá algunos no eran más que emisarios, mientras que otros simplemente intentaban confundir el rastro y borrar las huellas. Me parecía que gracias a ellos yo también lo conseguiría más pronto. Esperaba a que se calmara el ajetreo matutino y salía. En aquella época todavía humeaban las chimeneas de las fábricas y no crecían hierbajos en las vías muertas. Todavía se oía el estrépito y el fragor. El aire apestaba a lubricante caliente y a metal. Tardaba quince minutos en llegar caminando al centro. La última fábrica olía a madera. En los días de calor flotaba sobre ella el olor de la resina. Por el portalón salían carros de caballos cargados de maderos y tarugos. Avanzaban lentamente obstaculizando el tráfico. Pero nadie se impacientaba, porque así había sido siempre. Los caballos cagaban en el asfalto. Luego acudían los gorriones. Los carros giraban hacia el puente y yo subía camino de la plaza mayor. Ya el primer día vi el tablón con las esquelas y a los viejos buscando nombres conocidos. Pero también había anuncios corrientes, se vende, se compra, se regala estantería, se intercambia algo o se busca trabajo. A veces veía a alguno de los del hotel colgar su cartelito. Tenían una letra torpe y angulosa cuando intentaban pasar del alfabeto cirílico al latino: ASEPTO CUALCIER TRABAGO, después un nombre, Vasyl, Yevhen, Vitali o algo por el estilo, y el número de teléfono de la recepción. La recepcionista intermediaba a cambio de dinero. Bajo el mostrador tenía un cuaderno que hacía las veces de agencia de trabajo para toda la comarca. Por la mañana, antes del desayuno, venían a preguntarle si había algo. Y ella repartía lo que hubiera, manejaba la oferta y la demanda, decidía qué construcción merecía mano de obra barata y a cuál le tocaría la nacional, el doble de cara. Les decía dónde tenían que personarse, o les daba papelitos con números de teléfono. Luego los veías metiendo calderilla en el teléfono de la gran cabina rectangular que había en el vestíbulo, el último de monedas en toda la ciudad. Una noche la vi vaciar el receptáculo. Vertió la calderilla en una bolsa de plástico, devolvió el

cajoncillo de plástico a su lugar, lo cerró y regresó detrás del mostrador. Pero entonces, el primer día, sólo vi a viejos buscando nombres conocidos. Me metí entre ellos, un poco atrás, y también me puse a mirar. Las mujeres conocían las historias de las enfermedades: empezó con esto, y podría haber acabado bien, pero mientras tanto, querida, se complicó con lo otro… No había nada que hacer. Al principio, que si una úlcera; uno se consuela, y luego resulta, querida señora, que era cáncer, cáncer con metástasis, lo estuvieron llevando al catedrático, a la clínica, pero qué puede hacer un catedrático si se trata de cáncer… Escuchándolas tenía la certeza de que, si me quedaba, no moriría en soledad. Aquel coro me acompañaría y me inventaría un pasado, me inventaría una vida entera antes de enterrarme.

De modo que me metía en medio de ellos y entre las esquelas buscaba anuncios de pisos para alquilar. Apuntaba los números y llamaba desde la misma cabina del vestíbulo. Pero siempre pedían demasiado, o proponían una habitación en casa de una familia, o no tenían ganas de hablar porque habían cambiado de opinión. Un día la recepcionista me llamó desde detrás del mostrador: «Venga aquí. —Me dio un pedazo de papel con un número garabateado—. Llame a este número».

De esta forma encontré la casa a la orilla del río que ahora estoy limpiando. Limpio y rememoro los días cálidos. Hoy ha vuelto a hacer cero grados y a lloviznar. Cuesta distinguir si ya es lluvia, o todavía niebla. No se sabe si lo resbaladizo se debe a la humedad, o a que ha empezado a helar. Llevé las últimas bolsas a la furgoneta. Pura basura de la que tendré que deshacerme de algún modo. Botellas, trapos y polvo. El cuarto quedó por fin totalmente vacío, barrido y enorme. Estuve una hora caminando de pared a pared, escuchando cómo crujía el suelo. De vez en cuando accionaba el tirador de la puerta baja, como si esperase que cediera en una de ésas. Sabía que no sería así. Sabía que estaba cerrada con la llave que tenía en el bolsillo. La había encontrado al barrer. Tirada entre los cristales rotos, andrajos y jirones. No tuve que comprobarlo. Se

le había caído a alguien hacía cuarenta o cincuenta años. Mientras caminaba escuchando el crujir del suelo, sentía su peso en el bolsillo. Ya no quedaba nada por hacer. Había pasado el mediodía y empezaba a anochecer. No encendí la luz, tan sólo seguí caminando.

Dentro no había nada. En la penumbra distinguí un rectángulo de suelo de dos por tres metros y cuatro paredes oscuras. La puerta tenía por dentro un cerrojo de hierro. Di unos pasos. No había nada, sólo un poco de polvo. En cierto sitio el suelo producía un ruido sordo. Fui a por la linterna. Las rendijas entre las tablas estaban obstruidas por la suciedad. Sin embargo, donde se juntaba con la pared, el suelo resonaba. Me fui otra vez y traje un destornillador enorme. Lo metí en la ranura que quedaba junto a una tabla más corta que las demás y añadida posteriormente. Hice palanca y se levantó casi sin resistencia junto con la tabla vecina, igual de corta, y los clavos que deberían sujetarlas. Sentí un aire rancio y frío. Levanté la trampilla y alumbré. El recinto era del tamaño de una tumba. Tenía las paredes de ladrillo y el suelo de cemento. En la esquina había los restos corroídos de un cubo.

«Ya sabes cómo es: la gata maúlla, pero se deja follar». Así decía cada vez que cargábamos la mercancía, cerrábamos el portón trasero y, furtivamente, con el rabo entre las piernas, nos escabullíamos del pueblo. Daba igual si con destino a este o al otro lado de las montañas. Recorríamos diez kilómetros, otra vez la operación montaje, un cigarrillo tras otro y no acudía nadie; o, si venían, era sólo un momento a asegurarse de que únicamente se trataba de nosotros, los traperos de la furgoneta macarrónica hecha polvo. Echaban un vistazo desde detrás de las vallas y enseguida volvían adentro. Así solía ser. «La gata maúlla, pero se deja follar», repetía, pasando los billetes de un bolsillo a otro. Se ensalivaba los dedos y los contaba. Lo hacía tan rápido como si estuviera barajando cartas. Para que, líbrenos Dios, no me diese cuenta de que estaban marcadas, de que gastábamos más de lo que ganábamos y aquello era más un pasatiempo que un negocio. En verano los días son largos. A veces venía muy de mañana. Entraba sin llamar, sin decir una palabra hacía café, lo dejaba junto a la cama y se quedaba esperando a que yo despertara. Casi no hablábamos. En silencio íbamos hasta la gasolinera, él sacaba el dinero, hacía sus birlibirloques y financiaba un cuarto del depósito. Poníamos rumbo al sureste. Lo del este y lo del sur era inconsciente. Nos parecía que por aquellos pagos nuestra miseria y nuestra locura no saltarían tanto a la vista. A las seis y media de la mañana los árboles, los postes y los almiares proyectaban largas sombras oscuras. El aire era frío y diáfano. Los cigarrillos sabían como si tuviéramos diecisiete años. Después veíamos a la chiquillería vestida de gala y sin

carteras, así que estaba acabando el colegio y junio tocaba a su fin. Uno de esos días dije:

—También nos merecemos unas vacaciones.

—Sí… unas vacaciones… —contestó al cabo de un momento, como despertando.

—¿Has tenido vacaciones alguna vez? ¿Has ido a algún sitio? —seguí preguntando.

Clavó la vista en el parabrisas y entornó los ojos como intentando recordar algo infinitamente remoto, un instante de toda una vida.

—Sí… —dijo por fin—. Las vacaciones. Lo normal: iba a casa de mis abuelos al campo. Casi todo el mundo tenía familia en el campo y ésas eran las vacaciones. Ya sabes, la cosecha y tal, el cultivo, la cría, es decir, el subconsciente más profundo de la nación. Me encantaba estar allí. En el fondo del alma soy un siervo de la gleba que nunca ha tenido ganas de trabajar. Después de una servidumbre de siglos nadie las tiene, lo cual es perfectamente comprensible. Por eso me dediqué al comercio. Los siervos siempre tuvieron envidia de los judíos. Odio, desprecio, admiración y envidia. Sobre todo porque bebían poco y todos sabían leer. Eso para un campesino era ya un milagro judío que superaba a todos los milagros católicos. Ésa es mi opinión personal. Así que me gustaba la vida rural en verano. Cualquier tarea que me encomendasen, era capaz de fastidiarla. Al final me nombraron encargado vitalicio de pastar las vacas. En el campo ése es el trabajo de los chiquillos y de los tontos del pueblo, y me alegré mucho. Días enteros sin supervisión, sin refunfuñones, el ganado te hace caso y te respeta, y tú te tiras el tiempo meditando o recordando historias, haciendo todo aquello para lo que el siervo nunca tuvo fuerzas, tiempo ni capacidad…

Se ensimismó en sus ensoñaciones, con la vista clavada en el parabrisas como si en él viera sus vacas, su infancia y los pensamientos que tan dulcemente le embargaban.

—Soy un renegado —dijo para sí mismo, y empezó a reírse quedamente.

—Lo eres —convine—. ¿Y después qué pasó?

—Nada. Fueron muriendo.

—¿Y ya nunca más fuiste a ningún sitio?

—No. En verano trabajaba en la construcción. Ya sabes, las carretillas, la hormigonera. En aquella época pagaban bien y encima daban de comer. Los únicos ogros eran los curas. Estaban construyendo la iglesia nueva, la del monte. Había uno que pasaba el día entero sentado a la sombra de un tejadillo, vigilando. No se movía, ¿entiendes? Tenía un reloj y te descontaba cada minuto. Tenías que estar todo el tiempo en movimiento. Los muy taimados ya sabían por aquel entonces de dónde soplaba el viento.

—¿Qué hacías con la pasta?

—Parte se la daba a mi madre.

—¿Y el resto?

—Me compré una bicicleta. Después un ciclomotor. Checo, usado. Y luego una moto alemana. Alemana democrática, claro.

—Entonces seguro que te movías.

—Me movía. Pero eso no cuenta. No eran vacaciones. Montaba, hacía cien kilómetros y volvía. O doscientos. La cuestión era no estar parado. A veces me metía por el campo y pasaba la noche entre un montón de heno. Me gustaba montar por montar. Ni siquiera recuerdo muy bien en qué sitios estuve. Me gustaban las carreteras secundarías vacías. Aparcaba delante de alguna tienda de pueblo y me compraba un panecillo y una naranjada. A veces alguien me preguntaba a quién venía a visitar, y entonces me inventaba alguna historia. En aquellos tiempos una moto forastera en el pueblo no dejaba de ser un acontecimiento. Así que me inventaba alguna historia y ellos me escuchaban. Entonces nunca pasaba casi nada, y así luego tenían algo que recordar y contar. Y después, si en la zona robaban algo o mataban a alguien, se acordaban del motociclista desconocido. O eso me imagino.

—¿Y nada de vacaciones?

—Después ya nunca más.

—¿No te atraía ningún sitio?

—Ni me lo planteaba. No tenía necesidad de descansar porque no me sentía cansado. Pongámoslo así.

¿Qué sitio habría de atraerlo? Estaba repanchingado en un asiento al que se le salía la esponja, fumando con los ojos entornados. Miraba desde detrás de los párpados entrecerrados. Como si temiera que, si dejase entrar un poco más de luz, un poco más de imagen, su mente no lo soportaría. A veces me parecía que por debajo de aquellas camisas de tercera mano, por debajo de las chaquetas de chándal con quemaduras de cigarrillo, su piel recibía no sé qué impulsos eléctricos, como si en su epidermis se materializaran los presentimientos, los recuerdos y las señales que hacen al resto del mundo romperse la cabeza día y noche para acabar cayendo en la tristeza incurable y venenosa de la cotidianidad.

Y, al igual que en su época de motociclista, parábamos delante de las tiendas de los pueblos. Pero nadie se extrañaba de nuestra presencia. Todos habían estado ya en algún sitio, habían ido a algún lado y habían vuelto. Hasta en los poblachos más remotos aparecían cochazos con el volante a la derecha. De ellos bajaban tipos con ropa ceñida y gafas de espejo y miraban sus casas natales como si se tratase de algún Bantustán. Así ocurrió un día más allá de Zlobiska. Había un Golf rojo tuneado aparcado frente a frente con un todoterreno plateado con parachoques de acero, ambos con matrícula inglesa. Los dueños estaban al lado, de pie, fumando, hablando y escupiendo en la tierra. A veces venía alguien y echaba una ojeada tímida a los bugas. A veces ellos le daban la mano y a veces, absortos en su intercambio de experiencias, pasaban de él. Uno tenía unas franjas afeitadas a los lados de la cabeza y el otro llevaba la ropa hecha minuciosos harapos. Estábamos comiendo pan con chorizo y al lado de ellos parecíamos catetos de lo más cateto. De los dos vehículos salía un chundachunda retumbante. Debía de ser mediodía, porque la gente arreaba el ganado para el ordeño. Las vacas caminaban por el asfalto y cagaban. Una lo hizo justo al lado del Golf, salpicando la puerta. El de las franjas afeitadas empezó a

gritar y se lanzó hacia la bestia. Llevaba unos tenis blancos. La vaca ni lo miró. La mujer que la aguijaba con un palo no entendía qué le pasaba. Tres casas más allá, al otro lado de la carretera, en el jardín tenían al papa. Medía tres metros, estaba hueco por dentro y hecho de plástico. La cabeza le salía directamente de los hombros y tenía la mano levantada en una especie de bendición hitleriana. Estaba pintado de amarillo y rojo. El de las franjas trajo de la tienda una botella de agua mineral y regó los churretes de la puerta. Sacó del maletero un rollo de papel de cocina y se puso a limpiar.

—¿Has estado alguna vez en Occidente? —pregunté.

Mordía y se sacudía las migas de la manga gris de la chaqueta. Antes de haber terminado de tragar, ya estaba metiéndose en la boca un cigarrillo y encendiéndolo. Meneó la cabeza.

—En Viena un par de veces. Pero no cuenta.

—¿Por qué no cuenta? Viena es Viena.

—Unas cuatro veces a razón de tres horas. Sin quedarme a dormir. Sólo de compras.

—¿Qué tipo de compras?

—Café. Ya te lo contaré algún día.

—¿No querías quedarte más tiempo?

Señaló con la cabeza el coche rojo y se echó a reír.

—Eso no es para mí, tío. Ya lo ves.

Entonces el de las franjas, como si tuviera ojos en la nuca, se volvió de golpe y se acercó.

—¿De qué coño te ríes? ¿De qué coño, eh?

Plantado delante de nosotros repetía su pregunta, pero Wladek ni siquiera levantó la vista, sino que siguió fumando tranquilamente. Aspiraba y soltaba el humo. Sacudió la ceniza en la tierra.

—Ya ves cómo termina la gente, tanto viajar les arruina los nervios.

El otro quería quedarse quieto, pero no podía. Daba un paso adelante, un paso atrás, zapateaba en el sitio.

—¿Qué coño te hace tanta gracia, eh? ¿Qué coño es tan gracioso? ¿Has venido en la mierda ésa, en la lata ésa, y te hace

gracia algo aquí, coño?

Estábamos sentados casi en la tierra, en un banco hecho con una tabla colocada sobre dos bloques huecos de hormigón, y el otro estaba por encima de nosotros. Nos tapaba el sol. Yo sólo veía una silueta negra. Wladek apagó el cigarrillo en la madera y con un golpe de la uña hizo salir volando la colilla justo al lado del de las franjas.

—Okey, okey —dijo tranquilizadoramente, y levantó las manos en un gesto conciliador—. Está bien. La verdad es que una vaca te ha cagado el coche. Siempre es gracioso cuando alguien le caga algo a alguien. No me creo que no te haga gracia. Tú no eres un paleto cualquiera, has visto mundo y sabes lo que es el sentido del humor. Tienes el coche cagado, eso es gracioso, así que ríete con nosotros.

Lo dijo rápido, ligero, como quien aclara una cuestión evidente, y al verlo levantar otra vez las manos me pareció que quería repetir ese gesto entre burlón y conciliador. Pero las levantó justo a tiempo para agarrar el pie que se aproximaba con su tenis blanco. Al mismo tiempo se giró sobre su propio eje, arrastrando detrás al tipo. Cayeron junto al banco, pero Wladek no le soltó el pie, sino que se levantó de un salto. El chico daba tirones, pero, por mucho que se contorsionase, con el pie inmovilizado no tenía cómo girarse boca arriba y darle una patada con el otro pie a Wladek. Y éste no hacía más que remolcarlo por la explanada arcillosa. El de los harapos estaba paralizado, y seguramente contento de que no le hubiera tocado a él. O quizá es que no le caía bien el de las franjas. Wladek resoplaba y miraba a su alrededor. Por fin encontró el sitio donde había más mierda de vaca y arrastró al chico de la camiseta blanca ceñida hasta allí.

Nos iba viento en popa. Nunca nos había ido así. Los sábados y los domingos la feria atraía a público de los lugares más remotos. Por todas partes había coches. Se peleaban por un aparcamiento. Los blancos y los morenos. Una auténtica invasión. Un carnaval. De los altavoces salía música. Markus pinchaba remezclas de los gitanos rumanos. Cerveza, vino blanco de Zemplín, tinto de Transcarpacia y aguardiente de ciruela de Maramures. Todo en botellas sin precintar. Habían venido los heladeros y los del algodón de azúcar. En las parrillas crepitaba la carne. No se podía pasar. Los coches atrapados daban bocinazos. Nuestro puesto se perdía en la barahúnda. Medziborie parecía una sucursal de Las Vegas. Como si en cien kilómetros a la redonda se extendiese un desierto recreativo. Bajo una carpa a rayas había cinco máquinas tragaperras. El tintineo y borboteo electrónico tapaba por momentos la música. Había como quince tíos haciendo cola. Las tragaperras debían de pertenecer a la feria, porque de vez en cuando aparecía Fero a vigilar a la turba juvenil, que al verlo enmudecía y mostraba un respeto instintivo. En algún sitio estaban ahumando pescado. Frente al museo, sobre un entarimado, se arremolinaba la chiquillería. La pista de baile estaba hecha de tablones sin cepillar. La tarde del sábado no había hecho más que empezar y yo ya tenía en el bolsillo unos cien euros en billetes de todo tipo. Dos mozalbetes cogieron una cazadora de moto. Tenía los codos y la espalda raspados, como si el dueño anterior hubiera sufrido una caída en el asfalto. Pero sangre no había. Farfullaban entre sí, manoseaban el cuero negro con unos dedos cortos y gruesos. Habían bajado de algún lugar de las

montañas. Eran rechonchos y robustos, como si desde niños se dedicaran a cortar leña. Se turnaban para probársela y emitir gruñidos. No estaba claro si les gustaba o no. No me miraron ni una sola vez. Me costó entenderles cuando me preguntaron el precio. El más oscuro, por lo visto el mayor, sacó el dinero. Sus manos hinchadas salían de unas mangas demasiado cortas. Me dio un puñado de billetes. Todo lo que tenía. Cinco billetes. Faltaba uno. Le indiqué con la cabeza que podía llevarse la mercancía. Entonces en su cara brotó una especie de sonrisa. Se puso a registrarse los bolsillos y sacó una cajetilla de tabaco recién empezada. La puso al lado del dinero. En la cajetilla estaba pintado un camello de dos jorobas y, en alfabeto cirílico, ponía «Carmel». Al borde de la calzada vendían bazofia del País del Centro. Violencia y velocidad. Un arsenal de plástico y algo de automoción. Fusiles, pistolas, esposas, cascos, machetes, espadas, tanques, *panzerfausts*, alfanjes y misiles a un lado, y al otro coches patrulla americanos, amariconados descapotables rosas y grandes todo-terrenos para descerebrados musculosos. Correr y matar, perseguir y asesinar: así era como los amarillos se imaginaban los apetitos de los blancos. Probablemente tenían razón. Para las mujeres había menos. En realidad, sólo imitaciones de la Barbie. Algunas totalmente desnudas, plastificadas y de tamaño natural. Estaban amontonadas como después de una masacre. Pensé que nosotros también deberíamos tener algo para las chicas. Faldas de cuero, botas altas, látigos, cualquier cosa.

Sin embargo, no tenía con quién discutir la idea, ya que desde la mañana me había quedado solo a cargo del puesto. Él pasaba todo el tiempo con Eva. Cuando la multitud se entreabría por un instante, lo veía de pie junto a la caseta que hacía de taquilla. Esperaba a que la cola desapareciera por un momento y entonces se inclinaba hacia la ventanilla y decía algo. Luego llegaban los clientes, así que tenía que hacerles sitio y se ponía a dar vueltas, a deambular, enfadado, irritado e inseguro. No podía entrar. Estaba prohibido e incluso Markus, el viejo camarada Markus, abría los brazos en un gesto de impotencia, aunque era él quien tenía la llave y quien abría y cerraba

la puerta. Eva permanecía sólita, con la única compañía del cajón del dinero y de los rollos de entradas de papel. Cuando tenía que salir, Markus la sustituía. Los sábados el tiovivo giraba hasta la medianoche. De vez en cuando Fero lanzaba fuegos artificiales. De la oscuridad llegaban gañidos y estertores. En un corral de malla de acero peleaban perros. El corral tenía ruedas como un remolque normal. Lo había traído una camioneta con matrícula de Belgrado.

A mediodía veía de lejos su culo en pompa junto a la taquilla. Cuando se formaba una cola larga, él se perdía entre la multitud, maquinaba, conspiraba, gestionaba, calculaba probabilidades, reunía información. Sin embargo, en una semana no había conseguido averiguar lo más importante, puesto que el todoterreno negro no se había dejado ver ni una sola vez. En el interior de la furgoneta todavía se sentía el olor de los cuerpos de piel oscura, pero yo tenía la sensación de que aquella noche, aquel amanecer, aquel día y el camino de vuelta desde la granja de cerdos no habían sido más que una alucinación en la que solo habíamos participado nosotros dos. Por eso él llevaba unos días intentando hallar la confirmación de que en efecto habíamos estado allí. Dicho de otro modo: quería asegurarse de que Eva ya era libre.

—¿Cómo que nadie lo sabe? —le pregunté el domingo por la tarde, cuando la diversión ya se iba apagando poco a poco y él encontró un momento para detenerse.

—Nadie. Ni Markus lo sabe. Viene cuando le da la gana.

—¿Y el teléfono?

—Nadie lo tiene.

—¿Ni Markus?

—Ni Markus.

—¡Pero en algún sitio tendrá que vivir!

—No tiene por qué. Puede estar en movimiento. Puede estar moviéndose constantemente. Tiene negocios por todas partes, así que los vigila. Incluso puede no tener casa, o tener la hostia de ellas. Una casa aquí, una casa allí. En la feria, en la granja, en el circo, en el coche, todo el tiempo en movimiento, ¿entiendes? Va de

un lado a otro recaudando el dinero. Igual que aquí: aparece de vez en cuando y se lleva toda la recaudación. Da lo mismo: en monedas, en calderilla, en billetes. Markus le da una maleta llena y él le deja una vacía.

—¿Una maleta? —pregunté.

—Un maletín, ya sabes, de ésos de plástico negro, con llave. Como los que había antes, te acuerdas.

—Me acuerdo —contesté—. Tuve uno. Hace treinta años. ¿De dónde saca esas mierdas?

—Y a mí qué me importa —respondió y se marchó.

Así que tuve que cerrar solo nuestro tenderete aquella noche. Sentía en los bolsillos el peso de las monedas y el bulto de los billetes. Al anochecer se acababa el comercio. Los borrachos no compraban nada. Daban vueltas en el tiovivo y vomitaban. Las tías chillaban. En la noria las parejas se besaban en cuanto las cabinas desaparecían en las tenebrosas alturas. Olía a perfume, a sudor y a tabaco. Estaba tan cansado que fui metiendo las cosas en la furgoneta de cualquier manera. Arañas de fuego iluminaban el cielo nocturno. Me puse a hacer cálculos mentales. Si nuestro viaje durase hasta finales de octubre y todo marchase como hasta entonces, ganaríamos tranquilamente lo suficiente como para pagar la deuda y sobrevivir el invierno sin lujos. El plan incluía cuatro ciudades más. Eso decía Markus. A mediados de semana dejaríamos Medziborie para poner rumbo al sur, camino de la Gran Llanura. Dejaríamos las montañas sin perderlas de vista. Pensaba en sumas, precios y billetes. Me imaginaba que pasaría el invierno sin hacer nada más que fumar, beber whisky falsificado, pasear por la ciudad y ver la televisión en el Antaiek. Eran cuatro chavos de mierda, pero proporcionaban una especie de libertad. Una batería nueva, neumáticos de invierno recauchutados: ésas son las cosas que se me ocurrían mientras maniobraba cuidadosamente entre la multitud. Pero él andaba por allí. Sentía su presencia febril. Quería olvidarme, siquiera por un momento, de aquella noche y de aquella mañana en la granja de cerdos. Pero sabía que él andaba por allí, buceando

entre las oscuras olas del destino. Debería abandonarlo y pirarme. Al quinto huevo. Cuanto antes. Dejarle algo, no fuera a decir que se la había jugado. La mitad de los trapos, la mitad de la pasta. No le debía nada. Eso me decía mi miedo. Pero tenía sueño, así que no pasé de la estación. Por el camino me pareció verlos caminar abrazados, él la protegía de la turbamulta borracha cubriéndola con su americana cutre. Pero se trataba de una pareja de pueblo y era más bien ella la que lo protegía a él de caerse en la acera.

Me despertó a las dos de la madrugada. Dando tirones del saco de dormir. Yo estaba furioso y entre sueños intenté darle una patada. Ni se inmutó, siguió tirando y sentí frío.

—¿Tú estás gilipollas? —pregunté—. ¿Gilipollas del todo? Quiero dormir. He estado todo el día allí plantado mientras tú te rascabas los huevos. ¡Me suda la polla tu drama sentimental! ¡Me suda la polla tu gran amor por la zumbada ésa! ¡Déjame en paz de una puta vez! Las ventas van de puta madre y tú ya estás maquinando otra movida. En cuanto tú no estás, todo va sobre ruedas…

Volví a lanzar otra coz a la oscuridad, pero allí todo era ya inmovilidad y silencio. O se había quedado petrificado, o se había ido. Tenía la esperanza de que hubiera desaparecido, de que hubiera quedado tocado y hundido y se hubiera desvanecido en las tinieblas. Quería dormir. Contuve el aliento y me quedé escuchando. Luego me metí hasta el fondo del saco. A lo lejos se oyó un traqueteo de vagones cambiando de vía. Los ferroviarios estaban acoplando los vagones del convoy que saldría al amanecer. Los lunes siempre despachaban unas cuantas plataformas cargadas con madera de abeto y de pícea. También se oían balidos de ovejas. Los pastores habían hecho bajar de las montañas cientos de ellas y las habían encerrado en un corral de varas a la orilla del río. Sentía el olor de las ovejas, el aroma del heno y el humo de la hoguera. Por la mañana meterían las reses en los vagones y se las llevarían hacia el sur. Tintineaban las esquilas. El conjunto sonaba como una nana de las de antes. Cerré los ojos y dejé que la realidad se mezclara con el sueño. Y entonces a lo lejos oí su voz.

—Sé dónde está. Sólo te pido que hagas una cosa más por mí, y luego que sea lo que tú quieras.

Me pareció que el eco repetía sus palabras.

Los viernes se forma un buen atasco. Todos temen que no les llegue la comida hasta el lunes. Bloquean el puente, bloquean la rotonda. No importa que las Navidades estén a la vuelta de la esquina. Al principio de cualquier fin de semana parece como si se avecinara la Semana Santa. Vienen familias enteras. Uno empuja el carrito y los demás van metiendo. Luego tocan el claxon en los aparcamientos de las tiendas, tocan el claxon en el puente, tocan el claxon en la plaza mayor. Llueve. Parece que ya todo el mundo tiene coche. Vienen de sabe Dios dónde, embarrados, con arcilla amarilla en las ruedas, oxidados. Algunos son lo bastante mayores como para recordar el hambre. Ahora meten comida en los carritos y luego hacen cola en las cajas. Pagan, embolsan todo y cogen los tickets de compra, que intentan leer a la luz de los fluorescentes. Meten las bolsas en el maletero y se van a casa. Después los zorros sacan las sobras de los vertederos.

A veces salgo al anochecer a observar las compras. Encuentro algún pretexto y entro en las tiendas. Puede que simplemente eche en falta la presencia humana. No la compañía, sino la mera presencia. Compro papel higiénico o líquido para el limpiaparabrisas y me quedo mirando cómo revuelven los paquetes de pescado noruego congelado, desordenan los tarros de salsa mexicana o escarban entre los mariscos griegos y los bistecs texanos. Eso pone. Cada semana, excursión gastronómica a un país diferente. Luego tienen que tirarlo en algún sitio, porque al fin y al cabo la gente termina yendo al expositor del beicon, las salchichas y el jamón york en lonchas. Así que tienen que tirar en algún sitio el pescado

noruego. O puede que simplemente intercambien los envases y etiquetas. El pescado noruego se convierte en sueco, la salsa texana en tailandesa, y así sucesivamente durante las semanas siguientes, hasta que empieza a oler mal. Observo a la gente. Me gusta observarla. Soy como las viejas que vienen en busca de calor. Compran un poco de esto, un poco de lo otro, casi nada, pero pasean un buen rato entre las estanterías. Es importante. Sobre todo en invierno. Hace calorcito, hay luz y es posible elegir, tomar decisiones. Las jóvenes cajeras tienen que dirigirse a ellas con respeto. Dentro de poco en la ciudad no quedarán más que viejos, y yo seré uno de ellos.

Hoy fui a dar una vuelta a pesar de la lluvia. La capucha de la chaqueta me protegía del agua y de las miradas. En un portal de la plaza mayor había un hombre vendiendo bolas de Navidad. Lo conozco de siempre. En verano vende gafas de sol; cuando llueve, paraguas; a principios del otoño amplía un poco el tenderete y vende tarros, tapones, arandelas de goma y todo lo necesario para hacer conservas. Miré las bolas, sopesé algunas. Eran duras, mates y silenciosas. No se parecían en nada a las que recordaba de antaño.

—Son raras —dije.

Me miró y se encogió de hombros. Rondaba los sesenta, llevaba gafas negras de pasta y fumaba.

—Normales.

—Antes eran distintas. —No me daba por vencido.

—Qué coño distintas. Éstas están bien. Las puede usted tirar al suelo y no les pasa nada.

—Son para colgar, no para tirar —contesté.

—Pero se pueden caer, ¿no?

—Son chinas.

—De plástico. No se aplastan.

—Antes se rompían a la mínima y eran plateadas por dentro. ¿No se acuerda?

—¡Amigo! Antes yo no tenía que pasarme aquí las horas vendiendo esta ful.

Di la vuelta a la plaza mayor, giré hacia el cementerio y seguidamente, nada más dejar atrás el banco, me metí a la derecha, cuesta abajo. En la explanada del tiovivo había agua estancada. Alrededor sobresalían cañas secas. Varios tíos con impermeables amarillos estaban tomando las medidas del terreno. Colocaban trípodes, trasladaban miras estadimétricas rojiblancas, extendían cintas de acero. Por la ciudad corría el rumor de que iban a construir un centro comercial. Allí, en aquel pantano, entre las cañas. Los más enterados decían que en el ayuntamiento ya había una maqueta. Sería el edificio más grande de la ciudad. Por supuesto, de cristal, con varios pisos, la leche en verso y toda la pesca. Brotaría del agua estancada, negra y grasienta del mismo modo que antiguamente brotaba el parque de atracciones. A pesar de la lluvia, la gente se paraba a mirar a los topógrafos. ¿O puede que no fueran topógrafos, sino ingenieros trazando el contorno de los cimientos? No lo sé. En los pies llevaban katiuskas verdes. Al lado había una furgoneta amarilla con una pequeña antena parabólica en el techo. A uno de los laterales del vehículo estaba fijada una lona extendida sobre un armazón metálico. Bajo ese toldo improvisado había una mesa y varias sillas plegables. Dos tíos bebían de sendos tazones humeantes. Incluso a tanta distancia y con la capucha puesta tenían pinta de chinos. Habían reemplazado a los gitanos con su *halva* y su brandy dulzón. A los moldavos con sus sandías a principios del otoño. Pensé que él debería verlo. Era una visión como para él. Mirando la explanada encharcada, intenté recordar dónde estaba la taquilla. A veces veníamos al anochecer y Markus sustituía a Eva en la caseta. Ella salía, tímida, insegura de sus propios gestos, insegura de su propia existencia. Me miraba de pasada y enseguida bajaba la vista. Ahora me doy cuenta de que nunca oí su voz. ¿Hablaría con los clientes? Puedo imaginarme que no hacía más que sonreír durante días enteros mientras, a un ritmo vertiginoso, sus finos dedos de uñas cortas contaban el dinero, daban el cambio y cortaban las entradas de los grandes rollos de colores. Las más caras, las rojas, eran para los coches de choque. ¿Y si no tenía

cambio, al igual que todas las dependientas del país? ¿Cómo se las apañaba con el «Le voy a quedar debiendo…» o el «Es que no tengo cambio»? Aunque debía de tener, porque los precios eran redondos. En cualquier caso siempre había un momento en el que los tres permanecíamos cohibidos sin decir palabra, hasta que él por fin farfullaba algo que sonaba más o menos como que se iban por ahí, a dar una vuelta, con el tiempo tan bueno que hacía, y venía a significar que me fuera a tomar por culo. «Bueno, que os lo paséis bien», contestaba yo con la mirada clavada en la tierra. Ella llevaba los piececitos metidos en unos zapatitos planos de punta redondeada de los de antes. Los zapatos, las rebequillas de colores, todo de alguna tienda de segunda mano, y nunca le pregunté a Wladek si eran regalos suyos. Hasta la bisutería (algo para el cuello, una pulsera de plástico imitación de plata, unos pendientes con plumas tan coloridas como peladas) parecía no ya usada, sino encontrada. Sin embargo, nada de esto importaba, pues la belleza de Eva no era de este mundo. Tal vez se debiera al hecho de que ella no acababa de ser consciente de su propia existencia. Al mismo tiempo, su mera presencia hacía que la gente se callara y su mirada se dulcificara. Al verla, Fero sonreía sin querer y los desharrapados de su cuadrilla dejaban de maldecir. Me quedaba mirándolos alejarse camino de la ciudad, en busca de algún lugar donde refugiarse. Nunca vi que se la llevara a casa. Me preguntaba si la habría tocado alguna vez.

Si me lo planteaba era porque en nuestra vida las mujeres no ocupaban mucho sitio. A decir verdad, no ocupaban ningún sitio. Vivíamos como monjes. Yo a veces iba a ver a cierta chica a un hotel. Trabajaba en un taller de confección fuera de la ciudad, cosiendo zapatillas infantiles durante doce horas al día. Tenía el pelo gris y los ojos grises. Igual que su predecesora, creo recordar. No me hacía falta nada más. Iba los domingos, pero incluso entonces estaba cansada. Pegaba con la vida que yo llevaba. Creo que

formábamos una especie de extraña familia dominical. Siempre tenía sopa en un hornillo eléctrico y me la ponía delante en silencio como si fuera alguien cercano. Yo le traía licor dulce, porque no quería beber con ella. Me parecía que por beber se podía estropear algo. Luego se fue, porque ya nadie necesitaba aquellas zapatillas de cuadros rojos. No recuerdo su nombre. Puede que nunca lo dijera, que me diera uno inventado para conservar siquiera una migaja de inocencia.

Un día paramos en un bar-restaurante cerca del gran paso fronterizo que había a unos cincuenta kilómetros al este de nuestra ciudad. Por allí pasaba la principal ruta hacia el sur. El bar-restaurante estaba todavía de este lado y, según Wladek, se comía bien y barato. Ocupaba la planta baja de una casa de hormigón de tres pisos. A una hora tan temprana de la tarde todavía no había otros clientes, pero la jefa nos propuso algo de carne o unas tortas de patata al estilo húngaro (es decir, con gulash), ese plato tan famoso en Polonia del que los húngaros jamás han oído hablar. Todo lo que nos rodeaba era de plástico. De un plástico ligeramente pegajoso. Los manteles, los posavasos, las paneras, los adornos de las paredes, los tableros de las mesas, las sillas. Un plástico marrón y retorcido que pretendía pasar por madera. Yo fantaseaba con un incendio, el tufo y el humo negro, y él bebía vodka, lo bajaba con cerveza y seguramente ideaba alguna historia, cuando en cierto momento nos fijamos en una cortina semitransparente que había en un rincón de la sala. Se levantó y la descorrió. Tras ella se encontraba una especie de cabina de ducha, pero un poco más grande, con una barra dorada en el medio, y abajo, a la altura del suelo, tres focos pequeños.

—Esto no estaba —dijo.

—No estaba —convino la jefa y nos puso los platos—. Y ahora está, en aras del progreso.

—¿Y qué tal? —siguió indagando él.

—Vienen, ven y pagan. Me llevo mi parte, la artista la suya y hasta luego.

—¿Y quién viene? —No se daba por vencido.

—Ustedes no son de aquí, entonces puedo decirles que una o dos veces ha venido incluso el cura. A última hora, con discreción, obviamente de paisano.

—¡Vaya! Pues opino que así es como debe ser, porque el pastor ha de participar en la vida de sus ovejas.

—Yo también lo creo, pero no voy pregonando mi opinión. No hace falta que venga con la sotana puesta. Está bien como está.

La tarde apenas estaba comenzando, pero aquel día ni él ni yo teníamos ganas de ir a ningún lado. Un bochorno gris flotaba sobre la zona. Estábamos empapados de sudor. Por la furgoneta corría el aire, pero sudábamos tan rápido que al viento artificial no le daba tiempo a secarnos. No nos apetecía seguir camino, pero alguno de los dos tenía que ser el primero en decirlo. Y a Wladek de repente le había dado por el ballet. La jefa nos miró como a besugos de primero de secundaria, pero su parte negociante tomó la delantera y dijo que iba a echar una ojeada. O sea, fue a llamar.

Volvió a la media hora.

—Es temprano. Las artistas están durmiendo. Hay que tener compasión. Terminan de madrugada. Actúan en cuatro locales. Hay que tener corazón.

—Jefa y reina mía —se dejó resbalar de la silla y casi se arrodilló —, ¿Y no se puede hacer un extra? Somos comerciantes ambulantes del ramo tricotextil y nuestro sino es parecido al de los marineros, es decir, soledad, soledad y más soledad…

Eso dijo, o algo por el estilo, mientras yo me preguntaba a qué «extra» se referiría, si apenas nos llegaba para dos almuerzos como aquellos y una cajetilla de tabaco del barato.

—No organizamos matinés —respondió la jefa y dio una calada al Marlboro que sujetaba entre las uñas pintadas de rojo—. Las artistas están durmiendo. La primera función, a partir de las nueve.

Entonces él terminó de arrodillarse y vi en sus ojos la inspiración.

—¡Pues que duerman! ¡Pero tú, reina, báilanos!

La mujer aplastó el cigarrillo en nuestro cenicero y se echó a reír. Puso los brazos en jarras y estalló en sinceras carcajadas. Nos miraba, directamente a los ojos, y se reía que hasta le botaban aquellos grandes pechos ceñidos por una cosa brillante apretada con un cinturón rojo abrochado en el último agujero. Pero, inexplicablemente, podía respirar y soltar aquella cascada de risa.

—Como no sea una polonesa… —consiguió articular por fin, secándose las lágrimas con el pulgar encogido.

Y luego se sentó a nuestra mesa y dijo que podía llamar a Maryska, que, si bien no era artista profesional, vivía cerca, necesitaba dinero y poseía un talento y un temperamento innatos.

—A veces me ayuda —dijo.

Aceptamos, ya que hacía un calor asfixiante y no teníamos nada mejor que hacer.

Maryska llegó al cabo de media hora. Llevaba unos vaqueros, una camiseta naranja y en la mano una bolsa de plástico gastada. Ni siquiera nos miró, sino que fue directa a la trastienda. Lo único seguro es que era más joven que nosotros y que tenía una larga melena pelirroja. Pero la cara se la vi más tarde. Entró la jefa, corrió las cortinas de plástico tapando las ventanas y apagó la luz. Solo quedó encendida la pseudoducha con la barra dorada. Mientras la jefa nos decía algo, ella pasó por nuestro lado y desapareció dentro del artilugio de baile. Sentí el olor a cuerpo desnudo. No era un olor a perfume, a sudor, a desodorante, nada por el estilo. Era simplemente el olor de la piel desnuda. Distinguimos el contorno de su cuerpo. Se oyó una música muerta y retumbante. Llamar a aquello baile sería mucho decir. Se movía al ritmo. Mejor dicho, se movía su sombra quebrada por los pliegues de la tela. Intenté adivinar si llevaba algo puesto. Supuse que sí, que aunque fuera mediodía, hiciera calor y la concurrencia fuera escasa, nos merecíamos algo parecido a un espectáculo.

Wladek se sirvió un trago, se lo echó al coleto y tomó un sorbo de cerveza. La carne se nos había enfriado. La música aceleraba por momentos. Se veía la sombra de la melena al agitarse. Yo notaba

cómo el sudor se me metía en los zapatos. Me parecía que ella debía de tener mucho calor detrás de aquella cortina, que debía de estar asfixiándose. No se trataba de nada sexual. Sencillamente me temía que le pasara algo. La música se volvió aún más rápida y empezaron a destellar las luces de colores. La jefa se sentó con nosotros. Encendió un cigarrillo y con la mano libre se puso a marcar suavemente el ritmo en la mesa. En su mano apareció de pronto un mando a distancia. Lo dirigió hacia la ducha, pulsó un botón y la cortina se abrió lentamente.

Maryska llevaba un bikini blanco. Nada del otro jueves.

Y una cadenita al cuello. Como si estuviera en la playa, en vez de en el club *go-go* municipal. Su cuerpo más joven que su cara. Echó la melena hacia atrás y durante una fracción de segundo distinguí el brillo de un diente de oro. Por lo demás, la cara no participaba en aquello. El cuerpo se movía con desenvoltura, puede que incluso de forma sugerente, pero la cara parecía no querer verlo. Mostraba una indiferencia absoluta. A veces nuestras miradas se encontraban, pero era como mirar vidrio mojado. La jefa le daba al mando y Maryska quedaba bañada por un resplandor violáceo o un halo verde cadáver, o se diluía en una niebla dorada. Así iba la cosa. Tres colores a razón de diez segundos cada uno.

A los diez minutos las luces se apagaron y la música enmudeció.

—¿Ya está? —preguntó Wladek.

—¿Y qué más quiere? —contestó la jefa.

—Pues algo más, porque esto lo podía haber visto en la piscina municipal La Ola Azul.

—Sí, ya las veo a todas poniéndose en fila para hacerle un show individual, señor vendedor.

—Pero si no se ha visto nada, jefa. ¿El párroco viene por esto?

—El benefactor tiene un programa especial, pero también paga una cuota especial, cosa que no creo que hagáis vosotros.

Maryska se escabulló casi sin ruido. Además del bikini llevaba unos tenis o algo así. Sin levantar la mirada, pasó junto a nuestra

mesa. Ahora su cuerpo olía un poco más intensamente. Eso me pareció.

—Cien —dijo la jefa.

Se hizo el silencio. A la entrada, apoyada en el marco de la puerta, estaba nuestra bailarina con su bolsa. Se había cambiado en un minuto y estaba esperando.

—¿Por la gimnasia ésa? ¡Si no ha enseñado ni las tetas! —dijo Wladek, y me miró buscando apoyo.

—No habíamos hablado de tetas, sino de baile artístico —repuso la jefa—. Música, luz, sonido.

—Jefa, esto ha sido educación física, y no luz y sonido. —Lo dijo con tono ofendido y empezó a tamborilear con los dedos en la mesa como esperando disculpas.

—Cien o llamo a alguien —contestó la jefa.

—Por cien nosotros llenamos medio depósito, en vez de andar viendo bañadores, ¿te enteras, tía?

Entonces Maryska vino hasta la mesa. Dejó la bolsa junto al plato revuelto y se plantó frente a Wladek. Él alzó la mirada. Lo vi hacer fuerza contra el respaldo para apartarse. Y ella, ni corta ni perezosa, se levantó la camiseta naranja y se le arrimó tanto que si él hubiera querido habría podido alcanzar los pezones. Por un instante estuve seguro de que lo haría, porque su boca se movió sin hacer ruido y su cabeza se inclinó hacia delante. Pero al mismo tiempo se podía notar que, milímetro a milímetro, la silla retrocedía.

Al cabo de un momento infinitamente largo durante el que ninguno de nosotros hizo el menor movimiento ni sonido, ella preguntó si ya era suficiente, pero como nadie le contestó, bajó la tela naranja, cogió la bolsa y volvió a plantarse junto a la puerta.

Luego, por la ventana, la vi subir a un Golf blanco. El coche llevaba allí todo el tiempo, y al volante estaba un hombre de pelo ralo que fumaba un cigarrillo tras otro.

—¿Ése era el que tenía que darnos miedo? —preguntó Wladek cuando todo hubo terminado y los otros ya se alejaban.

—Se llama Gacek y te sorprenderías —contestó.[19]

—¿No puedes llevártela y punto? —le pregunté mientras contemplábamos cómo desmontaban la feria.

Grandes tractores Zetor rojos estaban uncidos a plataformas portacoches y remolques sobre los que se amontonaban las vigas metálicas y las celosías de las estructuras. Ya sólo quedaba la basura que durante semanas la gente había ido tirando bajo la tarima del tiovivo. Latas, botellas y plásticos. Nadie se preocupaba por ello. Fero estaba ajustando las cintas de arpillera que sujetaban el material. Dos caravanas enganchadas una tras otra esperaban ya en la carretera. La chimenea de hojalata de una de ellas humeaba. Me imaginé que se podía alimentar la estufa estando en marcha. Era como jugar a la casa que viaja. En una de las plataformas, entre hierros, rollos de cable y letreros de neón, se erguía la caseta-taquilla amarilla. Nosotros también nos íbamos. Habíamos dejado todo recogido al amanecer y podríamos habernos puesto en marcha inmediatamente, pero antes de irnos él quería encontrarse con Eva. Ahora acababa de volver, justamente de aquella caravana de la que salía humo; se había subido a la furgo, había cerrado de un portazo y nos habíamos quedado mirando.

—Que se venga sin más con nosotros…

—¿Adonde? Si tenemos mercancía sin vender —dijo sin apartar la mirada del parabrisas.

—Bueno, pues cuando la vendamos, en una o dos semanas. La recogemos y volvemos, o vamos adonde os dé la gana, y yo os llevo.

Encendí el motor y di marcha atrás en dirección a la carretera. Oí crujir las botellas de plástico. El museo seguía cerrado. El sol y las

lluvias habían borrado las letras de unos grandes cilindros de plástico y costaba reconocer que se trataba de maquetas de latas de sopa de tomate. Rodeé despacio la caravana de la chimenea. Wladek volvió la cabeza, pero la ventanita estaba tapada con unos visillos. Puede que incluso se movieran, pero yo ya había acelerado y enseguida, a mano derecha, estaba nuestra estación. Abrió la ventana y levantó la mano a modo de despedida. Le respondieron los dos ferroviarios con los que habíamos estado tomando cerveza la noche anterior.

—*Majte sa dobre!* —gritó.[20]

Luego venía el giro a la derecha para cruzar el puente sobre el río y las vías y llegar hasta la carretera por la que habíamos venido. Pero tiramos recto. Directo al sur. Hileras de árboles flanqueaban la carretera. Las hojas empezaban a amarillear. Hacía sol. A mano derecha, a lo lejos, había una cadena montañosa que descendía a cada kilómetro, hasta que media hora después no quedaba ni rastro de ella. Ni de los indicadores escritos en cirílico. La última iglesia ortodoxa se alzaba a la izquierda, era nueva y parecía una cabaña africana redonda con una torrecita y una cruz.

—No aceptaría —dijo súbitamente—. Por nada del mundo. ¿Te crees que no se lo he preguntado?

Dejamos atrás otro pueblo. A la altura de las últimas casas tuve que aminorar, porque los chiquillos morenos habían improvisado un parque infantil sobre el asfalto. Una cancha, un paseo peatonal, una bicicleta con las llantas desnudas, un cachorro atado con un cordel y adornado con un lazo rojo al cuello, todo de una vez. Podían jugar un poco más lejos, pero en la carretera había acción, coches, etcétera, y a ellos los atraía la vida. Los críos nos saludaban como si fuéramos por lo menos Papá Noel, y nosotros tan sólo pasamos lentamente entre ellos, pero aquello bastaba para darles el gusto. Bajó la ventanilla y, a voleo, tiró una cajetilla de tabaco empezada. Unas manos la pillaron al vuelo. Detrás del pueblo, a mano derecha, alejado de la carretera, se extendía su poblado. Todo destrozado, desmoronado, desesperado, en ruinas, y no se podía apartar la mirada de él. Chapa herrumbrosa, madera cruda, ladrillo de

demolición, arcilla y piedras de río. Como si el viento lo hubiera arrancado y traído todo de algún sitio, como una maqueta del juicio final.

—En Eslovaquia la única arquitectura interesante es la arquitectura gitana —dijo.

—¿Has visto? No estaban en el colegio —contesté.

—Cuando todo se vaya al carajo, serán los únicos que sobrevivan —dijo.

Atravesamos otros dos pueblos de cemento, angulosos y desiertos. Limpios como si los hubieran limpiado antes de irse para siempre. Quería enterarme de adonde nos dirigíamos, porque no me había dicho nada concreto. Que «poco más de cien kilómetros» y nada más. Pero él habló primero:

—Tiene miedo. Tiene miedo de él, tiene miedo por su padre, tiene miedo de dejar la feria, a Markus, su caseta, tiene miedo de todo. Pero en realidad sólo tiene miedo de él.

Y seguramente tiene razón, porque si él quiere, la encontraría en cualquier parte. Así que no escapará. Ni yo puedo llevármela, porque se moriría de miedo. Sí. Se me moriría, así de claro.

Me acordé del látigo de mango corto, de la granja de cerdos y de la expedición invernal al PGR. Ella tenía razón: la localizaría en cualquier parte. Era un especialista en personas: encontrarlas, transportarlas y distribuirlas. Y ahora íbamos a buscarlo para pedirle un indulto, un aplazamiento o una condonación, y era él quien había de decidir lo que le pediríamos. El olor de las chaquetas y cazadoras de piel no conseguía contrarrestar el hedor de aquellos cuerpos oscuros. Ni siquiera los había contado. ¿Diez? ¿Quince? ¿Mujeres? ¿Hombres? La verdad es que podían colocarse o colgarse en perchas de modo que cupieran más sin arrugarse y luego la descarga fuera más eficiente. Furgoneta a furgoneta, vehículo a vehículo, vagón a vagón, por tierra, agua y aire. Ése era el futuro, y no los trapos usados.

—Bueno, pero ¿adonde estamos yendo? —pregunté por fin.

Fumaba y dejaba que el humo saliera de él lenta, libremente hasta que la corriente lo arrastraba hacia la ventanilla entreabierta. Llevaba unos días fumando sin parar.

—Todavía no lo sé, pero lo averiguaremos por el camino.

—Entonces ¿se sabe dónde está, o no?

—Se sabe quién puede saberlo.

—Y tú te has enterado por arte de magia, ¿verdad?

—Me lo dijo Markus por fin —masculló, como si quisiera dar por finalizado el interrogatorio.

—¿Entonces? ¿Primero no lo sabía y luego de repente le vino la iluminación?

Tiró la colilla. Echó mano a la guantera, sacó la botella y dio un trago. No es que tuviera una amplia gama de gestos entre los que elegir yendo en el asiento del copiloto. A veces debía de sentirse como en una cárcel. El viaje lo condenaba a la inmovilidad. Eso me daba una especie de ventaja que me resultaba placentera. Dio otro trago.

—Le pagué.

—¿Le has pagado a Markus? ¿A tu mejor amigo? ¿A un colega, le has pagado?

Ahora no le quedaba otra opción que encender un cigarrillo y, por supuesto, lo hizo. Me daba pena, pero no pensaba dejárselo ver. En cierto modo se había ganado todo lo que le estaba ocurriendo. Y yo estaba enfadado porque me estaba ocurriendo también a mí, aunque me parecía que se trataba de su destino y que me había metido en él engatusándome.

—¿Cuánto? —pregunté para rematarlo.

—Mucho —dijo en voz tan baja que apenas lo oí con el ruido del motor.

—¿Cuánto es mucho? —casi grité.

—Todo lo mío y la mitad de lo tuyo.

La carretera se volvió llana y recta. Íbamos atravesando un humedal. Los hilos azules de los canales discurrían hacia diques verdes sobre los que crecían bosquecillos de álamos. De vez en

cuando emprendía el vuelo una garza. Yo conducía casi sin tocar el volante. Parecía que hubieran desaparecido todas las holguras de la suspensión. Sujetaba el volante con dos dedos, pisaba el pedal y escuchaba el traqueteo del motor. Por momentos tenía la impresión de que las ruedas no tocaban la carretera. De tan llana que era. Llana, recta y vacía, como si en aquel agujero no tuvieran automóviles. Pensé que seguiría adelante, adelante, adelante hasta vaciar el depósito. Aprovecharía la inercia para salirme al arcén, bajaría, dejaría la puerta abierta y echaría a andar. Y seguiría andando hasta caerme de cansancio y quedarme dormido. Luego despertaría, sacaría los documentos, el carné de conducir, el pasaporte, los haría pedazos, formaría un montoncito, echaría palitos y hierba seca y les prendería fuego. Después averiguaría en qué país me encuentro, intentaría aprender la lengua y volvería a empezar desde el principio. Tenía que pensar en algo, en algo absurdo y al mismo tiempo lógico, para soportar su presencia. Estaba a mi lado, clavado al asiento, encogido e inmóvil. Se había olvidado de los cigarrillos, se había olvidado de la botella. Se había vuelto como más pequeño. Como si de repente hubiese envejecido. ¿O puede que fueran grullas? En cualquier caso alzaban el vuelo sobre los pantanos y se adentraban en aquella región que parecía una esponja verde. Cada cierto tiempo en el asfalto se veían los restos de algún pelaje rojizo o gris. Por lo visto sí que circulaban vehículos, sólo hoy estaba tan vacío. Puede que fuera festivo.

—Coño, que te lo pienso devolver —dijo con una voz quejumbrosa y llena de reproche.

De una carretera lateral vi salir un viejo Skoda blanco con un remolque repleto de chatarra. Frenó un poco, pero sólo lo justo para dar la curva. El coche iba arrastrando el trasero por el suelo y el remolque no tenía luces. Costillas de radiadores, tuberías oxidadas, un marco de ventana hecho de hierro; debían de haber esquilmado alguna ruina y ahora iban camino de la chatarrería. Toqué el claxon y di un frenazo. El carril izquierdo estaba libre, así que conseguí esquivarlos. Llevaban el torso desnudo, eran cinco, o puede que

más, y todos debían de ir fumando, porque por las ventanillas abiertas salían nubes de humo. Venían riéndose y uno de ellos levantó la mano en un gesto entre tranquilizador y de disculpa. Respondieron con un bocinazo.

—Más vale que me digas adonde coño vamos. A no ser que quieras que te pague por la información, ¿sí? ¿Quieres? Todavía me queda un poco de pasta, así que acepto el trato. Te compro tus putos secretos con los que, si no fuera por mí, no tendrías qué coño hacer —dije todo eso mirando por el retrovisor, porque el Skoda tenía por delante como ocho faros y una gran águila negra en el capó.

—A la frontera rumana —contestó.

De frente venía patinando un crío de tez oscura. Era cuesta abajo, así que se balanceaba feliz. No le salía demasiado bien, porque en cada mano llevaba una zapatilla de deporte blanca.

—Bueno, al otro lado de la frontera —se corrigió al cabo de un momento.

Ya hace tiempo que la tierra no absorbe el agua. En vez de un gato me haría falta un pato. Podría mirarlo chapotear en los charcos del patio. Por las noches se oyen crujidos ratoniles, pero de momento el gato se mantiene ocupado con su propia cola y las bolitas de papel que le echo. Hace tres días que no para de llover. El nivel del río ha subido y el agua retumba de tal modo que amortigua prácticamente todos los sonidos de la ciudad. El cielo está oscuro, como si se tratase de un anochecer perpetuo. El agua, la luz y la tierra tienen el mismo color. Así será durante los próximos cuatro meses. Días cortos y lluviosos. A veces me parece que ésa es la verdadera maldición de estas tierras: la indefinición. El barro y la grisura. Rusia al menos se congela. Una chaqueta olvidada en el pasillo había empezado a criar moho. La he colgado junto a la estufa. De vez en cuando enciendo también la de aquel cuarto. Traigo una silla, me siento y me quedo mirando el fuego. Siempre es un cambio. Ese cuarto huele diferente. Quizá sea el olor de la vida que antaño tuvo lugar en él. Mi parte de la casa está impregnada de tabaco, de fritanga y ahora, además, de gato que no siempre acierta en su cubeta. Cuando era más joven, me parecía que así olían las casas de los ancianos solitarios. A pis de gato, aceite vegetal y cigarrillos de contrabando. Por mucho que uno limpie, el olor permanece. A lo sumo se disipa un rato, pero enseguida vuelve. Y además el carbón, el humo de carbón con su aroma graso y bituminoso que se infiltra incluso en el metal, incluso en el cristal. Tal vez por eso me gustaba estar en aquel cuarto. Bajo la podredumbre se adivinaba el olor de una casa antigua. Por

supuesto no era más que una ilusión, pero eso no me molestaba lo más mínimo. Como si hubiera venido a visitar a alguien.

En las montañas debe de estar lloviendo a cántaros, porque el agua del río viene amarilla. La gente se para en el puente a mirar cómo sube. Aparte del fango, trae pedazos de madera y basura de los vertederos de las riberas. Algunos seguramente temen por sus casas. Sobre todo las de la otra orilla, que es llana y más baja. Hoy he visto volquetes llegar a la gasolinera y descargar arena. Cuando comience lo peor, la usarán para llenar sacos. El agua arcillosa se meterá en los depósitos subterráneos y expulsará la gasolina a la superficie. Alguien tirará una cerilla y la ciudad gris arderá en llamas de un rojo oscuro. Esas serán las Navidades que tendremos. Y nunca más nevará, nunca más saldrá el sol. Con el paso de los años me parece que las tinieblas y el barro se vuelven más espesos. Literalmente. Cada vez hay menos luz y llueve más.

Ayer no pude soportar la penumbra y me fui de excursión. Con las cuatro perras que me dio el Boss reposté y tiré hacia el sur. A los veinte kilómetros me di cuenta de que nunca había hecho ese camino a solas. Dejé el bar-restaurante a mano izquierda, el aparcamiento de delante se había convertido en un tremedal. Empecé a subir hacia el desfiladero, pero con semejante tiempo las montañas ni se veían. Treinta o cuarenta metros y niebla. O puede incluso que fuesen nubes, y no niebla, lo que reptaba a ras de tierra. El desfiladero estaba oscuro como al anochecer. Veinte minutos más tarde llegué al paso fronterizo. No había ni un alma. Del tejado agujereado chorreaba agua. Las ventanas de las garitas estaban rotas. Sobre el hormigón se veían los negros restos de una hoguera y, un poco más adelante, el entramado de alambre de un neumático quemado. El viento metía jirones de niebla bajo la marquesina.

Al otro lado de las montañas llovía igual de fuerte, pero me pareció que el día estaba un poco más claro. A fin de cuentas, para eso va uno al sur: para que haga más calor y haya más luz. Pero yo iba a Bandrov a ver otra lluvia y otra oscuridad. La ciudad quedaba a veinte kilómetros de la frontera. Tenía una muralla defensiva con

torres redondas y una plaza mayor con una iglesia gótica y casas que llevaban al menos cuatrocientos años en pie. Pero pasé de largo y fui hasta el hipermercado de la periferia. Nosotros no teníamos de ésos. Del tamaño de un campo de fútbol, con un aparcamiento para medio millar de coches. Era sábado y me costó encontrar sitio. La gente empujaba carritos cargados hasta los topes. Los tapaban con plásticos, con chaquetas, con paraguas. Las rueditas se hundían en los charcos y se atascaban en las juntas del hormigón. Parecía una evacuación, una huida de civiles. Algunos llevaban cantidades increíbles. La familia entera iba sujetando las pirámides de compras para que no se derrumbasen. Puede que hubieran venido de lejos. Las cajas de cartón se reblandecían inmediatamente. Atravesé una cortina de aire caliente y entré. Había cola para los cajeros automáticos. Vigilantes con pinganillo observaban a la muchedumbre. No pensaba comprar nada. Solamente quería mirar los productos y a las personas, cómo se confundían, se entremezclaban y acababan por volverse indistinguibles con los mismos colores, igual de resplandecientes, de sintéticas, las chaquetas, los zapatos, los envases, y sólo el puesto de la carne, con los trozos rojos, el hígado en cubetas, las chuletas cortadas a hachazos y la grasa blanca, recordaba a los viejos tiempos. Estuve caminando y mirándolos, mirando a esos individuos de otro país, buscando diferencias en las caras y los gestos. Pero no las percibí. Eran iguales. Todo era parecido. Se diferenciaban un poco los letreros. Tenían tocino más grueso que nosotros, tenían chorizo húngaro picante, tenían sus vinos nacionales y un poco de música local en la estantería de los discos.

Los gitanos debían de haber cobrado el subsidio recientemente, porque había un montón por todas partes. Los críos empujaban los carritos y las madres los dirigían hacia las secciones deseadas. Sus cestos eran los más multicolores, llenos de un sinfín de porquerías, de chocolatinas, galletas, patatas, gusanitos, bolitas de colores, inventos dulces y asquerosos. Eran los consumidores ideales. Se lo gastaban todo de una vez. Sus carritos crujían, crepitaban y

refulgían como arcoíris. Me ponía a seguir a unos, a otros, olfateando el aire. Olían al moho de sus míseras viviendas y a humo. Algunos nada más entrar giraban a la izquierda. En el mismo edificio, pared con pared, había un *Cínsky Market*. Casi tan grande como el híper. Dentro olía a goma. Así olían hace cuarenta años los tenis nuevos. Ahora apestaba así una de cada dos prendas de ropa en el mundo. Tenían de todo, de pies a cabeza. Desde sujetadores hasta grandes maletas con ruedas. Colgado en percheros kilométricos o amontonado en cajones poco profundos. En las paredes tenían estantes con zapatos, y los maletones. Y aquel olor, el olor de China. A la entrada estaba la caja, con dos cajeras eslovacas. Entre los percheros rondaban unos cuantos amarillos. Tenían la cara inexpresiva. Bajo sus párpados caídos miraban a las familias gitanas que revolvían y se probaban la mercancía. Se las veían y se las deseaban, supongo, para ver algo, porque cuando cuatro tías y hermanas y dos hermanos visten a un crío, le asesoran, lo miran, le dan vueltas como a un trompo y cambian de opinión constantemente, viene a ser un ejercicio de observación bastante difícil. Cogían y revolvían porque todo aquello era increíblemente barato. Algunas cosas simplemente no costaban nada. El más pobre de los gitanos, nada más cobrar el subsidio podía salir de allí peripuesto como en un videoclip.

China, cual piadoso cristiano, vestía a los desnudos. Miraba por debajo de sus párpados caídos, pero los vestía. Tenía que ser la gran China la que vistiera a los parias europeos. Pensé en comprarme algo también, pero todo era artificial y gélido al tacto. Pantalones, chaquetas, gorros, guantes, zapatos, todo. Me imaginé que se incendiaba una chabola gitana de contrachapado, hojalata y varas de pino. De la estufa de hierro fundido saltaba un ascua, empezaba a quemarse el suelo, se prendía el sintasol, el fuego se propagaba, y en la casucha todo era chino, todo era inflamable, y si no tenían suerte el fuego los alcanzaba también a ellos, así que salían corriendo como antorchas humanas, y el humo negro de los polímeros ardiendo se elevaba hacia el cielo.

No compré nada. Salí al aparcamiento y me metí en la furgoneta a mirar cómo llovía. Cuando me vine a vivir aquí, la frontera la vigilaba el ejército montado en motos todoterreno, no había ningún paso fronterizo y nadie había oído hablar de los chinos. Los países estaban separados por montañas y bosques. Ahora todos iban o volvían de algún lado. Seguí mirando la lluvia a través del parabrisas mientras fumaba y pensaba en él. En su desasosiego permanente, en su movilidad. Parecía hecho a la medida de estos tiempos, pero cuando por fin llegaron, resultó que estaba demasiado viejo y cansado. Vivía en el presente, pero su corazón latía al ritmo de los días de antaño.

A la vuelta, el desfiladero ya estaba completamente a oscuras. Había alguien de pie bajo la lluvia haciendo gestos. Paré. Montó con la capucha puesta y chorreando agua.

—Jesús, pensé que ya no iba a parar nadie.

Se quitó la capucha. La reconocí al instante. Aunque no la hubiera visto, habría acabado reconociendo su voz.

—¿Puedo fumar? Llevo una hora sin un pitillo, porque con la que está cayendo, a ver cómo. Han pasado diez o así, y ninguno ha aminorado siquiera.

—Con esto tan vacío y oscuro, la gente tiene miedo —contesté y le ofrecí mi cajetilla.

—¡La gente! ¡Yo sí que tenía miedo! Ahí, justo detrás, hay un cementerio.

—Pero es militar. De hace cien años.

—¿Y usted se cree que los muertos envejecen?

—Pues no lo sé —respondí sin faltar a la verdad.

—Ya le digo, muertos resucitados, fiambres, fantasmas, son todos inmortales —afirmó categóricamente, y seguidamente añadió —: No, gracias, prefiero los míos. Estos son demasiado flojos.

Encendió uno con un gesto masculino, tapando la llama de la cerilla con las manos. El pelo corto gris, el jersey oscuro de cuello vuelto y los pantalones militares la asemejaban a un chaval flaco que hubiera envejecido de golpe.

—¿No se acuerda de mí? —le pregunté.

Apartó los ojos del parabrisas:

—No, no me acuerdo.

—Estuve aquella vez con Wladek. Cuando nos quedamos en la cuneta.

Ahora me miró como un objeto interesante que se encontrase de repente al alcance de la vista.

—Sí, creo que sí. Pero tenía el pelo más corto, ¿no?

—Justo —contesté.

Los limpiaparabrisas dejaban estelas mojadas. Cuando venía algo de frente no veía nada. Ya hacía tiempo que debería haber comprado unos nuevos, pero ahora casi nunca conducía de noche. Me dijo que se le había estropeado el coche y había tenido que dejarlo por el camino.

—Porque, sabe usted, es un Maluch, y los Maluch ya no son más que carroña, y no coches.[21]

Luego, sin embargo, aceptó el cigarrillo que le había ofrecido, porque los suyos habían absorbido tanta humedad que se apagaban. No hacía falta que yo dijera ni preguntara nada.

—Ya en la época del comunismo solía aparecer por el PGR vendiendo cosas. Antes del Domingo de Ramos traía palmas, en otoño tarros con cierre hermético de goma, antes de Difuntos velas y flores de plástico, antes de Navidad bolas para el árbol y moldes para pasteles. Andaba en un Syrena Bosto amarillo en el que tenía de todo. Lo que quisieras. Y si no lo tenía, te lo traía a la siguiente ocasión. Por aquel entonces no había de nada, pero él lo sacaba de algún sitio.

En su línea, pensé, pero no dije nada.

—Pero también venía a ver a una chica, sabe usted, dos casas más lejos. Era joven, mucho más joven que él, y se llevaba con las mías, y entonces no podía tener más de dieciséis años, y él tendría veintitantos.

—¿Venía solo?

—Sí —contestó—. Solo, solísimo.

De frente venía un patán con las largas y las antiniebla.
—¿Y sabe que fue él quien trajo por primera vez al Canas?
—¿A quién?
—Al Canas. Al que luego empezó a llevarse gente de aquí.

Joder, a Rumania, pensé entonces. Porque entonces pensaba que era lejos. Nadie iba hasta allí. De allí venía la *halva*, el brandy Zarea y los mendigos. Si alguien se esperaba que llegase cualquier cosa de Rumania, era la lepra. Por eso pensaba que estaba lejos. Y él me mandaba ir hasta allí en busca de un puto Drácula que se alimentaba de cuerpos humanos.

—¿Por qué? ¿Es rumano? —pregunté.

—Ya te he dicho que nadie sabe de dónde es —contestó.

—Nadie sabe nada, no se sabe dónde está, no se sabe de dónde es, no se sabe nada, a no ser que pagues. No me toques los huevos.

Iba sentado con la vista clavada al frente. Miraba la carretera como si allí fuera a aparecérsenos la respuesta. El camino se había vuelto recto y se notaba que poco a poco se acababa un país y pronto daría comienzo otro. A la derecha surgió una extensión delimitada por detrás con una valla de tablones y separada de la carretera por una malla, supongo que a propósito para que se viera. Entre los charcos de barro y la paja desperdigada se veían burros marrones y grises con la cabeza gacha. Aminoré lo suficiente como para divisar los enjambres de moscas. Había tres llamas andinas a las que se les caía la lana a puñados. Al lado, en un corral, desfilaban dos avestruces. Los tablones del cercado, el barro y los animales tenían básicamente el mismo color. No se sabe para qué todo aquello estaba tan al descubierto y pegado a la carretera. Seguramente para que alguna vez alguien se despistase y se estrellase de frente contra un camión turco. Nada más acabarse aquella extensión parduzca, a ambos lados empezó un gran huerto

descuidado. Arboles negros secos y hierba amarilla alta. Una especie de sabana. Aquello también estaba vallado. Decenas, tal vez cientos de hectáreas, porque era una sabana ondulada y la continuación se perdía tras las elevaciones. A lo lejos divisé más avestruces. Paseaban entre los manzanos muertos. Dominando todo aquello se erguía una torre de madera. Mediría quince o veinte metros y en lo alto tenía una galería abierta. Puede que sirviera para observar a los animales, o para dispararles. No estaba claro. En el horizonte se elevaban los verdes conos volcánicos de las montañas húngaras.

El antiguo paso constaba de varios carriles de hormigón hechos polvo, un par de barracas de cemento y algo de cristal sucio. Basura muerta. Pero al cabo de un kilómetro empezaba una pequeña ciudad. A lo largo de la calle principal crecían plátanos. Proyectaban sombra sobre las fachadas de estuco de casitas y chalés. Las casas eran viejas, deterioradas y preciosas. Me pregunté si en mi vida había visto plátanos. Algunos edificios parecían palacios. Cúpulas, columnas, etcétera. En un pedestal, delante de una iglesia amarilla, estaba Kossuth con un sable. Tras la hilera de casas de la derecha se alzaba una escarpada ladera con viñedos. La ciudad vivía a la sombra de aquella montaña. Pensé que podríamos hacer un alto allí, montar el chiringuito y pasar unos días escuchándolos hablar en esa lengua suya que no se parece a ninguna otra en el mundo. En el fondo aquello no era más que un poblacho húngaro corriente al extremo de la Llanura. Bastaba recorrer unos cientos de metros y todo se acababa. Pero habríamos encontrado un sitio para nosotros, algún pedacito de tierra cerca del mercado municipal. Quién sabe si nuestro parque de atracciones no tenía pensado instalarse justamente allí.

Seguro que él lo sabía, pero no quise preguntarle. Se había quedado callado del todo. No le venían más recuerdos.

No se le ocurría nada. Yo, en cambio, iba reflexionando sobre el resplandor del mediodía, el vino, el tocino curado en pimentón, y me dirigía a Rumania a comprobar si había lepra. Se había quedado callado, enfurruñado y no hacía más que fumar y fumar. A la salida

había un coche patrulla blanco con una inscripción impronunciable en las puertas que significaba policía. Nos siguieron con la mirada. Habrían debido pararnos, comprobar que nada funcionaba como era debido y quitarnos los papeles. O al menos mandarnos dar la vuelta, expulsar aquella chatarra de su país. Habría sido una solución. El habría seguido a pie. Al fin y al cabo yo no era más que el conductor. Era lo único que sabía hacer: conducir y escuchar su verborrea. Él habría seguido hacia el sur con sus tenis hechos cisco. Hablando consigo mismo. Rememorando heroicas hazañas. Sin un solo oyente. En Eslovaquia todavía podría haber tenido la esperanza de ser comprendido y admirado. Pero aquí no. A solas con su propio parloteo. Iría andando y farfullando. Era lo peor que podía pasarle. Cuando no hablaba, estaba muerto. A veces me daba la impresión de que sólo vivía para después poder contarle su vida a alguien. Había tenido la suerte de toparse conmigo cuando ya nadie quería escucharlo. Todos lo conocían y pasaban de él, ocupados con sus propios asuntos en una época que asfixiaba a la gente. Como mucho podía ir a algún bar a probar suerte con sus leyendas, pero los bares ya tenían televisores por todas partes y sus antiguos camaradas preferían mirar la mierda de plástico, que al menos les permitía olvidarse un rato de su propia vida. Sí, lo de Hungría habría sido para él peor que el purgatorio. Nadie entiende nada. Así que lo intenta por gestos. Representa una pantomima, con sus polos a rayas y sus pantalones de chándal planchados con la sempiterna raya. Con sus Adidas falsificados.

Y ahora estaba callado. Iba pensando en lo que le esperaba. Tenía miedo y estaba furioso. Sudaba y fumaba. La ciudad había quedado atrás. A la izquierda, abajo, se extendía una llanura pantanosa con manojos de álamos y sauces. A la derecha, los viñedos trepaban por las colinas. Había alguien trajinando entre ellos. Puede que ya estuviera empezando la vendimia. Pero las colinas y los viñedos se acabaron enseguida. Otra vez todo se volvió llano. En los cruces no le quedaba más remedio que decir derecha o izquierda. Indicadores verdes, letras blancas. Ni siquiera me

esforzaba en leerlos. Al igual que en aquella ocasión, dio comienzo la serie de nombres que empezaban por «Tisza». Tisza-tal, Tisza-cual, Tisza-pascual. En los pueblos olía a estiércol de cerdo. Casas chatas amarillas cubiertas con tejas rojas y mucho calor. En los jardines había hombres de piel morena sentados a la sombra de los árboles con el torso desnudo. A ese lado de las montañas hacía más calor. Tal vez les llegase el aire del Sáhara. Puede que incluso tuvieran espejismos en aquella llanura caldeada. Una mujer mayor caminaba por el borde de la carretera con una azada al hombro. Toda de negro, flaca, con un pañuelo en la cabeza, parecía la muerte húngara. Intenté recordar si íbamos por el mismo camino que entonces, pero era un país extraño e incluso un simple carro con ruedas de goma resultaba raro. Todo era casi igual y, al mismo tiempo, totalmente diferente. Por eso seguía conduciendo y esperando tranquilamente que apareciera un espejismo.

Llegó calzada con unas katiuskas verdes que dejó a la entrada. Intenté encontrarle unas zapatillas o algo así, pero sabía que en toda la casa no había nada por el estilo. Nada que pudiera ofrecerle.

—No se moleste. Llevo calcetines de invierno —dijo.

Eran gruesos y rojos. Atravesó rápidamente el frío pasillo. En la cocina se sentó en su sitio de siempre junto a la mesa. A fin de cuentas se trataba de su casa. De una bolsa de plástico sacó un arbolito y lo puso en la mesa. Medía unos treinta centímetros. Estaba metido en una maceta y tenía cuatro bolas de Navidad.

—Es de verdad. Sólo hay que regarlo. En primavera lo puede plantar en el jardín. Si quiere, claro.

—¿Por qué no? Gracias —contesté—. Es muy pequeño, pero parece normal.

—Es chino —dijo—. Las bolas también, y la tierra. ¿No es raro que manden incluso la tierra?

—Si no, no sobreviviría al viaje. Pero sí que es raro. Tierra de China —admití.

—Más barato que la tierra solo es el aire, ¿verdad?

Dije que suponía que sí y le pregunté si le apetecía un té. Se apresuró a aceptar la invitación. La tetera estaba sobre la plancha caliente de la cocina. Lo preparé en sendas tazas, las puse en la mesa y me senté al otro lado. Se echó media cucharadita de azúcar.

—O el agua —añadí.

—El agua es más cara. Al menos la embotellada. La tierra de jardín también se vende por litros y sale mucho más barata que el litro de agua. Con el agua corriente seguramente sea distinto, pero

aun así es más cara que la tierra normal, que puede uno sacar a paladas cuanta quiera.

Estaba sentada de espaldas a la ventana y sólo se veía su silueta. Eran casi las tres de la tarde. Le pregunté si quería que encendiese la luz. Meneó la cabeza. Hacía calor y olía a las patatas que acababan de cocerse antes de que llegara. Tenía hambre. Pensaba en ellas, en los torreznos que tenía en la sartén y en el kéfir. Hacía mucho que comía solo. Me di cuenta de que la última persona con la que había compartido una comida era él. Ahora estaba esperando a que la anciana se terminara el té y se fuera. No era una cuestión de antipatía, ni mucho menos. Simplemente me sentía cohibido.

—Al final no he encontrado la llave —dijo—. Y ya no creo que aparezca. No estoy segura de haberla visto, ni siquiera de que existiese. Ahora ni sé si quiero abrir esa puerta.

—Pero si se decidiera, no debería ser difícil.

Tomó la taza con las dos manos, como si quisiera calentárselas, y dio un trago lento. Sin dejarla en la mesa, dijo:

—No, de momento mejor no.

Oía el rumor del río y el ruido del puente. El gatito despertó y saltó de su camita al suelo. Resultaba casi invisible en la penumbra. Ella dejó la taza y se inclinó con la mano estirada, pero el animalito salió corriendo.

—¿Y qué había allí? —pregunté.

Se enderezó en la silla y entrelazó las manos. Tardó un rato en decir:

—Una habitación infantil. Una especie de habitación infantil.

—No debía de ser muy grande.

Meneó la cabeza. Su figura contra el fondo de la ventana se había vuelto totalmente negra.

—Y no tenía ventana —concluí.

—No. Pero, sabe usted, en algunas situaciones es mejor no tener ventana.

Decía todo aquello lenta y quedamente, y no se dirigía a mí. Le contesté que lo sabía perfectamente y que a veces era mejor no

tener ni siquiera puerta, solo cuatro paredes, el suelo y el techo.

—Sí —dijo—. Para que no parezca un lugar donde podría haber alguien.

Después nos quedamos callados un buen rato, mientras se oía al gato jugar en la penumbra. Saltaba y rodaba por las tablas del suelo con un golpeteo delicado y blando. Prestábamos atención al sonido sin hacer el menor gesto. Por fin empezó a faltarme aire y dije que tenía patatas cocidas y que gustosamente las compartiría, que la invitaba a comer. Aceptó inmediatamente, así que me levanté, encendí la lámpara que colgaba sobre la mesa y saqué sendos platos del armario.

—Sabe usted, de la guerra recuerdo las patatas. Mejor dicho, la falta de patatas. Por eso puede haber lo que sea, lo mejor, lo más rico, como ahora, que se puede comprar de todo, pero la comida de verdad son las patatas. En cuanto entré reconocí el olor. Y, se reirá usted, pero me apetecía mucho que me invitara.

Añadí tocino derretido con cebolla y aplasté las patatas en la olla. Lo hice detenidamente, a conciencia, hasta que se convirtieron en una masa homogénea y cremosa con tropezones en forma de torreznos tostaditos. Así lo hacía siempre mi madre. Yo repetía sus gestos. Luego eché el puré en los platos y los llevé a la mesa. Lavé las tazas del té y las llené de kéfir. La anciana comía despacio y en silencio. Se inclinaba sobre el plato en una postura infantil. Me pareció que estaba a punto de encoger las piernas y encaramarse en cuclillas. No habría pasado nada, porque era menuda y frágil. De vez en cuando levantaba la mirada y sonreía casi imperceptiblemente, no se sabe si a mí, a las patatas o a su memoria. Del rincón salió el gato y le saltó al regazo. Lo acarició con la mano izquierda sin dejar de comer. El animal se quedó allí, súbitamente inmóvil y ronroneante.

—¿Qué más recuerda de la guerra? —pregunté.

Paró de comer, dejó el tenedor y llevó la mano derecha a la bola gris.

—Pues, mire, nada que recuerde a una guerra normal. Creo que no vi a ningún alemán. Y que no oí ningún disparo. Si acaso, a lo lejos y sin darme cuenta de que era un disparo. Solo cuando entraron los rusos. Pero entonces la guerra ya prácticamente había acabado, ¿verdad?

—¿No vio a ningún alemán?

—No. Creo que no. Pero constantemente oía hablar de ellos. No llegué a verlos. Increíble, ¿verdad?

—Sí —contesté—. Eran invisibles.

—Eran como espíritus. Como espíritus que sólo veían los adultos. Y luego no paraban de hablar de ellos.

Se quedó callada y terminamos la comida en silencio.

Al despedirnos me dio la mano. Era pequeña, seca y cálida. Sentí un apretón que no me esperaba. Luego me quedé mirándola atravesar cuidadosamente el patio con sus katiuskas, apenas visible en el anochecer cada vez más denso. Junto a la verja se detuvo y se volvió. Sin querer levanté la mano, pero ella no podía ver mi gesto porque yo estaba dentro de la casa, separado por los visillos.

Los días cálidos. ¿Cuándo fue eso? Recuerdo cuando los campesinos dejaban sus carros donde ahora está la gasolinera. Ataban las riendas a los barrotes y entraban en aquel barracón plano de dos pisos con un neón en forma de espiga. El neón llevaba años muerto, pero en el interior se podían comprar las cosas necesarias en una granja. Ronzales, cadenas, guadañas, partes para las máquinas, cuerda para agavilladoras, insecticidas. Los caballos cagaban en la explanada polvorienta. Los carreteros brindaban a escondidas. El mercado quedaba a unos pasos y los martes se oía chillar a los cerdos. Sí. Aquella ciudad era a medias un pueblo, al igual que la mayoría de las ciudades del país. Damiselas peripuestas bajaban a pasitos menudos por la empinada calle, cruzaban el puente y, arrugando la nariz, se metían entre los puestos para sobar los pollos atados en manojos. Arrastraban tras de sí estelas de penetrantes perfumes con los que pretendían protegerse del hedor porcino, porque pensaban que ese hedor iba en contra de ellas, en contra de su condición de urbanitas. Pensaban que ese hedor era una afrenta personal. Ese hedor las perseguía y les recordaba el pasado. Todos eran de pueblo y no lograban aceptarlo. Así que se bañaban en perfume y caminaban con desprecio entre los manojos de aves y los haces de paja. Terneros embadurnados de mierda miraban la nada desde lo alto de carretas de dos ruedas. Miseria y esclavitud. No había nada digno de recordarse. Por eso se perfumaban o se emborrachaban hasta perder el conocimiento. La neurosis de los siervos de la gleba. «Lo llevo en la sangre», me había dicho un día mientras mirábamos cómo los buldócers arrancaban de la tierra los

restos de los cimientos del pabellón agrícola. La explanada se convirtió en una escombrera.

—Lo llevo en la sangre. Se mudaron antes de nacer yo y lo llevo en la sangre. Mi padre consiguió un trabajo y mi madre quería escapar de la pobreza, de las colas de las vacas y del atraso, como se decía entonces. Se instalaron en una casa de madera construida con restos de cabañas rusas desmontadas. Estaba en el barrio de Zalfze, junto al río. Una ciudad. La calle estaba asfaltada, a la vuelta de la esquina paraba el autobús, tiendas, agua corriente, el cagadero en un rincón del patio, pero una ciudad. Recuerdo que comíamos todos de la misma fuente, había una con las patatas y una sopera con el *zur*[22] y cada uno cogía de allí. Mi madre tuvo miedo toda su vida. De la gente, de los vecinos, de las dependientas, de los revisores, de los carteros, de los deshollinadores, de los policías, no fueran a reconocerla: «¡Aaah!, usted es de pueblo…». Por la forma de hablar, por la forma de andar, por la mirada, por el miedo, y se emperifollaba un poco más de la cuenta, e iba a un peluquero que debía de timarla sin piedad y tenía una gama de peinados extraterrestres especiales para las pueblerinas que querían mezclarse con la muchedumbre urbana. Al otro extremo de la ciudad, detrás del cementerio, donde estaban los viejos pozos petrolíferos, se hizo amiga de una del pueblo de al lado y siempre que podía iba a verla. Dos kilómetros cuesta arriba. Me arrastraba de la mano. Se pasaban horas hablando. Yo no entendía nada. Me quedaba dormido en un rincón de la casa, que era igual que la nuestra, de madera. El mismo olor a petróleo, la misma madera oscurecida por el tiempo traída del sur y montada de nuevo, aunque a escala más pequeña, porque habían cortado las esquinas, medio podridas, para tallar otras nuevas. Parloteaban necesitadas de confidente, solitarias y asustadas, mientras sus maridos estaban en el trabajo. Luego dos kilómetros cuesta abajo y llegaba con el tiempo justo para tener lista la comida cuando llegara mi padre. Nadie nos visitaba, durante años sólo la familia. Vivíamos como en un desierto. Alrededor había casas, pero como si estuvieran vacías.

Sólo venía la familia de vez en cuando. A fuerza de ruegos consiguieron que no lo hicieran en carro, que no aparecieran en la entrada con los frutos del trabajo agrícola y las mitades de cerdo antes de las festividades. No sé, puede que después vinieran en autobús. O igual camuflaban el carro y el tiro entre las mimbreras, como hacía Budionni con sus *tachankas*, sus carros-ametralladora. Recuerdo vagamente que en el cobertizo teníamos un cerdito. Pobre bestia blanca. En toda su vida no vio ni el sol, ni el cielo, ni la tierra. Oscuridad, estiércol y muerte. Luego debieron de renunciar al proyecto ganadero, porque el estrés los mataba, sobre todo a mi madre. Mi padre iba a trabajar y volvía impregnado de olor a petróleo. Entonces todos los hombres de la ciudad olían así. Emiratos y Texas. El lo llevaba mejor. Sabes, si un hombre tiene trabajo, el resto le da igual, porque el resto es sólo tiempo libre. Mi madre tenía que montar un hogar para nosotros, pero no sabía cómo, pues solamente conocía la casa familiar con el tapete en la pared, la Virgen María, el corazón llameante de Jesús, las moscas, la peste del establo y el gallo tirándose a sus diez gallinas sin parar. Y aquí, dondequiera que mirases, elegancia que ni en Francia, zapatos de piel de serpiente y tres duchas al día. Joder, te das cuenta, no venía nadie a vernos, ni una visita. Sólo a veces la que vivía junto a los pozos. Ahora lo veo, las horas de mi madre frente al espejo, su desamparo, probándose ropa y adornos antes de salir a la tienda, porque jamás fue un paso más allá, a no ser que algún domingo fuera en autobús al pueblo. Sabes, nunca salía sin más, como quien sale un momento, en zapatillas, a pedir azúcar, a por cerillas, cuando estás en tu casa y no tienes que mirarte al espejo para comprobar tu aspecto, porque lo que hay tras el umbral no es ningún Armagedón, sino tu cotidianidad. Pero ése no era el caso. Ese no es el caso ni de lejos, porque aquí nadie se siente en casa, pues todos tienen la sensación de haberle mangado algo a alguien, y de que a poco que se descuiden alguien les mangará algo a ellos. Lo que sea, la mercancía, el buen nombre, el sitio en la cola, el aire para respirar, les mangará el respeto que de todas formas ellos mismos no se

tienen, digo, todo, porque éste es el país de la rapiña y el trepismo, tío, el país del trepismo rapiñero, por así decir. Y mi madre, que el Señor ilumine su alma atormentada, lo presentía, porque era sensible, pero era también una mujer simple, así que no era capaz de comprenderlo, tan sólo sentía que estaba fingiendo ser otra, que su vida se había agrietado y partido en dos y que le tocaba sufrir, aunque no conseguía encontrar en sí ninguna culpa… Sólo hacía lo mismo que todos, ¿no? Todos. Intentaban escapar de su destino yéndose a la ciudad, al Reich, a Jackowo,[23] a la luna o al quinto carajo. Este es, hermano, el país de los eternos errantes; no los judíos, sino nosotros. No hace falta que vayamos a ningún lado, coño, estás metido entre cuatro paredes y eres un desterrado. Como mi madre. Como yo o incluso tú. ¿O igual no?

Los buldócers iban formando una pirámide truncada de escombros. Una excavadora amarilla los echaba después en los volquetes que iban llegando. Sí, hacía calor. Vi cómo sudaba. Vi la mancha bajo el sobaco derecho. Siempre sudaba cuando hablaba así, cuando caía en esos tonos de profeta comarcal. Pensé que algún día le fallaría el instinto y se pondría a soltar un discurso al pueblo en la plaza mayor. Y el pueblo le pegaría una paliza, porque justamente el pueblo no suele perder el instinto. Pero de momento me tenía a mí para escuchar sus discursos. Al principio no me podía creer que las palabras pudieran salir de alguien con tanta facilidad. Que se pudiera decir algo prácticamente en cualquier ocasión. Lo admiraba, porque yo no era así. No tenía demasiado que decir ni tampoco tenía a quién. Y él veía algo y enseguida empezaba. Recordaba y predecía. Cuando se quedaba a solas, también debía de hablar. O de ejercitar mentalmente. De farfullar. No tenía compasión por el mundo y la gente. Si tuviera familia, la habría vuelto tarumba. De momento su familia era yo.

Así que, vale, vamos a Rumania. Pero parecía que le costaba acercarse. El paisaje se había vuelto totalmente llano y vacío. Habían desaparecido las ciudades, se habían terminado los pueblos: solamente una llanura y el polvo que flotaba sobre ella, traído de los campos por el viento. Como si en la época de las fronteras hubieran expulsado a todo el mundo y nadie hubiera vuelto. Por fin levantó la mano y señaló algo en el horizonte. A la izquierda, a lo lejos, divisé una torre de vigilancia. Y al otro lado de la carretera, otra. Debían de ser altas, porque nos separaban de ellas varios kilómetros. Allí torres, aquí torres. Allí vigilaban a los avestruces, y aquí esta inmensa llanura polvorienta. De modo que se dignó a enseñarme aquellas torres de vigilancia y yo le pregunté si eran húngaras o rumanas, pero no supo decírmelo. Probablemente rumanas, porque aquel oficial de zapatero suyo tenía la misma paranoia que los rusos con su *sistiema* en las fronteras. Pero ahora eran ruinas y, tal vez, futuros yacimientos arqueológicos. La carretera se convirtió en una autopista de cuatro carriles, sólo que llena de baches y con los arcenes medio desmoronados. En los carriles, sobre los que antaño hacían cola perpetua los camiones, se veían profundos surcos. Los matorrales seguían llenos de basura tirada hacía años por los camioneros. Luego venían las casetas abandonadas donde antaño se vendían seguros, divisas y kebabs. Y enseguida el paso en sí, del tamaño de un aeropuerto, con aquellos hangares, marquesinas, tejadillos de chapa contra el sol y la lluvia, en donde cientos de coches esperaban durante horas y avanzaban a empujones, unos cuantos pasos cada vez, para ahorrar gasolina y batería. De todo

aquello no quedaban más que manchas de aceite. A la sombra había dos burros. Una cabra negra mordisqueaba unos hierbajos. No había nadie aparte de esos animales que no se sabía de dónde habían salido. Se animó un poco, se soltó un poco y empezó a comentar. Que lo más seguro es que fueran rumanos, porque allí siempre había más animales y gozaban de mayor libertad de movimiento. O sea, que vagaban sueltos incluso por las carreteras principales. De modo que ahora aprovechaban las fronteras abiertas y la accesibilidad.

—Rumanos, porque están como más flacos, ¿no? Además, en Hungría ya casi no quedan burros.

Atravesamos la antigua franja de tierra de nadie y entramos en la sombra de las casetas rumanas. Eran un pelín más cutres, pero nada que llamara especialmente la atención. Una vieja camioneta Dacia llevaba la parte trasera cargada de sacos de lana. La pila, de tres metros, estaba atada con cuerdas como un rollo de carne mechada. Y más animales: un caballito castaño y menudo olfateaba el cargamento ovino. Y perros. Una manada de chuchos trotaba remolonamente por el cemento. Aquí nada tenía dueño. Después empezó aquel país. También una llanura, pero más seca, más polvorienta. Puede que tuvieran menos agua. En cambio, en comparación con el vacío de hacía quince minutos, rebosaba de movimiento. Dacias, carros, carretas tiradas por burros, chiquillos, gente, chozas al borde del asfalto y todos ellos de casa en casa, atravesando la carretera, con bicicletas y sacos, semidesnudos y morenos.

—Joder, esto parece Calcuta —dije.

—Eeeso —contestó con voz que denotaba admiración.

Aminoré por miedo a atropellar a algún moreno y que nos lincharan. Pero eran listos y ágiles. Casi nos rozaban. Pasaban también Mercedes y BMW. Y todas las marcas posibles. Un Land Rover Discovery arrastraba un remolque con un gran cerdo pringado de mierda.

—Joder —dije.

—Sí, tío, el país de las posibilidades ilimitadas.

—¿Era aquí donde hacías negocios?

—Aquí no, más al sur. Allí sí que alucinas. Calcuta empieza al otro lado del Danubio.

—¿Tienen camellos? —pregunté.

—No lo sé. A lo mejor —contestó.

A lo lejos destellaban unas cúpulas plateadas y empezaba la ciudad. El nunca había estado en ella, así que nos perdimos. Tenían búfalos, pero no tenían letreros. O, en cualquier caso, no demasiados. Algunos estaban oxidados. Sacó de algún sitio un viejo mapa de carreteras eslovaco. Teníamos que buscar la carretera número 19. Aquí también crecían plátanos, y lo plateado resultó ser una gran iglesia ortodoxa de paredes color cemento. Di tres vueltas a la plaza principal hasta que por fin, entre las hojas de los árboles, distinguí una plaquita oxidada con un número y una flecha. La carretera de salida parecía un mercado. Los gitanos intentaban endosar a quien fuera vasos con adornos dorados. Había gente con fardos y no estaba claro si vendían algo o hacían autostop. Y el polvo mezclado con los escapes de los camiones. Pensé que nos iban a aplastar. Como si nos adelantaran buques oxidados. Yo maldecía y sudaba. Llevaban arena y piedras. Después se acabó y otra vez empezó una llanura con casuchas acurrucadas hechas de caña enlucida. De vez en cuando se alzaban entre ellas casas nuevas. Diez veces más grandes, de varios pisos, con cristaleras como escaparates, con barandas cromadas, con ventanas redondas, con techos de colores químicos y formas imposiblemente retorcidas. Al lado había cochazos con matrícula española. La emigración en pos de la hermandad lingüística romance. Pero luego ya no había ni eso, tan sólo un andurrial polvoriento.

A la media hora volvimos a ver montañas en el horizonte. Brotaban directamente de la seca planicie y eran azuladas.

—Los Cárpatos —dijo.

No conseguía recordar cómo iba la cosa en el mapa. Había perdido la orientación. Me parecía que llevábamos días de viaje, pero no eran más que tres o, a lo sumo, cuatro horas.

—Los Cárpatos —repitió—. Por más vueltas que te das, el culo siempre queda atrás —añadió a continuación.

—Allí es adonde vamos —dije.

—Allí.

—¿Nos estará esperando? —pregunté.

—No lo sé. Tenemos que preguntar antes.

—¿A quién?

—Por el camino.

—Pero ¿a quién?

—No lo sé. Solo sé dónde.

Así que hablaba, pero poco. Era un idiota, pero quería escucharle. Me había acostumbrado. Era como el lector del cine.[24] Me liberaba de tener que aprender lenguas y leer letreros. Yo conducía como si estuviera medio cegato. Sin GPS. En el parabrisas aparecían imágenes, pero no sabía muy bien qué eran. Una especie de África, ganado, niños de chocolate desnudos, varas, pozos con cigoñal en plena estepa, tuve que parar en medio del campo porque un aborigen con una pelliza de piel vuelta arreaba a cientos de ovejas a través del asfalto. Estaban grises del polvo y levantaban una nube de tierra a su paso. Trotaban adentrándose en las rastrojeras.

—¿A cuánto estamos de casa? —pregunté.

—A unos trescientos o cuatrocientos —contestó.

Detrás de nosotros habían parado otros dos coches y ya estaban tocando el claxon. Uno nos adelantó, dispersó a bocinazos a los carneros rezagados y se alejó a toda pastilla.

—A mí me pasó lo mismo la primera vez que vine.

—¿A qué te refieres?

—Me parecía que había hecho cuatro mil kilómetros en vez de trescientos.

Todos nos adelantaban y las montañas no se acercaban lo más mínimo. Me daba la sensación de que estábamos parados. Sobre todo en comparación con los demás. Casi todos llevaban algo. Barriles, fardos, remolques con carneros atados. Adelanté a un carro

tirado por un caballo que trotaba enérgicamente y conducido por un hombre de piel oscura. En la parte de atrás iban tres críos abrazados al cuello de un potro marrón. Nos dijeron adiós con la mano.

—Pero uno se acostumbra rápido. Y cuando los alemanes o los austríacos vienen a Polonia, ¿qué te crees? Se cagan por la pata abajo y ya.

Yo no me cagaba, simplemente no conseguía regular el enfoque. Tal vez a causa del polvo. Porque, en el fondo, era igual que en todas partes. Sólo que había más burros, los caballos eran más pequeños y los carros parecían más infantiles. Llevaban matrícula en la parte de atrás. Pero algunas de las placas, por ejemplo, eran amarillas, inglesas. A la salida de la ciudad los críos tenían a la venta un surtido universal. Incluidas matrículas americanas y árabes.

A la derecha, a lo lejos, en medio de los campos, había una nave enorme. Una especie de terminal de camiones. Era negra, medía varias decenas de metros y a todo lo largo se extendía un enorme letrero rojo que ponía: DÁRGESIV. Alrededor no había nada. En la carretera que llevaba a la nave se veían perros tumbados. También negros. Eso me pareció. Inmóviles y enormes. Parecidos a cerdos.

Yo quería que él dijera algo, pero me daba miedo preguntar.

Llegamos a un cruce. Me indicó que tomase una carretera lateral que conducía directamente a las montañas azules. La principal parecía discurrir en paralelo a la cordillera. Empezaron los baches y aminoré. De frente venía una camioneta militar con la parte trasera descubierta. Dentro iba más de una docena de soldados. Llevaban uniformes iguales que los de Medziborie. Cerré la ventanilla, porque venían levantando una polvareda amarilla del arcén.

—Ahí ya está la frontera —dijo—. Los rusos andan enredando, así que a este lado están en alerta.

—¿Cómo que los rusos? —pregunté—. ¿Aquí?

—Los rusos están en todas partes. Aquí están metiendo cizaña en Transcarpacia, que tiene ansias separatistas.

—¿En dónde dices?

—Transnistria, Osetia, Crimea, Transcarpacia. No lees los periódicos.

Lo dijo con el tono de quien empieza cada mañana hojeando la prensa. Nunca le había visto leer nada. Ni siquiera sabía si en su bloque tenía televisión. A lo mejor sí. No obstante, me parecía que todo lo que sabía lo sacaba de lo que oía y veía en la calle, de los rumores, cotilleos y recuerdos. Eso le bastaba. Me di cuenta de que, cuando nos separábamos, él volvía a su vida, de la que yo no sabía nada. ¿A lo mejor pasaba las noches navegando en Internet? ¿A lo mejor se aprendía de memoria todas esas historias; las grababa y luego las reproducía infinitas veces para no confundir ninguna palabra ni pasar por alto ningún detalle? ¿A lo mejor lo tenía todo escrito, grabado y clasificado día por día, hora por hora?

—Pero ¿cómo? —le pregunté a Józkowa aquella noche cuando bajábamos del desfiladero.

—Normal. Llegaron y empezaron a beber. Vinieron en un gran coche negro, cogieron la llave de aquella especie de Casa de Cultura donde en tiempos del PGR se instalaba el cine ambulante y se organizaban las verbenas, y se pusieron a beber. Allí no quedaba nada aparte de una mesa, así que estuvieron tres días y tres noches sentados a ella, bebiendo, y todo aquel que llegaba se les unía. Traían el coche lleno de todo, de embutido, de vodka, de cerveza, y tenían música, que retumbaba y por la noche no se podía dormir. Ya le digo, un jolgorio. Quien quisiera podía ir a beber y comer.

Y ellos, sentados a su mesa, miraban y se reían del fiestón que se había montado. A veces llamaban a uno o a otro, lo sentaban, le echaban vodka y le mandaban beber, cuchicheaban un rato y luego le mandaban levantarse y seguir a lo suyo. En tres días y tres noches creo que no se acostaron. Con la música hasta las ventanas tintineaban. Y empezó el bailongo. Eso era lo que querían. Que vinieran las chicas a bailar. Por si alguna no quería vodka, tenían vino. Pero ellos nada, seguían ahí sentados y no hacían más que mirar.

—¿Estuvo usted allí?

—Fui, claro que fui. Tenía que vigilar a mi gente. Al final fue todo el mundo, porque allí jamás habíamos visto nada igual. Tanta cantidad, y gratis, como en una boda. El Canas estaba sentado a la mesa y se veía que era él quien cortaba el bacalao. Sólo daba órdenes, que si tal, que si cual. Por ejemplo, que esta o que aquella

bailara para él. Pero no se crea que con cochinadas de por medio ya de buenas a primeras. No. Bailaban delante de él como en una película y él les metía algo en la mano o en el bolsillo. Igual que un señoritingo, observaba desde detrás de la mesa cómo se divertía la gente gracias a su dinero. A su lado, Wladzio parecía la mitad de grande.

—¿De qué se conocían?

—No lo sé. Pero supongo que de los viejos tiempos. De cuando se dedicaban al comercio ambulante.

—¿Con lo de los moldes?

—¡Qué va! De cuando iban al extranjero. El Canas se lo llevaba de ayudante. Rusia, Rumania, Turquía.

—¿Turquía?

—Turquía, corazón.

—¿Y qué?

—Pañuelos con bordados plateados.

—¿Y para los hombres?

—Jerséis, me parece que jerséis. Pero aquí no se vendían. Demasiado caros. Los pañuelos sí. Yo también tenía uno. Fue un regalo.

En el cruce donde terminaba el tramo de curvas y estaba la tasca me dio las gracias y dijo que se quedaba allí a ver si alguien la recogía. Le dije que la llevaba yo.

—Pero, rey, es que no tengo ni un pavo.

—No importa, basta con que termine de contarme lo de la boda.

—Pero voy a echarme otro pitillo —dijo—. Joder, con tanta lluvia esto casi no tira. Pero lo de la boda, pues como en cualquier boda. Incluso hubo tortas, porque el vodka era gratis. Pero no dentro. Les mandó salir. Dentro colocaron una mesita y dos sillas y los chicos podían echar pulsos. Les pagaba. Le pagaba al ganador. Y los demás apostaban, que si por éste, que si por el otro, pues eso, apuestas. Él les pagaba y ellos enseguida ponían el dinero en circulación. De tanto beber y tanto hacer fuerza algunos no aguantaban, se desmayaban, les sangraba la nariz. Los sacaban a la hierba junto al

arroyo, detrás de la Casa de Cultura. Y él, sentado a la mesa, se divertía y también apostaba por los que le parecían más fuertes. Jugaba con Wladek, porque ninguno de los de aquí tenía tanto dinero para competir con ellos. Y no dormían. O igual se turnaban para dormir, porque no se podía dejar a cuarenta borrachos: mujeres, hombres, chicas y chicos. De todas formas entre los arbustos a orillas del arroyo debió de pasar de todo. Esto fue en junio, por San Juan, y en primavera del año siguiente, bautizo tras bautizo. Y él, allí sentado, observaba y repartía dinero. Mejor dicho, él señalaba y Wladek lo repartía. Tenía un fajo de tres dedos de grueso y les iba dando: a ésta por el baile, al otro por el pulso. A los pendencieros los echaba. Podría decirse que era un mandón o un padrino de boda. Traía vodka y mandaba a los hombres abrir y escanciar. Traía embutido y las mujeres lo cortaban. Tenían un almacén entero en el coche. El segundo día, hacia el anochecer, llegó la *milicja*...**[25]**

—La policía.

—Tanto monta… Llegó. En el asfalto ya había sangre por todas partes. Detrás del viejo almacén, donde la curva y el barranco, abajo había dos coches estrellados, la ambulancia iba y venía constantemente. Habían llamado las madres. Aparcaron delante de la sala, con sus destellos azules. Entonces él se levantó de la mesa y salió a hablar con ellos. Dieron un paseo, él en medio, ellos a los lados. La cosa duró unos cinco minutos y, en cuanto volvieron, los maderos se subieron al coche, apagaron el pirulo y se fueron. Y él volvió a su sitio, mandó que subieran aún más el volumen y que corriera el vodka, vodka y más vodka, y entre el gentío también se fueron colando los niños y, aparte de las galletas y bombones que había, se dedicaron a acabarse los culines que quedaban, quizá botellas enteras, porque había tanta bebida que nadie llevaba la cuenta. Luego se quedaban dormidos en cualquier parte, en las cunetas, en la carretera, y había que irlos recogiendo, porque día y noche pasaban coches y motos de aquí para allá, de allá para acá… Las madres intentaron volver a llamar, pero allí ya ni contestaban.

Por la noche alguien encendió una gran hoguera junto al arroyo. Algunos seguían bailando en la sala, se movían ya como groguis, se balanceaban en el sitio, mientras los demás estaban tirados o sentados junto al fuego. A medianoche corrió la voz de que iban a prestar o a regalar dinero. En realidad no se sabe. Pero era Wladek el que lo iba pregonando. Gritaba que era un préstamo gratuito, sin intereses, a pagar cuando a cada uno le pareciera, bueno, en su estilo. Los otros no entendían ni papa, llevaban ya dos noches de farra, pero él, en su estilo, tiraba de labia, y luego unos fueron llevando a otros hasta la mesa donde ellos estaban sentados como un cónclave. Y allí les pagaban. O sea, les pagaba Wladek. Se acercaban y él les preguntaba: cuánto quieres. Y le decían. Entonces él sacaba la cantidad de un maletín de plástico, se la daba, apuntaba el nombre y les ponía el cuño…

Me vine aquí porque quería que ya no sucediera nada más. Así me lo había imaginado: cuanto más al sur, menos cosas ocurrirían. Tenía miedo y buscaba un lugar donde se me pasase, o al menos se apaciguase. Hace muchos años vi cómo del tejado de un edificio de seis pisos tiraban a un tío que, por aquel entonces, era para mí algo así como un amigo. Ni siquiera lo tocaron. Lo acorralaron entre tres, y él fue retrocediendo hasta que pisó en el vacío. Pero de todos modos lo habrían tirado. No hice nada. Ni me moví. Llovía y estaba oscureciendo. No me vieron y yo no hice el menor movimiento. Fue hace muchos años, pero lo recuerdo muy bien. Lo recuerdo cada vez mejor. Estaba tumbado, empapado y acurrucado. Se acercaba la Semana Santa y hacía frío. Desaparecieron enseguida. Esperé un rato y fui tras ellos. Abajo se había formado una multitud y destellaban luces azules. Sabía que tarde o temprano darían también conmigo. Por eso una semana después me vine aquí. Pensaba que sería como haber llegado a otro país en el que nadie podría encontrarme ni reconocerme.

Resina y petróleo. Así olía el aire de aquí cuando, tras una fría Semana Santa, llegó la primavera. Al principio me pareció que la ciudad estaba anquilosada, inmune a todo cambio. Como veinte o treinta años atrás. Inamovible, soñolienta, segura. Hay partes del mundo donde tiran a personas de los tejados y centellean las luces azules de la madera y de las ambulancias, y aquí, en cambio, a dos pasos de la plaza mayor hay gallinas escarbando en la tierra y se siente el olor de las jaulas de conejos. Mitad ciudad, mitad pueblo. Quería que siguiera siendo así por los siglos de los siglos. Creo que

la mayoría de sus habitantes quería lo mismo. Que los dejaran en paz. Quizá un buga mejor, una tele más grande, pero en general tranquilidad y que todo siguiera siendo igual que antes, pero un poco mejor. Dios los librase de cambios. Yo los entendía perfectamente. No querían pagar por algo que no habían pedido. Andaban con la mosca detrás de la oreja y, en vez de libertad, habrían preferido igualdad.

—Más alto que el culo no se puede cagar —dijo un día, y fue a buscar ayuda.

La Ducato, escorada, hacía girar desesperadamente la rueda delantera izquierda en la cuneta arcillosa. Habíamos salido de la ciudad rumbo al norte porque él tenía que ir a buscar no sé qué, cera barata, abejas a granel, pieles impermeables de oveja merina, otro de esos negocios del siglo que luego acababan en mi cobertizo criando bichos. Alguien le había dicho algo.

—¿Has llamado? —le pregunté cuando íbamos a salir.

—No tengo el número. Sólo es un trecho.

Así que allá fuimos. Rumbo al norte. Nada más salir de la ciudad, situada en un amplio valle, empezaban las estribaciones de una cordillera. Los lomos redondeados estaban cubiertos por un ajedrezado de campos y prados y sólo quedaban algunos bosquecillos, arboledas o matorrales aislados. Aparte de ello, nada más que la desnudez agraria y las finquitas desperdigadas por las colinas. Y toda una maraña de pistas de tierra que conectaban el asfalto con las casas. Algo nos explicaron por el camino, contando tantas a la derecha, tantas a la izquierda, y señalando a lo lejos. Nos habíamos alejado como un kilómetro de la carretera, que se extendía allá abajo, gris y estrecha como una cintita. La anchura de la pista era como para que pasara un carro, y no nuestro trasto. En una de las curvas que no conseguí tomar a la primera, quise dar marcha atrás para intentarlo en dos o tres maniobras y patinamos. La noche anterior había llovido y no tuvimos opción. Así que él fue

en busca de ayuda y yo apagué el motor, encendí un cigarrillo y me puse a mirar. La vista alcanzaba decena y media de kilómetros en todas direcciones. Y en todas direcciones, en todas las colinas, en todos los retazos de tierra había alguien haciendo algo. Tal vez cosechando, tal vez segando heno, no me acuerdo. Pero por todas partes aquel movimiento en miniatura en aquellos campitos estrechos e infantiles. Caballos, carritos, tractorcitos, remolquitos, triciclos de fabricación casera hechos a partir de motos. Bullía la faena de un modo hormiguil y al mismo tiempo poco serio. Como si fuera un juego. Como en un teatrillo. Sudaban y se esforzaban como hacía cien o doscientos años, pero ya era la última vez. Iban a desaparecer. Nadie les había preguntado su opinión. Así que se levantaban cada mañana en sus casitas y salían al patio a ocuparse de los animales, intentando creer que así sería siempre. Que, al igual que hacía cien, doscientos, trescientos años, seguirían llevando el ganado a pastar a las colinas. Me puse a contar: aquí dos, allí tres, allí unas cinco vacas. Y cada casa, cada finca era como una pequeña arca de Noé a la deriva. Autosuficiente con todas aquellas gallinitas, puerquitos, hileritas de patatas y de centeno, colina tras colina, loma tras loma, expuesta a los vientos, lluvias y nieves, pegada a la tierra como una migaja, como un nido de golondrina. Todo aquello iba a perderse. A morir de vejez para siempre.

Emergieron tras una elevación. Él y un hombre con un caballo. La furgoneta no tenía gancho en la parte delantera. Enrollé la cadena al de remolcar, subí, arranqué, y el viejo le dio un latigazo al gran capón negro. El morro del vehículo saltó de la cuneta, pero me quedé atravesado en diagonal.

—Si le pegamos un tirón a la parte de atrás, ¿llega?

—Me temo que no —contesté—. Hacia delante no hay espacio, y para el otro lado, medio kilómetro marcha atrás por este camino, pues va a ser que no.

—Pues le damos la vuelta.

—¿Cómo?

—Normal. La cuneta de la derecha es menos profunda, la parte de atrás es más ligera, así que le podemos dar la vuelta poco a poco. Usted suba y mantenga pisado el freno para que no se nos vaya el morro al foso.

Hice como mandaba. Le oí arrear al caballo y sentí un tirón. La parte trasera de la furgoneta resbaló a la cuneta, pero el caballo, salpicando barro, tiraba del abdomen del vehículo. En dos minutos me encontré girado con el morro apuntando cuesta abajo. Cuando me bajé, la cadena ya estaba desenganchada y el viejo se disponía a marcharse. Wladek le preguntó si le debíamos algo, pero él sólo hizo un gesto con la mano. Empezaron a subir, atajando por los prados. El viejo y el caballo. Caminaban al mismo ritmo. Con paso pesado y ahorrativo, reduciendo todo movimiento al mínimo imprescindible. Cuando alcanzaron la cima de la elevación, sus siluetas se oscurecieron sobre el fondo del cielo azul. Por un momento fueron dos sombras negras, hasta que por fin desaparecieron.

Estaba a solas, fumando. Tenía las dos ventanillas bajadas, pero aun así sudaba. Desde hacía un tiempo sudaba cada vez más. Puede que fuera la vejez. Puede que hubiera empezado a sudar a causa del alcohol, el tabaco y la vejez. Debería renunciar a algo. A veces lo pensaba. El también sudaba, pero es que estaba gordo. En cuanto entramos en el patio bajó de la Ducato y, subiendo de dos en dos los escalones de la ancha escalinata, entró. Pero yo no quería bajar. Abrí las ventanillas y me quedé fumando, esperando a ver qué pasaba. No habíamos esperado más que un momento junto al portalón de hierro y enseguida nos dejaron pasar. Vino un tío en chándal, abrió, ni siquiera nos miró y cerró enseguida. Tenía una panza prominente. Llevaba unas chancletas azules de goma. Al caminar levantaba un poco de polvo, porque el patio estaba parcialmente pavimentado con losas de cemento, pero todo estaba lleno de arena, cubierto de un polvillo arcilloso, de barro seco. Sobraba espacio para que un camión de los grandes diera la vuelta. Era ya media tarde. El camino desde Medziborie nos había llevado cinco horas. Cinco horas y tres países. Holanda, Bélgica y Luxemburgo. El último tramo estaba lleno de baches y la furgoneta se bamboleaba como un barco. Allí sentado, fumando, miraba aquella gran casa que parecía salida de un sueño. Ya de lejos se veía brillar la chapa plateada. Pijaditas, ventanas en voladizo, torrecillas, almenas, gárgolas, un desbarajuste absoluto y, encima, cegador como un foco halógeno. Todo nuevecito. Columnas, cornisas, yeso o alguna piedra blanca, tres pisos con buhardillas y dos alas más bajas, en conjunto formando un semicírculo alrededor de aquel patio palaciego por el que pululaban gallinas y patos en

busca de charcos. Debían de salir de las alas laterales, porque de allí venía un pestazo a animales. Parecía la pocilga del palacio o algo por el estilo, como si el que allí vivía quisiera tenerlo todo a mano. O como si estuviera acostumbrado a vivir con los animales al otro lado de la pared y no pudiera dormirse sin algo que le gruñera y le apestara. Las ventanas de la planta baja del edificio principal medían tres metros de altura y constaban de unos veinte cuadrantes cada una. En el primer piso, sobre la entrada, había una gran terraza semicircular con una barandilla de piedra y tres jarrones de piedra al gusto de la Antigüedad. A la derecha de la entrada, junto a una puerta pequeña, estaba sentada una mujer mayor fumando un cigarrillo en una boquilla dorada y pelando patatas. Llevaba un vestido negro hasta el suelo. Según pelaba las patatas las iba echando en un cubo rojo de plástico. Pensé absurdamente que aquel año todavía no había probado las patatas nuevas. O a lo mejor sí, pero eran viejas y no me había dado cuenta. Luego pensé que debería irme. El portalón sólo estaba cerrado con un pestillo. El de las chanclas había desaparecido. Debería dar la vuelta y salir a aquella carretera llena de baches, y en cinco horas estaría en Medziborie, y en ocho en casa. Sacaría del armarito el whisky turco y me agarraría una buena cogorza, me quedaría dormido y ya por la mañana pensaría qué hacer. Pero seguía sentado fumando en el patio de aquel Louvre rumano. Sabía que hacía mal, pero no tenía fuerzas para hacer otra cosa que estar sentado y sudar. A lo mejor es que me daba miedo volver solo. Nunca había llegado tan lejos solo. Todo el puto Benelux subcarpático. Entonces lo vi bajar lentamente por la escalinata, sentarse en el último peldaño y encender un cigarrillo. Estuve un buen rato dudando si salir, pero terminé por hacerlo.

—No está el hijo de puta —dijo.

Al fondo del patio, bajo el alero del tejado de uno de los pabellones laterales, había varias tragaperras. Unas encima de otras, destrozadas, destripadas.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Los que hay dentro.

—¿Y qué más te han dicho?

—Que esperemos.

—¿Y en qué idioma te lo han dicho?

—En rumano.

—¿O sea? ¿Cómo se dice en rumano *esperar*?

—¡Cómo voy a saber cómo se dice *esperar*!

—¡Si te lo han dicho!

—¡*Asteptati* se dice, joder!

—¿Lo ves?

Estaba delante de él, mirándolo dar caladas al cigarrillo hasta que el papel se ponía amarillo. Me entraban ganas de darle una patada. De arrancarle, de un puntapié, esa truja de la manaza sucia, para que comprendiera por fin que con sus sempiternos cigarrillos, sus tragos cronometrados y su estúpida cháchara no hacía más que aplazar el fracaso. Que cuanto más lo posponía, más inevitable se volvía. Pero seguro que lo sabía, así que podía arrearle la patada únicamente por ira, y no con fines educativos. El siempre iba un paso por delante, y yo correteando detrás.

—Cuando te esfuerzas, eres capaz. *Asheptachi*. Hasta suena bien.

—Que te cagas. Digno de Mickiewicz —contestó, mandando la colilla entre las gallinas.

Una de ellas la cogió con el pico, pero enseguida la escupió. En la arena vi una sombra negra. Me giré. Era la vieja, que había acabado con las patatas y se había acercado. Por hacer algo, me senté al lado de él. Ella empezó a decirnos algo en la bella pero incomprensible lengua de aquel hospitalario país. Hablaba y estiraba la mano.

—Dile que no tenemos dinero —gruñí en voz baja.

La vieja no paraba. Se dirigía una vez a mí, otra a él, extendiendo todo el rato una mano arrugada y oscura cuya palma, sin embargo, era rosada.

—Dile, joder, que somos polacos pobres y que no hablamos rumano.

No se callaba ni un instante. Su voz subía y bajaba como si fuera la milésima vez que pronunciaba aquel discurso. Como una letanía.

—Pero si ya ve que no lo hablamos —respondió.

—Pues que se vaya a la mierda y a mendigar a otra parte —dije en voz alta.

—No está mendigando. Quiere leerte la mano.

—¿Por qué a mí?

Pero por lo visto estaba decidido, porque la vieja se acuclilló y me cogió la mano. La suya era seca y dura. Me giró la muñeca y empezó a hablar con su monótona voz de rezo. Medio minuto, un minuto. Venían las gallinas, giraban el cuello y aguzaban su oído gallináceo. Los patos también interrumpieron su caminar en busca de charcos y formaron un amplio círculo. Se hizo el silencio absoluto y el parloteo reverberaba contra los muros del palacio. Sentí que su uña me hacía cosquillas en la palma de la mano, pero me daba miedo mirar, así que clavé la vista en las alas del palacio, de las que llegaba aquel hedor. Por fin pregunté qué estaba diciendo.

—Nada —contestó—. Te está adivinando el futuro.

—¿Y qué ve? —seguí indagando sin apartar la mirada de las puertas entornadas del establo.

—No irás a creer en supercherías —dijo irritado y, como de costumbre, para ganar tiempo empezó a tantearse los bolsillos.

La vieja esperó a que sacara la cajetilla y estiró la mano. El le dio uno, ella lo partió por la mitad y el pedazo sin filtro lo metió en una boquilla dorada que, a diferencia del cenutrio aquél, sacó de algún recoveco de la ropa con un movimiento rápido. Fumaba y hablaba. Me echaba el humo en la cara. Yo seguía sin poder mirarla. Nadie me había predicho el futuro hasta entonces. No me hacían falta profecías. Era él quien tendría que escucharlas.

—Demasiado rápido. No le entiendo casi nada, es que habla raro, tiene un acento como que…

—Pero ¿qué?

—Todo el rato repite *alb corb, negru porc*. No sé qué de un cuervo blanco y un cerdo negro. Un cerdo negro y un cuervo blanco.

Todo el rato.

Ahora yo también lo oí. A cada diez o quince palabras, se repetían esas cuatro. *Negru* y *alb, porc* y *corb*. Debía de ser eso lo que las gallinas y los patos escuchaban con tanta atención. Se acercaban cada vez más.

—¿Qué cerdo?

—En general. Un cerdo negro.

—¿Y eso qué significa? ¿He de tenerle miedo o me va a traer suerte?

—Pregúntale a la adivina, no a mí —dijo, se levantó de golpe y fue hacia el portalón.

Ahora ya no me quedaba más remedio que mirarla. Parecía la muerte sonriendo. Daba sonoras chupadas a la boquilla como si fuese una pipa y me miraba a los ojos. Me recorrió un escalofrío, pero ella sólo me cerró la mano, como guardando algo dentro. Como si tuviera que llevarme algo y no soltarlo. A continuación se levantó y, mientras se alejaba, dio un soplido en la boquilla para expulsar los restos del cigarrillo. Una migaja humeante cayó entre las gallinas y se apagó, y enseguida las aves echaron a andar tras la vieja.

Quería irme. Observaba su figura junto al portalón mientras esperaba a que se fuera a algún sitio, a que desapareciera, a que le entraran ganas de darse un garbeo. Quería hacérselo. Que, al salir de algún lado, no viera en aquel puto patio más que polvo. Aquel día lo odiaba de verdad. Allí estaba mirando entre los barrotes de hierro. Subí a la cabina para estar más lejos de él. Puse la radio y, sin pensar, fui cambiando de emisora. Rumanas, húngaras, ucranianas. Las más chungas eran las ucranianas. Musiqueo discotequero ruso de lo más deprimente y anuncios. Sin parar. Petardeo, voces de tías chillonas y una retahíla de mierdas que había que comprarse necesariamente. Eso era lo más estúpido, así que subí el volumen y me puse a escucharlo. Miré en la guantera. Le quedaba más de media botella. No recordaba si aquel día había bebido. Estaba tan acelerado como si hubiera destilado algo en su interior. Como si tuviera en el cerebro a un pequeño químico. Aunque puede que

hubiera bebido sin que yo me diese cuenta, pues en todo el camino no lo había mirado. Ahora andaba dando vueltas junto al portalón. Unos pasos para aquí, unos pasos para allá. Solo, asustado y enfadado. Ya no tenía a nadie. Yo tampoco, pero me acababan de leer la mano y había decidido esfumarme. Significase lo que significase la lectura. Estuve esperando a que se marchara hasta que por fin llegó el momento. Para aquí y para allá hasta que perdió la paciencia. Se encaminó a donde sus colegas del *asheptachi*. Dijo algo que no llegué a oír y volvió a subir corriendo la escalinata. Esperé un momento. Apagué Ucrania. Me lo imaginé adentrándose en el palacio, cada vez más lejos de la entrada, sumergiéndose en un silencio y una oscuridad cada vez mayores, contuve el aliento y giré la llave. Tres, cuatro, cinco vueltas y el motor diésel empezó a traquetear. El eco reverberaba contra las paredes. Lentamente me dirigí al portalón. No salió nadie, nadie asomó la cabeza. Por el retrovisor veía a las gallinas. Ni siquiera levantaron la cabeza. Diez, quince, veinte metros y estaba junto al portalón. Me parecía que la tierra y las paredes vibraban, que las vibraciones se expandían desde el volante, desde el motor, y resonaban de tal manera que enseguida empezarían a desprenderse las cornisas de estuco. Pero me bajé y me acerqué al portalón de hierro. El cerrojo estaba desgastado por el uso y parecía mucho más viejo que el portalón y todo lo demás. Debía de haber sido adoptado en la chatarrería. En cualquier caso se descorría fácilmente y sin rechinar. Las hojas del portalón se abrieron por su propio peso. Volví a la furgoneta y me puse en marcha. Sin apresurarme especialmente, pero pronto sentí que hincaba el pie derecho en el suelo, y la aguja del cuentarrevoluciones pasó del cuatro. Cambié de marcha y solté el aire de los pulmones. Entonces vi cómo enfrente de mí, a un kilómetro o quizá menos, se levantaba una polvareda amarilla. Y luego divisé dos todoterrenos. Iban el uno al lado del otro, a todo lo ancho de la carretera, por lo menos a cien. No se distinguía el color. Sólo relucían al sol los fragmentos de parabrisas que quedaban al alcance de las escobillas. Paré y cerré las ventanillas.

Hoy, día 22, de madrugada ha llegado el frío de verdad y ha caído la primera nevada. Desperté aterido. La estufa de la cocina se había apagado del todo. Por la ventana entraba una luz clara y fría. Los sonidos de la ciudad llegaban amortiguados. De alguna manera me recordaba a la infancia. Pero también a un día de hace muchos años en el que lo que hasta entonces había sido mi vida resultó haber terminado. Entonces también estaba todo blanco y en silencio y yo me hacía el remolón en la cama. Pero todo aquello lo había absorbido el pasado y ahora me desenterré de las mantas, me arrodillé junto a la estufa y empecé a preparar las astillas para encender el fuego. Notaba el frío, pero me alegraba del cambio de tiempo, pues me parecía que por fin las cosas habían tomado el rumbo adecuado. Así que, una vez la leña hubo prendido el carbón, atravesé el gélido corredor y fui hasta aquella habitación. Decidí encender también la estufa de allí. Para tener más espacios calientes en la casa y poder pasar de un cuarto a otro en vez de estar recluido como un preso en la cocina a causa del frío. De todos los trastos no quedaba más que el reloj de pie. Me había parecido demasiado valioso, o tal vez demasiado frágil para cargarlo y llevármelo junto con todo lo demás. Estaba arrimado a la pared entre dos ventanas. Al lado de la estufa había un montón de astillas listas, y al cabo de diez minutos ya ardía el fuego. Abrí la tapa de cristal. En un estante bajo la esfera encontré la llave. Simplemente tanteé con los dedos y allí estaba. La introduje en un agujero redondo con un pivote cuadrangular. Encajaba. Sentí la resistencia del resorte y empecé a girar la llave. Tras unas cuantas vueltas empujé suavemente el

péndulo. El mecanismo se puso en marcha. La oscura caja de madera resonaba quedamente. La aguja segundera recorría el disco. Todo funcionaba. Me senté junto a la estufa, encendí un cigarrillo y me quedé escuchando esos sonidos: el tictac del reloj y el crepitar del fuego bajo la chapa. El calor empezó a propagarse por la habitación. Me puse a pensar en la anciana que en toda la guerra no vio a un solo alemán ni oyó un solo tiro. Era una niña pequeña a la que mantuvieron a salvo. Creo que desde hacía un tiempo yo esperaba sus visitas. Lanzando miradas a la cancela de tanto en tanto. Ahora quería que viniera y me dijera qué hacer con el reloj. De todos modos era casi un milagro que, tras tantos años expuesto al frío y a la humedad, se hubiera dejado poner en marcha. Valía más que todos los demás trastos que había sacado de allí. Eso me parecía. Pesado, macizo, alto como una persona, sin chapeados ni apliques, con leones y grifos tallados en la oscura madera. A la esfera, de porcelana, iban fijados números de latón. La llave también era de latón.

Eché más carbón, cerré la portezuela de la estufa y volví a la cocina. Allí también añadí dos paletadas, me abrigué y salí.

Me acordaba de todo. No quería, pero todo volvía. Desde los días más remotos. Venía solo. Como si fuese más importante que el presente. No sabía por qué. Era así, sin más. Al mirar al Canas veía a otros tíos que había conocido antes y que me habían provocado miedo. La mayoría eran tontos y seguros de sí mismos, pero esa seguridad suplía todas las demás cualidades que antiguamente eran necesarias para vivir. Ahora, al mirar al Canas, le envidiaba aquella tranquilidad animal. Estaba sentado de espaldas a la ventana y sólo se veía su gran silueta oscura. No se movía. La habitación era muy grande. Nos separaban al menos quince pasos. Sus dos esbirros se habían apostado cerca de la puerta. El techo con fruslerías de escayola estaba a unos cinco metros. Sobre el suelo de cemento había una alfombra gruesa. Amortiguaba el eco. Pero aun así no conseguía entender sus palabras. Como si hablase en varias lenguas al mismo tiempo. Algunas palabras las entendía, otras un poco y otras en absoluto. Como si hablase en turco. Que por qué no habría de hacerlo. Wladek estaba a mi lado, sentado en una silla blanca igual a la mía, retorcida como imitando antigüedad o elegancia. El sí entendía, porque intervenía e interrumpía al Canas. Y también utilizaba una mezcolanza, aunque más simple, porque me costaba menos entenderle. Hablaban de chorradas, del tiempo, de qué tal la vida. Dos viejos conocidos. El Canas estaba sentado, enorme y corpulento, y daba la sensación de que sus palabras tardaban mucho en llegar hasta nosotros a través de la habitación, de tan pesadas y lentas. Hablaba como haciéndonos un favor. Lo habíamos cabreado, pero no dejaba que se le notase. Uno de los esbirros trajo una

botella de plástico de medio litro de cerveza Ursus y dos vasos. Los puso en una mesita, desenroscó el tapón y los llenó. Oí a Wladek mascullar: «Bebe, por tus muertos…». Me encogí de hombros. Al fin y al cabo estábamos de visita. Me la bebí de dos tragos y enseguida me eché más. Estaba fría y rica. Volví a beber. Yo no tenía nada que ver con aquello. Estaba oscureciendo, pero nadie encendía la luz. Saqué los cigarrillos. Ofrecí, pero nadie quiso. Cuando entré en el patio, y los todoterrenos negros detrás de mí, el de las chanclas de plástico cerró el portalón, pero esta vez echó la llave y se la llevó. Nadie me dirigió una palabra. Caminaba detrás de Wladek y hacía lo que él. Ahora estaba fumando y escuchándolos hablar de la venta de trapos usados. Sí. De eso hablaban. El Canas se reía y le preguntaba qué perspectivas había y cómo iba el balance.

Y aquel imbécil le contestaba de verdad. Le hervía la sangre, pero ahí estaba, patatín patatán, las piernas cruzadas, el cigarrillo, y que si en realidad no es que sea un gran negocio, pero a día de hoy y con las inversiones correspondientes a cualquier cosa se le puede sacar dinero, y enseguida soltó lo de la flota del Danubio, los almacenes flotantes, y el otro incluso dejó de hablar por un momento y se puso a escuchar. Ya estaba pensando qué hacer con esa idea en el futuro. Porque era de esos tipos para los que el mundo se compone de oportunidades. Su madre, si es que tenía madre, lo había parido para que no desperdiciase esas oportunidades. Alguno de los secuaces encendió por fin la luz. Lina araña de metal dorado con un ventilador. Ahora pude verlo. Tenía una cara enorme. Le crecía con la edad. Tenía las piernas cruzadas. De la pernera sobresalía una mariconada de zapato con la punta más larga que un día sin pan, una de esas babuchas que llevaba últimamente la gente de éxito. Brillaba como los huevos de un perro y costaba la mitad de un salario medio. Hizo un gesto a los esbirros y uno de ellos desapareció. Empezó a pasearse por la habitación. Caminaba y discurseaba. No comprobaba si alguien le estaba escuchando. Caminaba y peroraba. Escuchando sus propias palabras. Admirando sus propios zapatos. Comprobando si brillaban

lo suficiente. Aprovechaba la ocasión de poder desfilar un rato en aquel agujero. Se ponía en jarras, daba diez pasos, media vuelta, ¡ar!, diez pasos, media vuelta, ¡ar!, sin interrumpir el discurso. Wladek intentaba decir algo, pero él lo contenía con un gesto del brazo estirado. Una especie de «quédate ahí sentado y espera». Y, en efecto, Wladek se desplomaba en la silla como empujado por una mano invisible. Era la primera vez que veía que alguien no le dejara tomar la palabra. Era la primera vez que lo veía perder en su especialidad. Y, encima, por un KO abusivo.

A la media hora ya entendía su jerigonza. No había mucho turco en ella. Hablaban más bien en un ucraniano-eslovaco retorcido. Un poco en rumano y en húngaro. Palabras sueltas, más para fardar que para decir nada. Volvió el esbirro y tras él entraron dos mujeres tapadas hasta los tobillos y con pañuelo en la cabeza. Arrastraban la mirada por el suelo y no les pude ver la cara. Traían comida, la pusieron ante nosotros y se fueron enseguida, igual de silenciosas. Al salir dejaron el olor de aquella noche. Era débil, las habían lavado, pero lo percibí. En una olla de acero cromado humeaba un guiso de carne con patatas. El Canas les indicó con un gesto a los forzudos que se fueran, y a nosotros que nos sirviéramos. Nos trajeron también vodka y cerveza. Me puse un chupito, me lo tomé y lo bajé con cerveza. Me serví del guiso y empecé a comer. Estaba buenísimo. Con sustancia y bien aderezado. Wladek también se tomó un vodka, pero no tocó la comida.

—Dile que te preste para el primer barco —dije en voz baja cuando el otro estaba en el extremo más lejano.

—Come —contestó—. Come y calla.

Me serví otro trago y me lo tomé. Todo aquello se iba volviendo cada vez más irreal. El Canas se paró junto al escritorio que había en una esquina de la habitación y encendió el ordenador. Cuando tecleaba, en su cara se reflejaba el resplandor del monitor. En el rincón opuesto de la sala había un enorme televisor plano y los altavoces molones de un *borne cinema*. La pantalla destelló un instante y enseguida se apagó. El Canas dejó el ordenador y

reanudó el desfile y el discurso. Entendí que le estaba proponiendo trabajo a Wladek. Le decía que trabajara para él, porque las personas, ya fuera nuevas o usadas, eran el negocio del futuro, mientras que la compraventa de cosas se iba quedando irrevocablemente anticuada. Eso dijo, o eso entendí yo después de haberme tomado cuatro tragos de los grandes. Pero debió de decir algo parecido, pues no pude habérmelo inventado de la nada. «Las personas son el futuro». *«Ludy eto buduchnost»*. No pude habérmelo inventado. Entonces Wladek contestó que no tan pronto, que todavía duraría. A esto el Canas respondió que mejor ser el primero que el último; y Wladek, que no se trataba de una carrera y que él se dedicaría a lo suyo, y no a preocuparse por no sé qué profecías. A lo que el otro contestó algo así: —Es que con vosotros es siempre igual. Empezar las cosas sabéis, pero terminarlas ya no. ¿Cómo decís vosotros? ¿«Con lo bien que comía va y se muere»? ¿Sí? Tenéis talento, pero alguien debería agarraros de las orejas.

—¿A quién coño te refieres? —preguntó Wladek levantando la voz y ya se disponía a ponerse en pie, pero el otro sólo sonrió y repitió aquel gesto suyo como de adiestrador: ¡siéntate!

—Mírate y te darás cuenta. Empezamos juntos, *da?* Y mira dónde estás tú y dónde estoy yo.

A esto Wladek, otra vez agazapado y a punto de saltar: —¿Y cómo estás tan seguro de que yo quería seguir tu camino? A lo mejor para mí esto es un antro de mierda, ¿eh? ¿No lo has pensado?

Entonces el Canas se fue hasta el final, hasta más allá del escritorio, hasta que casi lo perdimos de vista, y después, despacio, con las manos en los bolsillos, fue volviendo en completo silencio. Y cuando estuvo de vuelta, se plantó delante de Wladek como haciéndole un honor, pero con asco. Se puso tan cerca que olí su sudor. Lo que había comido se me subió a la garganta.

—Si esto es un antro de mierda, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Por qué te comes mi carne y te bebes mi vodka?

Ahora el silencio se hizo absoluto. No oía nada, tan sólo sentía aquella peste. Allí estaba él, de pie, balanceándose sobre los

tacones, incluso había sacado las manos de los bolsillos y estaba esperando. Esperó un buen rato, porque Wladek alargó lentamente la mano a por el chupito, se lo tomó, echó cerveza en el vaso, esperó a que bajara la espuma, terminó de llenarlo y sólo entonces le dio un sorbo.

—Pues porque éstas son las circunstancias, Canas —dijo tranquilamente. Y después, cuando el otro se movió, cuando empezó a tomar aire, concluyó—: Tienes una opinión demasiado elevada de ti mismo.

El Canas retrocedió, fue lentamente hasta el sillón y se sentó. Su enorme cara se había puesto roja. Estuvo un momento sentado sin moverse y luego volvió a poner una pierna sobre la otra para enseñarnos sus zapatos. O puede que él mismo quisiera mirarlos.

—Habla entonces —dijo con indiferencia.

—No te hagas el gilipollas. Lo sabes perfectamente —contestó Wladek con la misma indiferencia—. Sabes muy bien, camarada, lo que me trae por aquí. Sabes muy bien a qué he venido, así que no te hagas el gilipollas conmigo, ¿vale?

—Lo sé. Ven —dijo levantándose.

Fue hacia la puerta, y nosotros tras él. El picaporte estaba alto como en un palacio presidencial. Antes de que lo accionase, la puerta se abrió sola. Al otro lado estaban los dos gorilas con chándal. Debían de estar a la escucha, atentos al más mínimo ruido. Echamos a andar por un corredor, y los otros pegados a nuestras espaldas. El pasillo estaba bastante oscuro y las paredes estaban llenas de protuberancias. Una bombilla aquí, una bombilla allá, débiles, pero bastaban para ver que el primer piso parecía un sótano. La pintura se descamaba y el olor a humedad se mezclaba con algún otro hedor. Pasábamos por delante de puertas de metal gris carcelario y de plástico con pretensiones de madera labrada. Diez, veinte, treinta, iba contando los pasos y me daba que ya nos habíamos salido del edificio principal. El corredor seguía adelante y giraba a la izquierda, como si nos dirigiéramos a la parte trasera de la residencia aquélla. El suelo era de cemento y por las paredes

discurrían cables negros. El Louvre ya se había acabado hacía rato. El Canas no había mirado atrás ni una sola vez. A mis espaldas oía un acompasado crujir de suelas. Luego la pared de la izquierda desapareció y nos encontramos en una especie de galería o de balcón. Allá abajo estaba a oscuras, pero enseguida alguien encendió la luz. El Canas se acercó a la barandilla y apoyó el pie en un travesaño. Vimos gente. En una especie de pasarela. Al fondo había una puerta, como si vivieran allí, o al menos tuvieran donde refugiarse. Pero había varias personas sentadas o de pie tras una valla de alambre que ni siquiera era alta. Mediría alrededor de un metro y medio. Cinco o seis personas. Uno de los esbirros gritó algo y de la puerta salieron otras cuatro. Echaban la cabeza hacia atrás para mirarnos. Hombres y mujeres. Oscuros y sucios. Pero probablemente algo más grandes que los pequeñajos de la otra vez. También apestaban, pero el olor humano se mezclaba con algo más.

—Pasear y descansar —dijo nuestro anfitrión—. Te llevas a estos también y estamos en paz, *shto?*

—¿Adonde? —preguntó Wladek.

—*Via Hungaria nach Óstraich*.

—¿Para que me vuelvas a joder?

El Canas apoyó los codos en la barandilla y miró hacia abajo. De las tinieblas emergió un cerdo negro y a continuación otro. Se acercaron a la valla, levantaron el hocico y empezaron a olfatear. La gente retrocedió hacia la puerta.

—Pero ¿tú qué te piensas? ¿Que tienes alguna otra opción?

El Canas sacó una cajetilla de Marlboro rojo. Cogió unos cuantos y los tiró abajo. Cayeron dentro del cercado, justo al lado de la valla. Dos de los morenos fueron a recogerlos. Los cerdos se lanzaron contra la malla de alambre como perros. Los otros, a gatas, agarraron los pitillos y volvieron rápidamente donde los suyos. Se oyó un chillido y un restallido metálico. A los gorilas les hizo mucha gracia. Y luego el Canas le dijo a Wladek que no le quedaba otra salida.

Y que si quería podía prometerle cualquier cosa a Wladek y luego de todos modos haría lo que le viniera en gana. Se la entregaría, se la quitaría, puede que enseguida, puede que al cabo de un tiempo, cuando todos se hubieran olvidado y pensaran que la cosa ya iba a quedar así. O puede que no, que solamente ese viaje y todos serían felices y comerían perdices. Puede que sí, puede que no. Él no tenía por qué dar su palabra ni por qué mantenerla. Y cuanto antes Wladek lo comprendiera, mejor. Ésas eran las reglas o, mejor dicho, la falta de ellas. Todos vivían felices o no. Por ejemplo, allí metidos. Y con la cabeza señaló el cercado.

Wladek no decía nada. Fumaba y miraba el lomo negro de los cerdos, las figuras en la penumbra, la brasa del cigarrillo que circulaba entre ellas.

La gente mayor caminaba con mucho cuidado. Antes de que diera tiempo a quitar la nieve, los transeúntes la habían pisoteado y ahora, vitrificada y blanca, brillaba traicioneramente. Caminaban a pasitos con bolsas en la mano. Había que darse prisa para que diera tiempo a todo antes del día de la Natividad del Señor. El asfalto estaba negro y mojado. Debían de haberlo rociado con sal al amanecer. Hacía sol. Un aire gélido y seco, procedente de Siberia o del Ártico, se había detenido sobre la ciudad. La nieve que cubría las ramas de los árboles no se derretía. Yo caminaba con el mismo cuidado que los ancianos. El invierno era para ellos una maldición. Tenían que subir el carbón de las carboneras y rellenaban las dobles ventanas con algodón o harapos inservibles. Escuchaban villancicos en la radio y tiritaban de frío. Encendían la estufa eléctrica y miraban cómo se sucedían los números en el contador de la luz. El Señor vino al mundo en países cálidos y allí difundió la Buena Nueva. En el Evangelio no dice nada de que puedes darte la gran morrada en el hielo y hacerte polvo para siempre, no dice nada de la osteoporosis. Y a pesar de ello van por todas esas cosas, pasito a pasito, y luego las llevan calle abajo por las aceras vidriadas. Aquí y allá alguien esparce arena y el peligro disminuye un poco. Así que yo iba caminando con el mismo cuidado que ellos. Estábamos bajo cero, pero me daba miedo meter las manos en los bolsillos. En una piscina de lona tenían carpas para la cena de Nochebuena. En los bordes se iba formando hielo. Los peces se movían como dormidos. Estaban vivos, pero su sangre pececil estaba a un grado o dos sobre cero. Al sacarlos y dejarlos en el suelo dejaban de moverse. Los cubría una

fina capa de hielo. Varios hombres con escaleras de mano extendían cordones de bombillas de colores entre los árboles. Uno subía y otro sujetaba la escalera. Me propuse volver por la noche a ver las luces. Al fin y al cabo, la Navidad es la Navidad. De pequeño me imaginaba el desierto, el cielo azul marino y las estrellas. La Virgen era una especie de beduina envuelta de pies a cabeza en una túnica. El calor abrasador y las tormentas de arena. Era capaz de domar a un camello y de pasar un día entero sin beber. De otro modo no habría sobrevivido. Ni ella, ni su hijo, y no existiría el mundo con la carpa, el *higos* y los árboles de Navidad chinos. Así que tenía que ser fuerte como una beduina. De caderas y muslos poderosos para montar a camello y dar a luz a un niño sano. Resistente al calor como una tuareg. Con los brazos y la cara tostados por el sol. Una auténtica diosa. Así pensaba porque se acercaba la Navidad. No iba a la iglesia, pero pensaba en esas cosas. Cuando llegaba el momento, me emborrachaba a solas y pensaba en la Virgen. Era mejor que la misa. El calor, el desierto y la soledad. Las serpientes y las cucarachas. Belén no era más que un poblacho en el fin del mundo. El más mísero de todos los poblachos de por allá. Un montón de ladrillos de adobe secados al sol, tejados de paja, y mierda de vaca para alimentar el fuego. Y encima esos pastores, cabreros, arrieros de muías y de camellos, nómadas, sucios cowboys de Palestina, salvajes y fogosos. Puedo imaginarme cómo invaden aquel barrio de chabolas de Belén, aquel montón de casuchas de barro con techo de paja, y se encuentran con una mujer. La primera que han visto en meses. Y ella simplemente se levanta y los echa, les manda (en hebreo, en arameo o lo que sea) a tomar por culo, no vayan a despertar al niño. Morena y fuerte como una diosa, pero esas historias no las cuentan en las iglesias, por eso no voy, ya que prefiero beber a solas e imaginarme todas esas cosas que fueron en el principio.

Giré a la derecha. Delante del tablón de las esquelas no había nadie. Quizá no había muerto nadie y no había de qué hablar. Los viejos esperaban hasta la primavera, hasta que se descongelara la

tierra. En el escaparate de la tienda un letrero anunciaba que había promoción de obleas y se podían comprar tres paquetes al precio de dos.[26] Oí los sonidos de la música andina. Estaban en la esquina de siempre. Ni siquiera fingían tocar en medio del frío. Simplemente daban pasos al ritmo de la música, apiñados junto al bañe. Iban disfrazados de Papá Noel. Uno, sobre la chaqueta roja, llevaba echado un poncho. Cuando estaba pasando a su lado sonó mi teléfono. Nunca lo hacía. A veces me llegaban mensajes. De la sensual Yola o de Beata la cachonda. O para que me comprase un coche, porque habían bajado de precio. Aparte de los vendedores y las putas virtuales, nadie tenía ese número. Sentí un pitido a la altura del pecho. A los pocos minutos se repitió. Para entonces ya estaba abajo, mirando la explanada del parque de atracciones y los bloques de cuatro pisos construidos sobre el terraplén. No había cogido las gafas. Sin embargo, sabía que las putas no mandaban un mensaje detrás de otro, así que por fin lo saqué, estiré el brazo para alejarlo y leí: «llamame. wladek».

El gorila me indicó una madriguera tras una puerta metálica. Me metí a rastras en el camastro y me hice un ovillo. Luego me puse boca abajo y el centrifugado paró un poco. Daba vueltas la casa, el patio, la carretera, el estado húngaro, el eslovaco y las últimas dos semanas. Había vomitado por el camino, pero aun así todo me daba vueltas. Me había bebido más de medio litro de vodka y un cubo de cerveza. Era ya noche cerrada cuando intenté levantarme de la silla. Si no fuera por la escolta, me habría caído a la alfombra. Ellos se quedaron allí. El Canas estaba otra vez jugueteando con el ordenador y enseñándole algo a Wladek en aquel gran televisor de pantalla plana. Pero no logré entender qué. Mi vista ya no alcanzaba hasta allí. Pensé que si me emborrachaba, todo se aclararía por sí solo. Pero ahora todo me daba vueltas. El catre apestaba. Las mantas eran ásperas y tiesas. Intenté recordar qué era aquello del televisor. Presumía de algo o amenazaba con algo, algo se movía y algo se escuchaba. Gemidos, gritos, en efecto aquellos altavoces retumbaban como en el cine. Parecía una matanza, pero no estaba claro si de verdad o de mentirijillas. Había dejado de entender y quise levantarme, pero no lo conseguí, y el del chándal me trajo hasta aquí haciendo escala en el váter. Ahora aguzaba el oído, pero todo estaba en silencio como en mitad de la noche. Tumbado, esperaba a que se me pasara el mareo. Me venían a la mente diversas cosas del pasado, pero también las absorbía el remolino, así que me levanté y me puse a buscar el interruptor. Sólo daba con la pared o con la puerta. Otra vez me acostaba y otra vez me ponía en pie, y en una de éstas los oí a través del metal.

Unas voces, unos pasos, un eco. Cuando pasaron por delante de la puerta, la entreabrí y me asomé. Estaban los dos de pie junto a la barandilla. El Canas sacaba algo de una bolsa de plástico y lo tiraba abajo. Parecían sobras de carne. Hablaba y de vez en cuando tiraba un puñado y miraba hacia abajo. Wladek estaba unos pasos más lejos, un poco de lado, y no decía nada. Era difícil adivinar qué estaba mirando. En cierto momento el Canas extendió la bolsa hacia él, para que pudiera participar en la diversión, pero él ni se inmutó. El Canas dijo algo más y empezó a carcajearse. Dejó caer la bolsa, se apoyó en la baranda y cada vez se reía más alto. Entonces vi cómo Wladek flexionaba las piernas y, tomando impulso con todo el cuerpo, a la media vuelta se abalanzaba sobre el Canas, lo agarraba a la altura de las rodillas, se enderezaba, todo en un movimiento ágil y fluido, y simplemente lo tiraba por la barandilla.

No me dio tiempo ni a moverme. De abajo empezaron a llegar gritos. Tal vez los morenos o tal vez su amo. En cualquier caso oí claramente a Wladek berrear: «¡Pawel, coño, dónde coño estás, Pawel…!». Así que abrí despacio la puerta y fui hacia él, y nada más verme, me llamó: «¡Ven, mira!».

El Canas estaba de pie en medio del patio de los cerdos. Tres bestias negras lo tenían rodeado formando un semicírculo. Cada vez que hacía el menor movimiento, alguno de los tres gruñía y daba medio paso cerduno al frente. En la camisa clara tenía churretes de mierda. Iba tanteando el camino a sus espaldas y resbalando. Wladek se alejó un momento y encontró el interruptor del foco halógeno. Se hizo la luz y el Canas se cubrió los ojos con la mano. El cerdo más grande, que estaba en el centro del semicírculo, gruñó inmediatamente y arañó el suelo con las pezuñas. No les gustaba cuando algo se movía. Así que el Canas se quedó casi petrificado, pero al mismo tiempo se veía cómo, centímetro a centímetro, intentaba desplazarse hacia la valla que quedaba a sus espaldas. Le faltaban unos tres metros. Los morenos permanecían al fondo, inmóviles, conteniendo la respiración, porque aquél era probablemente el momento más apasionante de su largo viaje. No

se movía y sin embargo iba recorriendo la distancia. De la malla de alambre ya sólo lo separaba un trecho igual a la longitud de su cuerpo: seguía deslizándose imperceptiblemente, pero los tres cerdos también avanzaban a pasitos cerdunos. Wladek, a mi lado, estaba aferrado a la barandilla. Debería hacer algo, gritar, obligar al otro a dar un paso en falso o simplemente azuzar a la manada negra contra él. Sin embargo a él también lo había absorbido aquel juego de azar, aquella tómbola, así que estaba esperando a ver cómo acababa; estaba esperando el veredicto del destino. En cierto momento los cerdos debieron de acelerar un poco y se acercaron al Canas, que empezó a ponerse nervioso. Se volvió para comprobar cuánto le quedaba, y entonces los cerdos volvieron a acercarse. Olisqueaban, daban chillidos un tono más altos y se miraban entre sí. El Canas se giró de golpe y, en pleno salto, estiró los brazos hacia delante. Podría haberlo conseguido, pero resbaló en la mierda y perdió medio segundo, así que cuando ya agarraba el borde superior del corral humano, los cerdos se le echaron encima. El líder de la manada lo agarró del muslo y tiró. La valla de acero se inclinó, el cerdo dio otro tirón y las manos del Canas se desprendieron de ella. Intentó mantenerse en pie, pero entonces cargaron los otros dos. Cada uno tiraba en su dirección. Chillaban, pero él gritaba más alto. Poco después ya aullaba. Sólo se veían las ancas negras en pompa y los lomos tensos. Algo debí de decir, porque Wladek soltó: «¿Qué? ¿Es que quieres ayudarle?». Antes de que me diera tiempo a contestar, al fondo del pasillo se oyó un portazo y llegó corriendo uno de los gorilas. Miró hacia abajo, nos miró a nosotros, y su cara denotaba asombro y esfuerzo por entender.

—Nada, que se asomó y se cayó —dijo Wladek.

No era listo, pero sí desconfiado. Nos miró durante un segundo y luego, en un abrir y cerrar de ojos, se levantó la chaqueta del chándal y de detrás de los gayumbos, o quizá del cinturón, sacó una pequeña Makarov PM y empezó a disparar. Vi cómo de los lomos negros saltaba carne roja. Creo que disparaba a ciegas, pero bajo los cuerpos porcinos sólo sobresalían las piernas y un brazo. Vació

un cargador entero, sacó otro de no sé dónde, lo metió, cargó y siguió disparando, y en aquella masa de carne se iba abriendo una brecha sangrienta cada vez más grande. Pero ellos seguían moviéndose. Durante dos segundos infinitamente largos me atormentó la pregunta de si tendría más munición. Pero enseguida todo quedó inmóvil y en silencio. Tan solo la pierna izquierda del Canas realizaba un movimiento lento y absurdo: se doblaba por la rodilla, se apoyaba en el talón y enseguida volvía a bajar. Sobre su dueño yacían quinientos kilos de carne enfriándose. De los morenos no había ni rastro. Con la pistola bajada, el gorila, igual que al principio, no sabía si mirar abajo o a nosotros.

—¡Venga, acción! *Rabotay! Salvare!* —le dijo Wladek, dándole un empujoncito.

El otro, como si acabaran de despertarlo, le entregó maquinalmente la pistola a Wladek y saltó tres metros abajo. Agarró al cerdo más grande por las patas traseras y empezó a tirar de él. Wladek lanzó la pistola al suelo y dijo en voz baja: «Nos piramos».

Y ahora, parado al frío en el sitio donde antiguamente los moldavos vendían sandías, tres días antes de Navidad, leía aquel mensaje. Miraba la pantalla del teléfono y tropezaban conmigo los transeúntes. En torno a la rotonda daba vueltas una camioneta con un remolque en el que se alzaba un gran anuncio: KOZELSK Y KATYN - LUZ Y SONIDO. Estuvo unos minutos girando y luego siguió hacia el puente. Crucé la calle y tomé el mismo camino. Pero antes del puente me metí en la zona de edificación antigua. El tío del punto de compra de papel usado estaba apoyado contra la pared de ladrillo, de cara al sol. Tenía los ojos entornados, pero cuando pasé por su lado levantó la mano. Lo saludé y me alejé rápidamente. Estaba seguro de que me preguntaría si sabía algo de él y qué tal le iba. Dejé atrás la última construcción de dos pisos. Las siguientes ya eran de uno solo. Un mayorista de pescado y una fábrica de embutidos. En el aire flotaba un olor a ahumado. Se me pasó por la mente que debería comprar algo para las Navidades. Un pedazo de algo, lo que fuera, carne o algo listo para calentar. Y además algo para el gato. Luego ya sólo estaba el camino junto al río. Discurría por el dique de contención. En las orillas había aparecido el primer hielo. Saqué el teléfono y marqué aquel número largo y raro. En el auricular oí sonidos lejanos, un eco y unos pitidos extraños. Luego una voz femenina automática dijo algo en una lengua totalmente desconocida. Eché a andar lentamente por la orilla. La nieve crujía bajo los zapatos. Recordaba perfectamente aquella noche, minuto a minuto. Echamos a correr por el pasillo y atravesamos el salón, donde la televisión seguía encendida. Por la otra salida nos lanzamos

a las escaleras y bajamos hasta el patio. Estaba vacío, silencioso y oscuro. Me preocupaba dónde estaría el otro de chándal, pero no debía de ser un problema, porque Wladek se comportaba como si por el momento no hubiera ningún peligro. Me mandó arrancar. Le señalé el portalón. Me hizo gesto de que esperara y salió corriendo hacia uno de los pabellones laterales. Se abalanzó sobre una puerta de madera de doble hoja y pegó un tirón, pero ésta no cedió. Entonces volvió sobre sus pasos, fue hasta uno de los todoterrenos negros, se subió, lo puso en marcha como si nada, encendió las luces, dio media vuelta, dio marcha atrás, metió primera, se cargó la puerta de un topetazo y, con ella a cuestas, se metió en el interior. Luego retrocedió un poco, se asomó por la ventanilla y empezó a berrear en dirección a aquella boca de lobo: «¡Fuera! *Freedom! Freedom! ¡Freedom*, hermanos negros! ¡Cagando leches al campo, luego al bosque y *na zapad!* ¡Al *west! Freedom!*».

A continuación volvió a dar la vuelta, colocó el vehículo de cara al portalón, bajó de él sin apagarlo, encontró un ladrillo, se zambulló en la cabina y lo puso en el acelerador. El motor, de seis cilindros, rugió como el de un camión, vi cómo metía la marcha sujetando aún el embrague con la mano izquierda, y luego se apartaba de un salto. El todoterreno salió disparado. Oí que salpicaba grava y piedras sobre el morro de la Ducato. El precioso buga negro de cincuenta mil euros destrozó el portalón y, aullando, se encaminó hacia la oscura noche rumana. Pero un instante después las ruedas se desviaron y se empotró contra el muro decorativo que había a la entrada. El vehículo se detuvo, las luces se apagaron casi del todo, pero el motor siguió funcionando y las ruedas girando. Con el capó contra la piedra parecía un toro embistiendo. Pensé que trescientos caballos con un motor de cuatrocientos bastarían para pelar los neumáticos hasta la llanta, y solamente lo detendría la falta de combustible. A no ser que hubiera reventado el radiador. No podía apartar la vista. Mientras tanto, a mis espaldas, él le ajustaba las cuentas al otro todoterreno. Lanzó un gran pedrusco que hizo añicos el parabrisas y con algo que encontró, algún hierrajo, pinchó las

cuatro ruedas. Entonces montó y dijo: «Ya podemos irnos». Vimos unas luces que venían de frente. Atravesé el portalón destrozado. Era un coche pequeño con matrícula eslovaca. Nos cruzamos lentamente. Al volante iba Markus. Tanto él como nosotros fingimos no vernos. Lo recuerdo todo minuto a minuto. Hicimos todo el camino sin decir palabra. A Medziborie llegamos al amanecer. Se bajó junto a la caravana de ella. Inmediatamente me dirigí a la estación a recoger las cosas que, metidas en bolsas, los ferroviarios nos habían guardado en una caseta que apestaba a creosota. Luego volví directamente a mi casa y me quedé esperando. Esperando y muerto de miedo. Ninguna novedad. Tampoco ocurrió nada. Ni el primer día, ni el segundo, ni nunca más. Silencio. Como si nunca hubiera pasado nada. En otros tiempos por lo menos tendría sellos en el pasaporte como prueba de haber estado allí. Sólo me quedaban los sacos y la deuda con el cojo. Tras una semana de espera y de miedo, fui a verlo. Era de noche, estaba sentado tras el escritorio, todo igual que la primera vez. Le pregunté si aceptaba la devolución de la mercancía como parte del pago.

—Bueno —contestó—. Pero te quito el veinte por ciento.

—El quince —contesté—. No hemos vendido mucho.

—¿Cuánto, concretamente?

—Concretamente nada.

—O sea, que habéis perdido.

Asentí con la cabeza. Sacó un cigarrillo y lo encendió. Le pregunté si no tenía miedo de que le cortaran la otra mano.

—Sí, pero ¿para qué está la fuerza de voluntad? —se rio para sí.

Me contó que no le faltaba mucho para hacerse con todo el mercado en la ciudad. Y eso implicaba quebraderos de cabeza, tejemanejes y nervios. Y, en su situación, además, inmovilidad. Sobre el escritorio, en el lugar del televisor, había un ordenador y dos teléfonos. Luego me dijo que podía aplazar el pago dos o tres meses. Cuando iba a salir, me paró en la puerta:

—Con él siempre ha sido así.

—¿Cómo sabes que es por él?

—Lo conozco —contestó, y se puso a hacer llamadas.

Iba caminando junto al río. Al otro lado, entre los árboles pelados, veía su almacén. A pesar de que se acercaba la Navidad, en el aparcamiento había varias furgonetas. Saqué el teléfono y volví a marcar aquel extraño número.

—Casi doscientos kilos, ¿te das cuenta? Doscientos kilos y tres tíos. Íbamos arrastrando el culo por el asfalto. En los baches saltaban chispas. ¿Dónde tenía el depósito el Lada? Atrás, creo, ¿y con el depósito atrás andábamos rozando así? Todo es posible. Deberíamos haber saltado por los aires ya a la altura del Prater: ¿no es un parque de atracciones?, pues toma atracción. Por allí cogíamos la salida hacia Budapest. ¿Has estado alguna vez en Viena? ¿No? Una morgue. No vayas. Casi doscientos kilos en paquetes de uno. Todo el maletero. No se cerraba la tapa. La rueda de repuesto iba en el asiento de atrás. Salíamos a las siete de la mañana. Teníamos un trato con un judío de Mexikoplatz que venía a abrirnos la tiendecita a las seis. A las siete ya estábamos en camino. Con el culo echando chispas y todo el tiempo música gitana en el caseto ruso. Hacía «piiii» y le daba la vuelta a la cinta. Había cintas por todas partes, en las guanteras, en los asientos, en el suelo… aquel sonido analógico que nunca más volverá. Una vez iba yo de copiloto, otra él. Nos íbamos pasando una botella, y el conductor iba tan contento como si bebiera con nosotros. Se llamaba Gyula. ¿O era Gabor? Gyór, Tatabánya, y a las cuatro horas escasas estábamos entrando en Budapest, y hora y media más tarde estábamos en Szolnok.

Ahora, veinticinco años después, Budapest estaba ante nosotros. La autopista subía y bajaba, y en las subidas tenía tres carriles. Señaló hacia delante, hacia las colinas blancas que se divisaban a lo lejos entre la niebla, y dijo que lo que se veía al otro lado del Danubio era Buda. Entonces le hablé del plan de montar una flotilla danubiana con ropa usada. Le gustó y dijo:

—Sabes, yo también cargaría mi supermercado y me iría con vosotros.

Pero le dije que primero tendría que atravesar los Cárpatos. Le harían falta diez o quince camiones hasta, quizá en Tokaj, poder embarcarlo en algo más grande para bajar por el Tisza.

—¿Hasta dónde? ¿Hasta Slankamen, en Serbia? Para eso compensa hacer Eslovaquia entera por carretera y embarcar en Bratislava.

—Pero el Tisza significa ganancias —respondí—. Pasa por poblachos y allí es más fácil que haya demanda de ese tipo de oferta.

Vimos señales de que enseguida venía la salida hacia el circuito de Hungaroring. Grandes cabezas inflables de pilotos de la elite mundial se mecían al viento. Podían medir como diez metros.

—La siguiente es la de la M0 —dijo—, luego la M5 y todo recto.

Ni siquiera divisamos la ciudad, sólo campos muertos, hierba amarilla y escaléxtrics grises. El tiempo empezaba a estropearse. En los postes de una valla había posadas aves rapaces a la espera de carroña. Todo el mundo nos adelantaba. No pasábamos de noventa. Señaló la niebla de la izquierda y dijo:

—Por ahí queda Szolnok. El Tisza lo atraviesa. Solíamos ir a bañarnos. Andábamos en barca. De relax. El Balt-Orient Express salía por la noche. Cogíamos cuarenta kilos por cabeza y subíamos.

Cada uno llevaba dos bolsones de cuadros. Se abrían paso, los húngaros maldecían a la chusma polaca. Ocupaban medio compartimento y nadie más entraba porque apestaban a vodka y a suciedad e inmediatamente se quitaban los zapatos. Una caracterización perfecta. Después ya daba lo mismo porque a la una cruzaban la frontera. Pagaban el arancel a los aduaneros y se adentraban en la oscuridad absoluta. En algún lado debía de haber ciudades y pueblos, pero no se veía ni una sola luz encendida. En Oradea cambiaban a algún tren de los que paran en todas las estaciones, camino de Satu Mare o de Arad y Timişoara. En los trenes rumanos la gente se alumbraba con cerillas y mecheros. A la

luz de una vela jugaban a las cartas. Venía el revisor con una linterna. Le daban unos pocos leus y se cerraban por dentro con cadena y candado. Si era invierno, en el suelo había nieve y no se derretía. Así que bebían prácticamente sin parar. Jugaban con los gitanos a los tres dados. Al principio perdían, pero luego aprendieron todos los trucos. La verdad es que no tenían que lavarse, porque todo el país estaba cubierto de roña. Y necesitado de todo, principalmente de café, así que a veces conseguían vender la mayoría del cargamento sin bajar de los trenes. Al cabo de un tiempo empezaron a asemejarse físicamente a los nativos.

—El llevaba un gorro con orejeras pringoso, un chándal morado y por encima una cazadora de polipiel con borreguillo artificial. Sólo se dejaba puestos sus zapatos, pero no los limpiaba nunca. Cuando volvíamos por la siguiente partida de mercancía, los húngaros nos miraban con asco. Chusma de Polonia, piojosos de Rumania.

Pero bajo los trapos malolientes llevaban escondida la pasta. Al día se sacaban dos salarios medios por cabeza. En la patria se cobraba treinta dólares al mes, y ellos llegaban a ganar ciento cincuenta cada día, o incluso más. Yo lo observaba de soslayo. Sonreía al recordar aquellos tiempos.

—Ah, bastaba con empezar. En Mexikoplatz lo comprábamos a tres dólares el kilo y seiscientos kilómetros más allá valía ocho. El arancel y el billete a Viena no costaban nada. La verdad es que en aquel entonces podías haberles llevado cualquier mierda y la habrías vendido. Aquel país se moría de hambre, de frío, de falta de sueño, de alcoholismo, de miedo se moría. El *Conducator* se había propuesto pagar todas las deudas y conducir la patria al buen camino. Un día, ¿dónde fue? ¿En Braşov? Ya no me acuerdo, en cualquier caso me detuvieron los secretas y me llevaron a la jefatura. Me encerraron en un cuchitril de tres por tres y me mandaron desnudarme. Allí no había nada, sólo un suelo inclinado de asfalto y una rejilla de desagüe. Pero lo de las paredes no lo habían limpiado bien y quedaban unas costras secas marrones. Estaba allí desnudo y pensé que me iba a cagar de miedo. Vinieron

al cabo de una hora y me quitaron todo el dinero que tenía. No era mucho porque procurábamos no llevarlo todo encima. Pero no se me pasó por la cabeza parar. Ni siquiera era una opción a tener en cuenta.

Iba hablando él. Así lo habíamos acordado: que mientras uno conducía, el otro contaba historias. Yo casi no había dormido. Empezaba a anochecer. En cien kilómetros no había levantado el pie del acelerador, no había puesto los intermitentes ni había frenado. Tras la ventana había un vacío gris. La línea discontinua llevaba al infinito. Al igual que la mediana de acero. Me contaba cómo, hacía veintitantos años, por un puñado de dólares estaba dispuesto a quedarse en pelota picada en la sala de torturas de la Securitate, y sonreía para sus adentros. Probablemente estaba dispuesto incluso a dejarse matar por esos pocos pavos, aunque no era una cuestión de dinero.

—Apenas dormíamos. Lo que se podía en los trenes o en las estaciones. Bebíamos, viajábamos, vendíamos. Rumania es preciosa cuando hace calor, es de día y vas en tren. Había búfalos metidos en el barro. Y caballos en las bajas praderas a orillas del Danubio. Lo recuerdo todo. No lo hacía por dinero. Siempre tenía, cada vez más, pero no hacía nada con él. A lo mejor era avaricia pura y noble, ¿no? —En el parabrisas aparecieron las primeras gotas—. Una vez al mes llevaba las ganancias a casa. Me quedaba únicamente con lo que necesitaba para Mexikoplatz y volvía.

—¿Y él? ¿Hacía lo mismo?

—Él creo que no. Él no paraba de pensar y maquinar, y se notaba que era algo provisional, el principio, que aún estaba cogiendo carrerilla, a lo mejor ya pensaba en su puta flota del Danubio o en conquistar las aguas del mar Negro. Estaba siempre hablando con alguien, buscando ocasiones y metiéndose en tratos. Todos le debían algo porque cada dos por tres hacía algún favor a fulano o a mengano. En nuestros viajes nos encontrábamos con cuadrillas de

gitanos, familias enteras de ladrones, adivinos y mendigos. A los pocos días ya estaba haciendo negocios con ellos, comprándoles oro de tombac y monedas falsas del tiempo de los zares que luego le endosaba a alguien, y recuerdo una noche, en Sibiu o en Cluj, que tuvimos que escapar de la estación pasando por debajo de los vagones y, a pata, llegar a otra estación ya fuera de la ciudad para al amanecer coger el primer tren y seguir el viaje.

Puse los limpiaparabrisas. Extendían la suciedad. Se me había olvidado rellenar el líquido. Me los imaginaba atravesando aquel país precioso y monstruoso disfrazados de autóctonos. Drácula en su palacio de Bucarest se bebía la sangre de sus súbditos y tenía un horno especial donde quemaba ropa a diario, porque cada traje se lo ponía una sola vez. Yo conducía y observaba de soslayo su cara. Él hablaba absorto en aquella época. Por la mañana, al salir, sólo había cogido una cazadora con capucha, un saco de dormir metido en una bolsa de plástico y un cartón de Marlboro moldavo, o quizá transnistriano. En un rincón de la habitación estaba sentada una mujer con un jerseicillo rojo bajo el que asomaba un cuello blanco.

—Esta es Kyzia —dijo—. A Kyzia no le caen bien los hombres porque mean de pie y obligan a las mujeres a hacerlo en cuclillas… Una vez me lo explicó, pero me perdí, porque me supera intelectualmente —decía todo esto mientras intentaba meter el viejo saco de dormir en una bolsa en la que ponía UE is FUTURE. Vestido con su camiseta con el águila, su cazadora de motero gastada, sus botas vaqueras y su gorra del acorazado Bismarck. Le mandó un beso a Kyzia, que se estremeció de repelús, y salimos.

—¿De dónde las sacas? —le pregunté ya en la furgoneta.

—No lo sé. De verdad que no lo sé —contestó.

Seguíamos bajo cero, aunque ya no hacía tanto frío como el día anterior. Una hora más tarde bajábamos del desfiladero del cementerio. En el paso fronterizo había un camión. Unos hombres estaban descargando malla de alambre, postes de acero y un taladro de gasolina. Paré junto a un chico con uniforme negro de segurata.

—Lo han comprado. Queda exenta la carretera por ser una vía de comunicación —dijo antes de que me diera tiempo a preguntarle. Pero no quiso decirme quién lo había comprado—. Secreto comercial —repuso, y se alejó con gesto serio en su cara infantil.

Hacía siete horas de aquello. Ahora andábamos buscando una gasolinera para comprar el maldito líquido, porque ya estaba lloviendo de verdad y los camiones pasaban arrastrando nubes de barro. Vi unas luces delante, pisé a fondo y empecé a adelantar. Sentí que las ruedas perdían adherencia. Levanté un poco el pie, detrás ya había alguien dando luces, así que volví dócilmente a mi carril. Al poco vimos una gasolinera y nos metimos. El Boss se bajó, se estiró y aspiró hondo el aire húngaro.

—La *puszta*, hermano, la estepa. En vez de camiones: caballos, cerdos y corderos. Eso sí que debía de ser vida, ¿eh? Siberia en versión magiar, destino de desterrados y de fugitivos. Y ahora apesta a gasofa y a ambientador en los retretes. A partir de aquí conduzco yo. Llegamos hasta Novi Sad y una cabezada, ¿no?

—Me da igual. Con tal de que pare de llover.

Delante de la gasolinera había un Papá Noel de cinco metros con los colores nacionales, o sea, rojo, blanco y verde. No apagué el motor. Cuando estaba caliente consumía una burrada. En frío también. La garrafa de cinco litros de líquido limpiaparabrisas tenía pintadas bolas de Navidad y velas. Compré además cuatro bebidas energéticas. Se llamaban Semtex, como el explosivo. Nos pusimos en marcha adentrándonos en la lluvia negra. Era la primera vez en años que viajaba de copiloto. Iba pisando por turnos el acelerador y el freno, pero a la media hora paré. El Boss conducía tranquilo y sin esfuerzo. Sólo de vez en cuando murmuraba: «¿Lo has visto? ¿Has visto qué cabrón?». A su Mercedes de diez años le acababa de sacar justamente el motor y por eso fuimos en mi furgo.

—Debía de gustarme aquel desbarajuste, la desesperanza absoluta de aquel precioso país, su martirio a petición propia, pues eran ellos quienes habían elegido al zapatero, el zapatero era sangre de la sangre y carne de la carne de la nación, ¿no? En esto no hay

casualidades. Uno siempre elige a los suyos. Un Chavalín de una casucha de mierda con un moco verde colgándole de la nariz, pero en cuanto sintió el viento en las velas se construyó el palacio más grande del mundo. Y ésa es la cuestión. Ésa es la grandeza espiritual del sureste. Vienes al mundo con pantacas de lino, pero como agarres la ocasión, ya no hay tutía. La primera vez que lo vi, se me paró el corazón de miedo y de pasmo. El país entero estaba a oscuras, el siglo dieciocho, el diecinueve, con sus pellizas de carnero, con sus chozas, el ganado famélico, las zapatillas de goma en los pies desnudos, y a la vez como si hubiera caído una bomba, ruinas industriales, ciencia ficción postapocalíptica, tubos oxidados que sobresalían de la tierra y echaban humo, y aquí, de pronto, semejante cosa de mármol blanco y oro. Por todas partes merodeaban secretas con vaqueros turcos, gorro de astracán y mariconera. Debía de ser otoño, porque lo que más recuerdo es el barro y que anochecía temprano. El espíritu de la nación acababa de materializarse ante mis ojos en todo su esplendor: los pantacas de lino por una parte, y por la otra aquella Babilonia dorada. Y nada a medio camino. Si uno consigue el poder es para mantenerlo y hacer lo que le dé la gana. De modo que, en lo espiritual, no les llegábamos a los rumanos a la suela de los zapatos con nuestro eterno medio gas y nuestro «me gustaría, pero me da miedo». Nuestra Babilonia se la debemos a los rusos, y cuando llegó la hora de la verdad, en vez de fusilar y colgar a los que resultaron ser demasiado débiles, nos dedicamos, como de costumbre, a lloriquear.

Los letreros indicaban la salida hacia Kecskemét. Llovía cada vez más fuerte. Los limpiaparabrisas dejaban estelas. Podría haber cambiado por lo menos el izquierdo. La luz se dispersaba en los restos de agua y formaba pequeños arcoíris. El Boss a veces inclinaba la cabeza para ver mejor. Los cristales se empañaban por dentro. El ventilador aullaba, pero echaba poco aire. Al menos podría haber limpiado el filtro.

—No podemos compararnos en fantasía, en ímpetu, en dramatismo. La melancolía y el quejiquismo eslavos —concluyó y se

quedó callado. Miraba el parabrisas negro y se notaba que para él era un placer conducir. Incluso un despojo así. Por la ventanilla de mi lado entraba agua y desaparecía en el interior de la puerta. Según el trato, me tocaba a mí hablar. Pero no era capaz de contar historias. Recordaba o imaginaba diferentes cosas. Eso me bastaba para que pasara el tiempo. Ahora iba escuchando el funcionamiento del motor, sintiendo bajo los pies las vibraciones de los mecanismos. Cada día y cada hora que pasaba metido en aquella furgoneta esperaba el desastre. Contaba los kilómetros. Nadie sabía cuántos llevaba hechos. Cada vez hacía más ruido, se volvía más impredecible y requería más atención, cuidado y dinero. En realidad habría que cambiarle todo, y de lo antiguo dejar sólo los papeles. Bajo la lluvia, de noche y por la autopista se sentía muy claramente. Me percaté de que en todos aquellos años no la había conducido nadie más.

—¿Y él, qué? —pregunté por fin.

—Nada. El era como el zapatero: esperaba vientos favorables y olfateaba la ocasión. El lugar no importaba. Al año siguiente, en verano, se le ocurrió que nos lleváramos de ruta cien kilos enteros por cabeza. Cada uno dos enormes bolsas que no había quien levantara. Y con las que no se podía ni salir, ni entrar, ni escapar. ¿Has visto alguna vez cien kilos de café juntos? Una locura. Habría que llevarlos en carretilla. Yo cogí mis cuarenta, pero él estaba emperrado. Por poco se parte la columna, pero los subió al tren, y luego los bajó al andén en Oradea. ¡En aquel país policial! ¡Se veía a la legua! ¡Como un Kilimanjaro! Ningún taxista quería arriesgarse a coger a unos extranjeros con semejante cargamento. Por hablar con extraños ibas a parar a la Securitate. Al final nos cogió un Dacia, pero hubo que atar uno de los fardos al techo. Fuimos a una barriada de bloques a dejar una parte. Sí, sí, ya conocía allí a gente de la vez anterior. Un séptimo sin ascensor, la noche sin un gramo de luz, ciento cuarenta kilos, y de puntillas por temor a que alguien se asomase y nos denunciase. Por fin llegamos arriba, alguien nos alumbró con una vela. ¿Sabes cómo huele un bloque rumano en

julio, siete u ocho personas en cuarenta metros cuadrados, a finales de los ochenta? Huele que apesta. Pero enseguida encendieron otra vela y la pusieron en la mesa, y de los recovecos oscuros empezaron a emerger siluetas. Desgreñadas y casi desnudas, porque allí debía de hacer como cuarenta grados. Aquello parecía una cueva. Enseguida trajeron vodka y algo de comer, tal vez lo último que les quedaba. Lo sé, les pagábamos, nos cobraban por el almacenaje, pero no tenían por qué darnos nada. Pero ellos, a nosotros, dos tunantes zarrapastrosos de Polonia, nos miraban como ajane Fonda y su hermano. El mayor andaba por los setenta y hablaba algo de ruso y de alemán. Nos comunicábamos con él. Los otros a veces preguntaban algo y él traducía. A la puerta había dos críos desnudos, de cinco o seis años. Nos miraban como hipnotizados. Una mujer se arrodilló a su lado y les susurró algo. Quizá algo de este estilo: mirad y recordad cómo es la gente normal. Así que ellos le construyeron aquel palacio y luego lo mataron en la tele, para que todo el mundo pudiera verlo. En la Europa hipócrita y satisfecha llevaban siglos sin hacer cosas así, ¿no? Un palacio hasta el cielo y una ejecución pública. Pero a él se la traía floja. Incluso estando allí sentado con ellos ya maquinaba cómo hacer para, en vez de, pongamos, mil leus, darles sólo quinientos. Así era, hijo de campesinos. Sabía que la oportunidad sólo se presentaba una vez. El miedo y la astucia de generaciones.

Lluvia, lluvia, lluvia y nubes de barro arrastradas por los camiones. La salida hacia Szeged. Todos nos adelantaban. Como grandes casas sucias. Búlgaros, bosnios, macedonios, griegos, montenegrinos, todos. De tres en tres, de cuatro en cuatro, de cinco en cinco. Encendían sus graves sirenas de barco y las filas de halógenos del techo de la cabina y, en efecto, eran como navios buscando el camino en medio de un temporal. A veces, por la ventanilla entreabierta de alguno de ellos salía volando una colilla y se apagaba, empapada, antes de tocar el asfalto. Ciento setenta kilómetros después de Budapest, aparcamientos vacíos con árboles

pelados y gasolineras llenas de luz cegadora. Le pregunté si quería un Semtex.

—Vale. Ya estamos llegando a Serbia —contestó.

A la media hora estábamos en la frontera. El húngaro sólo hizo un gesto con la mano, atravesamos la sombría franja de tierra de nadie y paramos junto a la garita. Estábamos solos. Nadie se dirigía al sur en una noche así. Nadie tenía prisa por atendernos. Parecía estar cerrado. Bajamos de la furgo para estirar las piernas. Al fondo del paso retumbaban los camiones. Lúgubre y vacío era el principio de aquel país.

Al cabo de unos minutos apareció un guardia de uniforme oscuro. No respondió al saludo, tan sólo cogió los pasaportes y gruñó:

—*Motor*.

El Boss dijo que no lo apagábamos porque luego no se encendía, pero el otro volvió a gruñir, esta vez más alto, y se metió en la garita.

—Nunca has tenido un diésel viejo —soltó el Boss, pero ni siquiera nos miró, solo se sentó, dejó a un lado los pasaportes y se puso a mirar algún tabloide balcánico. Nos rendimos. Giré la llave. Se dignó a hojearlos.

—*Kuda?*

Dije que a Sofía.

—Los polacos vais a comerciar, *da?*

—Eso es, a comerciar, señor agente —respondió el Boss—. Vamos a comerciar con los búlgaros…

Selló los pasaportes y nos los devolvió sin decir palabra. Subimos y no arrancó. Giraba, pero no soltó ni la más mínima pedorreta. Sólo se oía el gemido cada vez más lento del arranque. Le dio un respiro y volvió a intentarlo. Ni por asomo. Vino el aduanero y nos hizo señas de que nos acercáramos a su caseta con aquel mostrador alargado para la inspección. Detrás de nosotros ya había alguien a la cola.

El de la garita entrelazó las manos y se quedó mirando en silencio. Nos bajamos y nos pusimos a empujar. El aduanero esperaba con el cuello subido y las manos en los bolsillos. Resbalábamos, porque aquello estaba hecho una porquería entre aceites y lubricantes mezclados con el barro, y parecía que no nos moveríamos del sitio, que nos quedaríamos allí y acudiría a vernos el paso entero, después toda la zona y por fin vendría toda Serbia a mirar cómo dos ciudadanos de un país miembro de la OTAN no conseguían mover una puta furgoneta italiana. Se quedarían de pie, escupiendo, fumando y comentando que bombardear sí que sabían, pero empujar una furgoneta, eso ya no. Por fin se movió y rodó los diez metros. El aduanero indicó con la cabeza que abriéramos la parte trasera. La recorrió con la linterna y se fue. Seguimos empujando, adentrándonos en territorio serbio. Se acabó la marquesina y en un momento estábamos empapados. Nada más que hormigón, viento y lluvia. No sé cuánto tardamos en llegar hasta un lugar donde había varios coches aparcados. El agua se me escurría por la espalda y se mezclaba con el sudor. Nos metimos en la cabina. Los cristales se empañaron al instante. Nos pusimos a fumar. En aquel aire frío y mojado, el humo tenía un olor asqueroso. Abrí maquinalmente la guantera, pero ya hacía tiempo que no contenía ninguna botella.

—Si hace falta, alguien nos remolcará —dije, pues me parecía que deberíamos tener algún plan.

Pero él no escuchaba, estaba girando la rueda de la radio. Hablaban en húngaro y en rumano. Después del segundo cigarrillo lo intentamos y funcionó. A la primera, como si nada. Pasamos un paño por los cristales y arrancamos. Enseguida empezó la oscuridad. Al alcance de la vista, nada más que negrura. Se había terminado la autopista, pero la carretera era decente. Líneas blancas bien visibles y arcenes anchos. Los camiones habían desaparecido. A lo mejor en Szeged habían tomado el camino de Arad; o el de Baja, para, pasando por Osijek, llegar hasta Bosnia. Estábamos solos en la carretera. No había nadie que fuera a pasar las Navidades en países

católicos o protestantes. Los indicadores anunciaban la salida hacia Subotica.

—Es una pena que no tengamos tiempo. Te habría enseñado la ciudad. Es preciosa, aunque no he estado nunca en invierno. En realidad solo estuve de paso, una vez que iba a Budva de veraneo. A finales de los setenta. Aquí se paraba, aquí paraba todo el mundo. Todo aquel norte ansioso de sol hacía un alto en su camino al Adriático para vender movidas varias en el mercadillo de Subotica. Pálidos, en pantalón corto, con chanclas, se plantaban en cualquier lado, sumisos, sujetando en la mano lo que cada uno tuviera en oferta; toda la nación polaca esperaba en pie a que viniera un yugaca y se dignara a señalar con el dedo lo que quería. Tenían de todo. ¿Te acuerdas de los ucranianos que venían a Polonia a principios de los noventa? Pues algo así. Hasta jalea de frutas, cajas enteras de jalea. El señor doctor y su señora, el abogado y la abogada, el director del hospital con la familia y la jalea, con las natillas, los pececitos de vidrio para adornar la estantería, el cristal de roca, las cazuelas de Olkusz y la loza de Pruszków, con toda aquella bazofia birriosa de tiempos de la República Popular de Polonia, esperando de pie a que el yugaca se apiadase. A que les aportara unos dinares extra para las vacaciones. La nación entera se balanceaba de una pierna a otra al calor de Subotica, y todos hacían como que no se veían, no se conocían, que aquello, qué cojones, no era más que un pasatiempo de las altas esferas. Somosierra, Monte Cassino, Tobruk y Narvik. Volvían bronceados, pero con la moral descolorida. Eso no se olvida, se acumula en los genes. Por eso después se odia tanto a los ucranianos y a los rumanos. O a lo mejor no se acumula, no lo sé. En cualquier caso, nosotros éramos mejores, con nuestros gorros rumanos con orejeras y nuestros chándales. Voraces como pirañas galitzianas, como tiburones subcarpáticos. Y los niños rumanos nos miraban como a james Bond. Días de gloria. No nos las dábamos de nada. Si acaso, de rumanos, para disimular. El era capaz de entrar en una peluquería donde había diez tías sentadas bajo sus respectivos secadores, sacar

unos cuantos paquetes y a voz en cuello: *«Dulce senioritas, una kilograma peste un mile leí! Cafea! Cafea! Cafea pentru flámid Romanía de eroica Polonia*!». Yo me quedaba a la puerta vigilando que no viniera nadie mientras él vendía un paquete tras otro, besaba manos y hacía reverencias, pero jamás rebajó más de diez leus. Mientras que los otros seguían plantados al sol, enfadados. Los unos con los otros, con el mundo y, sobre todo, con la cotización del diñar, absurda y disparatada, amén de injusta. Somosierra y jalea. Natillas y Tobruk. A las pocas semanas era capaz de reconocer a un secreta a cien metros. Por los andares. No iba acelerado ni pasaba volando y tampoco llevaba ningún paquete. A decir verdad tampoco disimulaban. En realidad se trataba de que se les viera. Es decir, de que no se les viera, pero se les viera. De crear una cierta atmósfera. Una vez, creo que fue en una tienda pequeña, cuando él acababa de desplegar la mercancía sobre el mostrador y estaba animando a las dependientas y a los clientes, vi a un hijoputa con un traje turco. Tuve el tiempo justo de cerrar la puerta, poner el cartelito de INCHIS, o sea, cerrado, y bajar la persiana. La gente que había en la tienda me miró como a un loco y entonces entendí lo que había hecho. Vi una sombra al otro lado del escaparate. La vi aminorar el paso y parar un momento, pero se fue. Aquél fue mi acto más estúpido y más heroico de aquellos años.

Enfrente ardía algo. Al acercarnos resultó ser un coche en el arcén. Ardía con llamas sucias y echaba un humo negro. A poca distancia había un coche patrulla. Los maderos con impermeable miraban indiferentes.

—¿No tienen miedo? —pregunté.

—A lo mejor ya ha explotado y ahora sólo está terminando de quemarse.

Los dejamos atrás y de nuevo nos envolvió la oscuridad, pero ya no estábamos tan solos. A veces venía alguien por detrás dando luces, adelantaba y en cuestión de segundos se apagaba a lo lejos. Cuando venía alguien de frente, los de atrás intentaban mandarnos al arcén a bocinazos. Pero no les dejábamos. Allí, en las tinieblas,

podía haber de todo. Un viejo Yugo sin luces, cajas de pepinos vacías, un campesino en una bicicleta negra, un tanque de la guerra. De modo que tenían que esperar a que hubiera sitio, pero no estaban acostumbrados a esperar, a que no se les apartase una vieja furgoneta, así que tocaban el claxon y daban luces. En su línea. Él no se preocupaba, solo repetía su: «¿Lo ves, al patán balcánico, lo ves?». Teníamos que repostar. No teníamos dinero local, pero sí unos pocos euros y la tarjeta de él. Buscábamos una gasolinera pobretona para que no nos pusieran pegas con lo de apagar el motor. En las pobretonas la gente debía de ser más humana.

—Hasta Novi Sad llegamos, pero antes de Belgrado sin falta.

De frente venían con las largas. No las quitaban hasta que no les hacías luces. O ni aun así. Lo peor eran los camiones con baterías de focos en el techo de la cabina. Llevaban encendidos seis u ocho y alumbraban a cinco kilómetros. Ni un ápice de compasión en medio de aquel diluvio. A veces frenábamos, completamente deslumbrados, y nos íbamos al arcén, impotentes y desvalidos, hasta que pasaban, y luego volvíamos a coger velocidad lentamente con aquel trasto, mientras un seco traqueteo metálico invadía la cabina. A veces era como si de verdad no nos vieran, como si fuéramos sin luces. De vez en cuando la lluvia paraba un minuto y los ojos descansaban un poco. Luego regresaba con fuerza redoblada e inundaba el parabrisas junto con las luces cegadoras.

Me quedé dormido y desperté cuando paramos. Abrí los ojos, convencido de que otra vez estábamos en la frontera y el Boss le entregaba al poli de la garita su pasaporte, así que me puse a buscar el mío, pero se trataba de un peaje en la autopista y él estaba pagando y cogiendo el cambio. Todo estaba inmerso en una luz gris y como cubierto de polvo mojado. Empezó un auténtico *motorway*, dos carriles a cada lado, así que ya no nos deslumbraban tanto. Me dijo que durmiera todo lo posible, así después podría relevarlo y tal vez no fuese preciso hacer ningún descanso. Me arropé con un pedazo de manta y cerré los ojos. De vez en cuando me despertaba algo, pero no abría los párpados. Él iba silbando y

canturreando suavemente. Me sentía calentito y a gusto. Paramos, noté un olor a gasóleo, a gasolina, oí que hablaban, que el motor estaba en marcha, que alguien desenroscaba la tapa del depósito, y todo el tiempo hablaban tranquila y amigablemente, y luego se despedían con la voz un tono más alta, pero ni siquiera me asomé. Me estaba gustando eso de que alguien lo hiciera todo por mí. Despertarte, dormirte, despertarte. Dormirte, despertarte y saber que estás durmiendo. Sí. Puso la radio, bajita. Susurraban en lenguas que no me apetecía esforzarme por reconocer. A veces el Boss se unía a alguna melodía e intentaba seguirla. Ayer, cuando lo llamé y le dije de qué se trataba, no tardó nada en aceptar.

—Lo único es que estoy sin coche, porque me he traído del Reich un seis en uve casi nuevo y se lo estoy poniendo. Ven con la furgo por la mañana.

Luego montó, llevando el saco de dormir en una bolsa y en otra algo de comida, pan, embutido, mostaza y un refresco de cola de dos litros. Como si fuéramos a pasar medio día pescando. A setecientos kilómetros de casa él buscaba en la radio algo que pudiera silbarse, y yo lo escuchaba como una nana. En vez de una ranchera negra con motor diésel de tres litros y doscientos treinta caballos, de cero a cien en siete segundos escasos, conducía aquel trasto pedorreante y canturreaba en voz baja: «Y ahora, querido público, el Danubio, padre de los ríos y madre de las aguas desde los oscuros bosques teutónicos hasta la estepa valaca, ¿lo has visto, al capullo serbio?». Como si estuviera solo, completamente solo y satisfecho con su propia compañía, con la oscuridad, la lluvia y todos los capullos serbios de la autopista. Oí chasquear la anilla de un Semtex.

—Pero si alguien quiere ver Belgrado, que abra los ojos, porque ya falta poco. La capital europea más fea y más guarra, sin contar la nuestra. Levántate y no te la pierdas. Enseguida vendrá el Sava. Fluye por la derecha, y al pie de Kalemegdan, a la izquierda, desemboca en el Danubio. De día es una vista bonita, el mejor panorama de la ciudad. En la fortaleza tienen osos en jaulas. En

verano huele a rayos, pero esto es Belgrado, llamado en tiempos otomanos Dar al-Yihad, la Casa de la Guerra, así que a nadie le importa. Ahí, a la izquierda, en Kneza Milosa, la avenida más emblemática de la ciudad, hace un par de años todavía estaban las ruinas del cuartel general. Se veía perfectamente cómo las bombas habían entrado y atravesado los cinco o seis pisos. Lo conservaron así durante años para presumir. Dar al-Yihad.

Me incorporé y me froté los ojos, pero sólo vi luces reflejadas en el asfalto, en los charcos y en los cristales. No se diferenciaba en nada de otras ciudades descuidadas. Abrí la ventanilla. Apestaba a gases de escape de motores viejos. «Hacia Nis. Todo el tiempo hacia Nis». Pasamos otro peaje, desaparecieron los restos de la ciudad apenas visible y se acabó la gran llanura. Ahora ya había colinas. Subíamos a la cumbre de las elevaciones a sesenta por hora, entre estrépitos y lamentos. Pensé que podríamos estar transportando trapos para vender.

—Se me duerme la pierna derecha —dijo.

—Suele pasar. Tiene el acelerador demasiado cerca del asiento y la llevas encogida. Puedo relevarte.

Dijo que otros cien. Sí, entre el agua y los destellos en los cristales, cuesta arriba, en la noche más larga del año, y como si aquello no fuera a acabar nunca.

—Si fuera de día, hasta es bonito, a pesar de estar al borde de la autopista. Colinas, valles, viñedos, a la izquierda serpentea el río Morava, de día y en verano es un paisaje idílico. Los muy listos hicieron la matanza en casa de los vecinos y en las afueras, aquí no se nota nada, como si no hubiera pasado nada, hablas con fulano y con mengano y no hacen más que lamentarse de su suerte, de la pobreza, de que todo el mundo los odia, de que sólo pueden ir sin visado a Rusia, de que están rodeados de traidores, de que los montenegrinos les han quitado el mar y a Croacia todavía es peligroso ir, y no se sabe por qué les pasa todo eso… Así dicen. Están sentados en el sofá, con un chándal chino y unas chanclas de plástico, y te enseñan las cicatrices de las balas mahometanas y

católicas. Sí. Y no entienden por qué les pasa todo eso, con lo bien que estaban antes… Pero el mundo la tiene tomada con esta archinación; el Vaticano, América y Croacia. Junto con Arabia Saudí. La primera vez que, después de la guerra, pasé por Eslavonia y después por Bosnia, no podía salir de mi asombro. Era el año 2000, Bruselas quedaba a hora y media en avión, Budapest a tres horas en buga, y aquí ruinas, tejados arrancados y pintadas (quién sabe si no con sangre) de *tu je srbija, tu je hrvatska*,[27] decapitaciones, descuartizamientos, como antiguamente, como en tiempos de Tamerlán: todos los varones de más de un metro cuarenta al borde del foso y *sretan put*…[28] Sí, me asombraba que pudiera sudársela hasta tal punto todo aquello con lo que el mundo civilizado de principio a fin andaba tan emocionado, o sea, los valores europeos, de un tiempo a esta parte incuestionables e inalienables; es decir, que pudiera sudársela el cumplir o no cumplir los sucesivos puntos de las negociaciones de acceso, por ejemplo. Cuando los nuestros andaban histéricos de un lado para otro y se ponían la sonrisa *profidén* para hacer cola en las salas de espera, éstos empezaron a degollarse, pues les pareció más excitante que ser euroliberales, democristianos o miembros de una sociedad abierta. Rispect, como decía antes la juventud. Rispect para todos los Balcanes. Y pensé que él debería estar allí con su instinto. Aquí se echaba a perder. Los tiempos de paz y libertad no son para él. Debería ir a pasar gasolina de contrabando de Albania a Montenegro por el lago Shkodra. Cuando el embargo. En barcas, de noche. Cargaban los barriles y allá iban. Incluso remando, porque están a tres pasos. Qué digo barcas. Algunos jabatos pasaban montados en los propios barriles. Allí debería estar. ¡Gasolina para la oprimida Serbia! O en la frontera de Kosovo: drogas y mujeres para el mísero Occidente. Sí, diésel para Serbia, café para Rumania. Debería estar pescando en río revuelto allí donde todo era ilegal, clandestino, turbio, desalmado y lucrativo. Las putas y la heroína. Ése es el futuro del mundo, y a él se le ocurre dedicarse a la confección usada… El negocio de los eslavos occidentales: llevar la ropa hasta que se convierta en

andrajos. Los del sur puede que sean más tontos, pero tienen más fuerza. Cuando decidieron que estaban hasta los huevos de todo, cogieron y prendieron fuego al país. Y nosotros a los dos meses nos creímos que podíamos poner en circulación cantidades ilimitadas. Que sólo hacía falta gente y equipamiento. Distribución. Para dar de beber a Rumania necesitábamos camiones o, mejor aún, trenes que llegaran hasta Mexikoplatz y vuelta. Necesitábamos cientos de empleados que entraran a las seis. Entonces Rumania estaría servida. Necesitábamos un edificio de cristal. Aquello era un puto disparate. Al igual que andar acarreando aquellos sacos. Y entonces, el verano siguiente, en el tren de Burgas vimos un día a una cuadrilla que cambiaba leus por dólares…

Dejaba de escucharle. Leía las matrículas de los coches que nos adelantaban. Intentaba adivinar su procedencia. Él hablaba consigo mismo y yo perdía el interés. De haber sido capaz, también podría haber contado mi propia historia. Pero únicamente sabía contestar a las preguntas. Y cada vez me importaban menos las historias de otros. Esperaba a que empezase a clarear. Quería ver algo para no escuchar. Pero el amanecer aún quedaba lejos.

—… a los turistas polacos que iban de vacaciones. En Rumania entonces vivían ya en el colmo de la miseria, en la nada mercantil, así que enjambres de mercachifles asediaban los trenes búlgaros y a los pasajeros y a la tripulación se lo compraban todo, les arrancaban de las manos hasta el último desperdicio y les endosaban su moneda. Pero ¿para qué quería uno leus si iba a Bulgaria? Y entonces entraban en acción los cambistas del ferrocarril, que por la guita rumana pagaban un treinta o cuarenta por ciento menos que los de la calle. Andaban por el tren, en grupos de cuatro o cinco, ofreciendo el servicio sin miedo ni vergüenza, con billetes sobresaliéndoles de los bolsillos, se ensalivaban los dedos y contaban igual de rápido que las máquinas de los bancos, calculaban mentalmente hasta el tercer decimal. Y hablaban polaco…

Empecé a clavar el pie en el suelo con todas mis fuerzas.

—¿Lo estás viendo? —pregunté rápidamente.

—¿A quién? —contestó como despertando de un sueño.

—Al de delante.

Justo delante teníamos la parte trasera de un camión sin luces. Sucia y oscura como la noche. A dos o tres metros, y debíamos de ir cuesta abajo, porque avanzábamos bastante rápido. Pisó el freno a fondo, pero enseguida lo soltó, porque sentimos que las ruedas traseras perdían el agarre y empezábamos a derrapar. Pero bueno, lo soltó, la cosa se equilibró un poco y otra vez nos encontramos a un metro de aquel pringoso trasero serbio. La matrícula ponía NS. Ahora el Boss redujo la velocidad poco a poco y dijo:

—No lo había visto. De verdad.

Luego miró por el retrovisor y empezó a adelantar al hijoputa. Tardó un poco, porque debía de haberse acabado la pendiente, pero cuando por fin nos pusimos a su nivel dio un bocinazo, me mandó abrir la ventanilla y empezó a chillar con la esperanza de que el otro le oyese a través del cristal: *«Zadnja svetla! Zadnja svetla*,[29] asesino serbio!». Vi su cara borrosa. Fue el único vehículo que adelantamos aquella noche. Encendió un cigarrillo. Yo empecé a buscar alguna gasolinera o algún aparcamiento donde pudiéramos hacer el relevo.

—Porque eran polacos. Verdaderos polacos. Vivían en Bucarest y controlaban los trenes procedentes de y con destino a la patria. Subían al Expreso de los Cárpatos en la estación del norte, llegaban hasta Sibiu y allí cogían el Expreso de los Cárpatos que venía de Polonia. Chaquetas de piel, camisas abiertas hasta el ombligo, vaqueros, cadenas y relojes de oro. Caminaban por el convoy como los que suben en la estación central de Varsovia, pero en vez de «cerveza llevo, cerveza» pregonaban «leus compro, compro leus».

A él le gustó mucho. Sin cargar bolsas, sin miedo, sin presión. Se notaba que les tenía miedo hasta el jefe de tren. Uno iba delante, contaba y recogía la pasta valaca en una bolsa de plástico, y otro entregaba las divisas. Nada de regateos. Si alguno pretendía regatear, se encogían de hombros y seguían adelante. De todos modos acabaría yendo a buscarlos. Y a él eso le gustó mucho. Dijo

que dos cargamentos más y se metía en ese negocio. Le pregunté si ya había pensado cómo, porque era famoso el caso de unos búlgaros que quisieron hacer lo mismo y una noche en el estrecho barranco del río Olt se abrieron las puertas y cayeron en la oscuridad y nunca más se supo de ellos. Sí. La Securitate no admitía competencia en su territorio. Pues claro, ¿qué te imaginabas? ¿Que andaban en Alfa Romeo por el famélico Bucarest y privaban en los garitos más caros porque se les antojaba? Pues no. Sólo porque los otros se lo permitían. Y recibían algo a cambio. Así de simple. Pero él no pretendía hacerles la competencia. Sólo quería unirse a ellos. Con tal propósito fue una noche, con su chándal y su gorro de orejeras, al compartimento donde, bebiendo y contando las ganancias, estaba el Obersturmcambista. O sea, el Canas. Sólo que entonces le llamaban Careto. Ya en aquella época parecía como si llevara puesta en la cara una piel demasiado grande.

Pasaba de la una o de las dos. Por el camino había cambiado la hora, pero no conseguía recordar si hacia delante o hacia atrás. No estaba claro si eso nos alejaba o nos acercaba a nuestro objetivo. Cuanto más tiempo llevábamos de viaje, menos creía en todo aquello. Me dolía la espalda y el culo y se me dormían las piernas. De no ser por eso podría haber pensado que se trataba de una visión que en algún momento tendría que terminarse.

—Pero si él ni siquiera hablaba polaco —dije absurdamente.

—Sí que hablaba —contestó el Boss—, pero prefería no hacerlo. Era un juego que tenía. Incluso puedo decirte cómo se apellidaba: Kusy. Un extranjero no se apellida así.

Un indicador anunciaba un aparcamiento a un kilómetro. Con un gesto de cabeza me dio a entender que él también lo había visto. Al llegar nos bajamos y nos alejamos de la furgoneta, cada uno por su lado, para estar al menos un rato solos. La lluvia había amainado un poco. Protegí el cigarrillo con la mano. No había una sola farola. Las luces de los coches traspasaban el seto pelado. Cuando desaparecían, todo quedaba completamente a oscuras. Eché a andar, casi a tientas, hasta que sentí una presencia. A un metro o

dos de mí había alguien. Se movía en la oscuridad. Me quedé quieto y agucé el oído. Pasó un camión y lo vi, y él a mí. Era un chino o un vietnamita de traje oscuro. Me miró y luego empezó a farfullar algo en su lengua. Hablaba rápido y estiraba los brazos hacia mí como si quisiera empujarme, al tiempo que reculaba. Justo detrás de él había una Transporter grisácea. Tanteándola, se deslizó por la pared hacia la puerta, con un brazo estirado y sin dejar de parlotear.

—Anda y que te den —dije en voz baja.

Otra vez nos envolvió la oscuridad y al cabo de un instante lo oí encender el motor y salir a toda mecha.

El Boss me esperaba apoyado en la puerta del copiloto. Me preguntó con quién había estado hablando. Le contesté que con un chino y me senté al volante. Sentí que pronto empezaría a amanecer. A las tres salimos del paso fronterizo con sendos visados violetas del tamaño de un sello de correos en el pasaporte. Antes habíamos estado una hora perdidos dando vueltas por los pasadizos y laberintos que formaban los camiones aparcados a lo largo y a lo ancho. Abriéndonos paso y dando vueltas. A veces teníamos que dar marcha atrás para abandonar callejones sin salida donde había hombres cocinando en hornillos de gas. Casi todos tenían bigote. Nos explicaban y nos indicaban, pero no captábamos gran cosa aparte del tono amistoso.

—¿Y si vamos a buscar a algunos compatriotas? —dije.

Pero él preguntó:

—¿Hoy? ¿Cuántos camiones hemos visto? Cientos, seguro. Y furgonetas sólo unas cuantas y estaban vacías.

Sí, todos tenían bigote y todos querían ayudar. Era de noche, pero reinaba una gran animación. Paseaban, tomaban café, fumaban en grupos, iban de visita los unos a la cabina de los otros y por todas partes esa música: bajos, tambores, clarinetes y voces femeninas cantando melodías extrañas e hipnóticas. En cierto momento, de pura casualidad, logramos salir a la carretera y empezamos a adentrarnos en el país que se extendía ante nosotros a oscuras. Así que dimos media vuelta para seguir errando por aquel

gigantesco paso fronterizo en el que sólo faltaban los camellos y las hogueras. Hacía calor. Llevábamos las ventanillas abiertas. Por nuestro lado pasaron cuatro chicas. Parecían princesas: brillantes, doradas, negras y rojas, con peinados altos y tacones altos. Hablaban en ruso o en ucraniano. O quizá en búlgaro. Nos miraron, pero en sus ojos no había más que una indiferencia desdeñosa. Al cabo de una hora por fin conseguimos salir y sentí que ante nosotros, en algún lugar, despuntaba el día. Hacía calor y el cielo se había despejado. Íbamos comiendo restos de chorizo y bebiendo *energy drinks* que habíamos comprado antes de la frontera. Estas se llamaban Bomba. Las estrellas eran plateadas e iban desapareciendo a medida que el cielo clareaba.

La noche anterior, más allá de Nis, se nos había reventado el manguito inferior del radiador. Bajo el capó brotó una vaharada de vapor que empañó el parabrisas. En la cabina sentimos un calor húmedo. A tientas paramos en el arcén. A tientas encontré el reventón. El tubo de goma tenía una grieta de varios centímetros. Estaba seguro de que en la caja de herramientas había cinta americana, pero no la encontré. Un rato antes habíamos pasado una gasolinera abierta. Eché a caminar en esa dirección. Hacía señas a los conductores, pero no paró nadie. Pitaban y seguían adelante. El de la gasolinera me miró con mala cara mientras yo rebuscaba en los estantes y le dejaba el suelo encharcado. Sin decir palabra cogió los cinco euros y desvió la mirada. Tardé dos horas entre ir y volver. A la luz de un mechero envolvimos la grieta con varias capas. Tiramos lo que quedaba del refresco para tener una botella. Detrás encontré otra.

—Ahí abajo hay un río —dijo el Boss y empezamos a bajar por el precipicio.

Por el camino nos topamos con unas vías de tren. Oíamos el río, pero no conseguíamos llegar hasta la orilla, y hasta que empezó a clarear no encontramos el camino entre las rocas. Nos pegamos tres viajes y acabamos calados hasta los huesos y hechos polvo. Al alba aparqué en la explanada que había delante de un bar cerrado y nos

metimos en la parte trasera a dormir. Antes de salir había metido allí los colchones que nos acompañaron durante aquel verano. La lluvia resonaba contra la chapa y hacía frío. Pero nos dormimos arrimados el uno al otro, tapados con el saco de dormir y unas mantas, y no despertamos hasta casi el mediodía.

Por eso ahora íbamos de camino al amanecer. A izquierda y derecha se extendían inmensos campos desnudos. A lo lejos brillaban luces fluorescentes blancas. Conducía él, y yo mientras tanto intentaba mandar un mensaje desde su móvil, sin éxito. Cada vez había más tráfico. Todos se dirigían al este. Los dos carriles en dirección contraria estaban vacíos. Llevábamos doce horas de retraso, pero no conseguía mandar los mensajes. Ante nosotros, el cielo se ponía cada vez más claro. Pronto hubo la suficiente luz como para divisar entre los campos desnudos el primer minarete.

—¿Nunca habías visto uno? —preguntó.

—No, nunca. O quizá sí, en Alemania, hace mucho. Pero eso no cuenta.

—No, no cuenta —contestó.

La llanura había quedado atrás. Ahora la autopista discurría entre colinas y empezaba a haber casas, poblaciones, algo de vida después de aquellos barbechos sin fin. Se notaba que nos aproximábamos a una ciudad. Empezaba con escombros de construcciones cuyos cimientos habían sido excavados en la tierra roja y rocosa. Ni un árbol, nada, tan sólo simas y precipicios de los que brotaban esqueletos de hormigón. O edificios nuevos, de cristal negro resplandeciente, pero desperdigados entre los barrancos labrados por excavadoras y buldócers. Aquello ya se había despertado, los camiones que sacaban la escoria rocosa se cruzaban por el camino con grandes hormigoneras que se arrastraban bamboleantes hacia el interior de las colinas. Según los indicadores aún faltaban cuarenta kilómetros, pero ahora formábamos parte de una masa de automóviles. A mano derecha se dejó ver por un momento el mar azul.

—Llámale y dile que llegamos en una hora o dos, como mucho tres.

Marqué el número, los tonos eran extraños, multiplicados por el eco, y no contestaba nadie. Cuatro carriles se deslizaban puerta con puerta, guardabarros con guardabarros. Los impacientes buscaban huecos para avanzar dos o tres puestos saltando como caballos de ajedrez. No usaban los intermitentes, pero sí el claxon. Cada dos por tres alguien sacaba por la ventanilla del conductor un brazo con un reloj de oro en la muñeca y daba a entender que le apetecía desplazarse dos carriles a la izquierda. Chapa con chapa, a escasos milímetros, pero fluidamente, como si no fuera un millón de vehículos lo que reptaba hacia la ciudad, sino una serpiente viva y de relucientes escamas multicolores.

—No contesta —dije.

Ante nosotros había una maraña de viaductos, un escaléxtric gigantesco abarrotado de automóviles deslizándose en primera hacia los cuatro puntos cardinales.

—Joder, creo que recto —se dijo a sí mismo.

Nos metimos en la sombra del gran escaléxtric y a continuación el río de coches empezó a filtrarse lentamente por una brecha en la muralla de piedra gris que circundaba la ciudad. En aquel momento salió el sol. El parabrisas estaba tan sucio que el Boss tuvo que bajar la ventanilla y sacar la cabeza para ver algo. Intenté contar los minaretes. A los cuarenta y cuatro me di por vencido. A medida que penetrábamos en la ciudad ésta se densificaba. Cuanto más adentro, había más de todo. Aquello era inabarcable. Empezaba a comprender que allí no se podía encontrar a nadie y que había sido muy listo al elegir su escondrijo. Miré al Boss, que mascullaba entre dientes:

—Joder, creo que hay que seguir recto.

—Entonces ¿no lo sabes? —pregunté.

—Cuando venía, no iba a Taksim, íbamos al bazar. Para qué coño ir a Taksim… ¿Lo has visto, has visto al turco ése…?

Un todoterreno blanco se había salido del carril izquierdo y, venciendo el alto bordillo, se había encaramado al césped de la mediana, había dado media vuelta y estaba intentando colarse en el torrente de automóviles que fluía en dirección contraria.

—En Taksim no había nada.

Todos pitaban. Como quince cláxones al mismo tiempo. La corriente nos llevaba y nos desviaba. Lo vi girar el volante sin poder hacer nada, pues aun así el torrente de coches nos arrastraba.

—No me acuerdo de nada. Joder, vamos a acabar en Asia.

—No paro de llamarle, pero no contesta.

—O igual no, porque estamos dentro de las murallas…

—Llegamos doce horas tarde.

—Creo que vamos bien, ahora todo recto y luego por alguno de los puentes al otro lado de la bahía. ¡Mira el mapa, joder!

—Y de qué me sirve el mapa si no tengo ni idea de dónde estamos. Míralo tú.

—No veo sin gafas.

—Pues póntelas.

—Con gafas no puedo conducir. Además, el mapa es viejo. De hace treinta años.

—¿Y qué? ¿Es que aquí también han tenido comunismo y les han cambiado los nombres a las calles?

—¡Joder, esto me suena! Ahora a la izquierda hay un bazar, luego un kilómetro recto más o menos, pasada la mezquita a la izquierda y, si no la cagamos por el camino, enseguida vendrá la estación, la bahía, y a la izquierda los embarcaderos y el puente, pero al otro lado no he estado nunca.

—¿El primer puente? —pregunté escudriñando el mapa.

—El primero, el segundo, el tercero, da igual, con tal de que lleve al otro lado.

Por fin empezaban a encajar las piezas, porque había encontrado la estación. Era donde acababan las vías.

—El tercero es demasiado lejos. El primero va perfecto.

En efecto, había una gran mezquita tras la cual la calle doblaba a la izquierda en ángulo recto.

—Mantente en la principal.

A la derecha volvíamos a tener la muralla de grandes bloques de piedra. Avanzábamos en tandas de pocos metros. Por la izquierda nos adelantaban los tranvías. Hacían sonar la campanilla y hasta los turcos les tenían miedo, porque se apartaban dócilmente de las vías, haciéndose sitio a bocinazos.

—Sigue por la principal hasta llegar a la estación, allí coge a la izquierda, luego la primera a la derecha y ya está el agua, los embarcaderos y el puente.

Tardamos diez minutos y para mí que incluso recorrimos un trecho en dirección contraria. Pero lo hacían todos. Tanto nosotros como los que venían de frente. Así era la cosa. Por fin llegamos a la bahía. La bruma se estaba levantando y el agua se veía dorada al sol.

—Ahí está el puente.

Creo que nunca había visto tanta gente junta.

—¿Has encontrado Taksim?

—Sí, pero hay un agujero en el mapa.

—Entonces ¿qué?

—Cruzas el puente, sigues por la principal, unos quinientos metros, y cuando veas una mezquita a la izquierda, giras también a la izquierda y luego a la derecha, y luego todo recto.

—Una mezquita y a la izquierda.

Giramos para cruzar el puente. A contraluz quedaba Asia. Grandes barcos blancos navegaban por el estrecho azul dorado. Tras ellos, al otro lado, entre el resplandor neblinoso del día se vislumbraban formas de rascacielos y mezquitas. Las barcas de pesca eran como rayitas negras y se desdibujaban entre el fulgor de las aguas. Era una vista formidable, la más formidable que había visto jamás, pero el puente terminó y todo desapareció. La mezquita del viejo mapa seguía en su sitio. Nos metimos a la izquierda, luego a la derecha, volví a llamar, pero otra vez oí solo ecos lejanos de

señales. La calle iba cuesta arriba. Estaba llena de tiendas y bares. Los camareros baldeaban las aceras. Llegamos al sitio convenido. Aquello era grande como una desgracia, en el centro había un monumento negro en torno al cual giraban los coches y la muchedumbre, una auténtica muchedumbre.

—Dentro de una hora debería estar más tranquilo —dijo alguno de nosotros.

—Da la vuelta a la plaza.

—No puedo. Tengo que girar a la derecha.

Perdimos de vista el monumento, pero enseguida encontró un giro a la izquierda y volvimos a sus proximidades.

—Para en algún sitio.

—No hay más que señales de prohibido. Es mejor dar vueltas, y tú ve echando un ojo.

Tardó menos de diez minutos en desentrañar la red de calles de sentido único que rodeaban la plaza. A cinco por hora con paradas, así que no era mala idea. Desde la furgoneta la vista alcanzaba más lejos. Mil, dos mil, tres mil, cuatro mil turcos corriendo al trabajo, turcas con sus bolsas camino de la compra, japoneses con sus cámaras a cuestas desde el amanecer, pero él no estaba.

—¿Y qué? ¿Lo admitió en la cuadrilla aquella vez?

—Primero lo miró como a un mierdecilla rumano, pero luego le dejó entrar en el compartimento y estuvieron una hora hablando.

—Entonces lo admitió.

—Por lo visto sí.

—¿Y a ti?

Estábamos parados, así que tenía ambos brazos apoyados en el volante y miraba al frente.

—Yo ni lo pregunté porque me daba miedo, y, como ambos podemos ver, sabía lo que hacía.

Tres, cuatro, cinco vueltas. Los autobuses tenían la última parada cerca de un muro de piedra alargado y sin salida. Por todas partes había palomas revoloteando o dando pasitos. Junto al muro estaban aparcados vehículos de policía. Grandes grilleras blindadas con

cañones de agua, furgonetas y camiones con las ventanas protegidas con malla de acero. Los maderos paseaban, conversaban, esperaban el relevo: un cuartel móvil al aire libre para, en caso de necesidad, no perder tiempo abriéndose paso entre los atascos. Estaba observando aquella docena y media de imponentes máquinas cuando lo vi.

Estaba de pie cerca de ellos y era gris como el muro y las grilleras blindadas. Pasamos a unos treinta metros de él, que estaba parado a pleno sol. Su cara tenía una expresión de tristeza tensa. Llevaba un traje gris que le quedaba grande. Los pantalones formaban pintorescos pliegues sobre los zapatos.

—Ahí está —dije en voz baja—, donde los maderos.

—Está muerto de miedo —contestó, empezando a dar otra vuelta a la plaza. Al cabo de unos minutos volvimos a verlo. Miraba a su alrededor, pero más bien sin mucha esperanza. El Boss dio un bocinazo breve y se subió a la acera con las ruedas del lado derecho. Nos vio, tras dudar un instante echó a andar lentamente, y luego cada vez más rápido. Nos bajamos los dos y nos quedamos mirándolo arrastrar las perneras por la acera. Había adelgazado y tenía el rostro demacrado y sin afeitar, pero al vernos se avivó súbitamente. Andaba a trompicones con sus tenis chaplinescos, o puede que fueran ya los sucesores de aquéllos, pero igual de patéticos y destrozados y probablemente una talla aún más grandes.

—Coño, tío, llevo dieciséis horas aquí plantado, joder —nos gritó a los dos.

—¿Y no puedes coger el teléfono? —preguntó tranquilamente el Boss, sacando un cigarrillo.

—Si no conozco el número no contesto. Así de simple. Estoy sin saldo y esperaba que me llamara él —me señaló con la cabeza—, y no Dios sabe quién.

—El no tiene *roaming* —dijo el Boss.

—¿Y cómo iba a saberlo? —gruñó, y miró a los lados.

—¿Y tú viste alguna vez que lo tuviera? ¿Pretendías que me lo activara por ti? ¿Por ti, joder, porque no te llega para el autobús? —

debí de gritar, porque alguien se giró.

Estábamos en el centro de Taksim, a mil trescientos kilómetros de casa, gritándonos. Por el rabillo del ojo vi que desde las grilleras venía un poli con toda la parafernalia, con la pistola, la porra, el chaleco antibalas y el bigote, y ya de lejos se veía que estaba cabreado y señalaba con un guante negro nuestra cafetera oxidada. Entonces él, de repente, se da la vuelta, abre los brazos, da dos pasos hacia el policía y empieza a decir algo, deduzco que en turco, porque éste se frena, escucha, mira al idiota que gesticula señalando por turnos a sí mismo, a nosotros, la Ducato, el cielo azul y los cien millones de habitantes de aquella ciudad, y por fin se echa a reír por debajo del bigote y simplemente nos indica con un gesto que nos piremos de allí. Y antes de que nos hubiéramos tranquilizado él se subió los pantalones, que se le caían, y dijo rápidamente:

—En media hora aquí mismo —y desapareció entre los viandantes.

Y nosotros arrancamos para seguir repitiendo aquel recorrido gilipollesco, buscando en vano un sitio para aparcar. No hablábamos. Yo iba buscando entre la multitud mujeres que llevaran velo, contándolas como de pequeño se contaban los coches de una misma marca o un mismo modelo. Habíamos hecho mil trescientos kilómetros sólo para que él tomase el mando inmediatamente. El tráfico se iba descongestionando. Más allá, tras el monumento, se extendía un parque. Me pareció sentir el olor del mar. Deseaba ver otra vez la vista desde el puente. Nos dio tiempo a fumarnos dos cada uno.

Estaba en el borde de la acera, abrazándola, sujetando el abrigo verde oscuro que ella llevaba echado sobre los hombros. Paramos. Me costó reconocerla. Estaba envejecida. Sus rasgos se habían ensanchado y estaban llenos de sombra. En los pies llevaba unas sandalias de plástico. Iguales que las de los que vigilaban a los cerdos y a los morenos. Abrí la puerta y la miré a los ojos. Sonrió, y

por un instante pareció la de antes. El abrigo era demasiado pequeño. Con la mano derecha intentaba cerrarlo a la altura del cuello, y la izquierda se la colocó sobre el vientre abultado en un gesto indefenso e infantil. El la ayudaba, pero tenía la otra mano ocupada. Llevaba en ella varias bolsas de plástico llenas a rebosar. Se las cogí. No pesaban. Despacio, con delicadeza, la ayudó a montar en la cabina. Recogió el equipaje que yo le estaba sujetando y me pareció ver en su mirada un asomo de gratitud. Al cabo de un segundo dijo:

—Joder, tío, ya falta poco, está en el noveno mes, nos piramos, ¿no?

Fui hasta la puerta trasera. El Boss ya esperaba allí. La abrió. Al subir vi otra vez al poli. Nos observaba de lejos con las manos a la espalda. Me metí al fondo.

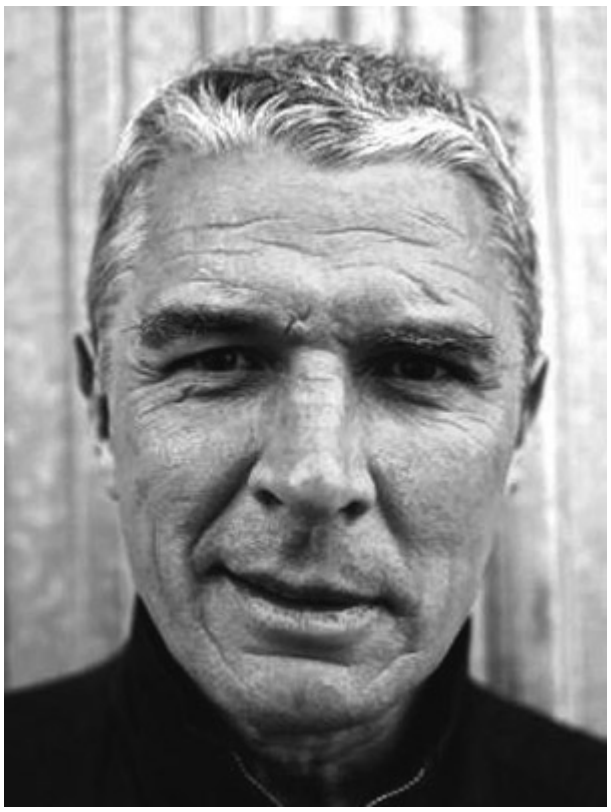
—Mejor que te sientes ya —oí.

Tenía razón. Cuando cerró la puerta me quedé totalmente a oscuras.

Tumbado en el colchón, miraba la oscuridad e intentaba adivinar qué había tras la pared de chapa. Me imaginaba todas aquellas vistas: las mezquitas, el mar, los minaretes, las barcas de pesca pequeñitas como rayas. Pero luego me puse de lado, me hice un ovillo y me acordé del gato y de si no tendría hambre, de si le habría bastado lo que le dejé en tres escudillas y si no habría derramado el agua de la cuarta. Aunque si la ha derramado, pensé, la lamerá del suelo.

Y luego pensé también en la puerta baja y el escondite subterráneo y me dormí.

Gracias a Janusz Nowakowski,
Zygmunt Zawisza y Piotr Nowak
por las historias.



ANDRZEJ STASIUK (Varsovia, Polonia, 1960) es uno de los escritores, periodistas y críticos literarios polacos contemporáneos más aclamado. Conocido principalmente por sus obras de literatura de viajes y ensayos que describen la realidad de Europa del Este y su relación con Occidente.

Tras ser expulsado de la escuela secundaria, también abandonó la escuela de formación profesional y vagó sin rumbo fijo, participando activamente en el movimiento pacifista polaco y pasando un año y medio en prisión por desertar del ejército, según cuenta la leyenda, en un tanque. Sus experiencias en prisión le proporcionaron el material para las historias de su debut literario en 1992, titulado *Mury Hebronu* («Los muros de Hebrón»), que le consagró instantáneamente como un talento literario de primer orden. Tras *Wiersze miłosne i nie* («Poemas de amor y no amor», 1994), su primera novela completa, *Biały kruk*, apareció en 1995 y consolidó

su posición entre los autores más exitosos de la Polonia poscomunista.

En 1986 abandonó su Varsovia natal y se retiró a la pequeña aldea de Czarne, en los Beskides, una zona apartada de la cordillera de los Cárpatos, al sur de Polonia. Además de escribir, dedica su tiempo a la cría de ovejas. Junto con su esposa, también dirige su propia editorial, Wydawnictwo Czarne, pequeña pero ahora prestigiosa, que lleva el nombre de su ubicación. Además de los libros de Stasiuk, Czarne también publica a otros autores de Europa del Este; reeditó obras del autor polaco emigrado Zygmunt Haupt, iniciando así su redescubrimiento en Polonia.

Notas

[1] «*Kol'ko stojí?*» significa '¿Cuánto cuesta?' en eslovaco. *Darmo*, *ieftin* y *lacno* significan (respectivamente en eslovaco, rumano y turco) 'barato'. *Olcsóbb* es 'más barato' en húngaro. *(Todas las notas son del traductor)*. **<<**

[2] Aguardiente de nebrinas (el fruto del enebro). **<<**

[3] La inflación galopante de principios de la década de 1990 hizo que se emitieran billetes de hasta dos millones de zlotys. En 1995 se procedió a redenominar la moneda eliminando cuatro ceros, de modo que 10.000 de los antiguos zlotys pasaron a equivaler a uno de los nuevos. **<<**

[4] Las tres historias están narradas en otra obra del mismo autor, *Cuentos de Galitzia* (Acantilado, 2010). **<<**

[5] Se refiere, por extensión y un tanto despectivamente, a la Unión Soviética, ya que Sambir (al igual que las otras poblaciones mencionadas en las páginas inmediatas) está en Ucrania. Del mismo modo, cuando habla de «los rusos» no distingue entre los habitantes de Rusia y los del resto de las repúblicas de la Unión Soviética. **<<**

[6] Equivalente rumano de la polenta. **<<**

[7] Hoy en día se llama simplemente Puente del Danubio. **<<**

[8] Se trata de un personaje que aparece también en *Cuentos de Galitzia*. **<<**

[9] Ano significa ‘sí’ en checo y en eslovaco. Da significa ‘sí’ en ruso, ucraniano, búlgaro, serbio, croata y otras lenguas eslavas. **<<**

[10] *Otvorené*: en eslovaco, ‘abierto’. **<<**

[11] En pseudoespañol en el original. **<<**

[12] Esta es tal vez la peor publicidad que se le puede hacer a un vehículo, pues en Polonia se recomienda no comprar coches del llamado «grupo f» (Fiat, Ford y franceses), que tienen fama de averiarse constantemente. **<<**

[13] Efectivamente, *piel* en húngaro se dice *bór*. Sin embargo, *vino* es *bor*. En este pasaje se mezcla el húngaro, el rumano y el eslovaco. **<<**

[14] Los PGR («Panstwowe Gospodarstwo Rolne») eran cooperativas agrícolas estatales de gran tamaño, al estilo del koljós soviético, existentes en Polonia entre los años 1949 y 1991. Stasiuk ha contado la historia de Józek en sus Cuentos de Galitzia. **<<**

[15] CPN («Céntrala Produktów Naftowych», Central de Productos Petroquímicos) fue el nombre de la empresa que mantuvo el monopolio del almacenaje, distribución y venta de productos petroquímicos desde finales de la Segunda Guerra Mundial hasta la década de 1990. Durante mucho tiempo tras la desaparición de la CPN y la liberalización del mercado se siguió utilizando el nombre como sinónimo de gasolinera. Por su parte, tanksztela es una palabra usada en el dialecto de Silesia y proveniente del alemán Tankstelle ('gasolinera'). **<<**

[16] Se trata del escudo de Polonia. **<<**

[17] En español en el original. **<<**

[18] En ucraniano (o, tal vez, en alguno de los dialectos eslavos fronterizos entre Eslovaquia y Ucrania): 'No habléis'. **<<**

[19] Maryska y Gacek son personajes de Cuentos de Galitzia. **<<**

[20] Típica despedida eslovaca, que literalmente significa ‘que os vaya bien’. **<<**

[21] El apodo del Fiat 126p, el primer vehículo popular de la República Popular de Polonia, significa 'pequeñín', y con razón. **<<**

[22] El *zur o zurek*, uno de los platos más típicamente polacos (presente también en otros países de la zona), es una sopa de sabor ácido elaborada a partir de caldo y masa madre de centeno, a los que se añaden otros ingredientes como patatas, huevo duro, salchicha, carnes, etcétera. **<<**

[23] Nombre popular del barrio «polaco» de Chicago, oficialmente llamado Avondale. Se dice que, después de Varsovia, Chicago es la ciudad con mayor número de habitantes polacos. **<<**

[24] En la televisión polaca (al igual que en muchos otros países del antiguo bloque comunista) la alternativa al doblaje y a los subtítulos es el lektor. Una voz que lee los diálogos de la película mientras al fondo se oye la banda sonora original. **<<**

[25] Milicja (pronunciado aproximadamente /milítsia/) era el nombre de la policía de la República Popular de Polonia, así como de otros países del bloque comunista. **<<**

[26] En Polonia y en otros países de la zona existe la costumbre de compartir una oblea entre todos los miembros de la familia antes de la cena de Nochebuena. Cada uno de los presentes parte un fragmento y, acercándose por turnos al resto de las personas, ofrece un trocito de su parte y toma de la de los demás, formulando al mismo tiempo bendiciones o deseos para el período navideño, el año entrante o, en general, la vida de su interlocutor. En este pasaje se mencionan también la carpa y el higos (guiso de col agria, varias carnes y embutidos y otros ingredientes), platos que no pueden faltar en dicha cena. **<<**

[27] ‘Esto es Serbia. Esto es Croacia’. **<<**

[28] En croata, ‘buen viaje’. **<<**

[29] 'Las luces de atrás'. **<<**